CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE ETNOLOGIA PENINSULAR

REVISTA

DE

DIALECTOLOGIA

Y

TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCIA DE DIEGO

TOMO XI.—1955.—CUADERNOS 1.º y 2.º

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1955

REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES

Se publica en cuadernos trimestrales de unas 180 págs. cada uno.

SUMARIO

Págs.

WILHELM GIESE.—Telares de Astorga 3
JULIO CARO BAROJA.—Sobre la historia de la noria de tiro..... 15
JUAN AMADES.—Imágenes marianas de los Pirineos orientales..... 80
JOSÉ LUIS PÉREZ CASTRO.—Contribución al vocabulario del bable occidental..... 119
JOSÉ PÉREZ VIDAL.—El baile del trigo 145
NIEVES DE HOYOS SANCHO —El traje regional de Extremadura..... 155

ARCHIVO.—Varios. Fiestas de toros 178

NOTAS DE LIBROS.—DIAS (J.): *Río de Onor. Comunitarismo agro-pastoril.*—DIAS (J.) Y GALHANO (F.): *Aparelhos de elevar a água de rega. Contribuição para o estudo do regadío em Portugal.*—HERCULANO DE CARVALHO (J. G C.): *Coisas e palavras. Alguns problemas etnográficos e linguisticos relacionados com os primitivos sistemas de debulha na península Ibérica*: J. C. B.—CASTRO PIRES DE LIMA (F. DE): *A «Nau Catrineta». Homenaje a Fritz Krüger.*—CABAL (C.): *La Asturias que venció a Roma.* VIOLANT I SIMORRA (R.): *Els pastors y la música. Las «Barraques» de viña, de pared en seco, del Pla de Bages (Barcelona).* CORSO (R.): *Il pregiudizio delle voglie materne e paterne e l'Etnografia. La covata. Apporto all'Etnografia di Fra Giovani da Pian di Carpine.*—LARREA PALACÍN (A.): *Peinados bujebas.*—ALVAR (M.): *Atlas lingüístico de Andalucía. Cuestionario.*—AMADES (J.) Y TARÍN (J.): *Leyendas y tradiciones marineras*: J. P. V.—CÂMARA CASCUDO (L. DA): *Diccionario do Folclore brasileiro.*—PÉREZ VIDAL (J.): *El estribillo en el romancero tradicional canario.*—CABRAL (O. R.): *Cultura e folclore. Bases científicas do folclore*: N. de H. S.—ASPINION (R.): *Apprenons le berbère.*—DOMENECH LAFUENTE (A.): *Cuentos de Ifni.*—RACKOW (E.): *El traje musulmán femenino en Africa del Norte.*—EVITA (L.): *Cuando los combes luchaban.*—IBÁÑEZ (FR. E.): *Diccionario Español-Baamrani.*—GRIAULE (M.) Y DIETERLEN (G.): *Signes graphiques soudanais*: A de L. P.—COLUCCIO (F.): *Diccionario del folklore americano.*—GUTIÉRREZ (B. A.): *Cuentos y novelas de Francisco de P. Rendón.*—CORSO (G.): *Tracce del culto mediterraneo della dea madre nella piramidetta romana di La Valle e nel folklore cornudese*: C. de L.—CARRIZO (J. A.): *La poesía tradicional argentina*: B. G.

REVISTA DE REVISTAS.—*Revista de Estudios Musicales*, Tucumán (Argentina): B. G.—*Revista Financiera del Banco de Vizcaya*: N. de H. S.

Noticias..... 218
Necrología..... 225

SUSCRIPCION:

España..... 60,00 ptas. al año.
Extranjero..... 100,00 » »

NUMERO SUELTO:

España..... 18,00 »
Extranjero..... 30,00 »

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE ETNOLOGIA PENINSULAR

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCIA DE DIEGO

TOMO XI.—1955.—CUADERNOS 1.º y 2.º

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1 9 5 5

C. Bermejo, impresor.—García Morato, 122.—Teléfono 33-06-19.—Madrid

Telares de Astorga

El día 17 de marzo de 1954 tuve ocasión de visitar el taller de Angel Nistal, en Astorga, que se dedica a la fabricación de tejidos de lana y de lino y de alfombras, tomando algunas notas que quiero comunicar en esta REVISTA, porque, por sumarias que sean, pueden servir como contribución modesta a un futuro estudio de conjunto del arte de tejer en España (1).

El taller de Astorga ofrece el particular de que trabajan en ella tres generaciones: el padre, los hijos y cinco nietos. El taller se compone de dos cuartos: el primero dedicado a la elaboración de *felpas de lana* y de *lino*, y el segundo, posterior, que sirve a la fabricación de *alfombras* y *tapices*.

En el primer taller encontramos, además del urdidor, los siguientes aparatos: la *naspa*, la *devanadera*, el *torno* y el *telar*.

La *naspa* sirve para hacer las *madejas*. Es un aparato que consta de un eje encima de dos *pies* de madera, del cual salen cuatro brazos en ángulo recto, provistos de muletillas en sus extremos para apoyar las madejas. Se le imprime movimiento mediante una manivela en prolongación del eje. La forma de este aparato es idéntico a la *ñáspa* de la Cabrera Alta, reproducida por CASADO en la página 148, y al *sarillo* de Lubián, reproducido por CORTÉS, lám. XIV, y parecido al aparato usado para el mismo fin en Sanabria (KRÜ-

(1) Ya antes traté de telares españoles en las revistas VKR VII (1934), pp. 41-46 (Baza y Guadix) y ZRPh LIV (1934), pp. 522-527 (Maestrazgo), y en mi estudio *Nordost-Cádiz* (Halle 1937), pp. 183-191 (Grazalema y y Ubrique, con referencias a Lorca y a Daimiel).

GER, *Sanabria*, p. 249, fig. 20 j, con pie diferente), en Asturias (ACEVEDO-FERNÁNDEZ, lám. III, 3), en Trás-os-Montes (fig. DIAS, p. 266, forma diferente), en el Minho (SILVA PEREIRA, RPF V, 158-160, pp. 290-293 de la tirada especial, forma diferente) y en la Beira (Serra da Estrêla: MESSERSCHMIDT, VKR IV, p. 286, fig. 27k, con pie diferente). En Babia y Laciana, en el nordeste de León, nuestro aparato ofrece un eje muy comprimido y pie diferente (GUZMÁN, lámina X). El aparato se conoce solamente con pie diferente,

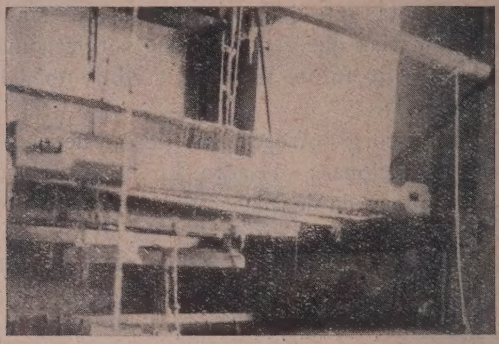


Fig. 1.—Telar horizontal.

también del Aragón (BERGMANN, p. 82, fig. 5 b, reproducido por F. KRÜGER en VKR VIII, 257, fig. 10 c).

Según GARROTE, la palabra *naspa* «se usó en Astorga y su tierra; actualmente en Maragatería y Cabrera (Silván)». Como se ve, *naspa* sigue usándose en Astorga. Para la difusión de la palabra, cf. Cabrera Alta *ñaspa* (CASADO, páginas 148 y 153), astur. *naspa* y *napadera;* Babia y Laciana *náŝpa* 'devanadera para hacer madejas' (GUZMÁN, p. 317); salmant. *aspas*, *naspas* (según MORÁN); sur de León (Quintanilla de Yuso, Encinedo, La Baña) *naspa* (KRÜGER, *Sanabria*, p. 257), además F. KRÜGER en VKR VIII, 258. *náspa* del gótico HASPA REW 4.069; *maḍẹxa* del latín MATAXA REW 5.403.

Para convertir las madejas en ovillos sirve la *ḍẹbanaḍẹ́ra*

(de * DEPANÁRE y -ARIA), representada en nuestra foto 2 a la izquierda. Un eje vertical de hierro lleva dos cruces de madera, siendo la de arriba de tamaño algo inferior. Cada brazo de la cruz superior está ligado al respectivo brazo de la cruz inferior por un palito. El conocido aparato se repite en la misma forma en Asturias en El Franco (ACEVEDO-FERNÁNDEZ, lám. III, 2), en Lubián (con pie de forma especial;

Fig. 2.—Devanadera y torno.

CORTÉS, lám. V, izquierda; lám. XIV: *argadillo*), en la Serra da Estrêla (MESSERSCHMIDT, VKR IV, 286, fig. 27 1), en Trás-os-Montes (DIAS, fig. p. 266), en el Minho (SILVA PEREIRA, RPF V, figuras de pp. 117-127, pp. 249-259 de la tirada especial, de Gondomar y de Nespeira en el Concelho de Guimarães), en Andalucía (Grazalema, Ubrique, Baza), en Aragón (ALVAR, p. 165, fig. 28), en el Pallars (F. KRÜGER, VKR VIII, lám. I, 2: Sort).

Existen otras devanaderas más primitivas que ofrecen solamente una cruz de madera con ramos naturales que van hasta arriba en vez de los palitos. Las conocemos del Minho (SILVA PEREIRA, RPF V, figuras en las pp. 115 y 117, figu-

ra 112, pp. 247 y 249 de la tirada especial, de Várzea Cova, Concelho de Fafe y de Gondomar, Concelho de Guimarães), de Rumania (Oltenia, Maramures, y además en los distritos de Hunedoara y Putna) y de los Aromunes de Bulgaria (Curtova).

Cast., andaluz, arag., *devanadera*; Sanabria *deβanaðéira*, *deβanaðéira*; Cabrera Alta *deβanaðéira* (Casado, página 153); astur. occid. y gallego *devanadoira*. El eje de hierro es en Astorga *pjé*.

El *tórno* para bobinar se ve en nuestra foto 2 a la derecha. Consiste de la armazón, de una *rwéða* con *áro* y ocho *rayos*, movida por una *maniβéla*. Una *kwéða* va a la *maðéra ðel úso*, un carrete de madera más delgado en su parte media para poder encoger la cuerda, y fijado al eje, *éxe*, de hierro del huso, *úso*.

Parecido a este torno es el torno de Sanabria, el gallego, el cantábrico, el de la Sierra de Gata, del Alto Aragón, de la Ribagorza del Pallars, de Andorra (Krüger, VKR VIII, 263-264), y el torno del Minho (Silva Pereira, RPF IV, fig. p. 31: S. Miguel do Monte, Concelho de Fafe, y RPF V, fig. p. 257: Nespeira, Concelho de Guimarães). Pero existen en España también tornos con rueda maciza, conocidos del Pallars, de Sudoeste de Asturias, de Burgos y Valladolid (Krüger, VKR VIII, 263-264), de Andalucía: Grazalema, Ubrique, Baza (Giese, VKR VII, lám. II, 6), como también de Túnez, de Rumania y de los Aromunes.

El *telar* para lana y lino (nuestra foto 1) es un telar horizontal con pedal, que corresponde en lo esencial al telar de Sanabria y del sur de León, descrito por F. Krüger, *Sanabria*, pp. 258-263 (con lám. XXIII, 65: Vllar de Sanabria) y al telar de Lubián (Cortés, láms. V y XIII) (2).

(2) F. Krüger publicó en la página 259 de la obra indicada un dibujo muy instructivo.

El telar de Astorga es bastante arcaico, porque se usa aún la lanzadera a mano (como en Sanabria) y porque los hilos de los lizos fijos son de lino y no de acero como en los telares modernos. Se llama *telár de báxo líño*, para distinguirlo del telar vertical, o *telár de lanbadéra a máno*. Tejedor es el hombre.

Los cuatro maderos verticales de la armazón son los *pjes*. El plegador para la urdimbre de lino descansa en huecos de los maderos laterales (horizontales) de la armazón, y se llama *enxúlio pjé*. Para la lana se usa un plegador situado más arriba: *enxúlio*. La *urdímbre de líno* entre el *enxúlio pjé* y el *antepéco* forma un plano horizontal; la urdimbre de lana, un plano inclinado. El tejido pasa por el antepecho y va arrollándose al árbol del tejido que está por debajo. También el árbol del tejido se llama *enxúlio*. Recordamos que aún en Baza (Granada) y en Lorca (Murcia) se indican tanto el plegador de la urdimbre cuanto el árbol del tejido, sin distinción, con este mismo nombre. Al plegador se cuelga una caja con *pjédras*, llamado *fardélis* o *kontrapéso*, que sirve para arreglar la tensión de los hilos entre los dos enjulios. Cf. el peso (en general una piedra) que sirve para el mismo fin en el telar de la Serra da Estrêla (MESSERSCHMIDT, VKR IV, 268) (3). Dos *pálos* en la urdimbre ayudan a formar el encruzamiento de los hilos. El tejedor está sentado en una tabla, *sedéra*, de la anchura del telar.

El cilindro de madera, en el cual cuelgan los lizos del hilo fijo, tiene otra vez el nombre *enxúlio*. *El lizo* de hilo fijo se llama *péine de líño*, también *péine de líño a máno*, porque los lizos están hecho a mano, de lino, en contraposición a los de acero. Los listones son los *prekádos*. Para tejidos de lino se necesitan dos *peines* y pedales; para te-

(3) Sobre pesos de telares en Portugal véase V. CORREIA, *Etnografia artística portuguesa* (Barcelos 1937), pp. 44-58.

jidos de felpa, tres, uno para la barra y otros dos para el pie. Los pedales son las *primiðéras*. Los pedales secundarios (4), que forman ángulo recto con los pedales, son las *kǫntramárcas*. Para proteger una buena marcha se intercalan entre los *peines de lizo* y los pedales palos horizontales, los *traβaḷónes*, por medio de *kwę́rðas* hechas a mano.

La *lanβaðéra* de madera (fig. 3) se echa con la mano (como en Baza). Su eje de hierro, *brǫ́ka*, lleva una canilla: *kanίya* para el hilo de trama.

El batiente que sirve para fijar la trama se compone de cuatro palos que forman una canal que lleve el peine por

Fig. 3.—Lanzadera.

el cual pasan los hilos de la urdimbre. El batiente se llama *la kanál*; su peine, *la ęstίya*.

enxúlio 'plegador de la urdimbre', cast. *enjulio*, Daimiel, Grazalema, Ubrique, Baza, Lorca *enxúlio*, INSUBULU REW 4.476.

urðímbre, cast. *urdimbre*, beir. *urðúme*, *urðíðura*.

antepę́ço, cast., arag., andaluz (Grazalema, Ubrique), murc. (Lorca) *antepecho*, ANTEPECTU.

fárðęlis 'contrapeso', cast. *fardel* 'talega', Maragatería y Astorga *fardela* 'fardel, saquillo para llevar provisiones' (GARROTE), del provenzal *fardel* (del árabe *farda* 'lío'). Sea que originariamente en vez de la caja con piedras, se usa-

(4) Cf. mis explicaciones ZRPh LIV, 524-525 y *Nordost-Cádiz*, páginas 186-187.

ban sacos con piedras, sea que *fardẹ́lis* (plural de *fardel*) está en este caso en el sentido general de 'carga', 'peso'.

sedẹ́ra 'asiento del tejedor', Barroso (Trás-os-Montes) *sedeira* (RL XXXV, 289), SEDE (REW 7.781) y -ARIA.

pẹ́ine de líθo 'lizos del hilo fijo', manchego (Daimiel), andaluz (Grazalema, Ubrique, Guadix), murc. (Lorca) *pẹ́ine*, PECTEN; Baza *líso*, LICIU.

prệcádos 'listones de los lizos del hilo fijo', Lubián *prechadas* 'los palos de que se sujetan los lizos en el telar, llamados también *lizos*' (CORTÉS), minh. *prichadas* 'pausinhos quadrados, onde estão presos os liços', beir. *prîsádaŝ* y *perŝádaŝ* 'liços' (MESSERSCHMIDT, VKR IV, 271), aragonés (Ansó) *perĉáos del péine* 'listones de los lizos' (KRÜGER, VKR VIII, 271), PERTICA REW 6 432.

primiđẹ́ras 'pedales', gallego (Melide), minh. (Viana do Castelo) *premedeiras*, Barroso *promedeiras*, *promedeiras* (RL XXXV, 289), derivan de PREMERE; cf. Lubián *apremedeiras* 'pedales del telar' (CORTÉS), Pías *apremađẹ́iras* (KRÜGER, *Sanabria*, p. 262), Serra da Estrêla (Trinta) *apremeđẹ́iraŝ* (MESSERSCHMIDT, VKR IV, 271), Sanabria *empremeđẹ́iras*, *empremiđẹ́iras* (KRÜGER, *Sanabria*, p. 262), Daimiel *ęsprimiđéras*, gallego *espremideiras*, Vilar de Perdizes (Barroso) *spremedeiras* (RL XXXV, 289), minh. (Barcelos), alent. *espremedeiras*; andaluz (Grazalema, Ubrique) *ę*primiđéra* 'conjunto de pedales'.

traƀaḷónes 'pelos horizontales entre los lisos de hilo fijo y los pedales', bearnés *trabalhoûs*, *drabalhoûs* 'les cordes qui, dans un métier à tisser, sont entre la lisse et les pédales' (S. PALAY), cf. Ansó *traƀaḷónes* 'pedales secundarios' (KRÜGER, VKR VIII, 273). Para la *ḷ* de Astorga cf. Lubián *traballo*, gallego *traballo*, port. *trabalho* 'trabajo'.

lanθađẹ́ra, cast. *lanzadera*, arag. (Ansó) *lanθađéra*, andaluz (Grazalema, Guadix, Baza), murc. (Lorca) *lansađéra*, port. *lançadeira*.

bróka, arag., aranés, Maestrazgo *bróka*, FEW BROCCU.

kaníya, cast., manchego (Daimiel) *canilla*, andaluz (Grazalema, Ubrique, Baza), murc. (Lorca) *kaníya*, CANNELLA.

la kanál, andaluz (Grazalema, Ubrique, Baza), murc. (Lorca) *la kanál*; cf. astur. occid. *kanáres*, leon.-sanabr. *kanáles*, gallego *canales*, sanabr. (Calabor, Benuza) *kanál* 'listones del batidor' (KRÜGER, *Sanabria*, p. 261 y VKR VIII, 273).

la estíya 'peine del batiente', arag. (Ansó, Villarreal) *estilla* (BERGMANN, p. 84). FEW, REW ASTELLA 'astilla'. En Daimiel, en Grazalema, Ubrique y Lorca *astilla* o sus respectivas formas dialectales significan 'diente del peine'.

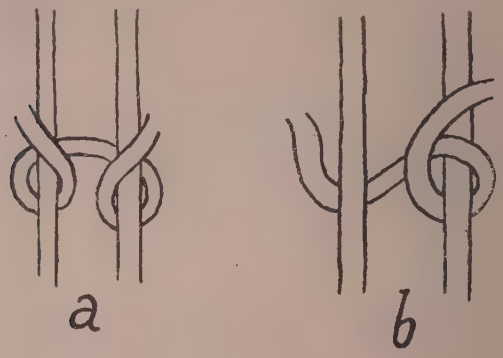


Fig. 4.—Nudos.

En el cuarto posterior se encuentra el taller de *alfombras* y *tapices*. Estos se elaboran en dos anchos telares verticales, llamados *telares de alto lizo*. Hay un *enjulio* por arriba y un *enjulio* por abajo. La manera de funcionar de estos telares se deduce del esbozo de STUHLMANN, p. 113, fig. 38 izquierda. Trabajan en estos telares los muchachos. Se fabrican *alfombras de nudos turcos* (fig. 4 *a*), *alfombras de nudos persas* (fig. 4 *b*) y *alfombras a lo español*.

Estos telares son los *únicos telares verticales* (que también se pueden llamar telares de empuñadura en oposición a lo telares de pedales, con urdimbre horizontal) que conozco de la península Ibérica. Los muchachos trabajan de manera que la parte hecha está debajo, donde se arrolla.

Admitimos que los telares verticales son más antiguos que los horizontales y que eran conocidos por los antiguos egipcios, por los griegos y romanos (cf. STUHLMANN, p. 119), de modo que los telares verticales de Astorga continuarán telares romanos. Representan la forma más arcaica romana, donde la parte hecha se arrolla en el enjulio inferior, mientras que el tipo romano más moderno, donde la parte hecha se va arrollando en el enjulio superior, está representado por el telar de Hucela, distrito de Stolac, en Hercegovina (5), y por el telar vertical de Djakovica en el Kosmet (Metohia, Yugoslavia) (6). La misma forma como en Astorga se ha conservado en todo el norte de Africa, y se encuentra exclusivamente entre los bereberes del Atlas y del Sáhara (cf. STUHLMANN, p. 119) (7). Para la fabricación de alfombras, el mismo tipo se usa aún hoy entre los persas (8), turcos (9), armenios (10) y en Rusia (11).

(5) Véase la figura en G. BUSCHAN, *Illustrierte Völkerkunde*, vol. II, t. 2 (Stuttgart 1926), p. 537, y HABERLANDT, p. 150.

(6) HABERLANDT, p. 150. Trabajan con este telar hombres albaneses. Cf. F. NOPCSÁ, Albanien (Berlín-Leipzig 1925), p. 126: «bei Djakovo trifft man allerdings auch den vertikalen Webstuhl an» (Djakovo es el Djakovica de hoy). Con esta excepción los albaneses conocen, cuanto sabemos, solamente el telar horizontal.

(7) Véase para Argelia STUHLMANN, fig. p. 116 (según B. FATAH, también reproducido en G. BUSCHAN, *Illustrierte Völkerkunde*, vol. II, t. 2, p. 1.052) y texto pp. 117-120, para Túnez las figuras en LEHNERT Y LANDROCK, *Nordafrika* (Berlín 1924), p. 29, y J. DESPOIS, *La Tunisie* (París 1930), p. 179 (Gabés). En el Maghreb son siempre mujeres que trabajan con el telar vertical.

(8) Véanse los siguientes fotograbados: W. PH. SCHULZ, *Die Welt des Islam*, t. I (München 1917), p. 86: Sultanabad (muchachas); B. KELLERMANN, *Auf Persiens Karawanenstrassen* (Berlín 1928), antes de la página 41: Isfahán (muchachos; texto p. 74: muchachos y muchachas); K. STROMBERG, *Der grosse Durst* (Hamburgo 1954), después de la p. 96 (muchachas; texto p. 114: muchachas de nueve a trece años).

(9) Véase para Tauris en Aderbayán la foto en A. VON GRAEFE, *Iran* (Berlín-Zürich 1937), p. 47 (muchachos); y para el Dodecaneso, donde la fabricación de alfombras será un elemento de cultura turca, la figura en

Donde aparece el telar horizontal ordinario para lana en las comarcas del litoral argelino y marrocano, como en Tetuán, en Tremecén y Nedroma, puede ser de introducción relativamente moderna, por parte de moros españoles (12). Pero también en estos casos hay que pensar en la posible existencia de telares horizontales anteriores a esta influencia. El telar de Hammamet (Túnez), para lana, algodón y seda, ofrece ciertas particularidades que se repiten en telares de Baza y del Alentejo septentrional (Nisa, Castelo de Vide) (13). Como no se puede pensar en una influencia moraandaluza en Hammamet, debe presumirse la existencia del mismo tipo de telar o de tipos análogos también para Argelia y Marruecos, por lo menos en los centros de cultura árabe, en tiempos anteriores a la llegada de moros andaluces expulsados. Mencionamos que beduinos de Argelia trabajan también en primitivos telares horizontales sin pedales (14). Sabemos que aun las turcmenas (15) y las

---

G. Stefanini-A. Desio, *Le colonie, Rodi e le isole italiane dell' Egeo* (Torino 192°), p. 416 (muchachas), sin indicación del lugar. El telar correspondiente sirve en Tiflis para la fabricación de alfombras tártaras (Haberlandt, p. 151).

(10) Véase el fotograbado en *Handbuch der geographischen Wissenschaft*, tomo *Vorder- und Südasien* (Potsdam 1937), p. 58 (mujeres).

(11) Según D. Zelenin, *Russische (Ostslavische) Volkskunde* (Berlin-Leipzig 1927), p, 174, los tapices se elaboran en telares ordinarios o en telares de tipo simplificado, muchas veces verticales (cf. también la descripción del telar vertical para esteras en la p. 161, con figuras.

(12) Los tejedores de Tremecén pretenden que los telares de bajo lizo fueron introducidos por moros andaluces que se establecieron en Tremecén después de expulsados de España (en el siglo XVI o ya antes). Cf. A. Bel et P. Ricard, *Le travail de la laine a Tlemcen* (Alger 1913), página 53.

(13) Véase W. Giese en VKR VII, 42-44.

(14) Véase la figura en P. Dumas, *L'Algérie* (Grenoble 1931), p. 211 (medio).

(15) Figura en G. Krist, *Allein durchs verbotene Land* (Viena 1941), página 17.

kirguisas (16) elaboran sus alfombras en telares horizontales.

Existen telares verticales además en Rumania (17), pero en estos casos no podemos fijar el tipo.

WILHELM GIESE

Universidad de Hamburgo.

ABREVIATURAS

ACEVEDO-FERNÁNDEZ = B. ACEVEDO Y HUELVES y M. FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ, *Vocabulario del vable de occidente* (Madrid 1932).

ALVAR = M. ALVAR, *El habla del Campo de Jaca* (Salamanca 1948).

BERGMANN = W. BERGMANN, *Studien zur volkstümlichen Kultur im Grenzgebiet von Hocharagon und Navarra* (Hamburgo 1934).

CASADO = M. C. CASADO LOBATO, *El habla de la Cabrera Alta* (Madrid 1948).

CORTÉS = L. L. CORTÉS Y VÁZQUEZ, *El dialecto galaico-portugués hablado en Lubián (Zamora)* (Salamanca 1954).

DIAS = J. DIAS, *Rio de Onor* (Porto 1953).

GUZMÁN = GUZMÁN ALVAREZ, *El habla de Babia y Laciana* (Madrid 1949).

HABERLANDT = A. HABERLANDT, *Kulturwissenschaftliche Beiträge zur Volkskunde von Montenegro, Albanien und Altserbien*. Zeitschrift für österreichische Volkskunde, Erg.-Bd. XII (Viena 1917).

---

(16) Figura en G. BUSCHAN, *Illustrierte Völkerkunde* vol. II, t. I (Stuttgart 1923), p. 354.

(17) Véase T. PAPAHAGI, *Images d' ethnographie roumaine*, t. III (Bucarest 1934), figura p. 174: Călui, Oltenia oriental, telar para esteras (mujer); figura p. 233: Petresti, Oltenia, telar introducido de Bulgaria o Yugoslavia (hombre trabajando en un tapiz); K. LECHNER, *Sommer in Rumänien* (Berlín 1940), fotograbado después de la p. 174: Transilvania (muchachas y muchachos trabajando en una alfombra), sin indicación del lugar.

KRÜGER, *Sanabria* — F. KRÜGER, *Die Gegenstandskultur Sanabrias und seiner Nachbargebiete* (Hamburgo 1925).

MESSERSCHMIDT — H. MESSERSCHMIDT, *Haus und Wirtschaft in der Serra da Estrêla (Portugal)*: VKR IV (1931), pp. 72-163 y 246-305.

SILVA PEREIRA — M. PALMIRA DA SILVA PEREIRA, *Fafe. Contribuição para o estudo da linguagem, etnografia e folclore do concelho*: RPF III, 196-216; IV, 20-185 y 374-416; V, 89-187.

STUHLMANN — F. STUHLMANN, *Ein kulturgeschichtlicher Ausflug in den Aures (Atlas von Süd-Algerien)* (Hamburgo 1912).

Sobre la historia de la noria de tiro

SUMARIO.—1) Palabras preliminares.—2) La noria de sangre en las obras de los autores árabes medievales.—3) La noria de sangre y su expansión en el mundo islámico.—4) La noria de sangre en la India.—5) La noria de sangre en China.—6) Vuelta a Occidente.—7) La noria de sangre en España.

La aparición, no hace aún mucho, del libro de Jorge Dias y Fernando Galhano sobre los ingenios utilizados en Portugal para elevar el agua destinada a usos agrícolas, constituye un hito importante en la historia de la Etnología peninsular (1) y me mueve a publicar en forma de artículos sueltos las notas que he recogido sobre asunto parecido, dedicando un artículo por lo menos a cada uno de los distintos ingenios estudiados en su país por mis queridos colegas portugueses, con una competencia y escrupulosidad envidiables.

Después de publicado mi estudio sobre la rueda de corriente, cuya historia procuré trazar, y en el que pude recoger sólo de modo rápido los resultados a que llegaron Dias y Galhano tratando de Portugal (2), creo oportuno destinar éste a la rueda de tracción movida por animales, a la que en la publicación portuguesa se le dedica una parte muy consi-

(1) *Aparelhos de elevar a água de rega. Contribução para a estudo de regadio em Portugal* (Oporto, 1953), 264 págs.

(2) *Norias, azudas, aceñas* en REVISTA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES, X (1954), págs. 29-160.

derable (3). Pienso que, sobre todo, desde el punto de vista histórico, mis averiguaciones pueden ser de cierta utilidad y novedad.

I

Acerca de la fecha y lugar donde se inventó la «noria de sangre», es decir, la movida por un animal o dos, se han lanzado varias hipótesis, ninguna de las cuales se halla debidamente apoyada (4).

Hay, en primer término, una porción de arqueólogos que creen probable que existiera ya en el Antiguo Egipto y en Mesopotamia. Pero esta mera opinión de autores como el egiptólogo F. Hartmann (5) y el asiriólogo Handcock (6) se halla combatida con buenas razones por varios de los investigadores que vamos a citar luego. Algunos—en segundo lugar— juzgan que es invención de la antigüedad clásica. Y los más piensan que se debe a un ingenio o ingeniero del cercano, del medio o del lejano Oriente que vivió en época incierta de fines de la Antigüedad o comienzos de la Edad Media.

A la tesis más repetida de que su inventor fué un árabe (7) han sucedido las de los que sostienen:

---

(3) DIAS y GALHANO, pp. 59-124.

(4) Como guía inicial hemos tomado a B. LAUFER, *The noria or persina wheel* en «Oriental studies in honour of Cursetji Erachji Pavry edited by Jal Dastur Cursetji Pavry» (Londres, 1933), págs. 238-250.

(5) LAUFER, op. cit., pág. 241, en que combate su tesis. Sir J. GARDNER WILKINSON. *A popular account of the ancient egyptians*, I (Londres, 1854), pág. 34, se expresa ambiguamente al hablar del origen de la «noria de agua» y el tornillo.

(6) LAUFER, pág. 241, donde también combate el punto de vista éste. La argumentación de LAUFER es, sin embargo, insuficiente por razones que se indicarán más adelante.

(7) Esta es la opinión generalizada y vulgar, que casi no requiere apoyo de autoridades. A veces se expresa de un modo harto laxo, como en el, por lo demás excelente, tratado de A. RONNA, *Les irrigations. I, les eaux d'irrigation et les machines* (París, s. a.), pág. 558, «Les norias

1) Su origen persa, como sir John Myres y Berthold Laufer (8).

2) Su origen indú, como A. Neuburger (9).

3) Su origen chino (10).

Examinemos los fundamentos que pueden tener opiniones tan diversas.

Entre los clasicistas hemos de poner, en primer término, al gran historiador ruso M. Rostovtzeff, del cual son las palabras siguientes (11): «Para la ciencia griega de la mecánica, según estaba desarrollada en los siglos IV y III antes de J. C., era empresa fácil el construir una rueda hidráulica simple y eficaz combinando una rueda dentada con un cable sin fin. Así fueron usadas la conocida *sakiyeh* y las máquinas similares de la región del Eufrates y el Orontes, y aún se hallan empleadas extensamente en Egipto y Siria. En los documentos griegos del Egipto helenístico y romano la *sakiyeh* es denominada μηχανή o μηχανὴ ἀντλοῦσα, ὄργανον, μηχανικὸν ὄργανον. Se halla mencionada en primer término en un papiro del siglo II antes de J. C., y después en otro del año 5 antes de J. C.; igualmente y con mucha frecuencia en documentos del período romano» (12). A esto

---

se retrouvent dans tous les pays qui ont été soumis à la domination des Maures; aussi bien en Egypte qu'en Espagne et dans le Midi de la France».

(8) La opinión de MYRES se halla recogida por P. VOWLES, *The Quest for power* (Londres. 1931), pág. 46, donde se lee: «There is, however, no evidence of this in ancient Egyptian records.»

(9) LAUFER, pág. 243, citando un trabajo de éste aparecido en «Der Mensch und die Erde» de H. KRAEMER (IX, pág. 306).

(10) Véase lo que se dice respecto a tradiciones chinas en el texto correspondiente a las notas 74-77 y LAUFER, págs. 246-247.

(11) *The social and economic history of the hellenistic world*, I (Oxford, 1941), pág. 363.

(12) Apoya lo dicho con referencia a W. L. WESTERMANN y C. J. KRAEMER JR., *Greek Papyri in the library of Cornell University* (1926), 5 en el primer caso, y a *Aegyptische Urkunden aus den Königlichen Museen zu Berlin*, 1120, 20 en el segundo.

añade poco después (13): «En la correspondencia de Zenón no se hallan mencionados ni la *sakiyeh* ni el κοχλίας, pero existe evidencia de la existencia del último, y en el período romano primitivo se halla representado en ciertas pinturas y esculturas como usado para regar jardines.»

Creo que no hay suficiente documentación para afirmar que lo llamado por los griegos de Egipto μηχανή, etc., era justamente lo que los egipcios modernos llaman *sakiyeh;* es decir, la noria de sangre, pues aparte del tornillo de Arquímedes pudieron usar y usaron otras máquinas, como el tímpano, la rueda de corriente y el cigüeñal, que podían ser consideradas también como una invención ingeniosa o μηχάνημα. La misma falta de representaciones de ruedas de sangre y la existencia de imágenes y referencias a las otras y al tímpano son significativas.

Pero no es Rostovtzeff el único «clasicista» en este punto concreto o el único que reputó que ya en la Antigüedad conocieron la noria de sangre algunos pueblos del mundo imperial.

Flinders Petrie dice que la noria de sangre egipcia fué *introducida* en Egipto en un momento bastante tardío del Imperio romano (14). Ello ciertamente es posible, dado que no vamos a exagerar el valor del argumento «ex silentio». Pero en tal caso cabe pensar que los romanos de la decadencia y los coloniales tomaron la invención de otros pueblos con los que por entonces estuvieron en contacto y que pudieron ser persas, indúes o chinos precisamente (ya que no árabes), conforme a lo que sostienen algunos de los diferentes autores citados más arriba y otros.

Ignoro los motivos que un conocedor tan profundo de la Arqueología clásica como sir John Myres tiene no sólo

(13) ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, I, pág. 364.

(14) F. W. ROBINS, *The story of water supply* (Oxford, 1946), página 42, que combate la tesis por medio de un razonamiento que no juzgo exacto, conforme al cual la gran difusión de este ingenio tendería a demostrar antigüedad mayor que la supuesta por los clasicistas.

para defender que la noria es de origen persa, sino también para afirmar que fué introducida en Egipto en tiempo de los árabes. Pero las razones que pueden presentarse para defender este punto de vista no se hallan, desde luego, muy claramente expuestas en el estudio que a la «rueda persa» o «noria» dedicó Laufer defendiendo algo parecido (15). Ello es debido a que el sinólogo y orientalista germano-americano desarrolló en él gran erudición, pero trató con ambigüedad técnica de la morfología de diversas clases de máquinas, incluso de la rueda elevatoria movida por agua corriente, que obedece a principios mecánicos autónomos hasta cierto punto.

Unos argumentos filológicos parecen apoyar el origen persa:

1.° El de que la voz *dūlāb* con que a veces se designa a la noria de sangre es de tal origen (16).

2.° El de que en Occidente se han popularizado denominaciones como la inglesa de *persian wheel*.

Ninguno de los dos es suficiente, dada la extraordinaria variabilidad del vocabulario usado por los árabes con respecto a aparatos hidráulicos.

Desde un punto de vista estrictamente tecnológico tenemos que admitir todo lo que sigue:

1.° La tracción animal del tipo de la usada para mover la noria de sangre comienza a conocerse en el mundo grecoromano, aplicada a diversas clases de «muelas», en época posterior al siglo IV antes de J. C., y parece depender de investigaciones mecánicas hechas por discípulos de Aristóteles, como Straton de Lampsaco (287-269 antes de J. C.) (17).

---

(15) LAUFER, págs. 238-250. Tampoco es muy explícito ALBERT NEUBURGER, *Die Technik des Altertums* (Leipzig, 1919), págs. 220-221.

(16) Véase nuestro estudio *Norias, aceñas, azudas* (citado en la nota 2), y LAUFER, pág. 240.

(17) Sobre la «moción circular» llevó éste a cabo grandes experiencias. BENJAMÍN FARRINGTON, *Greek Science. 2. Theophrastus to Galen* (Harmondsworth, 1949), págs. 27-44.

2.º Los engranajes son poco conocidos por los tratadistas de mecánica más antiguos, como Filón, y algo más por los más modernos, cuales Herón o Vitruvio mismo (18).

3.º Entre el momento en que se tuvo conocimiento teórico de principios tales a aquel en que se aplican a fines utilitarios pasa, por lo general, bastante tiempo, de suerte que, por ejemplo, el molino, tal como lo describe Vitruvio, se vulgariza bastantes siglos después.

4.º No hay ninguna descripción fehaciente de noria de sangre en texto clásico o greco-romano, aunque sea de época baja.

5.º En tal época llevan a cabo innovaciones tecnológicas los ingenieros persas de los monarcas sassanidas, algunos chinos y también los indúes. Hay que colocar, sin embargo, a los primeros como antecesores más directos de los mecánicos árabes y como individuos que vivieron en una zona de la que se difundieron en direcciones varias algunos ingenios de gran importancia en la historia de la mecánica; por ejemplo, un tipo de molino de viento.

De todas suertes la noria como máquina no se comprende sin que previamente haya existido la mecánica helenística. Es muy probable que no sea una invención de los alejandrinos o griegos de la época imperial, pero los ingenios que la inventaron, persas u orientales de otra estirpe, sabían mucho de lo que aquéllos habían ideado en punto a engranajes, etc.; conocían probablemente los libros de Filón, de Herón, etc., como luego los siguieron conociendo los mecánicos y hombres de ciencia árabes o que escribieron en lengua arábiga, y a los que tantas invenciones se han atribuído

(18) Aage Gerhardt Drachmann, *Ktesibios, Philon and Heron* (Copenhague, 1948), págs. 41-42, indica que Filón no habla ni de tornillos, ni de resortes, ni de espirales, ni de turbinas, ni de engranajes. Sin embargo, hay algún engranaje descrito por Filón, *Le livre des appareils pneumatiques et des machines hydrauliques...*, edición y traducción de Carra de Vaux (París, 1902), págs. 146-147 (170-171), cap. XXXV. El engranaje es muy simple y el aparato en que aparece de ninguna utilidad práctica.

de modo indebido. Con el ingenio con que mecánicamente está más emparentada la noria de sangre es con el molino de eje horizontal, tal como lo describió ya Vitruvio (19), al que se ha dado origen persa; asimismo (20) con el molino de bestias.

En efecto, el molino vitruviano presupone el conocimiento de un engranaje de la rueda de eje horizontal con una linterna u otro aparejo semejante de eje vertical. Y puede incluso pensarse que la noria de sangre es el resultado de la observación:

1.° De un molino de bestias o atahona usado para cualquiera de los múltiples fines a que se destinaba, que dió la idea de aplicar la tracción animal, la «fuerza viva» a sacar agua.

2.° De un molino de agua con dos ruedas engranadas.

II

Los árabes, o mejor dicho, los mahometanos, en su momento de gran expansión y triunfos guerreros, desempeñaron un papel decisivo en la difusión de la noria de sangre, sobre todo por Occidente (21). Es a autores de lengua árabe también a los que debemos los primeros estudios sobre la máquina, así como sobre varias aplicaciones de ella de carácter teórico. Y es a arabistas a quienes se deben los estudios técnicos más serios acerca del tema, como el de Eilhard Wiedemann y F. Hauser, en que se discurre sobre los ingenios hidráulicos de los árabes (22), aunque, como en otro ex-

---

(19) Vitruvio, «De arch.» X. 5.

(20) Laufer, págs. 248-249.

(21) Charles Parain, *The Evolution of Agricultural Technique*, en «The Cambridge Economic History of Europe», I (Cambridge, 1942), página 137 (véase también pág. 353 de la misma publicación).

(22) *Beiträge zur Geschichte der Technik und Industrie. Über vorrichtungen zum heben von wasser in der Islamische welt von Geh. Hofrat Professor Dr. Wiedemann Erlangen und Privatdozent Dipl. Ing.*

celente de Colin (23), no se pretende agotar el tema desde el punto de vista de la tecnología general y comparada y no aclara lo suficiente las ambigüedades del vocabulario. En el estudio de los autores alemanes hay que hacer resaltar—en primer término—una serie de datos que indican cómo los tratadistas de mecánica del mundo musulmán medieval que se ocuparon de máquinas de elevar agua y otros hombres de ciencia y filósofos que escribieron en árabe literario, se hallaban fuertemente influídos por la lectura de los mecánicos griegos (que a veces tradujeron) (24).

Cuatro clases de obras nos proporcionan datos de valor y sentido diferente:

I. Los referidos tratados de mecánica.

II. Los diccionarios y vocabularios escritos por gramáticos.

III. Los libros de geografía y viajes o historia en general.

IV. Los tratados de agricultura.

Las referencias más antiguas, que se remontan a los primeros tiempos del califato, se hallan en diccionarios. Acaso el más viejo de todos los textos respecto a norias de sangre es uno referente al año 884-5 de J. C. dado por Ahmad ibn al-Taŷŷīb, que recuerda Laufer (25). Pero por razones téc-

---

Dr. Phil. und Dr. Techn. F. Hauser. («Sonderabdruck aus Beiträge zur Geschichte der Technik und Industrie. Jahrbuch des Vereines Deutscher Ingenieure, herausgegeben von Conrad Matschoss 1918, 8 Band (Verlag von Julius Springer in Berlin)», págs. 121-154 de la publicación original.

(23) *La noria marocaine et les machines hydrauliques dans le monde arabe*, en «Hespéris», XIV (1932), págs. 22-60.

(24) WIEDEMANN y HAUSER, *op. cit.*, págs. 123-124. El artículo de G. F. ZIMMER *The early history of mechanical handling devices*, en «Transactions of the Newcomen Society for the study of the History of Engineering and Technology», II (Londres, 1921-1922), págs. 1-11, carece de crítica.

(25) LAUFER, pág. 240. Hay que indicar que un lexicógrafo de Murcia, Ibn Sida (1007-1066), es también de los autores antiguos que tratan de los aparatos para elevar agua. WIEDEMANN y HAUSER, pág. 128.

nicas comprensibles conviene comenzar el estudio de los textos con los de la índole indicada en primer lugar.

Entre los escritores de mecánica árabes descuella Al-Jazarī (1181-1182, 1205-1206), autor de un famoso tratado que en gran proporción depende de los helenísticos o griegos del período romano (26). En la parte quinta de él describe los aparatos hidráulicos, y entre ellos varios tipos de noria de sangre y de otros ingenios asociados con ella más complicados y de utilización problemática.

Al-Jazarī compuso su texto hacia 1206. Era, ante todo, un técnico, secundariamente escritor. Su libro, denominado en ocasiones con el título expresivo de «Trabajo que combina la teoría y la práctica y es provechoso para el arte de los artificios ingeniosos» (27), se halla conservado en varios manuscritos, de los cuales el mejor es el de la Bodleiana de Oxford (Graveley Ms., 27), fechado en 1486 (y copiado de otro de 1341) que hemos tenido la posibilidad de examinar (28). Las ilustraciones de la obra parecen haber seguido una tradición poco variable durante los siglos, y algunas son más perfectas que otras; dos de los dibujos que van a continuación se hicieron directamente sobre el manuscrito oxoniense; otro está tomado de las buenas fotos que ilustran un trabajo de Coomaraswamy, en que se estudian.

Ante ellos podemos hacer ya una distinción fundamental entre:

a) Noria por lo bajo.

b) Noria por lo alto.

Esto atendiendo a la posición de las ruedas engranadas en el conjunto.

---

(26) George Sarton, *Introduction to the History of Science*, I (Baltimore, 1950), págs. 632-633.

(27) *The Treatise of Al-Jazarī on automata. Leaves from a manuscript of the kitāb fī maᶜarifat alhiyal al handasiya in the Museum of fine Arts, Boston, and elsewhere, by Ananda K. Coomaraswamy...* (Boston, 1924), pág. 5.

(28) Coomaraswamy, *op. cit.*, pág. 5.

Para establecer variedades puede servirnos también el examen de los diferentes tipos de engranajes, a saber:

1) El engranaje de linterna.
2) El engranaje de ángulo.

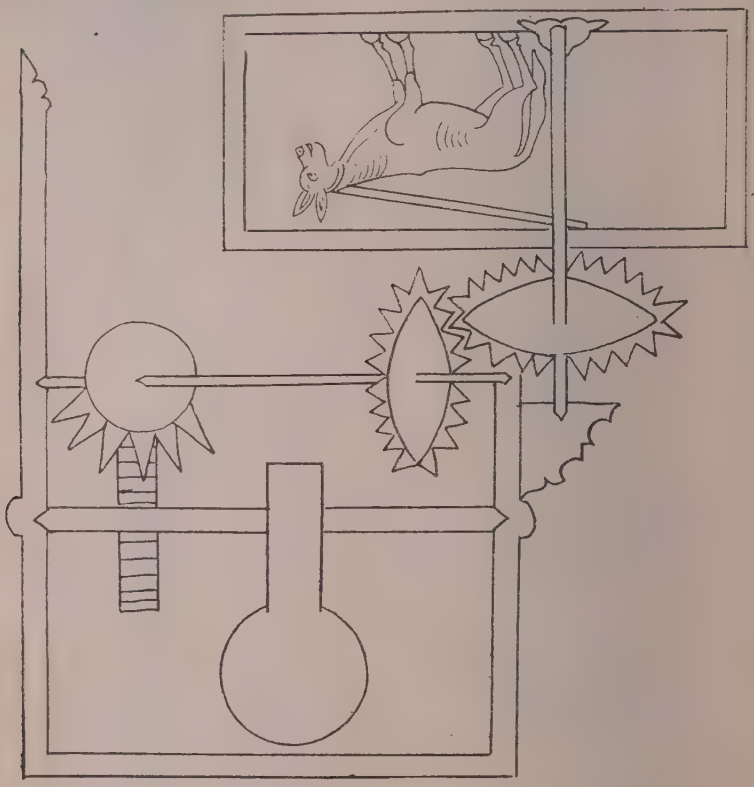


Fig. 1.—Ingenio descrito por Al-Jazarī, con representación de un tipo de noria «movida por lo bajo» (según el manuscrito de Oxford).

3) El engranaje de diente.
4) El engranaje de crucetas.

Otros elementos que habrá de servir para perfilar los tipos y redondear las clasificaciones serán:

1) La existencia de arcaduces de barro, cangilones de madera (bambú u otra sustancia vegetal) o de metal.

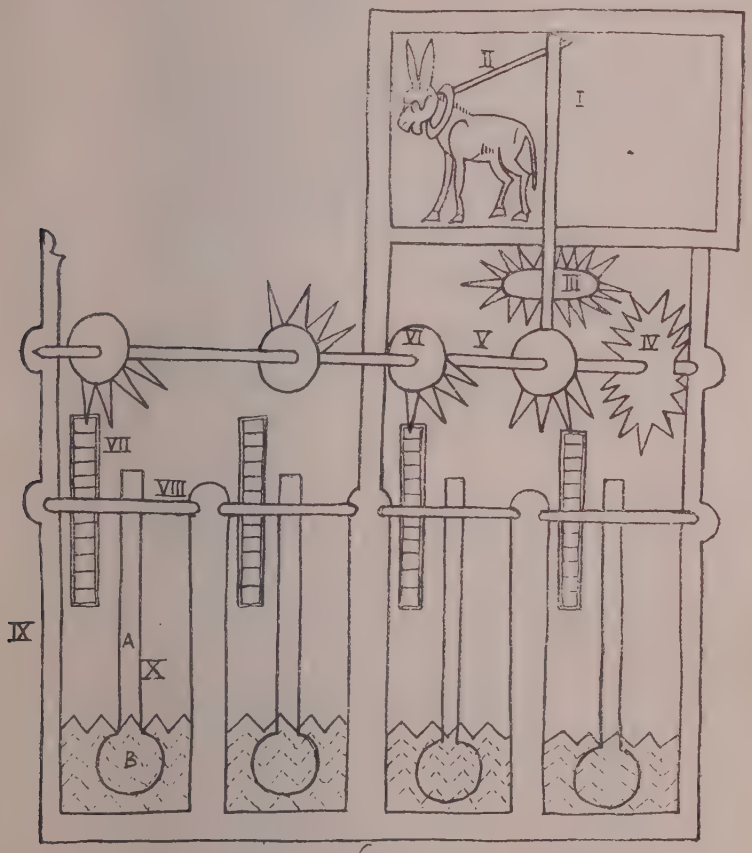


Fig. 2.—Ingenio descrito por Al-Jazarī, con representación de un tipo de noria «movida por lo bajo» (según un manuscrito de Boston).

2) El tamaño de las ruedas y la forma de hallarse relacionada la «de agua» con la de «tracción»; es decir, si la unión se verifica directamente o si existe una rueda intermedia.

Las figuras de Al-Jazarī parecen referirse a norias con engranaje de ángulo, arcaduces de barro y ruedas engranadas directamente, aunque en realidad sean como un desarrollo teórico de ellas que raras veces puede considerarse como afortunado.

Wiedemann y Hauser analizaron el texto que las acompaña. Ahora sólo las comentaremos brevemente.

1.ª Correspondiente al capítulo I de la parte quinta, en que nuestro autor trata de una especie de noria de doble rueda y de una sola bestia y de las que hemos clasificado también como «movidas por lo bajo» que, sin embargo, tiene la particularidad de que no sube una serie de cangilones colocados en una cadena o cable doble sin fin, sino que sirve para mover un gran cucharón por medio de un engranaje de problemática eficacia; la figura 1 es suficientemente clara para no tener que seguir más de cerca el texto del autor árabe y de sus comentaristas (29).

2.ª En el capítulo II de la misma parte quinta se describe «un tipo distinto de *dūlāb*» bastante más complicado, como se puede ver en la figura 2, que está calcada de la hoja VI de las que se hallan en el Museo de Boston y fueron publicadas por Coomaraswamy (30), y en la figura 3 copiada del manuscrito de Oxford. El aparejo de la figura 2 consta de un eje vertical (I), malacate (II), rueda de aire (III), rueda de agua (IV), eje horizontal (V), cuatro ruedas dentadas en un cuarto de su circunferencia, en cuatro diferentes direcciones (VI), cuatro aspas en conexiones con ellas (VII), un segundo eje horizontal para colocar las aspas (VIII) y los cuatro cucharones (IX), compuestos de mango (a) y recipiente (b). El pozo amurado (X) tendrá que poseer tres machones fuertes (XI) en su interior. Es problemático, como se ha dicho, que semejante ingenio, ampliamente comentado

(29) Wiedemann y Hauser, *op. cit.*, págs. 138-139. Graveley, *Ms.* 27, fol. 99 vto. (fig. 14).

(30) Coomaraswamy, págs. 16-17. Cfr. Graveley, *Ms.* 27, fol. 100 r.

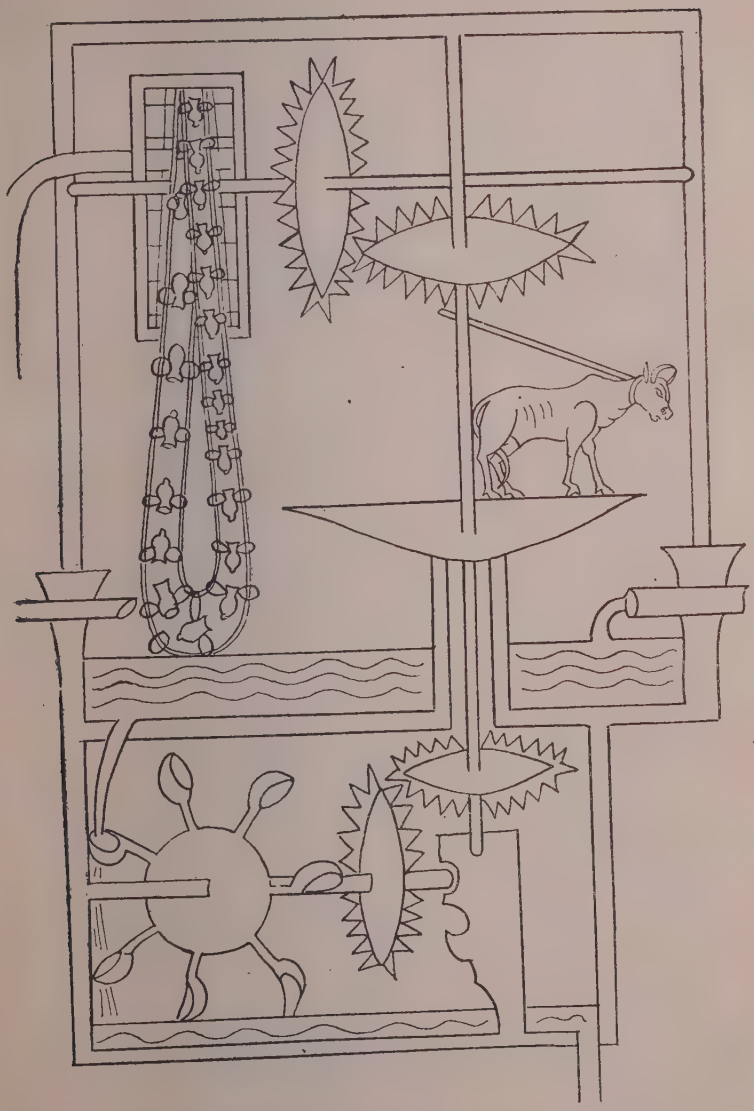


Fig. 3.—Ingenio descrito por Al-Jazarī, con representación de noria «por lo alto» y sistema de arcaduces (según el manuscrito de Oxford).

asimismo por Wiedemann y Hauser, haya sido usado (31), y menos aún el descrito en tercer lugar, que es otra combinación extraña de noria de sangre con rueda movida por agua, de interés, sin embargo, por las razones que siguen:

1.° Porque refleja el conocimiento de la «noria por lo alto».

2.° Porque indica la existencia de un tipo de rosario de cangilones muy parecido a los que hoy día se conocen.

3.° Porque revela un conocimiento sólido del principio de asociación de una rueda de agua, movida por arriba, y otra paralela a ésta con la de engranaje, de eje vertical; es decir, la combinación que se encuentra en los molinos de eje horizontal.

La cuarta lámina en que aparece otra noria de sangre no añade nada a lo que ya conocemos por las tres anteriores (32) y la quinta refleja un aparato, siempre muy raro, en relación con ruedas movidas por agua únicamente (33) del que ahora no hemos de ocuparnos. En lo que se refiere al vocabulario recordemos que según Colin los antiguos lexicógrafos árabes consideraban que la noria propiamente dicha constaba de las partes siguientes:

1) Un tambor = *šahraq*

2) Un par de cables sobre el = *masadāni*.

3) Los vasos sujetos en ellos = *zuṣmūr*, *ṣuẓmūr*, *zuḍmūr* (de foliolos de palmera untados de pez).

4) Un dornajo o pila de madera = *ǧadwal*.

5) La gran rueda horizontal = *manǧanūn*, con su doble *manǧanīn* (?) (34).

Hay que admitir que entre estas palabras hay alguna que se halla en griego bizantino, como la de *manǧanūn* (35), uti-

(31) Wiedemann y Hauser, *op. cit.*, pág 141 (fig. 16).

(32) Wiedemann y Hauser, *op. cit.*, págs. 143-144 (fig. 20, pág. 144). Graveley, *Ms.* 27, fol. 103 r.

(33) Wiedemann y Hauser, *op. cit.*, págs. 145-147 (fig. 24). Graveley, *Ms.* 27, fol. 105 r., y manuscrito de Boston.

(34) Colin, I, pág. 43.

(35) μάγγανον. Wiedemann y Hauser, págs. 126-128.

lizada también a veces al referirse a la rueda de corriente (36), cuyo origen se sabe es claramente helénico.

Para nosotros es ahora doblemente curioso recordar que otros informes puntuales sobre las norias se deben a autores arábigo-andaluces. Ibn al-'Awwam, un tratadista de agricultura del siglo XII, siguiendo a otro escritor anterior, llamado Abū-l- Ḫair al- Išbili, ha descrito la *sāniya* hispano-árabe en estos términos (37): «Es necesario que el cable de la *sāniya* (*ḥabl*), lleve unos cinco arcaduces (*qawādīs* en plural), repartidos en cada longitud, equivalente a la estatura de un hombre (*qāma*). Cuanto más numerosos son los dientes de la pequeña rueda (*falak*) que hace dar vueltas a la *sāniya* y cuanto más grande es la rueda principal más fácil y cómodo es el funcionamiento del aparato. La gran longitud del malacate (*miğarr*) facilita, asimismo, el trabajo, y nada hay que temer si llega a tener alrededor de treinta palmos. Otra cosa que facilita el funcionamiento del aparato es el suprimir lo que sobresale del eje vertical (*as-salm al-qā' im*) por encima del orificio en que se inserta el malacate. Con el mismo fin es bueno que la rueda (*dā'ira*) que lleva los arcaduces sea muy gruesa y de madera pesada, de modo que pese mucho; más gruesa y pesada de lo que comúnmente se acostumbra, pues esto hace más holgado el funcionamiento de la *sāniya*. Se dice, igualmente, que el abrir un agujerito en la parte inferior de cada uno de los arcaduces les impide chocar contra la rampa (?) y tomar en el agua misma un movimiento de torsión; esta precaución evita también que se quiebren entre sí en estas ocasiones o aun cuando choquen con las paredes del pozo; además, cuando la *sāniya* cesa de funcionar, los arcaduces se vacían y esto prolonga la duración del cable.» Hasta aquí nuestro tratadista de agricultura (38).

---

(36) *Norias, azudas, aceñas* (véase nota 2), pág. 69.

(37) *Libro de agricultura. Su autor el doctor excelente Abu Zacaria Iahia Aben Mohamed Ben Ahmed Ebn el Awam, sevillano. Traducido al castellano y anotado por D. Josef Antonio Banqueri...*, I (Madrid, 1802), págs. 146-147.

(38) COLIN, págs. 45-46, más preciso que el traductor español. Un

Es verdaderamente curioso este texto porque no sólo da idea del vocabulario arábigo-español referente a la máquina, sino porque también nos la describe en su variedad más común en Occidente, que es distinta a las orientales mediterráneas en más de un aspecto y, desde luego, más perfecta desde el punto de vista mecánico que aquéllas.

Para fijar los antecedentes de la localización actual de las norias convendría hacer un examen detallado de muchos textos de carácter histórico-geográfico, también arábigos. Al llevar a cabo el estudio paralelo a éste sobre la noria de corriente se aprovecharon en lo que cabía. Ahora bien, hay que tener en cuenta que, dado el carácter de unas y otras, resulta mucho más útil el examen referido a las norias de corriente que a las de sangre, pues aquéllas constituían siempre una cosa rara, costosa y digna de recuerdo, mientras que éstas se hicieron popularísimas y su construcción estaba al alcance de cualquier fortuna y era posible casi en cualquier medio dedicado a la agricultura. De todos los textos antiguos que recuerdan Colin y Laufer en sus respectivos estudios la mayoría se refieren a las ruedas de corriente. Hay muy pocos relativos a norias movidas por animales.

Muy antiguas, por ejemplo, son las referencias a ruedas irrigadoras que se encuentran en la relación de los viajes de Ibn Gubayr, el intelectual granadino que visitó el Oriente, con motivo de su peregrinación a la Meca entre 1183 y 1185. Señala éste la existencia de verdes jardines regados por ruedas en la ciudad de Dunaysar, al O. de Nasibin, y en tierra donde no hay gran río (queda entre los cursos superiores del Tigris y el Eufrates) (39).

---

extracto de la traducción de Banqueri fué publicado con el título *De la agricultura árabe en España* en el «Semanario de agricultura y artes», (jueves, 6 de enero de 1803), pág. 10 (del tomo XIII). Pero el texto sobre las norias queda casi inutilizado. Otros extractos también fueron publicados a mediados del siglo XIX en España (BRAULIO ANTÓN RAMÍREZ, *Diccionario de bibliografía agronómica* (Madrid, 1865), págs. 207-208, núm. 514). LAUFER, pág. 240, conocía el texto a través de la traducción francesa de Clément Mullet.

(39) *The travels of Ibn Jubayr*, traducción inglesa de R. J. C. BROADHURST (Londres, 1952), pág. 251.

III

Considerados estos antecedentes no puede resultar extraño que, dentro del mundo islámico, nos encontremos hoy con la noria de sangre desde el extremo occidental, Marruecos, hasta las altiplanicies del Asia. Colin ha dibujado bien la geografía de la noria en el Islam, y, más ampliamente, Laufer. La compilación de datos que sigue no pretende sino facilitar al lector español el estudio de la misma y añadir a lo dicho por estos autores alguna noticia más, extraída de libros más modernos que sus publicaciones o de fuentes que ellos no manejaron.

Poco se ha de decir de la noria marroquí, estudiada con singular pericia por Colin y que tantos puntos de contacto tiene con la vieja española. Indiquemos que se halla en la zona de Vélez de la Gomera y en las tierras hortícolas del S. de Tánger, en Alcazarquivir, Salé, Rabat, Casablanca, Azemmur, Mazagán y Safi, así como en el litoral situado entre las dos poblaciones últimas. Se ven algunas también en la región de Marrakéš y en los territorios de los Udāya y Ait-Immûr. Aun de manera menos densa las hay en Tafilete y en la zauia de Sidi Mohamed el -'Arbi ed-Der-qāwi, en el lugar llamado Raḥmet Eḷḷāh, entre los Mdeğra (40).

Son, por lo general, norias movidas por lo bajo, con engranaje de linterna, aunque tosco, y nada tendría de extraño que dependieran directamente de las hispano-andaluzas, dados dos hechos (41):

1.° Su semejanza morfológica con éstas.

---

(40) Colin, *op. cit.*, pág. 23.

(41) Al-Muqaddasī en la *Description de l'occident musulman au IV^e-X^e siècle*, editada y traducida al francés por Charles Pellat (Argel, 1950), páginas 34-35, habla de las norias de pozo de la villa andaluza de Qast'alla, es decir, Cazalilla. La antigüedad del testimonio merece ser tenida en cuenta.

2.º Sus divergencias con relación a las de otras partes del Africa septentrional.

El estudio de las más conocidas, dentro de aquel continente, es decir, las egipcias, puede servir, entre otras cosas, para señalar tales divergencias.

La mayor parte de las obras que se han podido consultar sobre la vida de los aldeanos de Egipto y las características de la agricultura en aquel país hacen mención de tres aparatos para extraer agua: el cigüeñal, que parece ser el más antiguo; el tornillo de Arquímedes, y la noria de sangre (42).

He aquí cómo describe a ésta Lane en su clásica obra de hace ya más de un siglo «La *sackyeh*» (sic) consiste, fundamentalmente, en una rueda vertical que sube el agua en vasijas de barro unidas a cordeles, formando una serie continua; una segunda rueda vertical dentada fija al mismo eje que la anterior, y una rueda horizontal, también dentada y muy grande, que es movida por un par de vacas o bueyes, o por una sola bestia, y que pone en movimiento a las dos anteriores. La construcción de la máquina es, por lo general,

---

(42) Edward William Lane, *An account of the manners and customs of the modern egyptians written in Egypt during the years* 1833-34, *and* 35, II (Londres, 1836), págs. 24-25, cap. XIV. C. B. Klunzinger, *Upper Egypt: its people and its products* (Londres, 1878), págs. 136-138. Wimfred S. Blackman, *The fellāḥīn of upper Egyp, their religious, social and industrial life to-day with special reference to survivals from ancient times* (Londres, 1927), págs. 170-171. Hans Alexander Winkler, *Bauern zwischen wasser und wüste. Volkskundliches aus dem dorfe Kimân in Oberägypten* (Stuttgart, 1934), pág. 90-95 (con bibliografía en la pág. 91), láminas 8,2 y 8,1. Henry Habib Ayrout, S. J., *Moeurs et coutumes des fellahs* (París, 1938), págs. 62-67. Mucho antes, Thomas Shaw en su famoso libro *Travels or observations relating to several parts of Barbary and the Levant*, II (ed. Edimburgo, 1808; la primera es de Oxford, 1738), págs. 266-267, dice hablando de la irrigación de los campos de Egipto: «Archimedes skrew seems to have been the first that was made use of upon these occasions; though at present the inhabitants serve themselves either with leathern buckets, or else with a *sakiah*, as they call the Persian wheel, which is general, as well as the most useful machine.»

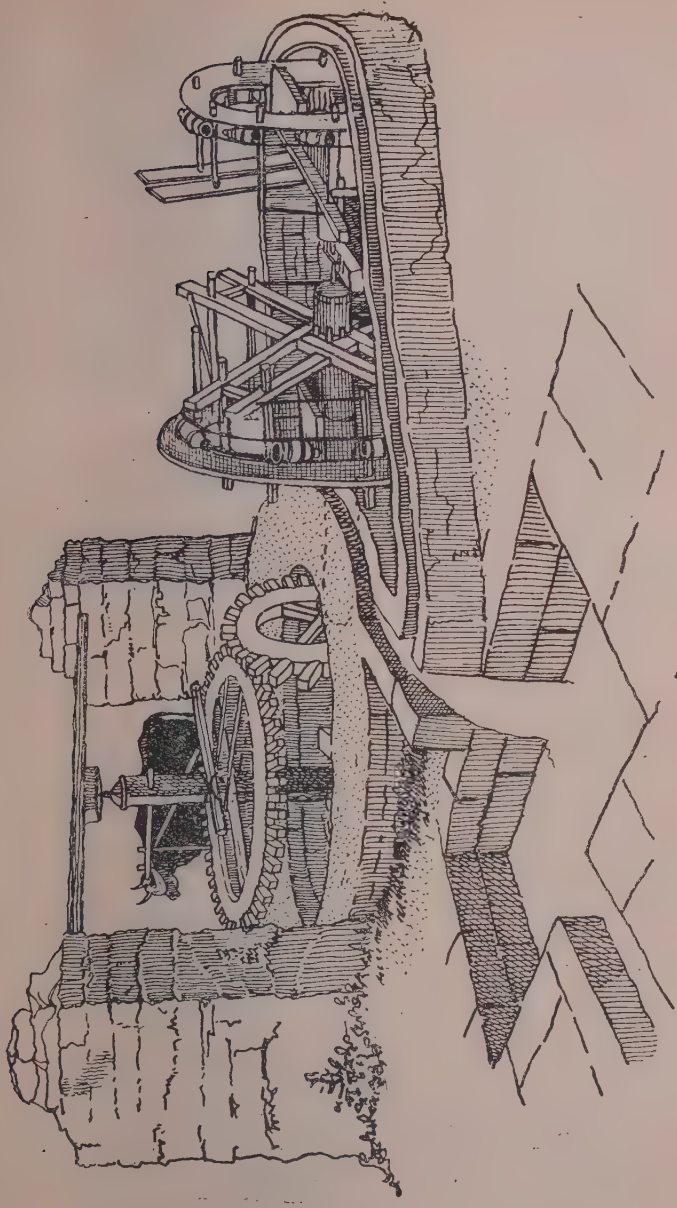


Fig. 4.—«Saqiya» egipcia, para elevar agua de un pozo, en los alrededores de El Cairo.

muy tosca y al moverse produce un sonido chirriante desagradable.»

La figura 4, que representa a esta máquina, la he hecho sobre un grabado aparecido en un revista popular inglesa el año 1841, ilustrando el texto de Lane (43). Esta figura concuerda, en conjunto, con las que ilustran la obra de Hans Alexander Winckler acerca del pueblo de Kimân, citada en una nota anterior sobre las cuales se ha hecho el diagrama de la figura 5, al que se añade el vocabulario correspondiente. Hay una diferencia, sin embargo, entre ambos tipos: la noria de la figura 4 elevaba un doble juego de cangilones con dos ruedas, mientras que la de la figura 5 sólo eleva un juego con una rueda.

Conviene subrayar ahora la semejanza de las máquinas egipcias con algunas de las descritas por Al-Jazarî, que siempre separa la rueda de agua de la rueda que, siguiendo la nomenclatura española, denominaríamos de «puntería» (44).

Hay norias de pozo y otras ruedas con las que se saca agua directamente del Nilo, a las que también se llama *saqiya* = regadora, de acuerdo con la transcripción de los

---

(43) *Irrigation in the East*, en «The Penny Magazine» (8 de mayo de 1841), I de las nuevas series, págs. 180-182. Ver también Ronna, *Les irrigations*, I, pág. 561 (fig. 105); descripción, págs. 558-561.

Fig. 5 SĀGIJE

1) MAḤALLE (PL. MAḤÂLIL).
2) BÊŠ (PL. BEŠÂT).
3) GĀDÛS (PL. GAWADÎS).
4) DAHS (PL. DUHÛS).
5) WAŠAR (WAŠARA).
6) ḤAGJER ELMIRÂJE.
7) ḤUMÂR (PL. ḤAMÎR).
8) ḤÔ.
9) SAHM (PL. SUHÛM).
10) GJAMB (PL. GJUNÛB) TAMBIÉN UMM = MADRE.
11) Radios.
12) GJÂLISE (PL. GJAWÂLIS).
13) WAŠARA.
14) 'IDDE (PL. 'IDAD) TAMBIÉN ABŪ = PADRE.
15) 'ARÛS (PL. 'AWARIS).
16) ḤUGG (PL. ḤUGAG).
17) ELḤAGJER ELMEDFÛN.
18) TAGÎJE.
19) GJÊZ (PL. GJISJSEZ).
20) ZARNÛG (PL. ZARANÎG).
21) TURTÂG (PL. TARATÎG).

(44) Wiedemann y Hauser, *op. cit.*, págs. 132-133 (figs. 7-8), proporcionan un buen material acerca de las norias de diferentes países, y en las págs. 134-135 (figs. 9-12), sobre las egipcias.

arabistas modernos (45); éstas se hallan incluso en los alrededores de Khartum (46). Pero donde había (y probablemente habrá) más es en el Bajo Egipto. Según un tratado de

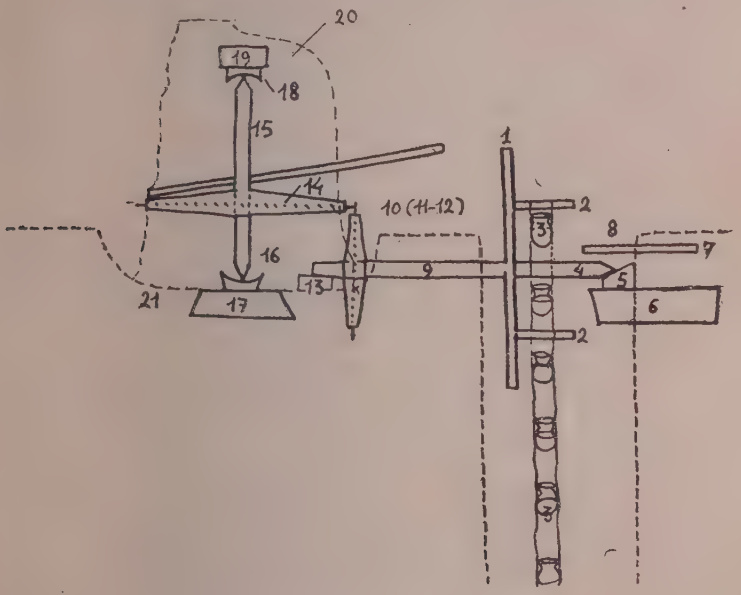


Fig. 5.—Esquema de la «saquiya» egipcia.

comienzos de este siglo había cerca de 12.000 en la zona del delta, comprendida entre los dos brazos de Damietta y Rosetta, y éstas servían pará regar una superficie de 500.000

---

(45) COLIN, pág. 44.

(46) JOSEPH OHRWALDER, *Ten years' captivity in the Mahdi' Camp* 1882-1892, edición inglesa del mayor F. R. Wingate (Londres, 1892), página 378. El lector español puede comparar el grabado de las figs. 4-5 con el dibujo de R. Mainella en la traducción española de E. V. GONZENBACH, *Viaje por el Nilo* (Barcelona, 1890), pág. 157 («*sakie* (sic) en las inmediaciones de Tomas»), y ver también F. MAURETTE, *Africa ecuatorial, oriental y austral*, en la «Geografía universal» publicada bajo la dirección de P. Vidal de la Blache y L. Gallois (Barcelona, s. a.), frente a la página 259 (*sâqiya* de las cercanías de Nag Hamadi; allí hay también una

hectáreas. Con arreglo a estos datos se calculó que el Bajo Egipto podría contar con unos 28.000 aparatos (47). Aparte de estas norias existen también en Egipto otras más simplificadas y perfeccionadas que se asemejan a las occidentales y en las que las extremidades de los ejes y los cojinetes se hallan guarnecidos de hierro para que el frotamiento sea más suave. Las vasijas de barro se hallan sustituídas por cangilones de madera o metal de 0,30 de profundidad y otro tanto de anchura. Estas pueden funcionar con un solo animal y bastan para regar media hectárea en doce horas, mientras que el aparejo «típico» del país, en el mismo tiempo, no riega más que la mitad de espacio (48). Conviene ahora resaltar las diferencias ya aludidas que existen entre la noria más típica del Africa occidental y la más típicamente egipcia; de ellas la más importante es, sin duda, la que produce en esta última la disociación absoluta de la rueda o tambor que eleva los cangilones de la rueda de engranaje que gira paralela a ésta.

La noria egipcia tiene un par de ruedas como las norias «por lo bajo» que se hallan dibujadas en el manuscrito de Al-Jazarī. En cambio, las norias «por lo alto» del mismo manuscrito se parecen a las que se encuentran en Siria y otras partes del Asia occidental mediterránea.

En un libro bastante reciente de Jacques Weulersee se halla un dibujo de la noria propia de los campesinos de

---

foto de un *shaduf* doble del Alto Egipto. Otro grabado de «The Penny Magazine», citado en la nota 43, representa a varios de estos puestos en escala. Ver también GONZENBACH, *op. cit.*, págs. 89 y 113 («*shadufs*» y cigüeñales de las cercanías de Erment). Imagen de una noria del Sudán, para sacar agua del río, en RONNA, *Les irrigations*, I, pág. 559 (fig. 104). También «La sakieh», cuadro de Berchère en «L'illustration, journal universel», LXVII, núm. 1736 (3 de junio de 1876), pág. 357.

(47) RONNA, *Les irrigations*, I, pág. 560, siguiendo a BAROIS.

(48) RONNA, *Les irrigations*, I, págs. 561-562 y figs. 106, 107, y 108 de las págs. 562-564.

Siria, del que se ha tomado la figura 6, que ahorra bastantes descripciones (49).

Esta «noria» es, en efecto, de las que hemos llamado del tipo «por lo alto» y en ella hay que señalar como rasgos muy característicos los que siguen:

1) La elevación de las paredes del pozo cuadrangular.

2) La disociación de la rueda de agua con respecto al engranaje.

3) La forma de éste, que se aleja de la de los engranajes de linterna o dentados más comunes en Occidente.

4) La forma del malacate.

Otras imágenes de norias sirias nos revelan mayor semejanza aún con la descrita en tercer lugar por Al-Jazarī.

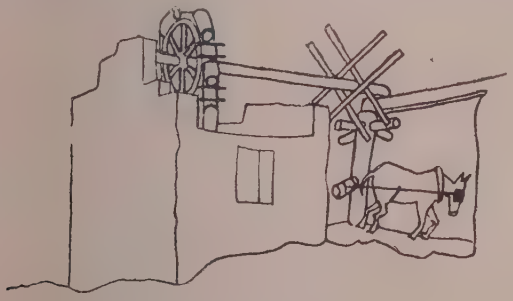


Fig. 6.—Noria siria (según Weulersse).

«Norias por lo alto», movidas por dromedarios, existen o existían también hasta hace poco, por lo menos, en las cercanías de Jerusalem. Un viajero inglés que era, a la par, magnífico dibujante y pintor, Roberts, en un libro titulado «Holy Land», que publicó en 1855, reproduce el tipo propio de aquellas latitudes con gran claridad (50).

(49) *Paysans de Syrie et du proche-Orient* (París, 1946), pág. 163 (figura 32), descripción sumaria en la pág. 162.

(50) Zimmer (nota 24), lámina I, a, da una reproducción, a su vez, del grabado de Roberts. Ver también Wiedemann y Hauser, pág. 133, figura 7. En la *Enciclopedia universal europeo-americana*, XXXVIII (Barcelona, s. a.), pág. 1.089, puede verse una fotografía de noria de esta región.

Poseemos referencias a norias de zonas más septentrionales del Asia anterior. Según autoridades citadas por Laufer, en las proximidades de Constantinopla se halla la «rueda persa» (51), así como en varias partes del Asia menor, correspondientes a la Turquía actual (52). No indica, sin embargo, algo concreto sobre su estructura. No obstante, por medio de otros testimonios llegamos a precisar algo acerca de ella y sobre la expansión de la noria en tierras europeas vinculadas estrechamente al imperio turco hasta la fecha en que éste dejó de existir. Sabemos—pues nos lo dicen ingenieros especializados en la materia—que en Bulgaria, en la zona de Vitbal, a fines del siglo XIX, se usaban norias de cangilones «parecidas a las de Africa y España», que movidas por un par de bueyes elevaban el agua de acequias, aparejadas a lo largo del río, a los canales y conducciones de las terrazas cultivadas. Una capa de aceite negro protegía de la putrefacción a los ingenios, que resultaban de rendimiento suficiente. También se encontraban en el valle de Guioprú. En la Dobrudja se hallaban norias de pozo, puestas en movimiento por caballos y bueyes (53). Pero, según informes recogidos por Wiedemann y Hauser, en Bulgaria han existido norias de tipo parecido ante todo al egipcio más común (54).

En territorios más meridionales que los enumerados hasta ahora parecen existir igualmente. Richard Burton señala la existencia de «ruedas hidráulicas» en los alrededores de Medina, y subraya el encanto que para los árabes en general tiene el sonido de éstas al elevar agua (55). Pero nada

---

(51) LAUFER, pág. 240, citando a GEORGE C. JACOB, *Altarabisches, Beduinenleben* (1897), pág. 228.

(52) LAUFER, pág. 246, citando a K. KANNENBERG, *Kleinasien Naturschaze* 1(897), pág. 83.

(53) RONNA, *Les irrigations*, I, págs. 563-564, siguiendo a KANITZ (1882).

(54) WIEDEMANN y HAUSER, pág. 133, fig. 8.

(55) *Personal narrative of a pilgrimage to al-Madinah and Meccah*, I (Londres, 1893), págs. 399-400.

dice respecto a qué clase de ruedas son éstas de la famosa ciudad islámica. Al decir de Laufer, hay también «ruedas» en la Meca y en las vegas del Tigris y el Eufrates, en las cercanías de Bašra (56). Pero la palabra «rueda» es tan ambigua que en casos puede referirse a un simple sistema de poleas.

Se hallan norias de sangre muy típicas en las orillas del Amu-darja u Oxus, cerca de la antigua población rusa de Petro-Alexandrowsk y de Khiva. Al testimonio de H. Moser (1894), recogido por Laufer, del que luego se habla (57), puede añadirse otro de un explorador danés, de fines del siglo XIX también, el cual dice que el oasis en que se halla la ciudad citada en primer término está regado por dos grandes canales, llamados *arik* o *yâp*, y de estos canales el agua se extrae mediante unos ingenios «conocidos por los naturales del país desde tiempo inmemorial» y movidos por caballos, camellos o bueyes; «estos artefactos se ven por doquier sobre los grandes canales dando vueltas sin cesar a la sombra de grandes sauces o álamos. Una gran rueda de madera, vertical, cuya corona se halla cubierta de arcaduces de barro, es movida por medio de ruedas dentadas. Al dar movimiento a los arcaduces, sube el agua del canal que se halla más bajo y cae sobre otro de madera...» (58). Es decir, que la rueda de esta zona ya bastante interior de Asia se parece más a las occidentales, desde el punto de vista morfológico, que las del Asia anterior propiamente dichas. Más al Este, los kirkhizes o kirguises conocen tanto la rueda de corriente como la movida por animales, que pueden ser el camello, el caballo, el buey o el asno; ésta recibe el nombre de *čigir*, y ha sido bien descrita por el citado H. Moser (59). Al S. de estas latitudes, pero en longi-

(56) LAUFER, pág. 241.

(57) Véase nota 59.

(58) O. OLUFSEN, *The emir of Bokhara and his country* (Copenhague-Londres, 1911), pág. 190.

(59) LAUFER, págs. 242-243, citando la autoridad de H. MOSER, *L'irrigation en Asie centrale* (1894), pág. 266. Para el Turkestán propia-

tudes aproximadamente iguales, se halla el país que ha dado el nombre que los ingleses usan para designar el artefacto que nos ocupa: Persia.

Muchos y muy variados son los sistemas de irrigación y de aprovisionamiento de aguas usados allí.

Aparte del sistema del *qanat* (que es el que ha producido mayor interés a los técnicos), en Persia se conocen los pozos con cigüeñal, con poleas movidas de varias maneras y «varios tipos» de ruedas hidráulicas—dice una publicación reciente—, una de las cuales se debe por completo a los persas mismos (60); ésta, según parece reflejar tal publicación, sería nuestra noria de sangre o *persian wheel*. Los viajeros que describieron el país en otras épocas aluden a veces a ella.

Para los españoles siempre será curioso recordar que don García de Silva, embajador del rey de España en la corte de Persia a fines del siglo XVI, ya señalaba la existencia, en el Cabrestán, de «algunos pozos, aunque de agua medio salobre, pero que, sacándose con *norias*, basta a regar y fertilizar mucha parte de aquel llano» (61). El mismo observador minucioso del paisaje persa, al tratar de la fortaleza de la ciudad de Lara, indicaba que poco antes de salir de ella había un pozo «cuya hondura—continúa—llega hacia lo más baxo del plano de la ciudad, pero que, con unas ruedas como *las que en Madrid usan en los jardines* y sólo un buey, fácilmente sacan toda el agua de que avía neçesidad» (62). Más adelante describe los jardines de Siraz, pero no vuelve a mencionar norias según creo, así como tampoco

---

mente dicho, LAUFER, pág. 241, se apoya en la autoridad de F. VON SCHWARZ, *Turkestán* (1900), pág. 346.

(60) *Persia* (september 1945), en la serie del «Naval Intelligence Service», pág. 33.

(61) *Comentarios de D. García de Si'va y Figueroà de la Embajada que de parte del Rey de España D. Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia*, en «Sociedad de Bibliófilos españoles», XXXVI (Madrid, 1903), pág. 278 (del tomo I de la obra).

(62) GARCÍA DE SILVA, *op. cit.*, I, págs. 297-298.

al ocuparse de las huertas y regadíos de otras ciudades, como Zafra (63), en las que es muy probable que las hubiera.

IV

Por lo que se refiere a la India, ya antiguos viajeros consignaron la existencia de norias movidas por animales en diferentes partes del inmenso país. Peter Mundy las vió en el palacio de los mongoles, en Fatehpur Sīkrī (64), en febrero de 1632 [1633]. Este palacio se hallaba en una colina y fué abandonado en 1605, por la dificultad que había para subir el agua precisamente (65).

John Fryer también señala su existencia en la India, además de la de aparejos semejantes al *shaduf*, que son muy comunes en el N. de aquel país y se llaman *dhenklī* (66).

---

(63) García de Silva, *op. cit.*, I, págs. 321-322.

(64) *The Travels of Peter Mundy in Europe and Asia, 1608-1667*, II (Travels in Asia, (1628-1634, «Works issued by the Hakluyt Society, second series», núm. XXXV, 1914), pág. 228 (relación XVI): *The water to water it is also to fill the Tancks alofte, and for their use is drawne from the valley, first into one Tanck and then from that into another highér, and soe into 4 or 5 untill it come alofte, by that which wee in Spain call Naroies.* En las páginas que siguen he podido revisar muchos de los textos a que alude Laufer, págs. 243-244.

(65) *Op. cit.*, pág. 228, nota 1 del editor Sir Richard Carnac Temple, que dice también (nota 5) que las ruinas de los pozos etc., existian en su época (vèr también p. XXXVIII).

(66) *A new account of East India and Persia being nine years'travers 1672-1681*, II (Londres, 1912), pág. 94 («Hakluyt Society, second series», núm. XX): «The peasants Morning and Evening draw water out or Wells by *Buffola's*, or Oxen: or else by a thwart Post poised with a sufficient weight at the extremity, laid over one fixed in the Earth; the water is drawn by a Bucket of Goats Skins; other have Pans or Buckets of Leather hanging round about a Wheel and some alway in the Water, others rising up; and at the same time others pouring out as the wheel turns round: And thus are their best Gardens kept alive.» Véase también III (Londres, 1915), pág. 156 («Hakluyt Society, second series», núm. XXXIX) y las notas del editor.

En tiempos más modernos, en pleno siglo XIX, Louis Rousselet indica concretamente que en la región de Guicowar, en las cercanías de Baroda, al atravesar los campos fértiles y superpoblados se oye por doquier el rechinar de las norias y el canto de los trabajadores en su faena junto a las cisternas (67).

Según N. G. Mukerji, la noria se halla en la costa de Malabar, en Rajputana, Kathiwar y Punjab. Las de la costa occidental, Kathiwar y Gujarat—añade—son «muy simples». Este testimonio requiere aclaración, pues es posible que al hablar de norias se aluda aquí a varias clases de máquinas; algunas movidas por hombres, otras movidas por las mismas aguas. Podemos indicar, de todas formas, que las del Punjab las considera semejantes a las de Egipto (68) y se conocen con el nombre de *harth*, siendo generalmente movidas por bueyes (69).

La rueda persa—dice por su parte George A. Grierson en un libro de hace ya setenta años—no se conoce en la provincia de Bihār, pero su nombre, *rahat*, es conocido en Patna (70). Es decir, que muy al E. de la India septentrional parece hallarse, sin que ahora pueda dar precisiones sobre la forma que allí ostenta.

También se encuentra en Malabar, según William Crooke, un antiguo empleado de Bengala (71). Pero, donde debe

---

(67) *Viaje a la India de los maharajahs*, 2.ª ed., española (Buenos Aires, 1945), pág. 37.

(68) LAUFER, pág. 243, citando a N. G. MUKERJI, *Handbook of Indian Agriculture*, 2.ª ed. (Calcutta, 1907), págs. 142-144 y 145.

(69) LAUFER, pág. 244, citando a B. H. POWELL, *Hand-Book of the Economic Products of the Punjab*, I (1868), págs. 207-208.

(70) *Bihār peasant life being a discursive catalogue of the surroundings of the people of that province* (Calcutta, 1885), pág. 210. LAUFER, *op. cit.*, pág. 244, recuerda este texto que he podido compulsar.

(71) *Things Indian being discursive notes on various subjects connected with India* (Londres, 1906), págs. 282-283. Indica que «es posible» que en la época védica se conociera en la India un tipo de rueda de cangilones. Pero, por otro lado, reconoce que la historia de la «rueda persa» propiamente dicha es oscura. Niega que se halle en Persia (¡!)

hallarse con más densidad, es en la parte del NO. de la India, en los territorios adonde llegó más la influencia del Islam.

La gran península, pues, parece un área marginal en la que no resulta probable que haya que buscar el punto de invención de la noria de sangre, contra lo que defendió A. Neuburger (72). Esto parece claro si sobre un mapa se dibujan de modo general las zonas enumeradas. Para explicarse la existencia del llamado *yit*, que el citado Crooke da como propio de Burma (73), cabe pensar en influencias de otro gran ciclo cultural, del que debemos ocuparnos a continuación.

V

Acerca de las máquinas hidráulicas de China, tanto de las antiguas como de las observadas modernamente, hay una bibliografía abundante que, aún más que la anterior, fué manejada por Laufer. Sin embargo, tampoco al describirlas estuvo muy claro; así es que conviene volver a examinar las fuentes usadas por él en caso de que esto haya sido posible, y otras que no utilizó o que son más modernas que su erudito trabajo. Dividiremos la exposición que sigue en las partes que a continuación se indican:

I) Textos y documentos chinos sobre mecánica y tecnología en que se trata de máquinas elevatorias.

II) Vocabulario referente a éstas.

---

y recuerda su uso en Egipto y Palestina, aunque cree que es de invención relativamente tardía, ya que no aparece en las antiguas pinturas egipcias. A éste se debe la edición de Fryer en que da la misma área para la «persian wheel», que equipara a la egipcia.

(72) Véase nota 15.

(73) *Things Indian*, págs. 282-283. LAUFER, pág. 244, al cita la obra de J. G. SCOTT, *Gazeteer of Upper Burma and Shan States*, I-II (Rangoon, 1900, pág. 342-343, da a entender que, en realidad el *yit* es una rueda corriente hecha de bambú.

III) Descripción de los tipos de máquinas movidas por fuerza viva, según los viajeros europeos de épocas pasadas y de los etnólogos modernos.

IV) Consideraciones históricas.

Según Laufer, en los textos chinos se alude a tres sabios considerados como inventores de la noria. Son éstos:

1) Pi Lan, que vivió en la época del emperador Ling; es decir, hacia los años 156-186 de J. C.

2) K'o Mien, que vivió en el mismo período.

3) Ma Kün, que vivió en el siglo III de J. C. y al que se atribuye la invención de un aparato elevatorio movido con los pies.

Hay que advertir que hacia los años 222-284 se considera que vivió Tu Yü, al que se atribuye, por otra parte, la invención del molino de agua (74).

Un autor más antiguo que Laufer, interesado en probar la influencia de la civilización occidental en Oriente, Terrien de Lacouperie, recuerda los textos relativos a Ma Kün, cuyas invenciones coloca entre los años 227 y 237 de J. C., y precisa que en un texto se dice que fué la misma rueda hidráulica, movida por la corriente, la ideada por aquel ingenio (75). Es decir, que, en parte, por lo menos, los datos chinos no nos sirven para fijar el origen de la noria de sangre, ya que hemos admitido su diferencia en este punto y otros con respecto a la de corriente y puesto que sabemos que ésta era conocida en Occidente bastante antes. Por su parte, autores japoneses indican que la introducción de la rueda hidráulica (de corriente) en el Japón se adscribe a Yoshimine Yasuyo (nacido en 785 y muerto en 830 de J. C.). Este la aplicó al cultivo del arroz (76). Resulta, pues, que la tradición histórica del Extremo Oriente tampoco es revela-

---

(74) LAUFER, págs. 246-247.

(75) *Western origin of the early chinese civilization from 2.300 B. C. to 200 A. D.* (Londres, 1894), pág. 361 (nota 495; ver también páginas 119-120).

(76) Sarton, I, pág. 580.

dora, aunque, como en el caso del mundo islámico, nos encontremos con tratados medievales de carácter tecnológico que describen la noria de sangre y no solamente la describen, sino que proporcionan curiosas imágenes de ella. Nos ha sido accesible la consulta de la serie de grabados preparados

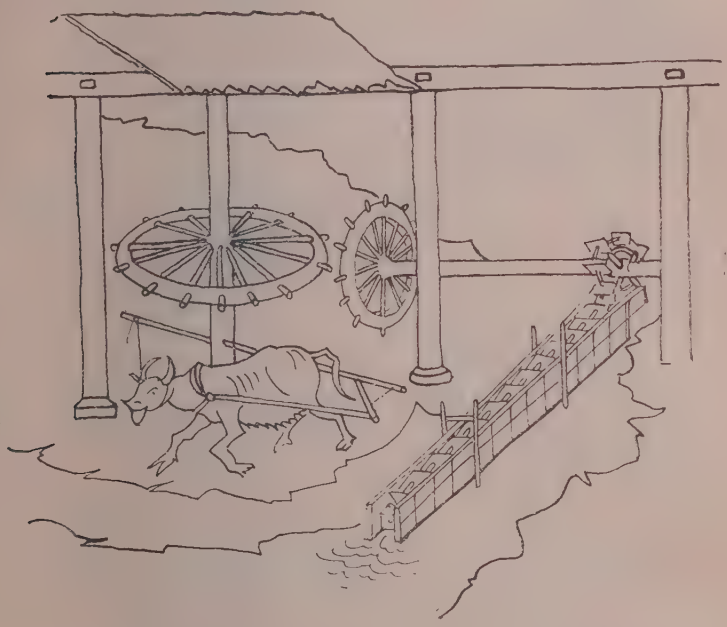


Fig. 7.—Noria china, según un libro chino de Tecnología.

inicialmente por Lou Shou hacia 1145 y que luego se repitieron mucho y que ilustran una obra de tecnología publicada por O. Franke (77). Según ella, los chinos conocían por entonces todos estos ingenios para extraer agua:

(1) *Fan tsch'ê.*—Con este nombre se denomina: *a*), a la

(77) *Lu Shu Yu-Kêng Tschi T'u, Ackerbau und Seiden gewinnung in China* (Hamburgo, 1913), págs. 149-152 texto pág. 121 (§ 14).

bomba de cadena movida con los pies (78); *b*), a la bomba de cadena movida por ruedas engranadas y la fuerza de un bóvido al modo como se representa en la figura 7. Es decir, que aquí nos hallamos ante una noria «por lo alto» (79),

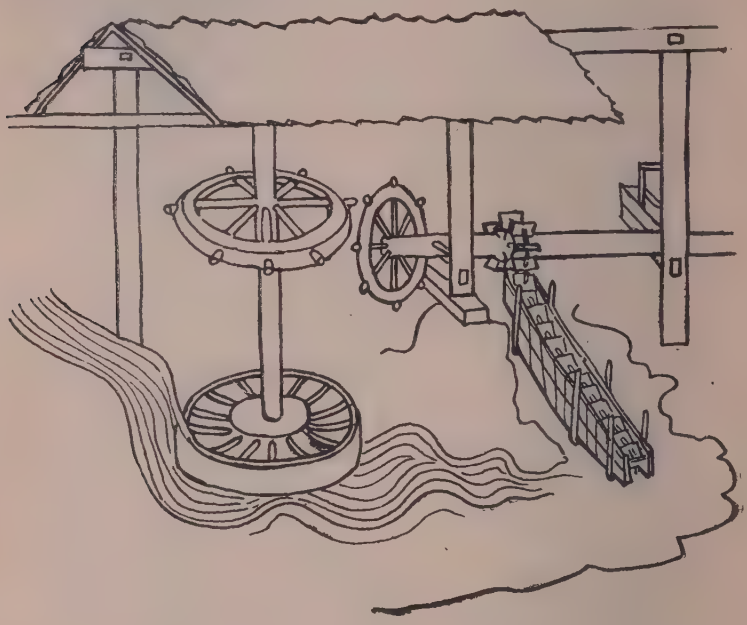


Fig. 8.—Otro tipo de noria china, según la misma obra.

aunque de tipo particular, en que faltan cangilones; *c*), a la bomba de cadena movida por una rueda de corriente, como la de los molinos de eje vertical (fig. 8) (80).

En todos estos aparejos o ingenios, el agua es subida por medio de una combinación ingeniosísima de tablas, de la que he alcanzado a tener una idea más clara examinan-

(78) FRANKE, *ed. cit.*, pág. 149 (fig. 12) (die Drehkette).
(79) FRANKE, *ed. cit.*, pág. 150 (fig. 13).
(80) FRANKE, *ed. cit.*, pág. 150 (fig. 14).

do una bomba de cadena, separada de todo aparejo motor, en el Museo de Wáshington en el otoño de 1951. Pero de este ingenio no es cosa de hablar ahora.

2) *Hu tou* (81).—Este no es más que un recipiente manejado por dos hombres, mediante cuerdas, que se lanza al agua y se sube lleno.

3) *Kua tsch'ê*.—Esta es una especie de polea (82).

4) *Lien t'ung*.—Es una especie de sistema de irrigación por cañería (83).

5) *Kia ts'ao*.—Sistema de estagnación (84).

6) *T'ung tsch'ê*.—La rueda de corriente hecha de cañas (85).

7) *Kie kao*.—El cigüeñal (86).

8) *Lu lu*.—Otro tipo de cigüeñal (87).

La tradición técnica se mantuvo sin cambios siglo a siglo, como puede verse en enciclopedias posteriores. En la obra póstuma de Sü Kwang-kì, titulada «Nung cheng ts'üan shu» que se publicó en 1640, están las seis ilustraciones que representan máquinas hidráulicas que pueden considerarse como las típicamente chinas (88), ilustraciones que han sido reproducidas varias veces, que se inspiran en el viejo canon al parecer y que, en suma, son las que publicó Franke con su texto.

Muchos de los viajeros que han estado en China y han escrito relatos de sus impresiones y observaciones aluden

---

(81) FRANKE, *ed. cit.*, págs. 149-150 (fig. 15) (die Schwungeimer).

(82) FRANKE, *ed. cit.*, págs. 149-152 (fig. 16, pág. 150) (das Wurtrad).

(83) FRANKE, *ed. cit.*, págs. 151-152 (fig. 17, pág. 150) (die Röhrenleitung).

(84) FRANKE, *ed. cit.*, pág. 152 (fig. 18) (die Trogbahn).

(85) FRANKE, *ed cit.*, págs. 151-152 (fig. 19) (die Röhrenrad).

(86) FRANKE, *ed. cit.*, pág. 152 (lám. XXXVI, 1, 13) (die Baumeimer).

(87) FRANKE, *ed cit.*, pág. 152 (fig. 20) (die Winde).

(88) LAUFER, *op. cit.* pág. 243, indica también que estas ilustraciones se hallan reproducida en otros libros chinos, inaccesibles para nosotros; uno es *Shou shi t'ung k'ao*, cap. XXXVII, págs. 4-5. El otro, *T'u shu tsi ch 'eng*, lib. XXXII, cap. 244.

con frecuencia a los sistemas de irrigación propios de aquel enorme país. Laufer (89) menciona a los que siguen entre los que han descrito norias de sangre al parecer, desde hace unos ochenta años hasta hace veintitantos: S. Syrski (1872), J. H. Plath (1873), G. Schlegel (1875), S. W. Williams (1901), F. H. Nicholls (1902), H. R. Davies (1909), W. Wagner (1926) y J. G. Anderson (1928). No nos ha sido posible el repasar sus escritos. Sí los de otros autores más antiguos y otros más modernos.

Entre los autores más antiguos cita Laufer a G. Staunton (1797) (90), J. Barrow (1804) (91) y R. Fortune (1853) (92).

Conviene ahora tener en cuenta las observaciones contenidas en el libro del primero que, durante bastantes años, fué el que sirvió de base para otros muchos que se escribieron sobre el mismo país. Helas aquí traducidas al castellano: «La irrigación de las tierras, en China, se halla reducida a un sistema y se considera como un principio capital de la práctica agrícola. Al lado de los métodos de transportar y elevar agua, ya mencionados como practicados entre los labradores, en China hay otro más eficaz e ingenioso: la bomba de cadena. La máquina que lleva este nombre, tan común ahora, en un estado de perfeccionamiento mayor, a bordo de los barcos de guerra ingleses, difiere, principalmente, de la bomba china, en el hecho de que trabaja por medio de cámaras cilíndricas, mientras que éstas en China son siempre cuadrangulares. Muchas naciones del Oriente parecen haber estado familiarizadas en período primitivo con la máquina para elevar agua, conocida con el

---

(89) LAUFER, pág. 245. No cito aquí los títulos de sus obras.

(90) *An authentic account of an embassy from the king of Great Britain to the emperor of China...*, 2.ª ed., III (Londres, 1797), páginas 312-315.

(91) LAUFER, pág. 246, citando *Travels in China* (1804), pág. 540, en que señala una supuesta semejanza de las norias de Siria y China.

(92) LAUFER, pág. 246, citando *Two visits to the tea countries of China*, I (1853), pág. 230.

nombre de rueda egipcia, que, sin embargo, era desconocida en Europa hasta que los sarracenos la introdujeron en España, en un estado imperfecto y bajo una forma muy tosca, pues apenas estaba constituída más que por manojos de heno atados a un cable que daban vueltas sobre una rueda; una parte de éstos, al ser sumergidos en el agua, embebían una porción del flúido y lo descargaban en la parte alta de la rueda; pero la bomba china consiste en un tronco de madera ahuecado y dividido en el interior a lo largo y por la mitad, mediante una tabla, en dos compartimientos. Unos trozos de madera cuadrangulares y planos, que corresponden de modo exacto a las dimensiones de la cavidad del tronco, se hallan fijos a una cadena que da vueltas sobre un cilindro o rueda pequeña, colocada a cada extremidad del tronco. Las piezas de madera cuadrangulares fijas a la cadena, se mueven con ella en torno a los cilindros y elevan un volumen de agua igual a las dimensiones del tronco ahuecado y, en consecuencia, son llamadas «elevadores». La fuerza usada para mover esta máquina es aplicable de tres modos distintos. Si la máquina se destina a elevar una gran cantidad de agua, se hacen varios juegos de grandes brazos de madera para colocarlos en varias partes del largo eje de los cilindros, sobre los que dan media vuelta, cadena y elevadores. Estos brazos adoptan la forma de una T mayúscula, y se redondean y pulen. El eje da vueltas sobre dos maderos perpendiculares fijos mediante un palo atravesado de uno a otro. Sujeta la máquina, unos hombres que pisan sobre los pedales del eje y que se sostienen sobre el travesaño que va de uno a otro de los maderos perpendiculares, comunican una moción rotatoria a la cadena, y los elevadores unidos a ella suben una copiosa y constante corriente de agua. La bomba de cadena se aplica a desecar terrenos, transmitir agua desde un estanque o cisterna a otro, o para elevarla a pequeñas alturas sobre ríos y canales. Otro método de hacer trabajar esta máquina es el uncir un búfalo u otro animal a una gran rueda horizontal, engranada mediante dientes con el eje de los

cilindros sobre los que dan vuelta los elevadores. Este método fué observado por los viajeros de la embajada en Chusan solamente.

Una pequeña máquina de esta clase se mueve a mano simplemente por medio de una simple manivela que da vueltas; así se aplica a una piedra de moler común, fija a un extremo del eje de la bomba de cadena. Este último método se halla generalizado en todo el Imperio. Cada labriego posee una de estas máquinas portátiles, que es para él un instrumento no menos útil que la azada para el labrador europeo. La construcción de estas máquinas da empleo a un gran número de artesanos.»

A Staunton siguen John Francis Davis (93) y otros (94) sin añadir gran cosa, y en la enorme literatura existente acerca de China y la agricultura de aquel país resulta difícil hallar libros que sean más explícitos acerca de las variaciones en los métodos de irrigación propias de cada provincia. Bombas de cadena, ruedas de corriente, cigüeñales y otros aparejos se mencionan sin determinar de modo suficiente las localizaciones y zonas de densidad diversas en su empleo. Fijándonos en los aparatos agrupados bajo la designación de *Fan tsch'ê* indicaremos que Justus Doolittle, un observador de la vida china de hace ya bastantes años, consideraba que en el valle del Min, región del Fuhchau, la bomba movida con los pies era la más común (95); las alusiones a ésta son comunes y cantidad de libros del siglo XIX sobre China tienen grabados en madera que la representan de modo más o menos exacto (96).

F. H. King, en una obra muy conocida sobre la agri-

(93) *The Chinese: a general description of China and its inhabitants* (Londres, 1840), págs. 309-311.

(94) Véase la bibliografía dada en «Norias, azudas, aceñas» (nota 2), págs. 79-84.

(95) *Social life of the Chinese...*, I (Nueva York, 1867), págs. 53-54, con figura en esta última.

(96) Sobre este artefacto y su difusión publicaré una nota en la «Revista de Guimarães».

cultura china, indica también que la bomba movida por hombres con los pies es la más común en el país. Generalmente—según él—suelen ser tres los hombres que elevan el agua. Un viejo campesino le informó de que dos hombres, trabajando en la tarea de elevar agua a tres pies de altura, eran capaces de cubrir con tres pulgadas de la misma dos acres de tierra en dos horas. Es decir, a razón de 2-5 pulgadas (de acre) de agua en diez horas por cada hombre y de 12 a 15 centavos de dólar (97).

A veces las norias son dos, mueven dos sistemas de cadenas y se hallan bajo techado, en una construcción especial de estacas y ramaje (98). King publicó una foto según la cual se ve que el sistema de engranajes común es el de la rueda de dientes.

Pero otros autores dan a entender que existe también en China el engranaje más familiar a los pueblos de Occidente.

Rudolf P. Hommel, que ha estudiado la técnica china de carácter tradicional, señala que en la provincia de Chenkiang hay cadenas sin fin, como las indicadas, movidas por una gran rueda horizontal y tracción animal (99), por un aparejo que se acciona con las manos (100) o con otro que se mueve con los pies (101).

Las ruedas movidas por animales que estudia éste son, con respecto al sistema de engranaje, como las egipcias más conocidas (figs. 9 y 10).

L. H. Dudley Buxton indica que en China, además de la bomba de cadena (que ha preocupado tanto a los viaje-

---

(97) *Farmers of forty centuries or permanent agriculture in China, Korea and Japan* (Madison W., 1911), págs. 297-301 (ver también página 79, fig. 42; pág. 300, fig. 171; pág. 301, fig. 172; pág. 303, fig. 174).

(98) King, *op. cit.*, págs. 285-286 (figs. 117-128).

(99) *China at work, an illustrated record of the primitive industries of China's masses, whose life is toil, and thus an account of chinese civilization* (New York, 1937), págs. 39-53 (figs. 74-78), ejemplo estudiado en Sin Tseong.

(100) *Op. cit.*, págs. 52-54 (fig. 79), ejemplo estudiado en Cha Tsuen.

(101) *Op. cit.*, págs. 52-55 (figs. 80-81); ejemplo estudiado en Cha Tsuen.

ros y observadores de la vida agrícola) y del cigüeñal, se usa también la noria de sangre propiamente dicha, compuesta de una rueda dentada movida por un buey y una cadena

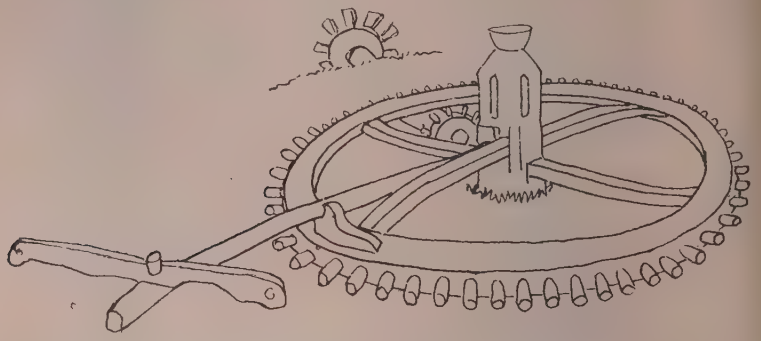


Fig. 9.—Esquema de los engranajes en un tipo de noria china muy común.

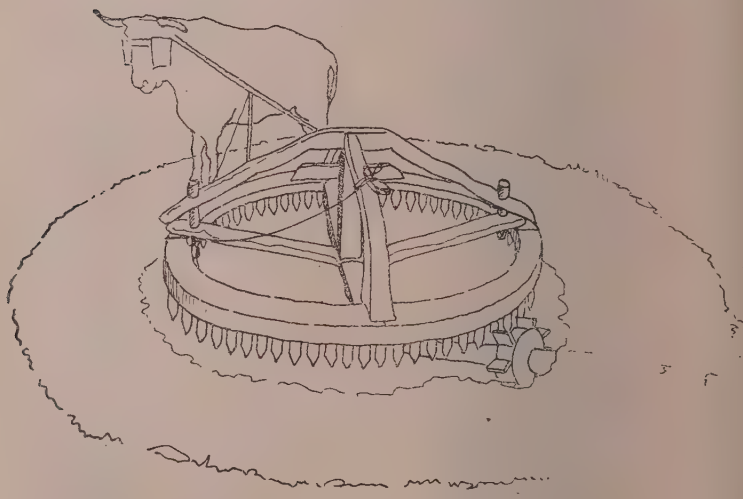


Fig. 10.—Otro tipo de engranajes en noria china.

sin fin con una serie de arcaduces fijos a ella (102). Es decir, que en aquel inmenso país parecen haber coexistido casi todos los diferentes tipos de norias de tracción que se encuentran en Europa, Africa y Asia, con reparticiones más individualizadas y con especializaciones.

Con respecto al Japón hay un estudio de J. Troup (1884) (103) y referencias de E. S. Morse (1917) (104) y otros autores no citados por Laufer, que reflejan la existencia de ingenios relacionados con los que encontramos en China.

VI

En Europa la noria de sangre parece encontrarse con mayor o menor densidad en todo el ámbito del Mediterráneo, desde Grecia a España. Secundariamente y aplicada a fines no hortícolas se halla o hallaba más al N.; sobre todo, en épocas pasadas.

Así, por ejemplo, vemos que una grande con rosario de cangilones aparece usada en las salinas del Jura a comienzos del siglo XVI; en un tapiz de Saint Anatoile de Salins de hacia 1500 en que se representan los «Puits à Muire» de aquella localidad, se halla figurada una noria «por lo alto» con tres ruedas verticales y una horizontal, movida por caballos (105). Lo poco que hemos podido averiguar hasta ahora referente a los distintos tipos de norias europeas parece indicar que el mayor desenvolvimiento técnico de nuestros países, comparado con el que han experimen-

---

(102) *China the land and the people* (Oxford, 1929), págs. 75-76. Al hablar de ella emplea la expresión «persian water-wheel».

(103) LAUFER, pág. 249, citando *On a possible origen of the water wheel* en «Transactions of the Asiatic Society of Japan», XVI (1894), págs. 104-114.

(104) LAUFER, pág. 245; cita *Japan day by day*, II (1917), pág. 284.

(105) C. ENLART, *Manuel d'archéologie française...*, primera parte, II (París, 1904), pág. 221, fig. 135.

tado los enumerados hasta ahora en los cuatrocientos últimos años, ha permitido una mayor variedad de formas en áreas relativamente pequeñas. Sin embargo, parece también percibirse que en cada uno se han desarrollado éstas a partir de las ya estudiadas preferentemente, Así, por ejemplo, ya hemos visto que en Bulgaria, al parecer, ha existido hasta nuestros días la noria de tipo semejante al egipcio.

En Italia parece imperar (como en Siria) la «noria por lo alto». El «bindolo» empleado en las planas de Pisa y el valle de Elsa, en la Toscana (fig. 11), es un modelo típi-

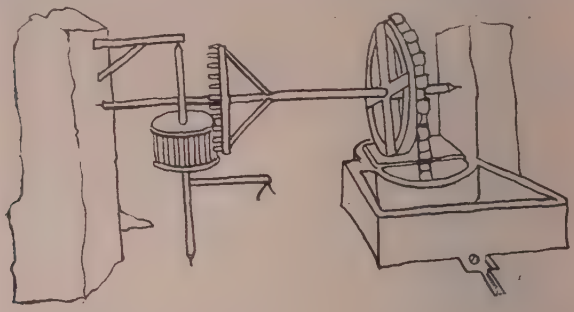


Fig. 11.—«Bindolo» de los alrededores de Pisa (según Ronna).

co para el que un ingeniero italiano, Toscanelli, recavaba el origen pisano, frente a los «arabófilos». Ignoro las razones históricas que aducía para mantener este punto de vista, dado que lo conozco sólo por referencias de segunda mano (106). También se hallan norias por lo alto más al S.; de esta clase son las que se emplean en Apulia para regar las viñas (107). Y dentro de un dominio cultural, ya

(106) Ronna, *Les irrigations*, I, pág. 565 (citando *Economia rurale nella provincia di Pisa*, 1861, pág. 12), y fig. 110 (de la pág. 566), de donde se saca la fig. 11.

(107) Véase la foto, tomada en Altamura, en la lámina X del tomo VIII de la *Geografía universal*, de Vidal de la Blache y L. Gallois, relativa a la «Europa mediterránea (generalidades), Italia y península balcánica», de Max Sorre, J. Sion e Y. Chataigneau (Barcelona, s. a.), frente a la pág. 53

Fig. 12.—Una noria maltesa de Ghaju Tuffiena (según J. B. Oakley).

Fig. 13.—Una noria maltesa modernizada (1951).

que no político, italiano, cabe seguir encontrándolas en la isla de Malta. Debo a la amabilidad de Mr. Robert Aitken la comunicación de algunos documentos gráficos que dan idea de cómo era la antigua noria maltesa y también de cómo son las de hierro, modernizadas, que la han sustituído (figs. 12 y 13).

En la parte más occidental de Italia, en la costa noroeste, hay, sin embargo, norias más parecidas a las españolas comunes. Por ejemplo, en Bordighera, donde tienen (o tenían) la rueda de aire provista de puntos o dientes colocados hacia abajo y el eje de la rueda de tracción, mucho más alto que el de las españolas; mejor dicho, aquella rueda queda colocada en la parte superior de él, mientras que en las nuestras no (108).

Las antiguas norias de la parte mediterránea de Francia, tal como las que vió Townsed en Narbonne, a fines del siglo XVIII (109), se hallaban asociadas a un sistema de re-

---

(108) Fotografía de noria de Bordighera en el artículo «noria» de la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, XXXVIII (Barcelona, s. a.), pág. 1.091.

(109) Hay en Narbona un pequeño arroyo que, por la industria de sus habitantes, le origina cierta fuente de riqueza más segura que si sus arenas fueran de oro. Este arroyo se vierte en un canal de más de media milla de longitud, a cuyos lados se hallan extensos huertos regados por él mediante máquinas hidráulicas de una sencillez digna de ser considerada.

Consisten éstas en una rueda vertical de veinte pies de diámetro, en cuya circunferencia se fija cierto número de pequeñas cajas, o cangilones cuadrados que sirven para sacar el agua de un pozo, el cual comunica con el canal por abajo y llena un depósito que se halla en la parte superior, colocado al lado de la rueda. Los cangilones tienen un orificio lateral destinado a que por él entre y salga el agua. El eje de esta rueda está rodeado por cuatro maderos que se cruzan entre sí en ángulo recto, rematando en las extremidades y formando ocho pequeños brazos. Esta rueda está colocada cerca del centro del ruedo que recorre la caballería, contigua al eje vertical, a cuyo extremo superior se fija el malacate al que se sujeta aquélla; hacia el suelo este eje se halla también rodeado por cuatro maderas cruzadas, formando ocho brazos similares a los ya descritos al hablar del eje de la rueda de agua. Cuan-

gadío con canales y se diferenciaban algo de las más comunes en España. Al parecer el engranaje que las caracterizaba recordaba algo al propio de las norias sirias ya descritas.

Pero parece que, después, el tipo de noria igual al hispánico, al catalán, por ejemplo, se ha ido extendiendo y siempre en relación con pequeñas propiedades; raramente puede regar más de dos o tres hectáreas. Esta noria común, movida por un caballo ordinario, da de 20 a 25 metros cúbicos de agua por hora a cinco metros de altura; su producto es un 0,66 del trabajo desarrollado (110).

VII

Hablemos, por último, de España. La documentación española que se ha allegado en las páginas que siguen es de carácter histórico geográfico; la recogida en determinadas regiones del centro y SE., donde todavía funcionan modelos de norias que no presentan innovaciones ejecutadas en el siglo XIX o en éste, la utilizaremos en otra ocasión.

De cien años a esta parte éstas se han multiplicado y

---

do la mula—que es el animal más empleado en la tarea—da vueltas, estos brazos horizontales, haciendo las veces de dientes, agarran uno tras otro a los brazos que se hallan fijos en el eje de la rueda de agua y la ponen en rotación.

«La máquina—dice TOWNSED al fin de su descripción—, que no puede ser más barata, eleva una gran cantidad de agua, pero tiene dos defectos: el primero consiste en que parte del agua sale fuera de los cangilones y cae en el pozo después de haber sido elevada al nivel del depósito aproximadamente; el segundo es que, proporción considerable de la que se ha de de cargar, se eleva a altura mayor que el depósito y cae en él sólo en el momento en que el cangilón se halla en el punto más alto del círculo y está ya presto para descender.» Para evitar las pérdidas propone un cambio en la estructura de los cangilones. JOSEPH TOWNSED, *A journey through Spain in the years 1786 and 1787*, I (Londres, 1792), págs. 79-81.

(110) RONNA, *Les irrigations*, I, págs. 565-557 y fig. 111 de esta última página.

resultaría relativamente fácil el seguir el proceso de modificación a través de publicaciones técnicas y tratados generales de agricultura, etc. Pero éste no es nuestro intento, sino que, precisamente, hemos de ocuparnos de lo acaecido antes y de lo que queda de épocas anteriores.

Notemos, sin embargo, que a mediados del siglo XIX se publicaron en España varios artículos que reflejan las referidas tendencias innovadoras en cuanto a los mecanismos hidráulicos, asociadas con la difusión del empleo del hierro en la maquinaria y que alguno de ellos es interesante por los datos históricos y descriptivos que contiene (111).

Conocidos los lugares comunes que se han dicho y repetido respecto a la influencia de los «árabes» en el progreso de la agricultura en España, no chocará que a ellos se les atribuya la introducción de la noria en este país.

Multitud de autores convienen en esto. Laufer, que acepta la idea (112), menciona, entre ellos, a A. von Kremer (113) y a G. Staunton (114). Por nuestra parte podemos recordar a Jaubert de Passá, autor del famoso tratado sobre los riegos

---

(111) Citados por don BRAULIO ANTÓN RAMÍREZ, *Diccionario de bibliografía agronómica* (nota 38). He aquí sus títulos:

1) *Noria de viento. Noticia de unos modelos y mejoras que pueden introducirse*, en «Semanario industrial», II (1841), págs. 169 y sigs. (ANTÓN RAMÍREZ, *op. cit.*, pág. 685 (núm. 1.768).

2) *Memoria sobre la noria construída en el Casino de D. Mariano Cabrerizo, bajo la dirección de D. Manuel María Azofra*, en «Boletín enciclopédico de la Sociedad Económica de Valencia», II (1843), páginas 488 y sigs. (nueve láminas) (ANTÓN RAMÍREZ, *op cit.*, págs. 614-665 (núm. 1.712).

3) *Indicaciones acerca de las norias, defectos de las comunes; modelo de una arreglada a dimensiones convenientes; ventajas de las de fundición de hierro sobre las de madera*, en «Boletín oficial del ministerio de Comercio», VIII (Madrid, 1849), págs. 576-582 (ANTÓN RAMÍREZ, *op. cit.*, pág. 615 (núm. 1.553).

(112) LAUFER, *op. cit.*, págs. 239-240.

(113) *Culturgeschichte des Orients unter den Chalifen*, II (Viena, 1875), pág. 322; texto que recuerda LAUFER, págs 239-240.

(114) Véase LAUFER, pág. 240.

en el Levante español (115), y, mucho antes, al abate Bertaut, que estuvo en el S. hacia 1654 y que es uno de los mayores panegiristas de la horticultura morisca (116).

Hecha distinción entre noria de corriente y noria de sangre podemos admitir que la última haya sido introducida, en efecto, a partir del siglo VIII por los agricultores sirios que se asentaron en las huertas del SE. y del S. Ya se ha visto cómo una de las más antiguas descripciones del ingenio se debe a un autor arábigo-español que se inspira en otro compatriota. No faltan, sin duda, referencias a él en autores menos conocidos o que sólo los arabistas especializados pueden consultar (117). Mas en la documentación cristiana medieval, bien remota, tampoco deja de haber alusiones a norias de sangre.

---

(115) *Canales de riego de Cataluña y reino de Valencia, traducción* de Juan Fiol, I (Valencia, 1844), págs. 30-31. Y otros muchos autores franceses, incluso de manuales. Véase, por ejemplo, CH. SEIGNOBOS, *Historia universal. III, Edad Media*, trad. esp. de Domingo Vaca (Madrid, 1928), pág. 82.

Generalidades sobre los árabes como innovadores en la técnica agrícola española se hallan en las historias y los tratados técnicos. Por ejemplo, A RONNA, *Les irrigations*, III, «Les cultures arrosées, l'economie des irrigations, histoire, législation et administration» (París, s. a.), páginas 606-611 (siguiendo a PRESCOTT, GERMOND DE LAVIGUE, etc.), E. LÉVI, PROVENÇAL, *L'Espagne musulmane au X^e siècle. Institutions et vie sociale* (París, 1932), pág. 166. Sobre la noria concretamente, ANTONIO GARCÍA MACEIRA, *Apuntes y noticias sobre la agricultura de los árabes españoles* (Zamora, 1876), pág. 31.

(116) Dice que las acequias de la vega de Granada son del tiempo de los moros y añade (según la traducción de su texto debida a mi querido amigo don José García Mercadal): «He visto en torno a muchos pueblos de Andalucía otras máquinas que ellos habían hecho para regar esta tierras, de las que todavía se sirven ahora, que son pozos de espacio en espacio donde hay ruedas, en torno a las cuales están atados pucheros de barro que suben el agua hasta lo alto, desde donde cae a un gran recipiente en forma de pequeño estanque, de donde sacaban, y sacan todavía, pequeños regueros que conducen el agua a sus tierras, que en estos lugares son llanas.» *España vista por los extranjeros*, III (Madrid, 1920), págs. 136-137.

(117) Véase notas 37 y 38.

Por ejemplo, el año 1160 el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona otorgó un permiso a Abraham Bonastruch, alfaqui judío, para que construyera unos baños públicos en su propiedad; estos baños, concebidos al estilo árabe y parecidos a los que se conservan en Gerona, recibían el agua de una noria que antes debía servir para regar los árboles del referido huerto (118). Esta noria, de tiro sin duda, se halla representada en la maqueta de tales baños que existe en el Museo de la ciudad de Barcelona, como si se tratara de una de las corrientes hoy día.

La noria de sangre aparece muy difundida en las regiones de España donde ahora se encuentra en los siglos XIV, XV, XVI y XVII. Casi todos los autores clásicos de la literatura castellana cuando emplean las palabras «noria» o «anoria» aluden a ella. El arcipreste de Hita en una parte del «Libro de Buen Amor», en que cuenta las desdichas de un caballo que en otro tiempo fué de lujo y de guerra, pero que una vez estropeado era sólo utilizado en tareas viles, dice (119):

«Desque salyó del campo, non vale una çermeña:
A arar lo pusieron é á traer la leña,
A vezes á la noria y á vezes á la açenia:
Escota el sobervio el amor á la dueña.»

Otros autores posteriores hablan también de rocines dedicados a tal menester. Pero, á medida que pasa el tiempo, el caballo deja su lugar al mulo y al asno. En la «Comedia Aurelia» (jornada II) un hortelano dice (120):

«...el porrino
me regad y el cebollino
y también la çanahoria
y ande el macho en el hanoria
para regar el colino.»

---

(118) *Itinerarios de la ciudad* (por AGUSTÍN DURÁN SANPERE), en «Barcelona, divulgación histórica», I (Barcelona, 1945), págs. 44-45.

(119) Ed. Julio Cejador, I (Madrid, 1913), pág. 92.

(120) *Turiana, en la qual se contienen diversas comedias y farças...* (ed. facsímile de la Academia Española), E., VII (el original se imprimió en Valencia, 1564).

Lope de Rueda se refiere en alguna ocasión al «mulo de añoria» (121).

Mateo Alemán alude, en cambio, al «rocín de anoria» (122) todavía. De la expansión del ingenio por las tierras de Castilla la Nueva por lo menos, nos hablan puntualmente las «Relaciones topográficas», redactadas en tiempos de Felipe II, y de las cuales ya se ha publicado una parte bastante considerable. Por ellas sabemos que dentro de lo que es provincia de Madrid (dejando a un lado la capital de cuyo aprovisionamiento de aguas ha hecho un estudio magistral don Jaime Oliver Asín) había varios pueblos con regadíos de norias conocidos.

Con «anoria» se regaba una huerta de Fuentidueña de Ocaña (123), «anorias» regaban las huertas de Griñón (124) y respecto de Talamanca se dice que en «la ribera de Xarama hay huertas que tienen *agua de pie* y otras de *anorias* y las frutas que comúnmente en ellas se cogen son peras y manzanas, duraznos, melocotones y cermeñas» (125). Las relaciones correspondientes a la provincia de Guadalajara, publicadas hace más tiempo, no contienen referencias a norias, según lo que he podido observar; las huertas en la zona correspondiente a aquella provincia se regaban con aguas corrientes y, en general, los pueblos no se quejan de la escasez que se manifiesta en regiones limítrofes.

En Cuenca las «Relaciones...» recuerdan las norias de

---

(121) «¿Quiere que me ande yo de calle en calle halueando... o como mulo de añoria?», *Comedias y pasos*, II (Madrid, 1895), página 189.

(122) «Di más pasos y vueltas que rocín de anoria», *Guzmán de Alfarache* (parte I, libro II, cap. 8); así la edición de la «Biblioteca de Autores Españoles», III, pág. 233, 1. Cejador en la suya pone noria (Madrid, 1913), pág. 234. La edición de Madrid, 1726, pág. 126, también.

(123) Carmelo Viñas Mey y Ramón Paz, *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II, provincia de Madrid* (Madrid, 1949), pág. 276 (§ 21).

(124) *Relaciones...* cit., pág. 313 (§ 23).

(125) *Relaciones...* cit., pág. 610 (§ 21).

Iniesta (126), Tarazona de la Mancha (127) y La Roda (128), y en las manuscritas o aun inéditas que he podido consultar, correspondientes a pueblos manchegos de Toledo y Ciudad Real, hallo mención de ellas (a veces escriben «hanorias») en Madridejos (129), Fuentidueña (130), Membrilla (131), Villanueva de los Infantes (132), Villanueva de Alcardete (133) y Daimiel (134). En las relaciones de Toledo, publicadas también por Viñas y Paz, la alusión a norias va unida con frecuencia a la de cultivos de huerta: así de Alcabón se dice que en su término hay «dos guertas de dos vecinos deste pueblo, que se riegan con anorias y sacan a mucha costa el agua de pozos» (135); en la de Barcience, que hay «dos guertas, que la una se riega con anoria y con poca agua, y la otra con anoria e ayuda de un arroyo pequeño» (136). En Camarena se señala la existencia de «tres guertas de hortalizas, que se riegan de pozos de anorias» (137); en Casarrubios del Monte se recuerda que hay «guertas» regadas con «anorias», pero

---

(126) *Relaciones de pueblos de la diócesis de Cuenca hechas por orden de Felipe III, las publica conforme a los originales de la Biblioteca de El Escorial, con introducción, notas, apéndices e índices, el P Fr. Eusebio-Julián Zarco-Bacas y Cuevas*, I (Cuenca, 1927), pág. 17.

(127) *Relaciones...* de Cuenca cit., I, pág. 63.

(128) *Relaciones...* de Cuenca cit., I, pág. 78.

(129) *Relaciones topográficas de los pueblos de España hechas de orden del S.r Felipe II.º Copiadas de los originales que existen en la R.l Biblioteca del Escorial. Y se pasaron a la R.l Academia de la Historia, en virtud de orden de S. M. para sacar la copia. Tomo III. Año* 1773, fol. 43 r.

(130) *Relaciones...* manuscritas cit., III, fol. 281 vto.

(131) *Relaciones...* manuscritas cit., III, fol. 309 r.

(132) *Relaciones...* manuscritas cit., III, fol. 386 vto.

(133) *Relaciones...* manuscritas cit., IV, fol. 26 vto.

(134) *Relaciones...* manuscritas cit., IV, fol. 162 vto.

(135) *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II. Reino de Toledo (primera parte)* (Madrid, 1951), pág. 27 (§ 21).

(136) *Relaciones...* cit., pág. 112 (§ 21).

(137) *Relaciones...* cit., pág. 195 (§ 21).

no se dice cuántas (138). En cambio, la relación de Cuerva detalla: «Al veinte y un capítulo de la dicha instrución dixo que en esta villa hay una manera de tierras que llaman guertas, aunque estan rasas sin arboledas, porque en ellas tienen pozos y anorias con que sacan agua para regarlas, y en ellas se crian nabos y alguna hortaliza y algun dia las siembran de pan» (139). Hay también mención de «anorias» y «guertas» en la relación de Gálvez (140) y en la de Lillo se indica: «En el término de esta villa y en su jurisdicción hay cantidad de pozos, anorias de riego, donde se crían alguna hortaliza común, no hay frutas notables, son de vecinos particulares, y réntales muy poco» (141).

Por la misma época uno de los hombres más famosos de los protegidos por Felipe II, el ingeniero Juanelo, describía ciertos tipos de noria en su tratado de mecánica, no sin añadirles algunos detalles de utilidad problemática. Las norias de Juanelo pueden verse reproducidas en las figuras 14 y 15 (142). Además, poseemos otra documentación gráfica, digna de ser considerada. La vista de Valladolid de «Civitates orbis terrarum» nos da una imagen de dos norias de tipo muy familiar (143), y la lámina XXIV de la serie que acompaña el texto del «Viaje de Cosme de Médicis» y que representa al pueblo de Mora (144), también demuestra que en el siglo XVII la estructura general del aparato era igual a la que presenta hoy día (fig. 16) en algunas regiones, como, por ejemplo, el campo de los Pedroches, donde casi siempre

(138) *Relaciones...* cit., pág. 256 (§ 21).

(139) *Relaciones...* cit., pág. 333.

(140) *Relaciones...* cit., pág. 417 (§ 21).

(141) *Relaciones...* cit., pág. 506 (§ 21).

(142) Como puede verse, no corresponde al tipo más común en España, sino al «oriental».

(143) GEORGIUS BRAUN et FRANCISCUS HOGENBERGIUS, *Civitates orbis terrarum*, I (Coloniae Agrippinae. Apud Bertramum Bocholtz. MDXCIX), lámina VIII.

(144) *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal* (1668-1669), ed. A. Sánchez Rivero (Madrid, s. a.).

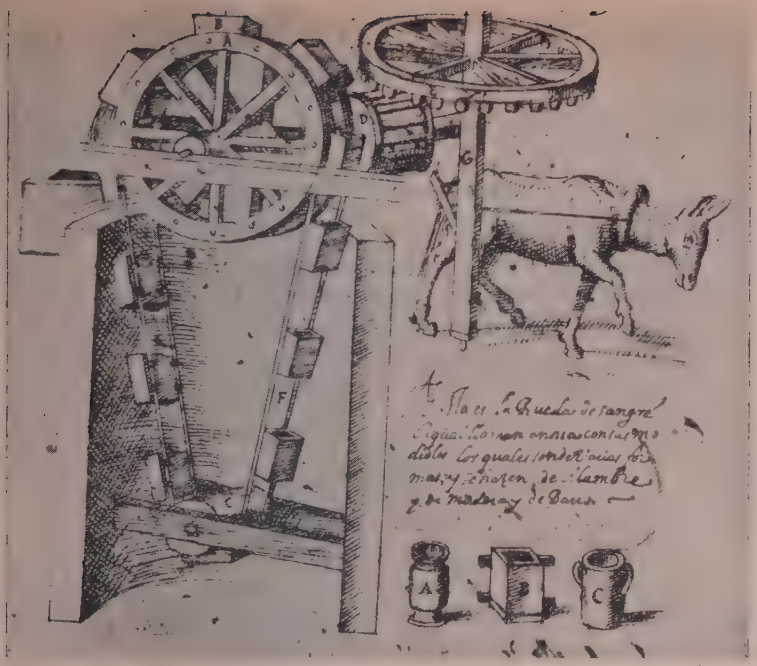


Fig. 14.—Un tipo de noria por lo alto ideado por Juanelo (según el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid).

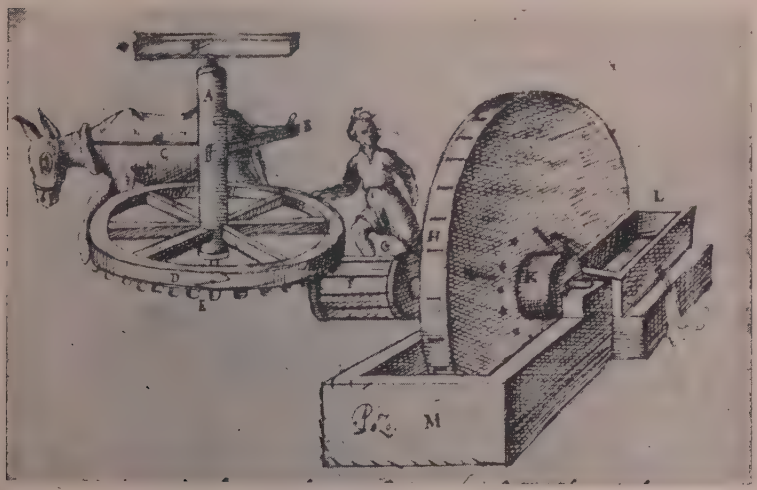


Fig. 15.—Un tipo de noria por lo bajo, según Juanelo (en el mismo manuscrito antes citado).

queda muy bien dibujado el círculo en que ejecuta su trabajo el animal de tracción.

Poseemos, además, algunas obras más modernas en que se trata de las norias desde un punto de vista técnico.

Teodoro Ardemans, tratadista de arquitectura y urbanismo de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII (1664?-1726), dedicó algunos párrafos a la manera como debían construirse las norias en Madrid en un libro varias veces reimpreso,

Fig. 16.—Noria de Mora, según el ilustrador del «Viaje de Cosme de Médicis».

reflejo fiel de los problemas que afligían a la capital de España como tal, allá por los últimos años del reinado de Carlos II y los primeros del de Felipe V. Vemos que en aquel Madrid, aun todavía muy arcaizante, que conservaba no pocos rasgos de lugarón manchego dedicado a la agricultura, había muchos vecinos que tenían norias dentro de corrales y huertas situadas en el recinto urbano. Ardemans da las reglas a que debían someterse los que tenían tales ingenios para evitar peligros y molestias al vecindario. Las norias no habían de construirse sino en aquella clase de recintos, se hallarían por lo menos a doce pies de las medianerías y si alguna se hiciera «debaxo de techado, como las que ordinariamente se hacen para jardines, es menester no estén entre habitaciones de comercio, por lo fastidioso del ruido y perjudicial (sic) á las viviendas; y assi de quererlo hacer algun vecino, sin atender á lo referido, debería estar á derecho á todos los daños, que por dicha noria sobrevinieren, anteponiendo á

esto que debe estar apartada veinte y quatro pies de la vecindad» (145).

Posterior es el tratadito sobre la irrigación de los campos de Vidal y Cabasés, en que se dan instrucciones para construir norias mejores que las comúnmente fabricadas, pero en que todavía no se perciben innovaciones sustanciales (146).

Quien nos ha dejado más cumplidas descripciones de algunas norias de tracción animal, consideradas como modelos en su género, ha sido don José Mariano Vallejo, un extraño matemático y arbitrista andaluz de la primera mitad del siglo XIX, al que se debe un voluminoso «Tratado sobre el movimiento y aplicaciones de las aguas» (aparte de otras obras más o menos extravagantes) (147). Es en el capítulo segundo del libro sexto del tratado donde se ocupa de las norias con mucho detalle.

Vallejo conocía por referencias algunos textos árabes sobre éstas, y aprovechó publicando, según su costumbre, trozos enteros de ellas, las dos citadas obras de Ardemans y Vidal y Cabasés (148). Pero más interesantes que sus consideraciones históricas, y creo también que sus razonamientos matemáticos sobre las mismas (149), son las descripciones de cuatro ejemplares estudiados por él directamente, a saber:

I. La noria del convento de Jesús, en la capital de España (150).

---

(145) *Ordenanzas de Madrid, y otras diferentes que se practican en las ciudades de Toledo y Sevilla, con algunas advertencias à los Alarifes y Particulares* (Madrid, 1765), pág. 101 (cap. XVI); el libro se dedica en 1719.

(146) *Conversaciones instructivas en que se trata de fomentar la agricultura por medio del riego de las tierras...* (Madrid, 1778), págs. CLXXII-CLXXVI, más la lámina 3, fig. 29.

(147) Tres tomos gruesos (Madrid. Imprenta de Miguel de Burgos, 1833).

(148) *Tatado...*, III, págs. 112-121 (§§ 146-156), sección primera.

(149) *Tratado...*, III, págs. 133-295 (sección segunda del referido capítulo).

(150) *Tratado...*, III, págs. 122-127 (§§ 157-163).

II. Una de las del Real Sitio del Buen Retiro, de la misma capital (151).

III. Otra que se hallaba en los alrededores de Madrid, «fuera de la puerta de Atocha, a la derecha del camino que va a Vallecas y en la huerta que está enfrente de la puerta llamada de la «Campanilla» (152).

IV. Una noria de las «movidas por alto», sin localizar (153). En las láminas 3, 4 y 5, que ilustran el tomo tercero del Tratado (figs. 17, 18 y 19), se observan las características de tales norias de modo más claro e intuitivo a la par que siguiendo la prolija descripción de nuestro autor.

La noria del Convento de Jesús, «una de las más bien construídas que existen», según Vallejo, tenía las características que siguen:

1)	Radio del andén sobre el que pisaba la caballería...	20	pies.	
2)	Anchura del pozo	4 ½	»	
3)	Largura del mismo	13	»	(154).
4)	Profundidad del mismo	60	»	(155).
5)	Anchura de los machones de ladrillo	4	»	
6)	Altura de los machones de ladrillo.	7	»	
7)	Largura del cubo de la rueda de agua o puerca	3 ½	»	
8)	Diámetro del mismo cubo	1 ½	»	
9)	Diámetro de la rueda de agua... ...	10	»	
10)	Grueso de la misma	6	dedos.	
11)	Cruces...	4	radios.	
12)	Contracruces...	4	»	

(151) *Tratado...*, III, págs. 127-129 (§§ 164-164).

(152) *Tratado...*, III, págs. 129-130 (§ 166).

(153) *Tratado...*, III, págs. 130-132 (§ 167).

(154) El pozo estaba revestido de ladrillos, de un pie y medio de grosor.

(155) 10 pies con agua.

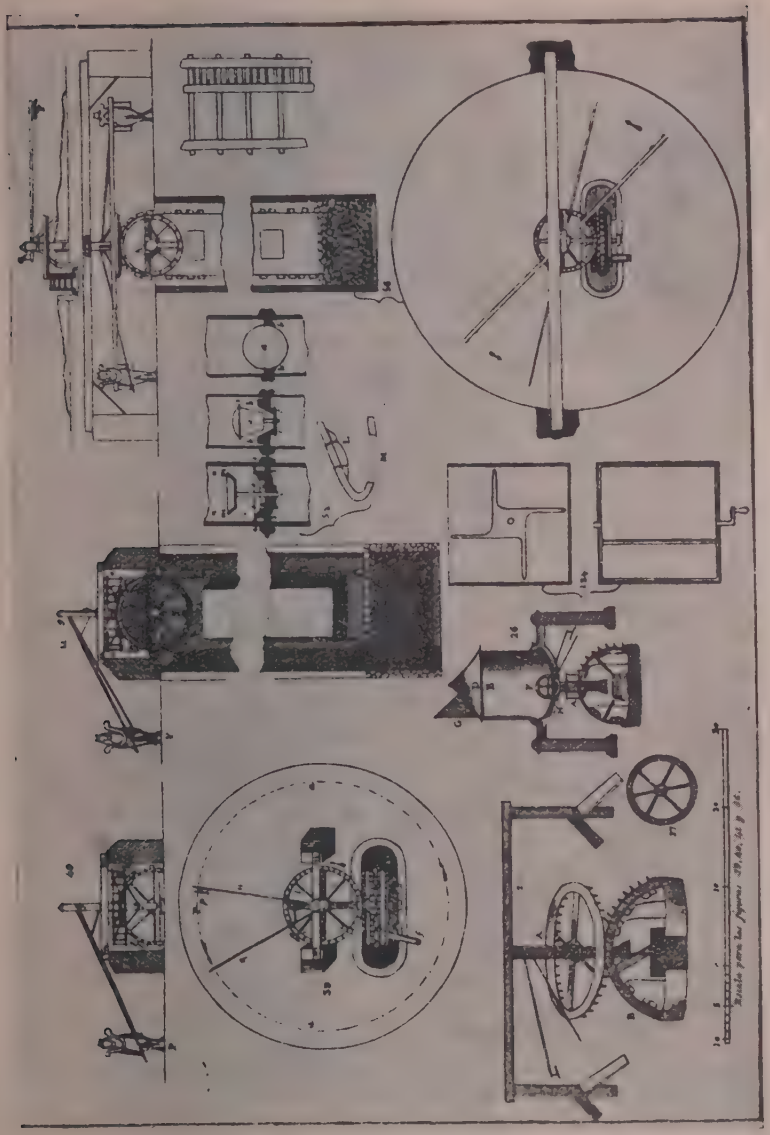


Fig. 17.—Lámina tercera del tomo tercero del «Tratado» de Vallejo.

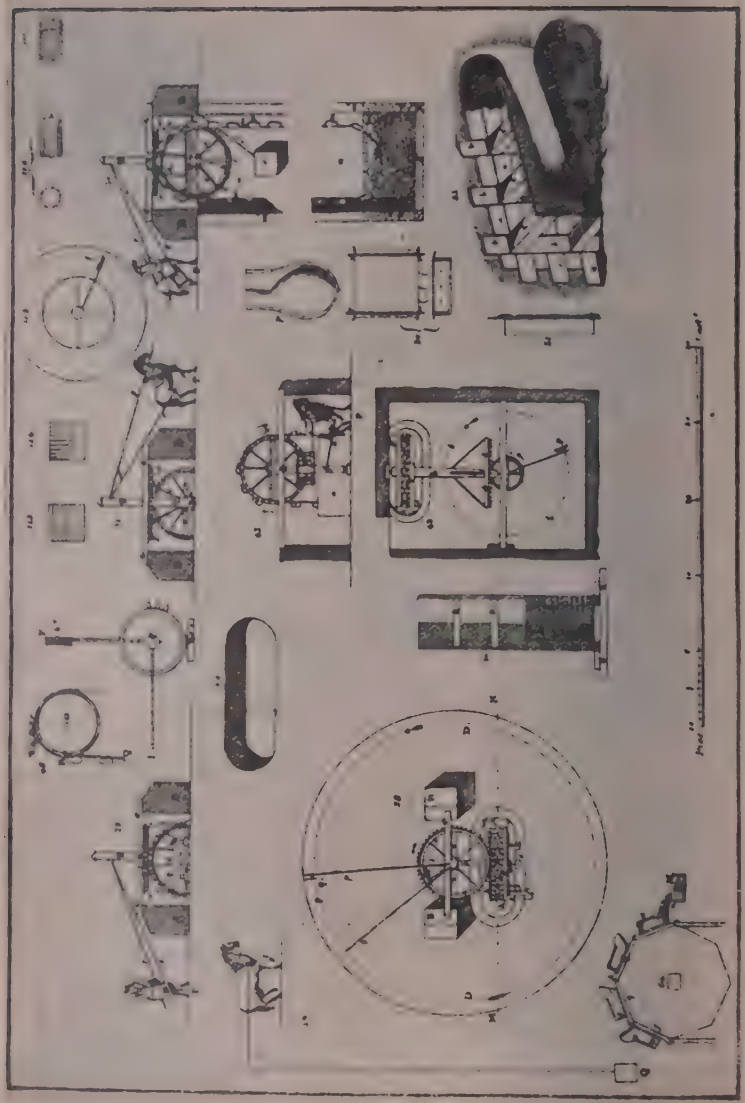


Fig. 18.—Lámina cuarta del tomo tercero del «Tratado» de Vallejo

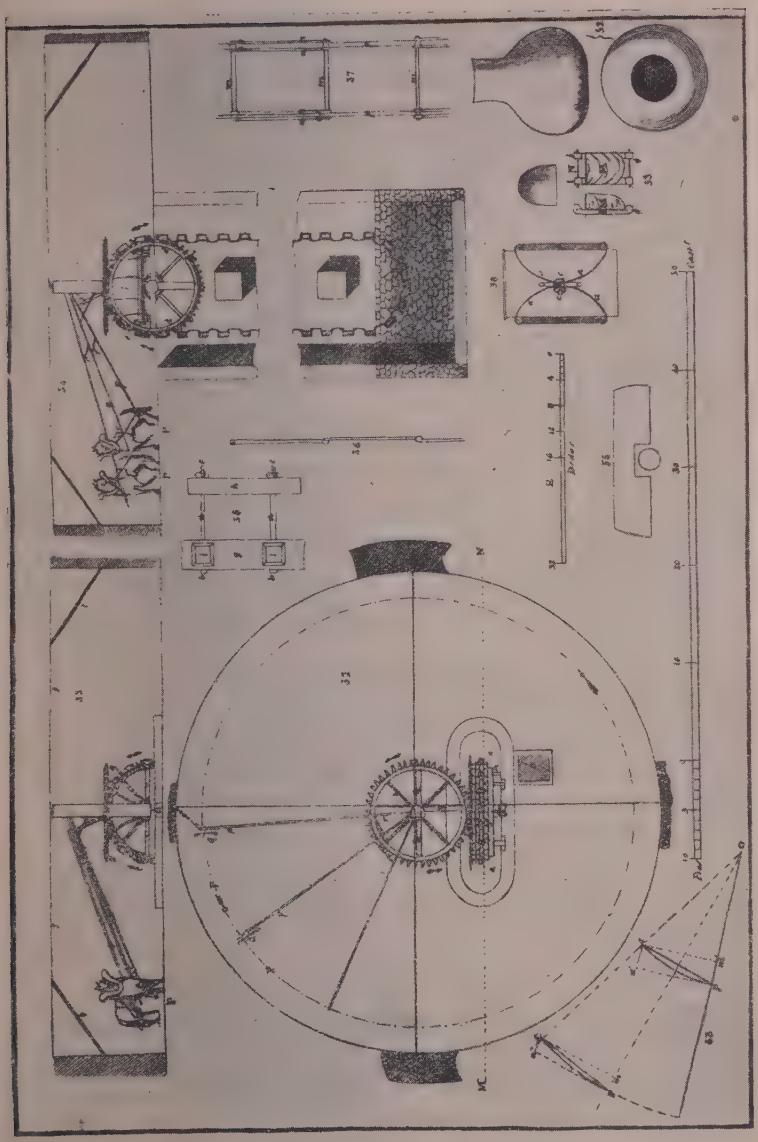


Fig. 19.—Lámina quinta del tomo tercero del «Tratado» de Vallejo.

13)	Número de «puntos»	44		(156).
14)	Diámetro de los «aguadores»	2	dedos	
15)	Diámetro de la rueda «volandera»...	9	pies.	
16)	Grueso de la misma	3 ½	dedos.	
17)	Grosor de la maroma de esparto ...	3	»	
18)	Altura de los arcaduces (de barro).	1 ½	pies.	
19)	Largura de la artesilla (157)...	8 ½	»	
20)	Anchura de la misma (158)...	1 ½	»	
21)	Grueso del árbol o eje de la rueda de aire	1	»	
22)	Altura del mismo	12	»	
23)	Grueso de la carrera en que éste se sujeta...	1	»	
24)	Altura a la que se encaja la palanca en el árbol	10	»	
25)	Largura de la palanca	22	»	
26)	Grosor de la misma	4	dedos.	
27)	Largura de la guía donde se ata el ramal de la caballería...	20	pies.	
28)	Diámetro de la rueda de aire	10	»	

Pueden omitirse otros detalles por insignificantes u oscuros.

La noria del Buen Retiro era parecida a la anterior. Se diferenciaba de ella, sobre todo, porque «en vez de cuerda —dice Vallejo—sirve una cadena de freno; y los arcaduces, en vez de ser de barro, lo son de azofar, y tanto por el mayor peso de la cadena como por la mayor profundidad del pozo, esta noria necesita de dos caballerías para efectuar su movimiento» (159).

---

(156) «De cuatro dedos en cuadro de grueso en la base y tres en el extremo, con medio pie de salida.»

(157) El testero de ésta lo sostenían unos barrotes llamados «guardavientos».

(158) De ésta salían las aguas por un canal de madera a la arqueta de reparto, hecha de ladrillo.

(159) *Tratado*.... III, pág. 127 (§ 164).

La anchura del pozo en ella era de 4 ½ pies, la largura de 17 y la profundidad de 108, de los cuales 12 ½ contenían agua. El cubo de la rueda de agua tenía 3 ½ pies de largura y su diámetro era de 11 ½. La rueda de agua misma tenía 10 ¾ pies de diámetro, algo más que la del convento; constaba de 48 puntos (de un cuarto de pie de gruesos en cuadro, por la base y tres dedos por los extremos, con una salida de tres cuartos de pie). Los cangilones tenían 18 dedos de altura. La rueda de aire, 10 ½ pies de diámetro.

La tercer noria, situada entre Atocha y Vallecas, frente a la puerta de la Campanilla, tenía un «pozo de calzones» o «pozo a la inglesa» de 15 pies de largo en su embocadura; 4 ½, de ancho, y 84, de profundidad. De éstos, 20 estaban bajo el agua. «El mecanismo de esta noria se diferencia del de las anteriores—añade Vallejo—en que la rueda del aire no tiene dientes, sino que se compone de dos ruedas iguales unidas entre sí por un cierto número de palos que se llaman *husillos*; y al todo se le llama vulgarmente carro, y nosotros caracterizamos con el nombre de linterna.» Los husillos eran treinta y dos, de dos dedos de grueso y de pie y medio de largo.

La rueda de agua tenía los dientes en la circunferencia, como prolongación de los aguadores, lateralmente, para engranar con los husillos de la linterna. El diámetro de ésta era de diez pies y constaba de su cubo o puerca, aguadores, cruces y contracruces. Los arcaduces vertían el agua sobre una artesilla sostenida por unos palos llamados «jabalconcillos».

El árbol tenía un pie de grueso y once de alto; la linterna, dos pies de alto y nueve de diámetro.

La cuarta noria, la «movida por alto», a causa de que tanto la rueda de agua como la linterna o carro estaban por la parte superior de la caballería, presentaba más variaciones.

Paralela a la rueda de agua tenía otra, llamada de «puntería», destinada sólo a los dientes. Ambas quedaban fijadas en el eje horizontal o «árbol grande» (en oposición al eje vertical o «árbol chico»). El pozo se elevaba tres pies y medio

sobre el suelo, estaba revestido (dos pies de ladrillo), tenía doce pies de largura por cuatro y medio de anchura en la boca. El árbol grande era largo: catorce pies y medio por uno de grosor. Se sujetaba en «gorrones» que cargaban en una carrera, de uno y medio de grueso el opuesto a la rueda de agua y el cercano a ésta en una palomilla. La rueda de agua, con nueve pies de diámetro, no tenía puntos. La de puntería, con el mismo diámetro, presentaba treinta y seis de éstos que engranaban con la linterna.

Por la misma época en que Vallejo escribía su «Tratado» varios pintores y dibujantes ingleses, al hacer preciosas vistas de ciudades españolas, gustaron de colocar en primer término, o en plano secundario, para «completar la composición», norias, molinos y batanes. Una gran noria se ve que se halla, por ejemplo, en la vista del puente de Toledo, en Madrid, a mano izquierda, del famoso álbum de Roberts, y otra en la del monasterio de El Escorial. (Pero es dudoso que tales norias existieran en realidad donde se indica, aunque para hacer el dibujo el artista debió de inspirarse en modelos reales de otras partes) (160).

Digamos ahora algo respecto a la repartición geográfica y formas de norias observadas en las distintas regiones de España. Es lógico pensar que la noria de sangre ha de hallarse asociada con otros elementos culturales de los que se encuentran en la «España seca» y que sólo esporádicamente cabrá hallarla en las regiones incluídas en la «España húmeda». Así, ni en Vizcaya y Guipúzcoa, ni en la montaña de Santander, ni en Asturias, ni en zonas considerables de Galicia, puede decirse que existen regadíos con norias, dignos de recuerdo. Pero en cuanto se llega a zonas de clima mediterráneo o de alta meseta se hallan en un estado más o menos próspero. La noria más septentrionál que

(160) *Picturesque sketches in Spain taken during the years* 1832 *&* 1833 *by David Roberts* (Londres, 1837), láminas XX («Bridge of Toledo on the river Manzanares», T. S. Boys) y XXI («Distant view of the palace of the Escuriál and mountains of Guadarrama», T. S. Cooper).

he visto en tierras vascongadas es una, moderna, situada en una huerta de Vitoria.

Muy al N. de Cataluña, en las tierras que se encuentran junto a las calas que separan el Tordera del Besós, señalaba Jaubert de Passá, a comienzos del siglo XIX, la existencia de cultivos hortícolas efectuados a base del riego con norias movidas por caballerías, norias que, en general, solían estar contiguas a la casa del labrador. Sus arcaduces eran de barro y ninguno podía subir más de 125 pulgadas cúbicas de agua; pero eran tantos que se vaciaban cinco o seis a la par, proporcionando agua abundante. Esta caía en un estanque, desde donde se la conducía, por medio de unas regaderas, hechas de fábrica con frecuencia, a las distintas partes del huerto, incluso a una pequeña tabla de trigo que el hortelano sembraba junto a las verduras.

Jaubert indica—también—que, desde hacía poco, la tracción se comenzaba a sustituir por un molino de velas (161).

A pesar de esto hoy día siguen existiendo norias en latitudes septentrionales. Monseñor A. Griera indica que entre Bañolas (Banyoles) y Caça de la Selva se encuentra este tipo de ingenio («aparell per a pujar aigua d'un pou o cisterna mogut per un animal») (162).

Más al S. el campo de Barcelona ha sido regado por norias desde una época remota (según va dicho) hasta un período en que el espíritu experimentador de los naturales de la gran metrópolis mediterránea introdujo modificaciones provechosas en su construcción. De ellas da cuenta Townsend en su libro, y ello le da motivo para extenderse en amplias consideraciones sobre la que los ingleses llaman «chain pump», que por su época había sido objeto de perfeccionamiento por parte de los marinos. En el texto de Townsend se señala la diferencia existente entre la noria catalana y la

(161) *Canales de riego de Cataluña y reino de Valencia...*, I, páginas 28-32 (cap. III, norias de la Alta Cataluña).

(162) *Tresor de la llengua, de les tradicions i de la cultura popular de Catalunya*, X (Barcelona, 1946), pág. 307, 1.

narbonense, siendo la primera descrita de esta suerte (163): «Consiste en una banda o cadena que pasa sobre una rueda dentada de una longitud suficiente para alcanzar dieciocho pulgadas o dos pies bajo la superficie del agua de un pozo. Alrededor de toda la banda, y a unas quince pulgadas de distancia entre sí, se sujetan recipientes de barro que, cuando la rueda da vueltas, elevan el agua del pozo y la arrojan en una cisterna colocada para recibirla. Un pequeño burro que da vueltas sin gran fatiga mueve un rodete que, a su vez, da moción a una rueda dentada que se halla fija al mismo eje en que se halla sujeta la rueda de que cuelga la banda o cadena y con la que da vueltas, produciendo así una constante y considerable provisión de agua, con gasto módico y muy pequeña fricción. Como el aire podría obstruir la boca de los recipientes o arcaduces de barro, cada uno tiene en el fondo un pequeño orificio, por el cual sale aquél y por el que también cierta cantidad de agua cae otra vez en el pozo.»

Towsed expone después las experiencias hechas por algunos barceloneses con objeto de perfeccionar el ingenio, no todas ellas afortunadas ni originales al parecer (164).

No ha de extrañar, por lo tanto, que los viejos modelos subsistieran muchos años allí, más al S. de Cataluña y en las islas Baleares (fig. 20).

Al tratar de los riegos y norias de Bará, Jaubert de Passá dice lo que sigue (165): «La construción de las norias de

---

(163) *A journey through Spain in the years* 1786 *and* 1787, I, páginas 170-171.

(164) Townsend, *op. cit.*, págs. 176-177. He aquí las características de una «noria moderna» de las que se hicieron por entonces:

1), eje vertical, 8 pies; 2), diámetro del ruedo para el animal, 16 pies; 3), diámetro de la rueda de linterna o rueda horizontal, 4 pies; 4), rueda vertical movida por la anterior, 4 pies; 5), linterna vertical, 2 pies o 7 pulgadas; 6), rueda de agua, 10 ½ pies. Como se ve, se trata de una noria en que existe la misma disociación que hay en las egipcias, de suerte que el gasto y la fricción se acrecentaban, según el mismo Townsend indica.

(165) *Canales de riego*, I, pág. 47.

Bará y de todas las de está parte de la costa se diferencian un poco de las que se usan en la playa de Mataró. Una gran rueda dentada colocada horizontalmente gira sobre su eje (sic) y pone en movimiento otra gran rueda vertical que sostiene un rosario formado por las cuerdas y arcaduces. Cinco de éstos vierten a un tiempo el agua que sacan del pozo en una artesa, que suele ser de madera, y se coloca junto al brocal. El eje principal descansa en un arco de

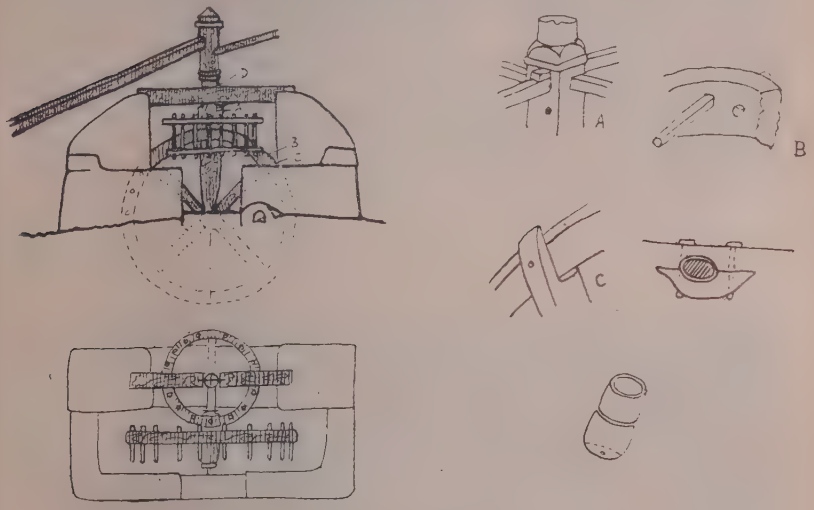


Fig. 20.—Noria de Ibiza (según A. Baeschlin).

fábrica que ocupa el punto medio del pozo, y su extremidad superior, que se eleva más que la rueda horizontal, sostiene una larga vara que hace el oficio de palanca. El terraplén que se forma alrededor del brocal sirve de andén a la caballería que mueve la máquina. El tiro se efectúa por dos cuerdas que van desde la collera a la palanca; y para dirigir el curso de la caballería se la arronzala a otra vara que colocan horizontalmente en el mismo eje de la palanca principal; si fatigada del trabajo quiere detenerse, la cuerda que le sirve de ronzal y está sujeta a ésta segunda percha

le da una sofrenada que, engañándola, le obliga a continuar el trabajo; medio tan simple como ingenioso y que ahorra al labrador el cuidado que, de otro modo, debería tener y que ordinariamente se confía a niños.»

El mismo Jaubert de Passá señala la existencia de algunas norias en el camino de Tortosa, por la parte izquierda, cerca del Ebro (166), y más al S. las encuentra en proporciones mucho mayores. En la huerta de Vinaroz y Benicarló dice que habría de 500 a 600 (167). Autores anteriores ya daban a entender que este antiguo reino de Valencia, paraíso del labrador de regadío, era uno de los focos de mayor densidad en materia de norias y de otras artes para sacar agua.

Al enumerar las planas y ríos del reino el cronista Gaspar Escolano, dice esto cuando trata de Jávea y Denia (168):

«La otra llanada es de Xabea y Denia, y se riega de fuentes y *anorias*. Lo mismo la de Villajoyosa y Alicante, demás del riachuelo del Pantano; obra verdaderamente de romanos, como lo veremos largamente en su lugar. Y las dos de Elche y Origuela, que por regarse (mayormente la espaciosa campaña de Origuela) del río Sigura es de las abundantes tierras de toda España.»

Cavanillas emplea la palabra «zua» para designar a la noria de sangre (169) y conviene recordar que en la parte de Murcia, donde aun pueden estudiarse ejemplares de tipo muy arcaico, suelen recibir el nombre de «senia», mientras que el dialectismo «ñora» sirve para designar a las ruedas aparejadas en las acequias que salen del Segura y que mueve la misma corriente del agua. La noria balear entra dentro del mismo ciclo (fig. 20) (170).

(166) *Canales de riego*, I, pág. 59.

(167) *Canales de riego*, I, pág. 95.

(168) *Década primera*, I, col. 654 (lib. IV, cap. I).

(169) *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia* II (Madrid, 1797), página 288.

(170) La figura 20 está tomada del bello librito de ALFREDO BAESCHLÍN, *Ibiza* (Valencia, 1934), 23. *Una noria rústica de la región de Jesús.*

Fig. 21.—Noria del campo de Málaga (fotografía de George M. Foster).

Fig. 22.—Detalle de la misma noria (fotografía de George M. Foster).

Es la zona muy seca de Cartagena donde hay hoy más norias de pozo en aquel reino, cosa que ya fué señalada (171). Y, en general, los que se han ocupado de describir las características de la agricultura murciana, han subrayado su mayor abundancia en los terrenos costeros donde no existen corrientes fluviales considerables (172).

Una noria de tipo tradicional estudiada en Lorca (Murcia) a fines del siglo XIX tenía estas características:

1)	Profundidad del pozo	32,00 m.
2)	Radio del malacate	3,00 »
3)	Diámetro de la rueda de agua	2,40 »
4)	Diámetro de la rueda de aire	1,90 »
5)	Número de arcaduces...	90,00 »
6)	Cabida de éstos	2,85 litros
7)	Capacidad del depósito	197,50 $m.^3$

Este se llenaba, mediante la fuerza de dos mulas, que trabajaban dieciséis horas al día en cuarenta horas y elevaban 1,37 litros por segundo (173).

Tipos de norias antiguas se hallan aún en Almería y Málaga (figs. 21 y 22), aunque cada vez se observa más el abandono de la madera, el esparto y el barro para construirlas y son más abundantes los modelos de hierro de diferentes clases. Gran parte de Andalucía, donde antes había norias de madera (fig. 23), se halla dominada por ellos y más aún, si cabe La Mancha (figs. 24 y 25). Incluso zonas que en otro tiempo no tenían fama de poseer huertas hoy se hallan cubiertas de pequeñas explotaciones en cuyo centro se ve una noria de éstas. Tal ocurre, por ejemplo, con las ori-

---

(171) *A journey through Spain in the years* 1786 *and* 1787, III, página 133.

(172) ZACARÍAS SALAZAR, *La agricultura en la provincia de Murcia* (Madrid, 1911), pág. 128.

(173) Otros cálculos y generalidades sobre la noria española, en RONNA, *Les irrigations*, I, pág. 564-565 (fig. 109).

llas del Tormes, cerca de Salamanca, y algunas partes de la provincia de Valladolid. Creo que la zona de máxima densidad será la zona de La Mancha, entre Valdepeñas y Manzanares. No ha de chocar que hoy día la noria de hierro se halle tan generalizada por allí, pues en su diario del viaje de Madrid a Sevilla, Townsend anotaba ya en Valdepeñas:

Fig. 23.—Noria de tierra de Cádiz, hacia 1914 (foto de José Reymundo).

«The norias are well constructed with the great wheel of iron instead of wood» (174). Antes señala abundancia de norias en el campo que está al N. de Manzanares (175) precisamente.

A mediados del siglo XIX eran utilizados ya modelos de

(174) *A journey through Spain in the years* 1786 *and* 1787, II, página 287 (19 de febrero de 1787).

(175) Townsend, *op. cit.*, II, pág. 285.

Fig. 24.—Noria de hierro en el campo de Madridejos, La Mancha (fotografía de George M. Foster).

Fig. 25.—Otro aspecto de la misma noria (fotografía de George M. Foster).

norias muy perfeccionados, construídos en hierro, del tipo de los conocidos en Francia con los nombres de «noria Bonnau» y «noria Saint Romas» (176). Pero la industria local y las necesidades económicas crearon tipos que vale la pena de estudiar del modo como lo han hecho en Portugal Jorge Dias y Fernando Galhano precisamente en el libro del que se habló al comienzo y del que hay que resaltar una cosa: la gran riqueza de tipos que en un corto espacio presenta Portugal, donde hay «norias por lo alto», «norias por lo bajo», variedad de engranajes y disociaciones o asociaciones de ruedas que recuerdan las de las norias del lejano Oriente, las de la noria egipcia, etc. Desde el punto de vista histórico cultural es, pues, el país vecino un país de considerable importancia.

En estas páginas no se ha querido sino sentar las bases generales para la historia de un ingenio que ha tenido singular significado en el desenvolvimiento de las comunidades agrícolas del mundo antiguo, de un ingenio que por su baratura ha permitido más que ningún otro el desarrollo de la pequeña propiedad o explotación familiar que hoy día comienza a estar en crisis, como tantos otros elementos de la cultura tradicional de los pueblos de la Europa mediterránea, del Africa blanca y del Asia oriental. Prueba de que llevan destinos hasta cierto punto paralelos.

JULIO CARO BAROJA

(176) RONNA, *Le irrigations*, I, págs. 567-570.

Imágenes marianas de los Pirineos orientales

El orbe cristiano está poblado por un gran número de santuarios, ermitas y capillas, levantados generalmente en parajes solitarios y encumbrados, dedicados en su gran mayoría a la Virgen María bajo un sinnúmero de advocaciones y títulos, propios en muchos casos del lugar donde se levanta su altar y se les rinde tributo de devoción. En el fondo de estas advocaciones y de las piadosas y poéticas tradiciones que, cual corona radiante y luminosa, aureolan la sagrada figura de la Virgen Madre parecen adivinarse vestigios de concepciones, creencias y costumbres de origen muy antiguo, y que en algunos casos incluso pueden remontarse a los albores del hombre. El hombre, al darse cuenta de sí mismo, sintióse fuertemente impresionado por los múltiples fenómenos de la Naturaleza, que se le hacían materialmente inexplicables, y los atribuyó a genios dotados de facultades y poderes superiores a los suyos, y pobló el reducido campo que le rodeaba de un mundo polifacético de seres imaginarios que crearon un complejo politeísmo, existente con toda vigoría hasta el advenimiento de Jesús y la difusión del cristianismo civilizador y redentor. Cada montaña, cada roca, cada cueva, cada fuente y cada árbol tenía su genio tutelar fuertemente arraigado, tanto que ni la acción demoledora de los tiempos ni la acción evangelizadora del cristianismo han logrado borrar completamente sus huellas, ni aun la liturgia de sus cultos, de la que, aun-

que muy escasos, aún parecen hallarse algunos vestigios, pues cuando una práctica ha posado sus raíces hondamente, su raigambre es tan fuerte que subsiste por tiempo indefinido, a pesar de haberse borrado las concepciones y las creencias que la razonaron y motivaron. Perdura a través de los tiempos con inexplicable persistencia, y para subsistir se adapta a concepciones posteriores y más tardías. La mayoría de los genios eran femeninos, pues el incomprensible fenómeno del alumbramiento les daba rango y categoría sagrados.

En su aspecto más elemental y aun más esencial, las concepciones y aun las necesidades humanas bien poco han variado a través del tiempo. Desde que el hombre es hombre, todo su ser y su empeño gira en torno al afán de vivir y hacer que viva lo que le rodea, para asegurarse el propio subsistir y la continuidad de la especie; afán que la ciencia considera innato y consustancial en el ser de todo cuanto constituye el cosmos. De ahí la inquietud para asegurar la fecundidad suya y la de los animales útiles y de los vegetales que le eran aprovechables, y el de conservar la salud y la fuerza que hicieran posible la consecución de su afán. Para la obtención de estas inquietudes velaban los genios que poblaban montañas y selvas, los de más abolengo y más aferrados a algún fenómeno natural, al que el hombre de ayer asociaba sus intereses, los cuales abandonaron sus reales ante la cruz redentora y cedieron su puesto casi siempre a Nuestra Señora la Virgen Santísima, en algunos casos a un santo y más escasamente a Jesucristo Nuestro Señor. Y los más vagaron por los alrededores de los parajes que ayer fueron su olimpo, reducidos a la pobre condición de hadas, y aun de brujas en algunos casos. Este fenómeno, general en Europa, puede observarse con más extensión en los núcleos montañosos que en las tierras llanas, más afectadas por las influencias de los vientos renovadores. Las cumbres constituyen como un oasis de tradición. Ello explica que las cordilleras pirenaica, alpina, apenina, carpática, etc., sean hogares de tradiciones multimilenarias, mu-

cho más que las tierras llanas que se extienden a sus pies, y que la devoción mariana sea más intensa en sus cumbres, valles y puertos que en el llano, y que muchas de sus advocaciones se distingan por el nombre del lugar donde se veneran. Un estudio toponímico profundo posiblemente podría arrojar mucha luz para esclarecer concepciones y cultos antiguos.

Las imágenes marianas que ofrecen más interés son las que la tradición, tan piadosa como poética, las supone halladas en circunstancias casi siempre maravillosas y sobrenaturales, como la misma Virgen María que representan. Muchas de ellas lo fueron por pastores guiados por uno de los animales de su rebaño, generalmente un buey. Los pastores constituyen el estamento más elemental de la sociedad organizada, y obvio es decir que es el tipo más ingenuo del hombre de hoy, considerado desde un punto de vista social. Anterior al pastor fué el cazador ; también hallamos imágenes descubiertas por cazadores, pero son en número escaso ; podríamos decir que lo son en proporción a los vestigios de esta fase de la civilización. La persistente asociación de los pastores al hallazgo de imágenes, caso general en los países cristianos, quizá pueda ser indicio de cultos y de credos propios de los tiempos de la cultura pastoril. Según el mitólogo ampurdanés Vayreda, la persistente intervención del buey en muchas tradiciones cristianas montañesas puede recordar cultos a Júpiter, venerado en las cumbres, de las cuales se hallan numerosas sobrevivencias en la toponimia catalana. Muchas de las imágenes halladas lo fueron en cuevas y en abrigos rocosos, primeras sedes del hombre, en la que debió cobijar sus imágenes y convirtió, por lo tanto, en templo. También las hay que fueron halladas junto a monumentos megalíticos ; estas imágenes son pocas, quizá en la proporción que lo son los megalitos en relación a las cuevas. El hombre tardó mucho tiempo en darse cuenta de la verdadera causa de la fecundación en sus diversos estados de cultura ; la atribuyó al sol o a los demás astros, a las piedras, a las aguas, a las plantas, a los antepasados

difuntos y aun a otras diversas causas. Una de las ideas más persistentes fué la de la paternidad de la tierra, y más aún la de la maternidad ; aún las madres de diversos lugarejos cuentan a sus hijos que fueron a buscarles a la cueva más inmediata, y son numerosas las cavernas que, según la conseja, son criadero, cuna y madres de niños, evangelizadas por el cristianismo, que las convirtió en mansión y cobijo de la Virgen Madre. En cuanto a los megalitos, es asaz conocida la creencia en la virtud fecundante de las piedras y de la rocas, y huelga extendernos sobre este punto.

Asimismo es bien sabido el respeto religioso que nuestros ancestrales sintieron hacia las selvas, que estimaban como templos y consideraban ciertos árboles como sagrados, punto sobre el cual tampoco creemos necesario insistir. Son numerosas las imágenes que la tradición nos cuenta que fueron halladas entre el ramaje de un árbol o dentro de un tronco, que les sirvió de altar y de capilla, al pie del cual el pueblo acudía a rendirles culto. En los Países Bajos las ha habido hasta ahora. Entre nosotros conocemos un solo caso de imagen venerada en la copa de un árbol a guisa de altar y de peana, erguido en pleno bosque : el de Nuestra Señora del Roure o del Roble, en Pruït. Es curioso observar que casi todas las imágenes relacionadas por la tradición con vegetales lo son de especies silvestres, y que es raro el caso de haberlas hallado cobijadas en árboles u otros vegetales cultivados por el hombre. Este detalle induce a pensar si pueden recordar cultos anteriores al descubrimiento de la agricultura de la edad pastoril, en que el hombre se alimentaba de las carnes de sus rebaños y de los frutos silvestres que la Naturaleza le prodigaba, sin haberse dado aún cuenta de que podía provocar su reproducción y desarrollo según sus necesidades.

Se puede asimismo observar la abundancia de imágenes cobijadas a la sombra de arbustos espinosos. Siempre el hombre del terruño se ha servido de las púas y espinas de ciertos árbolos como de instrumentos quirúrgicos para abrir

forúnculos y demás abscesos semejantes, uso practicado también por la medicina antes de surgir el arsenal quirúrgico moderno. El arbusto más usado en este sentido era el popularmente llamado arce blanco, que las gentes consideraban sagrado, porque, según una tradición, fué empleado para tejer la corona de espinas que laceró la cabeza de Nuestro Redentor en el Calvario. De ahí también la costumbre de adornar con arces el monumento de Semana Santa. La utilización en cirugía popular de las espinas vegetales y su persistente relación con la Virgen lleva a la suposición del vestigio de un posible culto de carácter médico. El árbol preferido por Nuestra Señora para cobijarse fué el roble, el árbol sagrado por excelencia de los pueblos europeos.

También son en buen número las imágenes veneradas junto a fuentes y manantiales, entre cuyas aguas han aparecido siempre en circunstancias milagrosas; aguas que, por efecto de la proximidad o el contacto de la Virgen, han cobrado virtudes generalmente de carácter medicinal. Son en mucho menor número las imágenes que fueron halladas en corrientes y junto a ríos.

Nuestra Señora de la *Cova,* venerada en el destruído monasterio de Sant Pere de Roda, fué hallada en una cueva de la montaña de Verdera, junto a un precipicio, en cuya vera se ve grabada una huella informe, que, según el decir y creer de las gentes, es una herradura de caballo; huella que va unida a una leyenda profana que no creemos del caso referir, y que es una de tantas huellas atribuídas a pies de santos, de diablos, de héroes o de sus cabalgaduras, de las que se encuentran con gran profusión por toda la Europa meridional y por el Asia hasta el Extremo Oriente y la Polinesia, las que el mundo budista considera pisadas del Buda y las tiene santificadas en número de 88.000. Según la mitografía, estas huellas son vestigios de cultos siderales, cuyas ceremonias tenían lugar por los solsticios estival e invernal y tenían por fin ayudar al nacimiento del sol, que creían acaecer en el momento culminante de su declive o

de su apogeo. Asimismo, estas huellas fueron objeto de culto para favorecer la fecundidad humana y, por tanto, para contribuir al nacimiento de hombres, así como la procuraban del sol, cultos de los que se hallan aún vestigios entre las costumbres nupciales de diferentes pueblos montañeses, especialmente alpinos. Además de la Virgen de la *Cova* conocemos otra, no pirenaica, venerada junto a un abismo, al borde del cual se halla también esculpida una huella que la voz popular supone de caballo; se trata de la Virgen de Ciurana, venerada en el lugar de este nombre en la sierra de Prades, en Tarragona; pisada de la que se cuenta la misma leyenda que la de Verdera y, como ella, relacionada con un castillo levantado en un paraje igualmente llamado Ciurana.

Existen algunas imágenes halladas entre las tierras procedentes de fosas abiertas para asentar los cimientos de construcciones, y a veces entre los cascotes al aterrar algún edificio. Este origen nos trae a la memoria la creencia, que podríamos decir universal, en un genio dueño y señor de la tierra que pisamos, que labramos y que nos apropiamos al levantar una construcción, el favor y simpatía del cual debemos atraernos para evitar su enojo y con él el malogro de nuestros afanes. A esta creencia responden los numerosos ritos de construcción, de los que subsisten abundantes reminiscencias entre las costumbres actuales propias del asentamiento de los cimientos de un edificio, ritos aún en uso en pueblos de cultura retrasada. Generalmente consiste en el sacrificio de un ser vivo enterrado al colocar la primera piedra; ser que pudo tener carácter sagrado y que la tradición puede haber confundido y personificado con la Virgen Nuestra Señora.

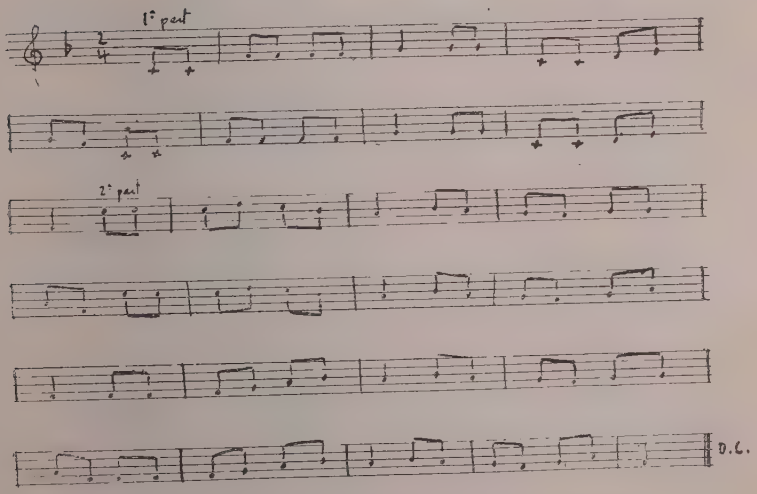
Entre algunas devociones, y muy especialmente entre las costumbres propias de ciertas romerías, parece adivinarse reminiscencias de antiguos cultos. En algunas capillas perdidas entre las montañas es costumbre que los devotos, al pasar por su vera, a través de la reja tiren una piedrecita al interior. Esta práctica, ayer muy común, re-

cuerda la análoga costumbre de tirar una piedra al fondo de los abismos y precipicios al pasar por su vera, lo que equivale a satisfacer un tributo de paso o hacer un sacrificio al genio de la montaña a fin de obtener su favor y de contener su ira. Pertenece al mismo orden de ideas la costumbre de tirar una pequeña piedra, una ramita o una miga de pan al agua de un manantial o de un arroyo para asegurarse el favor del genio que la rige y evitar que nos perjudique. Estas piedras tienen el mismo valor que una oración, como la tienen las que se arrojan a los montones que cubren las sepulturas de las personas muertas de manera violenta, para evitar ser víctima de sus almas, que no pueden entrar en el cielo y vagan ávidas de compañía por el paraje teatro del crimen o del accidente.

Fué costumbre muy general que el día de la fiesta los encargados del culto a la imagen repartieran pan y otros comestibles entre los romeros. Entre otros, eran frecuentes el queso y aun la leche que aportaban los pastores. Estas fiestas presentaban el aspecto de rancias ceremonias dedicadas a genios tutelares de los ganados y de los pastos, en las que debían figurar una comunión general del clan, en la que debieron aspirarse las primicias representadas por la leche y por el queso y en algunos casos aun por la carne de las reses sacrificadas quizá en honor de la divinidad misma.

Propios de romerías montañesas fueron diversos juegos y danzas, algunas de ellas hechas al son de instrumentos especiales, perdidos para la música del común de las danzas, subsistentes tan sólo para los bailes de romería y hasta tal punto arraigados, que los romeros no habrían comprendido el baile al son de otro instrumento que el que les era propio y particular.

Entre las danzas de romería más usadas merecen especial mención las del tipo generalmente calificadas de *rondas de nueve,* comunes a muchos pueblos y muy extendidas por los valles pirenaicos, especialmente por la vertiente francesa. Estas danzas participan algo de juego, y en sus últimos tiempos eran casi patrimonio exclusivo de la juventud. Eran



Figuras y melodía de la ronda de nueve el *Rotlletó*, comun a numerosas romerías.

hechas al son de canciones de tema muy variado, durante el canto de las cuales, y según el curso del argumento, debían desprenderse partes o elementos del protagonista o del objeto capital. Estos elementos eran representados por parejas que se eliminaban de la danza a cada nueva estrofa de la canción, de manera que el baile empezaba originariamente con nueve parejas, que al repetir la canción quedaban reducidas a ocho, después a siete, y seguían hasta no quedar más que una, que correspondía a la última copla de la canción y, por lo tanto, al fin del baile. En Cataluña, la versión más extendida de esta danza tomaba por tema un manzano, del que colgaban hasta nueve manzanas, de las que a cada repetición caía una, representada por una pareja, que salía de la danza, hasta que no quedaba más que una sola, que era la que había dirigido y llevado la voz cantante. Por la vertiente francesa cantaron mucho una canción que tomaba por argumento un mirlo que, ora una, ora otra, iba perdiendo sus miembros hasta quedar sin ninguno. El apelativo de rondas de nueve obedece a que originariamente las estrofas de la canción, y con ellas los elementos a eliminar, y, por lo tanto, las parejas, debían ser obligadamente nueve. La ignorancia del sentido originario de la canción y de la danza ha hecho variar mucho el número de parejas y la extensión del baile.

A juzgar por el sentido de danzas y de prácticas aún en uso entre pueblos de cultura primaria, las rondas de nueve debieron tener valor mágico de carácter médico y debieron ir encaminadas a anonadar y alejar los espíritus maléficos, que, según el primitivo, eran causa de dolencia y de males. La acción mágica del canto y la virtud de la danza se les hacían insoportables; uno tras otro iban abandonando el cuerpo del paciente hasta su total extinción, de manera semejante a como salen los demonios del cuerpo de los posesos por efecto de la acción de las reliquias. Conocemos diferentes prácticas de curanderismo aún en uso basadas en el mismo principio. El saludador persigna el mal con un grano de trigo en la mano, a la vez que recita una oración

conjurativa, por efecto de la cual el mal pasa del paciente al grano, que el practicante tira así que termina su recitado, que repite nueve veces con otros tantos granos, que extraen y se asimilan el mal que aqueja al enfermo, quien queda sano después de cura tan singular. El principio que informa la danza es el mismo a que responde la práctica. El número nueve contiene sentido médico universal. Las rondas de nueve, danzadas generalmente en romerías, pueden responder a prácticas y ceremonias de carácter médico relacionadas con advocaciones del mismo orden propias de la imagen a cuyo regazo eran bailadas.

Daremos una relación de las tradiciones de imágenes marianas de los Pirineos orientales que nos son conocidas, aunque bien sabemos que dista mucho de ser completa. No referiremos las tradiciones descriptivas de milagros, por ser sinnúmeras y por no caer dentro del alcance de este trabajo. Tampoco nos interesan los aspectos históricos, artísticos ni arqueológicos, los cuales caen fuera de nuestro campo.

Nuestra Señora de la Abelles.—Venerada en Banyuls de la Merenda al Rosellón, en cuya playa unos pescadores la hallaron entre sus redes cobijada dentro de una colmena. De ahí su título y que las gentes campesinas de la comarca la invoquen para que les proteja los enjambres y sus panales. Antiguamente le habían hecho ofrendas de tortas sazonadas con miel. No es la única imagen mariana relacionada con las abejas y abogada de la miel; en la sierra de Prades, en Tarragona, se venera la Virgen de l'Abellera, hallada dentro de un tronco que servía de colmena, frecuentado por las abejas; y en Catí, en el Maestrazgo, se venera también una imagen de la «Font del Abellar», descubierta por las abejas en la pila de una fuente. Estas advocaciones parece que pueden recordar viejas divinidades gentílicas de carácter apícola.

Nuestra Señora de las Agulles.—Venerada en una cueva inmediata al santuario de la Virgen del Mont, en la montaña del mismo nombre en la Garrotxa. En esta cueva fué

hallada esta última imagen ; la que nos ocupa, según decir popular, es una copia de aquélla. Se la invoca contra la jaqueca. Ante la imagen hay acericos con alfileres, que los fieles toman dejando otro en su lugar, por lo que desde tiempo inmemorial siempre hay el mismo número. La posesión de uno de estos alfileres evita el dolor de cabeza. Esta advocación ha dado título a la imagen. La ofrenda de un alfiler parece ser la sucedánea de un sacrificio humano, del que se encuentran numerosos ejemplos a través del orbe cristiano. En algunos casos, los alfileres ofrecidos son torcidos, de manera que remotamente tratan de representar la figura humana.

Nuestra Señora de All.—En Cerdaña. Fué hallada por un buey en un bache donde iba a beber. Llevada en procesión al lugar, la colocaron en el altar de la parroquia.

Nuestra Señora de Alp.—En Cerdaña. La halló un labrador dentro de un surco. Traída en procesión al pueblo, la tomaron por patrona.

Nuestra Señora de las Ansies.—Fué hallada en una covacha del término de Les Planes d'En Bas, junto a Olot, y allí mismo le erigieron una capillita. La presencia de la imagen fué revelada por un resplandor que iluminaba toda la cercanía de la cueva. Unos pastores se dieron cuenta del prodigio.

Hasta hace poco la imagen lucía entre sus manos un cristal, que, según voz popular, era un diamante de los que las serpientes de cabellera llevan escondido entre el cabello, y que, al beber, dejan encima de una piedra para evitar que les caiga al agua, pues que su pérdida les representa la muerte. La posesión de una de estas joyas de maravilla proporciona la dicha y la riqueza para toda la vida. Uno de estos reptiles moraba por aquellos alrededores. Un mozo muy valiente y ávido de riquezas espió la serpiente y, cuando bebía en el río Brugent, le robó el diamante. Al darse cuenta de la pérdida de su tesoro, la serpiente acometió desesperada-

mente al ladrón, que huyó despavorido a refugiarse en la ermita de la Virgen, cuyo favor invocó. La Virgen atendió sus preces y le dió tiempo para aprisionar la serpiente entre las puertas al cerrarlas. Agradecido el mancebo, hizo ofrenda del diamante a la imagen.

Nuestra Señora de Antiguitat.—Fué descubierta por un buey en el tronco de un árbol. Se la cree la más antigua de todas las imágenes marianas del país, y de ahí su nombre. Según decir popular, es la madre de las demás Vírgenes.

Nuestra Señora de Aransa.—Una vez que una terrible peste diezmaba toda la montaña, unos vecinos de Aransa acudieron al amparo de la Virgen, y ni ellos ni ninguno de sus familiares sucumbieron por la epidemia. Agradecidos, le alzaron una capilla en el cementerio, y cada año, el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, obsequiaban con un convite a cuantos peregrinos acudían a honrar a María. Era servido en platos blancos y en grandes mesas cubiertas con manteles como la nieve, unos y otros aún no estilados por aquellos tiempos.

Nuestra Señora del Arca.—Venerada en Sant Nasari, en el Rosellón. Su nombre parece relacionárla con algún monumento megalítico, pues que uno de los diversos nombres aplicados a estas construcciones es el de *arca*. No sabemos que la tradición relacione esta imagen con ningún megalito.

Nuestra Señora dels Arcs.—Venerada en una capilla montañesa del término de Santa Pau. Fué descubierta dentro de una cueva por un buey. La pastorcilla que le guardaba, intrigada por los bramidos del animal, le siguió, y le halló postrado junto a unos matorrales que crecían ante la cueva y que formaban arco al objeto de no tocar la imagen, que tomó su título de esta circunstancia. Para darle un abrigo más digno, trataron de construirle una capilla en lugar más poblado; pero cada día, al tratar de seguir la obra, hallaban destruído el trabajo hecho, y las herramientas empleadas trasladadas junto a la cueva y ante la ima-

gen. Los fieles comprendieron que era voluntad de la Virgen permanecer en su cueva y junto a ella le alzaron la capilla.

Nuestra Señora de Arduix.—Se la titula asimismo de la Soledad. La encontró un pastor de Argolell en una cueva

Nuestra Señora de las Ares.—Se la halló cobijada debajo de una gran losa del Port de Pedres Blanques, en el Arán. Quizá se trate de un megalito. El título de *Ares* parece indicarlo.

Nuestra Señora de Arlés.—Llamada también de Vida. Un pastor la descubrió entre las aguas del Banys d'Arlés, en el Pirineo francés, las cuales cobraron gracia curativa por efecto del contacto con la Virgen, puesto que antes eran corrompidas e insanas.

Nuestra Señora del Arreu.—Un labrador de Isil, en el Pallars, la descubrió entre la tierra de un surco al arar. A juzgar por su título, esta imagen parece revelar vestigios de algún culto dedicado *als arreus* o aperos de labranza.

Nuestra Señora de la Artiga.—Unos bueyes que pacían en unos prados del lugarejo aranés de Betlau la hallaron cobijada debajo de la hierba.

Nuestra Señora de la Asunción.—La encontró una pastora de Castellar de la Montaña entre unos matorrales.

Nuestra Señora de la Baells.—Un buey la descubrió en el tronco de un roble de un bosque del lugar de la Baells, en el Berguedá. Se la invoca para la curación de las hernias, y los robles de los alrededores de la capilla habían sido muy utilizados para la cura de esta enfermedad por el paso del árbol.

Nuestra Señora del Ballester.—Un leñador de Sant Boi, del Llusanés, la halló entre el ramaje de una encina, que por efecto de haber cobijado a la Virgen adquirió virtudes excepcionales, entre otras la de dar puntería segura a las ballestas hechas con arcos de su madera.

Nuestra Señora de la Artiga, según una estampa.

Nuestra Señora de Baixes.—La encontró un pastor entre unos zarzales. Se la titula asimismo de la Salud y se venera en el lugar rosellonés de Baixes.

Nuestra Señora de Bancells.—Venerada en el lugar del mismo nombre. La encontraron unos pastores debajo de unos zarzales, cobijada por una campana. Los pastores de la comarca la veneran como patrona. La invocan especialmente contra las enfermedades del ganado y le ofrecen collares de madera bellamente grabados y decorados. Las paredes y la techumbre de su capilla estaba repleta de exvotos y de ofrendas pastoriles. Puede recordar una divinidad pastoril antigua.

Nuestra Señora de Batet.—Venerada en el lugarejo del mismo nombre del valle de Ribes del Freser. Durante mu-

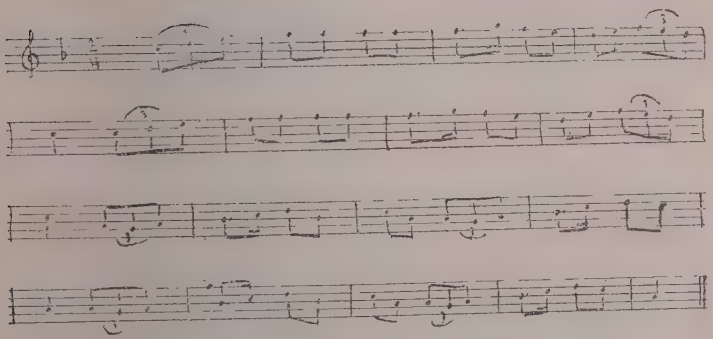
cho tiempo, y tanto en verano como en invierno, cada día al amanecer aparecía una gran mancha de rocío dorado y aromático que adoptaba la forma de la planta de una capilla. El vecindario comprendió que ello era un deseo del cielo de que en aquel lugar se levantara una capilla. La construyeron y la dedicaron a la Virgen María.

Nuestra Señora de Bellera.—La descubrió un buey en una cueva de Sarroca de Bellera, conocida aún por el *cabanot de la Verge.*

Nuestra Señora de Bell-Lloc.—Venerada en término de Sant Joan d'Olmás, en la Cerdaña francesa. La hallaron unos pastores junto a la fuente que mana en el bosque, y allí mismo le erigieron una capillita.

Nuestra Señora de Bell-Lloc.—Fué descubierta dentro de una cueva de Sant Esteve de Llémana, en la sierra de Finestres.

Nuestra Señora de Bellmunt.—Se venera en un santuario propio del término de Sant Pere de Torelló. Se la cree obra de San Lucas y de San Marcos. Un navegante alejandrino la traía en su nave, y la imagen relucía tanto, que la noche era tan clara como el día y podía navegar sin peligro. Al pasar por nuestra costa, el resplandor se extinguió y la nave se detuvo de repente, sin que fuese posible hacerla avanzar ni un nudo. Comprendió que la imagen quería desembarcar. Una vez en tierra, vió a lo lejos una luz más brillante que el sol. Fué en pos de ella y llegó hasta la cumbre de Bellmunt, donde dejó la imagen. Cuando la invasión agarena, fué escondida en una cueva, donde permaneció olvidada hasta que un pastor la descubrió y fué devuelta al culto. Cada año, días antes de la fiesta de la Asunción de la Virgen, suben a visitar la imagen millares de millares de hormigas aladas, que, después de visitar la cueva que cobijó la imagen, entran al templo, que llegan a invadir, y mueren en él. Nunca se posan encima de la imagen ni de la mesa de su altar, a pesar de invadir material-



Figuras y melodia de lá *Bolangera*, danza típica de cambio de parejas, tradicional de muchas romerías, entre ellas de la de la Virgen de Bellmunt, en San Pere de Torelló.

mente todo el templo. Pasado el día de la fiesta, muere toda esta muchedumbre de ápteros que ha acudido a visitar a la Virgen. Hasta finales del siglo pasado, el día de la fiesta los romeros bailaban la danza «l'Espanyolet» al son de un caramillo de vara, el uso del cual no nos es conocido más que para esta danza y para apacentar cabras, por lo que, aparte de otros nombres, le es aplicado el de *cabrer*.

También fué típico de esta romería el baile de la *bolangera*, formada por dos figuras, una en rueda, alternada por otra mimada, salteada y punteada, al fin de la cual los danzantes cambiaban de pareja, tomando por compañera la bailadora del danzante inmediato. La danza duraba hasta que todos los bailadores habían danzado con todas las mujeres que habían entrado en danza. Este tipo de baile había sido propio de grandes reuniones de gente moza, muy especialmente en romerías, y tenía por objeto promover la relación entre la gente moza como un medio para facilitar el noviazgo. Había romerías que constituían una feria de mozas y que gozaban fama de concertarse muchos matrimonios. La de la Virgen de Bellmunt era una de ellas. Estas danzas regularmente se extendían en torno de los árboles seculares, que generalmente suelen elevar frondosas copas junto a muchas ermitas y santuarios, a los que parece que protejan. Las danzas de romería hechas alrededor de estos árboles, siempre que su disposición lo permita, tienen todo el sabor de prácticas y ceremonias de cultos dendrolátricos, de los que tantos vestigios conservan aún nuestras costumbres.

Nuestra Señora de Bernui. — Venerada en el lugarejo pallarés del mismo nombre. La hallaron unos pastorcillos de este lugar en término de Saurí. Los vecindarios de ambos pueblos se disputaron la imagen. Como no hallaban manera de entenderse, decidieron confiar a la misma Virgen la decisión del caso. Para ello echaron desde lo alto del monte un botijo cuesta abajo. Si llegaba entero al valle, era señal que la imagen prefería estar en Bernui, y si se rom-

pía, quería estar en Saurí. El botijo no se rompió, y los de Bernui se quedaron con la Virgen.

Nuestra Señora de Besant.—Venerada en el lugar del mismo nombre. El vecindario sólo la honraba con lámparas de aceite. Deseosa la Virgen de que le quemasen cera, mandó del cielo unas abejas, que entraron por el ojo de la cerradura de la ermita y fabricaron sus panales dentro de la capilla. El vecindario condujo el enjambre a sus hogares y lo multiplicó hasta alcanzar la importancia apícola que en otros tiempos distinguió aquel país. Y desde entonces la flor de la cera fué destinada a la Virgen, al favor de la cual debían aquella riqueza. Puede tratarse del recuerdo de alguna divinidad gentílica de carácter apícola. Véase lo dicho al tratar de Nuestra Señora de las Abelles.

Nuestra Señora de Besora.—Cuando la invasión de los moros, los fieles la enterraron en una cueva, donde la descubrió un buey al boyero que le guiaba.

Nuestra Señora de Bessant. — Un pastor de Ainet de Bessant la descubrió dentro de una cueva guiado por una oveja.

Nuestra Señora de Bestanist.—Venerada en Quer Foradat, en Cerdaña. Fué hallada por un buey debajo de un boj. El boj que hizo de cobijo a la imagen se conservó mucho tiempo, y le eran atribuídas virtudes excepcionales. Los cuchareros y demás gentes que elaboran el boj creen que los arbustos de esta especie de las cercanías de Bestanist son mejores que los demás. Esta imagen es muy invocada para curar las hernias. Los árboles corpulentos de los bosques de los alrededores habían servido para la práctica de la cura de herniados, pasándolos a través del tronco de un árbol corpulento, al cual se traspasa el mal del paciente por efecto de la supuesta acción de magia contagionista. Esta práctica curativa, común a un gran número de pueblos de diferentes continentes, recuerda sistemas médicos muy primitivos. Es posible que esta imagen sea la sucedánea de algu-

na divinidad sílvica de carácter médico, el nombre de la cual incluso puede reflejar el título de esta Virgen, carente de significado en el habla actual.

Nuestra Señora de Bianya.—La descubrió un buey dentro de una cueva del término de Santa Margarita de Bianya.

Nuestra Señora de Biguerri.—La halló un pastor de Montbonui entre el ramaje de un árbol, en cuya copa fué venerada durante un tiempo, hasta que más tarde se le construyó una capilla.

Nuestra Señora de la Bonaigua.—Titulada también de las Ares. Fué hallada en el puerto de la Bonaigua, el más alto del Pirineo aranés, por el que pasa el viejo camino que desde las comarcas meridionales conduce al valle de Arán. Este puerto es intransitable durante los meses fríos, que está cubierto por una espesa capa de nieve, debajo de la que fué hallada la imagen cobijada por una losa, que quizá pueda recordar algún megalito, puesto que así parece revelarlo el título de *Ares,* aplicado a los dólmenes.

Santa María la Blanca.—Se veneraba en los claustros del monasterio de San Juan de las Abadesas, en una capillita inmediata a una puerta. Era de alabastro, y de ahí deriva su nombre. En ocasión de una de las invasiones de nuestro país por fuerzas enemigas, la comunidad estaba atareada preparándose para la defensa. Al pasar el padre abad por el claustro, la imagen cobró vida, le llamó y le dijo que no temiera, pues que el convento no saldría perjudicado de la lucha. Y así fué.

Nuestra Señora del Bon Consell.—Venerada en Vingrau, en el Rosellón. El vecindario abandonó su culto a la Virgen, la cual lo castigó con diversas calamidades, especialmente con la plaga de la filoxera, que destruyó los viñedos, que eran la principal riqueza agrícola del país. Ante esta desgracia, las gentes dedicaron oraciones y preces a esta imagen y pronto cesaron las calamidades.

Núestra Señora del Bon Repós.—Se venera en una ermita de Sant Salvador de Toló, del término de Orcau, en el Pallars. El señor de Orcau era muy aficionado a la caza e invitó a un príncipe francés a cazar osos. El huésped se extravió y tuvo que pasar la noche en pleno bosque y dormir tendido en la hierba, que halló muelle y confortable. Sorprendido del caso, al despertar se dió cuenta que había dormido en el regazo de una imagen de María, que le había servido de suave almohada. Recogió la imagen y la entregó al señor de Orcau, quien le levantó una capilla en el lugar del hallazgo y la tituló del Buen Reposo, en alusión al del príncipe cazador. Es abogada contra el ataqué de animales dañinos y feroces, especialmente los osos, que abundaban mucho por aquellos parajes, y las víboras, que pierden su virulencia y se las puede tocar sin peligro.

Nuestra Señora del Bon Succés.—La encontró entre la tierra de un surco un labrador de Villafranca del Conflén mientras araba.

Nuestra Señora de Bosost.—La descubrió un buey entre la hierba del prado en que pacía. Se venera en el lugar de Bosost, del valle de Arán, y se la titula también del Amparo.

Nuestra Señora de Boixalt o de Boscalt.—Fué descubierta por un leñador entre el ramaje de un boj de un bosque del término de Ansovell, en la Cerdaña.

Nuestra Señora de Buisa.—Un pastor del lugarejo pallarés de Llevorsí la encontró dentro de una cueva.

Nuestra Señora de las Cabanasses.—Se venera en Santa María de Cardet, en el valle de Boí. Fué hallada por un buey dentro de una cueva que le servía de templo.

Nuestra Señora de Cabrera.—Su santuario se erige en la cumbre de la sierra de Coll Çacabra, en el término de Sant Juliá de Cabrera, y es patrona de la pequeña región del Cabrerés. La descubrieron unas cabras dentro de una

cueva ; de ahí su título y su advocación de las Cabras. Cuando la invasión agarena, los moros no pudieron hollar aquellos parajes, guardados por la Virgen, venerada entonces en el castillo de Cabrera, pues que irradiaba tanta luz que deslumbraba a los sarracenos, hasta cegarles y hacerles imposible acercarse a la montaña. Junto al santuario existe un paso muy difícil conocido por la *Osca;* la muchacha que lo atraviesa corriendo calzada con zuecos es fama que se casa antes del año. Se trata de uno de tantos ritos nupciales y fecundantes relacionados con la piedra, practicados al amparo de santuarios y de lugares de devoción. La ciencia califica estas piedras de *rosoladoras*.

Nuestra Señora de la Cabessa.—La encontró un buey en una cueva del lugar de la Pinya, cerca de Olot.

Nuestra Señora de Caldes.—Patrona del valle de Boí, donde fué hallada por un buey, sin que se sepan detalles del hallazgo. Tiene la virtud de reducir la furia de todo animal ponzoñoso en todo el radio que comprenda la vista de su santuario. Toda suerte de sabandijas son inofensivas, y pueden tocarse sin peligro culebras, víboras, lagartos, etc.

Nuestra Señora de Calmella.—La descubrió un buey negro en una cueva del término de Calmella, en el Rosellón.

Nuestra Señora del Camp.—Venerada en Garriguella, en el Ampurdán, en una capilla erigida en un lugar donde Carlomagno libró una gran batalla contra los moros, mucho mayores en número que los cristianos, que llevaban la peor parte en la lucha. El ánimo de los catalanes desfallecía, cuando se les apareció la Virgen entre nubes azules y les animó a luchar, anunciándoles la victoria. En recuerdo de la gran derrota de la morisma se alzó la capilla en el lugar de la aparición. Hasta hace poco pendían de las paredes de la capilla unos cuadros que figuraban escenas de la lucha y de la aparición.

Nuestra Señora de Camprodón.—Hallóla un pastor dentro de una cueva, guiado por una oveja.

Nuestra Señora de Canólic.—La hallaron en la cumbre del monte andorrano de Becisarri dos pastores, uno de Loria y otro de Andorra. Como los dos la querían, el de Andorra propuso hacer oración y pedir a la imagen que ella misma manifestara con quién de los dos prefería quedarse. Su compañero propuso jugársela a la morra. Ganó el de Loria, que se puso la imagen al zurrón y fuese para su casa; pero fué el caso que la Virgen apareció dentro del zurrón del que había perdido. El de Loria le tildó de ladrón, y nuevamente se la jugaron; volvió a ganar, pero otra vez la imagen volvió al zurrón del de Andorra. El caso se repitió tres veces, con lo cual comprendieron que la Virgen hacía ganar al de Loria, pero prefería estar con los de Andorra, que le erigieron una capilla.

Nuestra Señora de Caregue.—Un pastor de Surp, en la Conca de Tremp, despertó una noche alarmado por una luz brillantísima que iluminaba la barraca como en pleno día. Buscó por el lado de donde salía la luz y halló la imagen. Se la puso al zurrón, y por tres veces le desapareció y volvió junto a la barraca, donde le levantaron una capilla. Junto a la imagen nació un rosal, que vivió cientos de años, hasta que un día desapareció sin que se sepa cómo. Con sus rosas se obtenía un óleo medicinal de gracias y virtudes muy excepcionales.

Nuestra Señora de Carramia.—Junto a una fuente de un monte cercano a Abella de la Conca, a una pastora se le apareció una niña, que le dijo que era la Virgen María y le encargó que avisara a los jurados de la Abella que era su voluntad que le levantaran una capilla en aquel mismo sitio, y para que creyeran su palabra, le puso la mano en una mejilla y le dejó impresa su imagen. Enteradas las autoridades del prodigio, seguidas de muchas gentes, acudieron a la fuente para gozar de la dicha de ver a Nuestra Señora; pero sólo hallaron una imagen suya entre un zarzal, que es la que se venera en la capilla que allí mismo levantaron en cumplimiento del deseo de la Virgen.

Nuestra Señora de Cases Pena.—Venerada en el Rosellón. Fué hallada por un buey dentro de una cueva, junto a la cual se alzó una capilla.

Nuestra Señora del Castell.—Se veneraba en el castillo de Saldes. Un día el señor de Saldes se fijó en la belleza de una joven vasalla y le mandó que fuera a verle al castillo. La doncella, que bien sabía lo que el mandato representaba, llegó antes que el señor al castillo, y mientras aguardaba pidió la protección de la Virgen. Al momento se abrieron solas todas las puertas y le dejaron paso libre hasta el monte. Al llegar a él la joven, tropezó con unos esbirros del señor, que pretendieron hacerla juguete de su furia. La Virgen, para salvarla, la convirtió en paloma. Cada año, el día de la fiesta de la Virgen, por uno de los ventanales de la capilla entraba una paloma seguida de sus hijuelos, que juntos daban unas vueltas por el pequeño templo, y al marcharse quedaba por unos días uno de los pequeñuelos, que hacía compañía a la imagen. Era la doncella salvada por María y sus vástagos, que, agradecida, venía cada año a postrarse ante Nuestra Señora. Esta visita de reconocimiento duró tanto como el dominio oneroso del señor del castillo.

Nuestra Señora de Castellbó.—Titulada también del Remei. Unos pastores la descubrieron abrigada por una zarza en un bosque de Castellbó.

Nuestra Señora de Castell Empordá.—Llamada también del Remei. Bajó del cielo entre el granizo un día de gran tempestad.

Nuestra Señora de Castell Germá.—Venerada en el lugarejo pallarés de les Esglesies. Una vez unos franceses descreídos tiraron la imagen a una hoguera, que ni tan sólo la chamuscó; aun al contrario, cuanto más leña echaban al fuego, más resplandecía la imagen. En otra ocasión, unos ladrones robaron las limosnas del cepillo y quedaron ciegos en el momento que tocaban el dinero, no recobrando la vista hasta que, arrepentidos, se postraron ante la Virgen.

Nuestra Señora de Castell Llebre.—Un día que el barón de Peramola y el conde de Urgel cazaban por las riberas del Segre, los canes alzaron y persiguieron una liebre, que también siguieron los cazadores a caballo; de repente, la presa, los perros y los caballos cayeron de rodillas ante un zarzal, entre los espinos del cual hallaron una imagen de María. Para honrarla, el barón elevó allí mismo una capilla

Nuestra Señora de Castell Llebre, según una estampa.

y junto a ella vistió su castillo, en torno del cual formóse más tarde el pueblo de Peramola. Para no profanar el sitio donde los canes alzaron la liebre que descubrió la imagen, el río Segre bifurcó sus aguas y formó como un islote en medio de la corriente, conocido por *redol*, tierra sagrada que no puede ser bañada por el agua aunque el río se desborde y llueva a cántaros. Crecen en el *redol* unos romeros

gigantes que, según decir popular, viven sólo del aire, puesto que jamás les ha tocado gota de agua. Todos los sábados de septiembre y del adviento, según unos, y sólo el día que cumplen años del prodigio, según otros, aparecen en el *redol* tres luces muy brillantes, una mayor en medio de otras dos más pequeñas, que con toda majestad y resplandor suben hasta el lugar del viejo castillo, donde se apagan ante la imagen. Esta tradición, que ofrece numerosas variantes, fué muy propagada por mendigos y pordioseros, descrita en una canción de limosnero. Es posible que esta imagen recuerde algún añejo culto de carácter cinegético.

Nuestra Señora del Catllar.—Fué hallada por unos pastores en una cueva de la montaña del mismo nombre inmediata a Ripoll. Junto a un montón de piedras, probables restos de un lugar sagrado neolítico. Se veneró por mucho tiempo en una capillita cerrada por una reja, a través de la cual la piedad popular tiraba piedras como ofrenda a la imagen.

Nuestra Señora del Catllar.—Venerada en Villalonga, en el Ripollés. La descubrió un buey y la halló el boyero que lo guardaba.

Nuestra Señora de la Caum.—Hallóla un buey en una cueva del término de Llaiés, en el Ripollés, convertida luego en capilla. Fué costumbre que los fieles, al pasar por delante la capilla, tiraran una piedra a través de la reja, como si dedicaran una oración a la Virgen.

Santa María de Cerdanya.—Patrona de esta comarca. Llamada también de la Sacristía. Venerada en la iglesia parroquial de Puigcerdá. Fué hallada entre los escombros al hacer obras en la sacristía del templo, de cuya circunstancia tomó el último título referido.

Nuestra Señora de Cistella.—Llamada también de Vida. Cuando la invasión napoleónica, para no ser profanada, ella misma bajó del altar y se escondió en lugar seguro.

Pasado el peligro, el vecindario, que ignoraba dónde se hallaba la imagen, adquirió otra, y después de un tiempo de venerarse la nueva apareció la primera.

Nuestra Señora de Coaner.—Venerada en el lugar del mismo nombre. Fué hallada por un pastorcillo dentro de un bache y no se atrevió a tocarla. Corrió a contar el prodigio al señor cura del pueblo, que acudió a buscarla en procesión.

Nuestra Señora del Coll de Nafré.—El caballero Benito de Ossor, luchando contra los moros, cayó herido y, en trance de morir, reclamó la ayuda de la Virgen, que per-

Retrato de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Coll.

sonalmente le curó las heridas, le anunció que derrotaría a los sarracenos y le pidió que le alzase un santuario en aquel lugar. Una vez curado, el caballero se puso al frente de sus aguerridas gentes y exterminó a los moros. Confió al abad del monasterio de Amer el cumplimiento del deseo de la Virgen. Una vez dispuestos los cimientos de la obra, cada noche bajaban del cielo unos ángeles, portadores de la piedra precisa, labrada primorosamente, como obra celestial. Como traían mucha más de la necesaria, el vecindario de Amer pidió al abad que les cediera la sobrante a fin de poder concluir la iglesia, que no podían concluir por pobreza. El padre abad atendió el ruego, pero desde aquel día los ángeles dejaron de traer más piedra, hasta el punto de que no pudo acabarse la obra del santuario, que quedó con el campanario a medio alzar. Aun hoy puede verse que la parte superior es más moderna y construída con piedra distinta de la del resto de la obra.

Esta imagen es invocada contra los gocios. El día de su fiesta acuden a ella gran número de romeros atacados de estos males, que con unción religiosa bailaban sólo ellos una sardana, que los demás fieles miraban con gran respeto. Era creencia que los que la bailaban eran protegidos por la Virgen en su dolencia y que curaban de sus males. Probablemente esta danza recuerda alguna ceremonia ritual antigua de tipo médico.

Nuestra Señora del Congost.—Fué hallada en una eminencia próxima al río Noguera, en Xiribeta, un año que azotaba los campos una terrible plaga de langosta, y desde el momento del hallazgo de la imagen no se vió ni uno solo de estos insectos, así como momentos antes era imposible dar ni un paso por el campo. Se dice si fué traída por la langosta. Se la tiene como abogada contra la plaga de estos ortópteros.

Nuestra Señora de la Coma.—Llamada también del Remei. Un día apareció en la cumbre de una montaña cercana al lugar de la Coma, al lado de una gran mole de piedra,

que de repente se desprendió de la peña y junto con la imagen rodaron cuestas abajo hasta llegar al fondo del valle, desde el cual imagen y roca volvieron ellas mismas a la cumbre de donde habían bajado.

Nuestra Señora de Consolació.—Se venera en Colliure, en la Merenda. La halló un pastor, sin que se sepa cómo ni dónde.

Nuestra Señora del Coral.—Fué hallada en el tronco de un roble, donde fué venerada en los espesos bosques de Prats de Molló, en el Vallespir. Más tarde se levantó una capilla junto al árbol. En cierta ocasión, una tempestad dispersó el rebaño de un pastor, que, desesperado, blasfemaba como un energúmeno. De repente se le apareció un desconocido, que se ofreció para reunirle el ganado si se avenía a seguirle. El pastor aceptó la propuesta. Al ir a encerrar las ovejas, el amo notó que el pastor estaba excitado, y, temeroso, le colgó unos rosarios del cuello. El pastor, inconscientemente, seguía al desconocido. Al pasar cerca de la capilla, el joven se encomendó a la Virgen. Al momento las puertas se abrieron solas y vió aparecer a Nuestra Señora seguida de su divino Hijo. Esta le cogió por el rosario y le condujo dentro de la capilla, mientras el desconocido, que era el diablo, huía a toda prisa. La Virgen le dijo que los rosarios y la plegaria le habían salvado de las manos del demonio. Los pastores de las cercanías reclaman la Virgen del Coral especialmente para que les reduzca el rebaño cuando se alborota. Esta tradición se la halla descrita en romance y forma parte del cancionero popular catalán.

Nuestra Señora de Corbera.—Unos pastores de Espinavet, en el Berguedá, advirtieron que un cuervo frecuentaba un montón de piedras, entre las cuales había una cavidad, por donde penetraba el pájaro. Intrigados por el caso, buscaron entre las piedras y hallaron que tapaba una cueva, dentro de la cual había una imagen de María que cobijaba un nido de cuervos. Allí mismo erigieron una capilla. Le-

ñadores, carboneros, peceros y otras gentes que viven del bosque de aquellos alrededores acudían a esta imagen el día de su fiesta y se entregaban a danzas curiosas y extrañas de carácter muy primitivo.

Nuestra Señora de Corbiac.—Venerada en Musset, en el Conflén. Fué hallada en el tronco de una higuera, encima de la cual con insistencia se posaba un cuervo, que llamó la atención de unos pastores, los cuales, intrigados, examinando el ramaje del árbol, hallaron la imagen.

Nuestra Señora de los Córrecs.—Se venera en Perpinyá. Fué hallada por un buey en un *córrac* o torrente, sin que la tradición dé más detalles.

Nuestra Señora de Cos.—Unos trilladores del lugar de Montagut, en la Garrotxa, la encontraron dentro de una parva al desatarla para trillarla. La habían invocado los segadores y trilladores para que favoreciera las labores de las mieses.

Nuestra Señora de la Cova.—Perteneció a San Pablo de Narbona, que, al verse perseguido por unos piratas, la escondió en la cueva de la montaña de Sant Pere de Roda, junto con unas santas reliquias, donde más tarde fué hallada. Veneróse en el monasterio benedictino de la cumbre de este monte y después fué trasladada a Figueres.

Nuestra Señora de Creixells.—Venerada en el lugar ampurdanés del propio nombre. Dice la tradición que esta imagen había pertenecido al gran estratega Dalmau de Creixells, quien, al servicio del rey Jaime I de Aragón, dirigió la batalla de las Navas de Tolosa y destruyó el campamento del gran Miramamolín y detuvo la invasión agarena de Europa. El insigne militar dispuso y compuso el plan de batalla con los ojos puestos en esta imagen de María e inspirado por ella.

Nuestra Señora de Creixenturri. — Fué hallada en un bosque del lugar del mismo nombre por un moro, que ante el prodigio del hallazgo se convirtió.

Nuestra Señora de Crespiá.—Durante siete sábados seguidos, unos pastores del señor del castillo de Crespiá vieron descender de los cielos una estrella que siempre caía en un mismo lugar. Creyeron que debía anunciar algún tesoro. Buscaron en el sitio que indicaba la estrella y hallaron enterrada una imagen de la Virgen, que trajeron a su señor, quien le construyó una capilla.

El sábado es el día de Nuestra Señora. Todas las imágenes de las que la tradición precisa el día de su hallazgo fueron encontradas en sábado.

Nuestra Señora de Das.—En la Cerdaña. La desenterró un cerdo que hurgaba en un prado. El pueblo la tomó por patrona y la invocaba para que velara por la salud del ganado porcuno, tan abundante en la comarca.

Nuestra Señora de la Debesa.—Unos leñadores de Montagut, en la Garrotxa, la hallaron entre unos árboles de una dehesa, de cuya circunstancia tomó el título, y de ahí que la adoptaron por patrona los leñadores de la comarca.

Nuestra Señora Desplá.—La hallaron dentro de una cueva unos pastores en la montaña de Cuberes, del término de Gerri de la Sal, y allí mismo le levantaron una capillita.

Nuestra Señora de Devall de Flors.—Venerada en Tremp. Cuando la invasión sarracena, la imagen cobró vida y abandonó el retablo donde era venerada, por temor de que la profanaran, y se escondió entre unos zarzales, donde permaneció varios siglos. Pasado el peligro, deseosa de revelar su presencia, hizo florecer los zarzales. Las gentes, atraídas por aquellas florecillas tan blancas y olorosas, hallaron la imagen, que devolvieron al culto. Una vez que se incendió la iglesia, las llamas hicieron ampollas a la Virgen María y al Niño Jesús, pero no llegaron a quemarles.

Nuestra Señora de Domanova.—Fué descubierta por un borrego debajo de un enebro, junto al cual iba a postrarse

con insistencia. Allí mismo le fué levantada una capilla, en el término de Rodés del Conflén.

Fué típica en la romería de esta Virgen una ronda de nueve bailada al son de una canción que tomaba por argumento las prendas del vestido de las que el protagonista suponía que iba desprendiéndose, y que eran figuradas por parejas que abandonaban la danza a cada repetición de la canción. Según el estribillo, la danza se desarrollaba en torno y a la sombra de un naranjo, detalle que, como dijimos al hablar de la Virgen de Bellmunt, da al documento carácter dendrolátrico. Esta canción y otras parecidas del mismo tema habían sido también el eje de un juego que daba realidad al sentido de las palabras, en el que los jugadores iban desprendiéndose de las ropas tal como las iba refiriendo la canción, hasta quedar casi desnudos. Estos juegos tenían sentido marcadamente erótico. También fué típico de esta romería el baile *dels gafets,* que se caracterizaba por el cambio de parejas.

Nuestra Señora de Dorras.—Llamada también de Bell-Lloc. La halló un pastor de Dorras, en la Cerdaña.

Nuestra Señora de Empuries.—Era la titular de una iglesia abandonada en un lugarejo castellano llamado Val del Viento. Los pastores se servían del templo como de corrales y aprisco para ordeñar las ovejas. Enojada la imagen por tanta irreverencia, un día abandonó el lugar y por mar llegó a Sant Martí d'Empuries, donde fué muy bien acogida y colocada en uno de los principales altares. En las paredes de la capilla se leen unas letras escritas por la misma imagen, que previenen a sus antiguos fieles que, si la buscan, la hallarán en Empuries.

Nuestra Señora de Erboló.—La descubrió un pastor de Arcalís, en el Pallars, cobijada dentro de una cueva.

Nuestra Señora de Erinyá.—A unos almadieros del lugar pallarés de Erinyá, que navegaban por el río Noguera, de repente se les paró la almadía en medio del río, sin po-

derla hacer avanzar a pesar de muchos esfuerzos y sin ningún obstáculo visible que les impidiera el paso. Buscaron la causa y descubrieron la presencia de una imagen, que sacaron del agua y trajeron a su lugar, donde la veneraron y tomaron como patrona.

Nuestra Señora de Err.—Un invierno muy riguroso cayeron siete nevadas seguidas, que cubrieron la tierra de una capa de nieve de mucho espesor, excepto en un punto de un monte cercano a Err, en Cerdaña, que apareció del todo libre de nieve. Intrigados por el prodigio, examinaron el terreno y hallaron enterrada una imagen de María. Allí mismo le levantaron una capilla, que nunca puede cerrarse, puesto que la Virgen no quiere estar encerrada. Una vez un incrédulo osado cerró las puertas y al momento quedó ciego, y no recobró la vista hasta que, arrepentido, se postró ante la Virgen y le ofreció dos fanegas de trigo.

Fueron típicas de la romería al santuario de esta Virgen las rondas de nueve, especialmente la de la canción del mirlo, a que ya nos hemos referido. Asimismo se hacían otras danzas tradicionales de las propias de romería. Las mayoralas de la Virgen, ataviadas con vestidos tradicionales típicos, dedicaban cantos a los romeros al son de canciones especiales, acompañándose con un pandero cuadrado adornado de cascabeles, instrumento que siempre aparece en manos femeninas, mayoralas de la Virgen, que les da aire de sacerdotisas ; asimismo el pandero, de deje sagrado, pues sólo nos es conocido su uso en actos y fiestas religiosos. Este instrumento figura en las ceremonias rituales de diferentes pueblos y no sabemos que sea empleado en actos profanos.

Nuestra Señora de las Escaldes.—Una pastora la halló dentro de la pila de la fuente de la villa de Les Escaldes, en la Cerdaña, cuyas aguas hasta entonces eran heladas y desde que sirvieron de lecho a la Virgen se tornaron calientes y adquirieron virtudes medicinales.

Nuestra Señora de Escales.—Fué descubierta dentro de una cueva de Oix por un pastor.

Nuestra Señora de Escart.—Cuando la invasión sarracena, los fieles la escondieron debajo de una roca para que no fuera profanada, y, pasado el peligro, fué descubierta por un buey. Más tarde, el conde Armengol de Urgel sitió el castillo y villa de Escart. Sus vecinos invocaron la imagen, que puso en fuga a los enemigos, a pesar de ser muchos más que los escartenses. Cuando la invasión napoleónica, para salvar la población, la Virgen hizo que nevara copiosamente en pleno agosto. En cierta ocasión se incendió la capilla, que se destruyó por completo; sólo se salvó la imagen y un cirio, que no dejó de arder ante ella todo el tiempo que tardó en construirse la nueva capilla.

Nuestra Señora de las Espases o Esposes.—Venerada en Sant Juliá de Cerdanyola. El conde de Barcelona libró una gran batalla contra los moros en este paraje. La suerte era adversa, y reclamó ayuda a la Virgen, y al momento cayó del cielo una lluvia menuda de espadas, dirigidas todas al corazón de su enemigo, y en pocos momentos no quedó ni uno con vida. Agradecido el conde, erigió una capilla a María Santísima en aquel mismo lugar y bajo el título de las Espadas. Como enemiga de los moros, los cristianos cautivos reclamaban su ayuda y, al verse libres por su intercesión, le ofrecían como exvoto las esposas o grilletes que les aprisionaban. De las paredes y el techo de la ermita colgaban gran profusión de cadenas de grilletes. De ahí que se extendiera el título de la imagen al de las Esposas.

Era típico de esta romería el baile de *Tres parts,* del tipo de la bolangera, de que hemos hablado al tratar de Nuestra Señora de Bellmunt, en que los danzantes mudaban de pareja a cada nueva petición.

Nuestra Señora de la Esperanza. — Una noche de un fuerte vendaval de tramontana apareció un gran resplandor en la cumbre del campanario de la iglesia parroquial

de Cadaqués. El vecindario despertó admirado y advirtió en la cumbre la presencia de una imagen de la Virgen María, que creyó traída del cielo por el viento, y a la que acudieron las gentes de mar para reclamar su favor cuando la tramontana dificultaba sus labores.

Nuestra Señora de los Espinars. — La hallaron unos pastores de Costoges, en el Vallespir, debajo de unos espinos o arces. La trajeron al lugar y, colocada en la iglesia, la tomaron como patrona. El arce se conservó por mucho tiempo, y sus púas tenían virtud curativa y eran usadas en cirugía popular para abrir abscesos y forúnculos. El uso de espinos vegetales, sobre todo de arce blanco, para usos de medicina, data de los tiempos paleolíticos. De ahí que muchos pueblos tengan este arbusto como sagrado. Probablemente que el hombre primitivo lo puso bajo el amparo de alguna divinidad secundaria, de la que pueden ser un recuerdo las imágenes marianas cobijadas al abrigo de arbustos espinosos.

Nuestra Señora de Espinavell. — Unos pastores la encontraron debajo de la nieve entre la hierba de un prado de Espinavell, en Cerdaña. Se la titula también de las Nieves.

Nuestra Señora del Fa.—La halló un pastor de Espui, en el Pallars, dentro de una cueva inmediata a una peña erecta. La puso en su zurrón para traerla al pueblo, pero al llegar a él vió que le había desaparecido. Al día siguiente la encontró otra vez en la cueva. El caso se repitió tres veces, con lo cual comprendieron que deseaba ser venerada allí mismo, donde le erigieron la capilla.

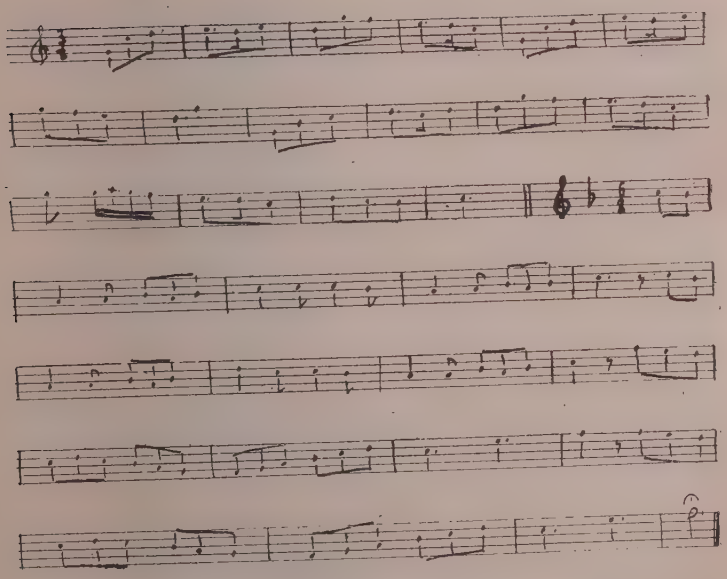
Nuestra Señora de la Fabregada.—Fué hallada debajo de unas albahacas en un monte cercano a Sant Esteve de la Sagra, y allí mismo le levantaron una capilla.

Nuestra Señora de Falgars.—Antes de la invasión agarena se veneraba en el castillo de la Pobla de Lillet, y su señor, para salvarla de la profanación, la escondió en una

cueva. Pasados siglos, y con ellos el peligro, la imagen abandonó su escondrijo y fué a posarse debajo de unos helechales, en los que nació una florecilla reluciente y olorosa que llamó la atención de un pastor, quien al ir a cogerla halló la imagen, y allí mismo le fué erigida una capilla.

Nuestra Señora de Falgars, según una estampa.

El helecho tiene una importancia excepcional entre los pueblos pastores, que lo utilizan para lecho del ganado. Su recolección estuvo rodeada de curiosas costumbres, entre las que figuraba la danza, que bien puede recordar antiguas ceremonias de recolección. El día de la fiesta aún hoy se baila en Falgars una danza especial, en la que los clavarios del altar de la Virgen ocupan lugar preferente y dirigen y capitanean el baile vestidos de rústica etiqueta, como



Figuras y melodía de la danza de la romería de la Virgen de Falgars, en la Pobla de Lillet.

si ejercieran un sacerdocio. En ocasión de la recolección de las olivas, los colectores de la región del Montserrat hacían una danza en pleno campo y entre los olivos al son de una canción alusiva a la siega del helecho.

Nuestra Señora del Far.—Venerada en la cumbre de una montaña del valle de Hostoles, cuya cima se percibe desde la costa. En cierta ocasión había una embarcación de Lloret perdida en la oscuridad de la noche por causa de una terrible tempestad que la ponía en peligro. El patrón pidió ayuda al cielo, y al momento apareció en la cumbre de la montaña más alta del horizonte terrestre una luz potente que, como un faro, les orientó y guió hasta la costa. Deseosos de saber de dónde salía aquel faro, no pararon hasta dar con la cueva, donde hallaron una imagen de María, y, agradecidos por su favor, la erigieron un santuario. Según otra tradición, una nave traía esta imagen a bordo. Se desencadenó una tempestad, y el patrón prometió erigir un santuario a la imagen en la cumbre del monte más alto visible desde la plaza donde alcanzaran poner pies en tierra. La Virgen atendió la súplica, y el patrón cumplió la palabra. Es creencia que cada vez que muere el rey las campanas del santuario lo anuncian tocando por sí mismas. Tocaron por primera vez a la muerte del emperador Carlos V.

Nuestra Señora de la Fau.—Fué hallada en Carbonills, en el Alto Ampurdán, por unos pastores. El día de la fiesta, los romeros de Albanyá y de Fontfreda danzaban el baile típico de la *Marsoliana*.

Nuestra Señora de las Febres.—Fué hallada enterrada en una cueva de Planés, en el Rosellón, junto con una cruz, una olla y una campana. Se la invoca contra las fiebres, y de ahí su título.

Nuestra Señora de la Feixa.—Unos pastores de Alçamora, en el Pallars, la hallaron debajo de unos zarzales.

Nuestra Señora de Finestres.—La halló dentro de una cueva un buey del señor de Santa Pau, al cual la entregó el boyero, y fué venerada en la capilla del castillo.

Nuestra Señora de Font-Romeu.—Fué hallada por un buey en la pila de una fuente, junto a la cual fué levantada la capilla de Odello, en la Cerdaña. El agua de la fuente cobró virtud medicinal y goza de mucho crédito en ambas vertientes de la montaña. Los romeros echaban a la pila de la fuente monedas, piedrecitas, ramitas o migas de pan para obtener salud y felicidad, y las chicas casaderas arrojaban alfileres para que la Virgen les procurara un buen novio.

Nuestra Señora del Forat.—Fué hallada entre tierra y cascote al hacer obras en los cimientos del castillo de Creixenturri.

Nuestra Señora de la Força Real. — La descubrió un buey en una cueva del término de Millars, en el Rosellón.

Nuestra Señora de Formigueres.—Llamada también de Vilanova. Fué hallada por un buey dentro de una cueva de Formiguera, en el Rosellón.

Nuestra Señora de Fuixá.—Llamada también de Vida. Fué hallada por un boyero dentro una cueva de Sant Pedro de la Roca, en el Rosellón.

Nuestra Señora de Gerri.—Halláronla en una cueva de Gerri de la Sal. Un día el caballero de Gerri atravesaba el estanque de Montcortés, que estaba cubierto por una capa de hielo. A medio camino, el hielo se quebró y el caballero temió que iba a perecer ; invocó a la Virgen y le prometió una ofrenda si le salvaba. La Virgen le atendió. Al llegar a salvo, exclamó desdeñosamente :

Agua pasada,
Virgen olvidada.

Y quedó ciego en el acto. Arrepentido, ofreció construir una capilla junto al río si María le perdonaba su insulto Nuestra Señora le atendió otra vez, y el caballero fué fiel a su palabra y mandó construir la capilla ofrecida.

Nuestra Señora de Gosol, según una estampa.

Nuestra Señora de Gósol.—Unos cabreros del lugar Berguedán de Gósol la encontraron cobijada en el abrigo rocoso conocido por la Balma dels Calderers, en el macizo del Pedra Forca.

JUAN AMADES

(*Continuará.*)

Contribución al vocabulario del bable occidental

A D. Constantino Cabal, prócer folklorista.

Desde hace años vienen prestando los dialectólogos extraordinario interés a los estudios del bable occidental, pero con menor intensidad en las tierras del Navia al Eo, lo más occidental de la provincia, al que dedica especial atención el sabio español Dámaso Alonso, considerándolo «básicamente» gallego, con fenómenos astures, características por las cuales lo denomina prescindiendo del criterio geográfico, mucho más plausible y sencillo que el de enumerar una tras otra sus complejas influencias (1).

Alemanes como Upson Munthe, Krüger, etc., y españoles como Canella, García de Diego, García Suárez, Menéndez García, etc., han sido quienes con mayor rigor científico lo estudiaron; pero descuellan por su lexicografía los de don Bernardo Acevedo y don Marcelino Fernández, refundidos por don Ignacio Aguilera en un volumen que, pese a carecer de transcripción fonética, es internacionalmente consultado (2). Como parergón al mismo publico esta excerpta,

---

(1) D. Alonso, *Del occidente de la península ibérica*: NRFH (1953), I, p. 159, nota 6.

(2) He aquí los ensayos más importantes sobre el bable de Occidente: B. Acevedo Huelves y M. Fernández y Fernández, *Vocabulario del bable de Occidente* (Madrid 1932); D. Alonso, *Representantes no sincopados de «rotulare»*: RFE (1943), cuad. 2, 3 y 4; Id., *Junio y julio entre Galicia y Asturias*: RDTP (I), página 429; Id., *El saúco entre Galicia y Asturias*: RDTP (II), cuaderno I; Id., *Gallego Asturiano. «Engalar» 'Volar'.—Casos y ré-*

formada con vocablos arrobiñados por mí en la cuenca del Eo y no insertos en la obra citada con igual significado y grafía o con un área lingüística tan extensa, en la inteligencia de que pueda prestar también su aportación (3).

No obstante los centenares de voces que reuní con esas características, expurgué las comprendidas en fenómenos gramaticales tan endémicos como los reseñados por don Marcelino Fernández en el prólogo de su ensayo, y la toponimia, pues pretendo dedicarle atención aparte; ni acompaño refranes ni cantigas por tener casi concluído el refranero y cancionero del Navia al Eo, habiendo publicado ya una colección de hidrónimos y apodos (4).

---

sultados de velarización de —N— en el dominio gallego en «Homenaje a Fritz Krüger» (Mendoza, 1954), t. 2, p. 209-215, y otros que cito oportunamente. —

El P. Galo (Fernán Coronas) recogió, con rigor científico, abundante material, que legó a Casimiro Cienfuegos, quien lo conserva sin animarse a publicarlo.

V. GARCÍA DE DIEGO, *Manual de dialectología española* (Madrid 1946): Asturiano, p. 137 ss. Incluye este notabilísimo volumen gran parte de la bibliografía del bable occidental; por ello omito el repetirla aquí.

A. GARCÍA SUÁREZ, *Contribución al léxico del asturiano occidental*: RDTP (VI), cuad. 2; A. G. LOSADA, *Historia crítica de la literatura gallega* (Coruña 1887), t. 1, vol. 1, cuad. 4, páginas 60-65; L. RODRÍGUEZ, *Castellano, Aspectos del bable occidental* (Oviedo 1953).

(3) La mayor parte del presente vocabulario pertenece a Figueras, en donde cuentan con buen número de palabras exclusivas del área parroquial, ya destacadas por Acevedo Huelves. Cuando las recogí en otro lugar, encierro entre paréntesis el nombre de éste, y muchas que cito para abreviar significados, aun cuando luego no las incluya en el texto, es porque aparecen en el ensayo de Acevedo y Fernández, que tomo por base. Debo la revisión de los nombres del carro y arado a mi hermano Carlitos, entusiasta colaborador de esta excerpta, así como a D. Manuel Menéndez García el supervisar muchas voces.

(4) J. L. P. DE CASTRO, *Nombres de corrientes de agua*: «Idea», núm. 22; ID., *Los apodos de Figueras*: «Idea», núm. 21; ID., *Lois, sus íncolas y su historia*: «Riberas del Eo» (1954), 20 y 27 marzo.

Miles de dicciones quedan aún candentes entre los rescoldos de las lareiras, pues «los labriegos, la gente del campo, los trashumantes —sopuntea Noel—, magüer la inquietud agobiadora de su vivir andariego, saben el valor de esos nombres, de esas palabras tan raras y tan bellas dadas a las cosas para que no se confundan en la escasa comprensión del hombre», tipificando cada instrumento y cada acto con un

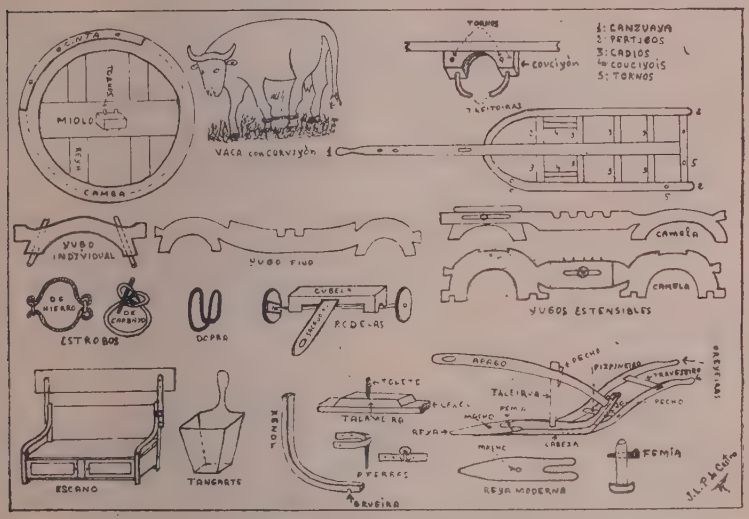


Fig. 1.

vocablo (5). Sin embargo, «la marejada sonorosa del léxico de Castilla —significa Cabal—, que es hoy más fuerte que las viejas razas y más que las viejas cumbres, tiende su flujo y reflujo sobre el vocabulario de la aldea que no acierta a resistir», funde la «humilde oscuridad y sencillez», que tanto contentó a Caveda, y el espíritu latino, que escudriñó Jove-

(5) E. Noel, *España nervio a nervio* (Madrid 1924): Ajo arriero, p. 14.

llanos, enriqueciendo, como predijo Quadrado, con su original y fecundo caudal el idioma de Cervantes (6).

No tardará mucho el filólogo del terruño en tener que espigar por los periódicos locales en busca de las locuciones que los paisanos apodaban de «nosa falía» con cariñosa peculiaridad; por ello, acucia, como prologó Menéndez Pidal, su recolección, al menos del Navia al Eo, porque —según R. Castellano, o. c., p. 31—, en el interior tiende a conservarse.

A pré 'a la par; saldada la obligación'. «Quedamos a pré».
Abanisco (servilletas del) 'servilletas de lino fino, que hacían en los telares de la aldea, con algunos adornos'.
Abol, a 'abuelo, a; anciano, a'. Usase también *bola*.
Acabamento 'perdición; término; desdicha'. «Es el meo acabamento»: eres mi perdición.
Acarrexar 'transportar de un sitio a otro'. Si no especifica lo que «acarrexan», se sobrentiende ya que es el pescado desde las lanchas a las fábricas, que generalmente lo hacen sólo mujeres.
Acoyer 'acoger; socorrer'.
Aculá 'allá'.
Acuruxarse 'encogerse; ponerse en cuclillas'.
Adelantre 'adelante'. Usase también *diantre, delantre*.
Afamao 'hambriento'. Dícese también *morto de fame*.
Aferras 'herrajes compuestos de macho y hembra que permiten girar al timón y lo unen a la popa'.
Afurancar 'agujerear'.
Agruños 'brunos; ciruelas silvestres'.
Aguiyoleiras 'mujeres que se dedican a la pesca y venta del marisco *aguiyolo*'.
Albardeiro 'fabricante de albardas; persona que hace algo imperfecto y mal'. «Tas feito un albardeiro». Eres un chapucero.
Alhaxa 'alhaja; mala persona'. «Boa alhaxa tas feita».
Alí 'allí'.

---

(6) C. Cabal, *L'albora de los Malvises* (Los madrigales del bable). Oviedo, p. 22.

Alindar 'cuidar de las vacas que pastan a fin de que no vayan al cercado ajeno ; amansar ; educar'. «Xa te alindarei eo». ¡Ya te enseñaré yo!

Aló 'allá'.

Alonxar 'alejar'. «E muy lonxe» : es muy lejos.

Alparagata 'alpargata'.

Alredor 'alrededor'.

Amañar 'arreglar ; componer'.

Amarra 'fondeadero o muerto'. Usase también en sentido castellano.

Amarrar (ir) 'llevar la lancha al muerto'.

Amayolas 'castañas que se dan a los niños cuando cantan «el mayo» el día 1.° de dicho mes' (7).

Amieiro 'abedul'. Lo emplean para hacer zuecos, ejes de carro, etc.

Ampòla 'costra que cría por encima un divieso o grano'.

Andalucas 'zancos'. Son una de las diversiones infantiles.

Antigüísimo 'antiquísimo' (Cabaleiros).

Apañar 'coger ; pasarlo mal' «Vas apañar condo veña meo padre». (Con reproche.)

Aparencias 'apariencias'. «As aparencias minten» : Las apariencias engañan.

¡Aprovéchaye! 'voz con que se indica al timonel que ciña al viento lo más posible'.

Arapayo 'mala calidad'. «E un café arapayo» (Castropol) : Es café de mala calidad.

Arrachao 'viento que viene por ráfagas ; persona que obra con irregularidad ; anormal'.

Arrancada 'arranque'.

Arrisar 'arrizar'. «Arrisa a vela que ven vento» : Arriza la vela, que viene viento.

Arroubar 'robar ; en el juego infantil de las *mèlas*, alejarse de la raya de origen'.

Arroubón 'ladrón' (Castropol).

Aspeteira 'espetera'. Dícese también *espeteira*.

---

(7) V. Barcia, *El mayo* : «Las riberas del Eo» (1954), 16 enero, n. 4.096.

Astòncies 'entonces' (Barres, Don Lebún, El Teso).
Atalar 'atascar entre fango'. «Atalèin hasta as rodillas» : Me enfangué hasta las rodillas.
Atanguer 'alcanzar' (Castropol).
Atapuzar 'atascar ; obturar ; entorpecer'.
Atolarao 'alocado'.
Avicar 'mirar a escondidas'. «...avìca por el furadin da pechadura» : ...mira por el ojo de la cerradura.
Axongar 'poner a secar la ropa que está húmeda' (Buenavista-Tol).
Azogue 'nerviosismo'. «...tèn el azogue» : ...que no se puede estar quieto.
Bacìto 'cajón donde se pisa el *engado*'.
Balorento, a 'cosa recubierta de verdín ; mohosa'.
Balortos, as, vid : *travitas*.
Bancear 'colocar el forro exterior a las embarcaciones'.
Banzo 'costado o forro exterior de la embarcación'.
Barlote 'embarcación de dos proas, mucha manga y construcción sólida, usada para transporte de mercancías y en tiempos muy duros de mar o viento.
Barreñón 'medida de capacidad empleada para la pesca (sardina o bocarte, principalmente este último), que equivale en Luarca a 22 kilos y en Figueras a 23'. Suele ser ésta la capacidad de una tina de cinc, en donde lo llevan desde el embarcadero a las fábricas, y por extensión se le llama también a la tina (8).

---

(8) Han publicado medidas populares del Occidente astur : JUAN BARCIA TRELLES, *Guía para la aplicación de los abonos* (Madrid, 5.ª edic.) : «Equival. entre las antiguas medidas...», p. 131 ss. MARCELINO FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ, *El Franco y su Concejo* (Luarca, 1898), c. 1, pp. 28 y 29. JOSÉ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, *Fuentes, montañas y pueblos del río Suarón* (La Comarca, 1955), 28 enero, n. 3250. Alude genéricamente a «la medida de Miranda» como mayor que la de Buron y los Oscos. La «fanega» de estas comarcas, da siete «medidas» por la de Miranda. ANÓNIMO, *Observaciones dirigìdas a averiguar las medidas y pesos...*, en el BAH., t. 33, pp. 202-217. Variedades.

Bascayo 'escobón de laurel o helecho para barrer el interior de los hornos de pan'.
Beceiro 'caprichoso; voluble'.
Berquer 'derramar'.
Bíbora 'peonza, juego infantil'.
Bidueira 'abedul'.
Bisabol, a 'bisabuelo, a'.
Bochinche 'taberna sucia y pobre'.
Bodegueira 'mujer pobre que vive en una bodega'.
Bodegueiro 'bodeguero de barco'.
Bolo, a 'pan de gran tamaño'. El femenino designa también a la abuela.
Boroña 'miga del pan de maíz. Por extensión designa también a todo él'.
Brueira 'orificio practicado en las varengas de las cuadernas para que el agua corra por todo el fondo de unos compartimientos a otros'.
Brús 'cepillo de cerdas gruesas para limpiar fondos'.
Burguelaxe 'alboroto causado por gente baja y soez'.
Cabezuaya 'cabezada del asno'.
Cacerolo, a 'enser de cocina, redondo; cazos, pucheros, etc.'.
Cachapelo 'sombrero viejo, objeto destartalado e inútil'.
Cachorriyeiro 'el que anda con armas' (El Teso).
Cadeixo 'pieza de madera en forma de U o V que va vertical en la *canzuaya* del carro' (Taramundi). En otros sitios llámasele *forcao*.
Cadelo, a 'perro, a'.
Cadigueiro 'cuerda o vilorto que atrae dos *fueiros* del corro' (Taramundi).
Cadíos 'travesaños que unen los *pértigos* del carro atravesando la *canzuaya*, y sobre los que se coloca el piso del mismo'. Suelen ser cinco
Cadiyo 'cuerda fina; cordón'.
Cadrileira 'mujer que tiene mucha cadera'.
Calcañeiro 'persona modosa y que nunca termina una obra'.
Calenturazo 'enfermedad de las vacas que manan sangre por la ubre'. La terapéutica que le aplicaban, a veces tres o cuatro días, eran unos «fumazos» compuestos por un ca-

gajón de gallina, una cintura de pantalón, un diente de cerdo, un ajo, la suela del zapato del pie izquierdo y un puñado de garranchos de saúco. Luego había que pasar la leche embrujada por el restrelo del lino, dejándola derramarse por el suelo, golpeando sobre ella con varas de saúco hasta que, a fuerza de hacerlo, éstas se rompiesen (9).

Calexón 'callejón'.

Calzois 'pantalones'. *Calzois d'aguas*: pantalones de lona fuerte recubiertos por dos o tres manos de aceite de linaza, que los impermeabiliza y hace sean usados contra el agua por los marineros.

Cambiazo 'rolar el viento'. Es frecuente en el Eo, del vendaval al NW. y de éste al NE.

Caméla 'curvatura interior del yugo que se adapta al pescuezo'.

Canada 'meada de recién nacido'. «El neno botou úa canada».

Canao 'cilindro de hojalata en donde se recoge la leche directamente de la ubre y cuya capacidad es de cuatro a cinco litros'.

Cangrexeiro 'el que pesca cangrejos'. Ejecútase esta pesca con una red pequeña o rastro por las paredes de los muelles; con un hierro o la mano por las resquebrajaduras de las peñas o desde las escolleras, llevando en una mano un trozo de pez atado a una cuerda y en la otra un *esquileiro*, en el que se caza al cangrejo cuando va a morder el cebo.

Canouras 'personas que bajan de la montaña a tomar baños'.

Cantázo 'piedra grande y golpe que se da con ella'.

Canza 'perra'.

---

(9) Remedio que, juntamente con otros, debo a la cortesía del albéitar de mayor prestigio en esta zona: Tío Miguel de Cándida, quien, aun cuando nunca los empleó, afirma los utilizaban sus viejos antecesores. AURELIO DEL LLANO, *El libro de Caravia* (Oviedo, 1919. Varios) anotó el modo de curar las enfermedades de la ubre en el Oriente de Asturias.

Canzvaya 'lanza del carro a la cual se engancha la yunta'.
Cañadeira 'rastrillo de madera con dientes muy cortos'.
Cañar 'rastrillar con la *cañadeira*' la hierba segada en los prados.
Capélos 'correas colocadas en la cabeza del *pértigo* y de la *moca* del mayo'. Estos van enlazados por otra correa llamada *xugo*' (10).
Carabiya 'taravilla' (11).
Carel 'regala de la embarcación'.
Catigueiro, ver *cadigueiro* (Vegadeo).
Cazólo a 'recipiente cilíndrico con asa'. El femenino úsase cuando es de arcilla, y el masculino, de metal.
Cerdeira 'madera del cerezo'.
Ceroyos 'fruto del espino'.
Cincar 'tocar a otro una música con ánimo de molestarle'. «A... xa non se ye cínca» : A... ya no se le toca (Taramundi).
Cingar 'propulsar una embarcación, generalmente los chalanos, con un solo remo colocado en una abertura en forma de U, en la estampa de popa'.
Cintas 'planchas semicirculares de hierro que recubren las *cambas* por ambos lados asegurándolas más y evitando que los clavos que forman la llanta rajen la madera de aquéllas y salgan por los lados'.
Cobertoiro 'lugar cubierto en la era de los labradores'.
Cocha, 'persona que recoge el dinero en los aguinaldos' (Castropol) (12). Por extensión aplicóse luego a todo el que recaudaba dinero con fines colectivos.
Codeyo 'mendrugo de pan'. ¿Dame un codeyín de pán?
Coiro 'desnudo', «...ta en coiro».
Colmeiro 'montón de *colmos*'.

---

(10) J. G. C. Herculano de Carballo, *Cousas e palabras*: BIBL, vol. 29. Hace un estudio completísimo del mallo y trae notas muy interesantes sobre el de Asturias. Vid. voz *Xugo*.

(11) María V. Milian (*Nombres de la Tarabilla*: RDTP, IV, página 312) no recoge esta voz.

(12) Claudio Penzol: *El aguinaldo*. «El Aldeano», núm. 6.

Comenencia 'conveniencia'.

Còna 'órgano sexual femenino'.

Consintir 'consentir'.

Cornamuza 'cornamusa'.

Corno 'cuerno; caracol marino'. Perforando uno de estos mariscos grandes por su punta y soplando *ad hoc,* produce un fuerte ruido, lo que hace se utilicen en las cencerradas y para anunciar por el pueblo la llegada de una lancha con sardina. Tiénenlos en gran aprecio y se usan como adorno en muchas casas.

Córrigo (leválo al) 'dícese del lino que en manojos se lleva para sumergir en agua unos días antes de comenzar a prepararlo para tejer'.

Corteyo 'lugar pequeño en donde se guardan los cerdos'.

Cortezo 'trozo de la corteza del pan' (Aldeas del Eo).

Corviyón 'atadura por encima de las pezuñas que aproxima dos patas del mismo lado, obligando al animal a estar con la cabeza agachada e impidiéndole correr'. Se les suele poner a las vacas cuando pastan.

Costeira 'período que dura la pesca de un determinado pez, generalmente del bocarte; ganancia de dinero'. «Fixo úa buena costeira»: ganó mucho dinero y, por tanto, pescó mucho.

Costeiro, 'vapor que efectúa navegación costera o entre dos puntos de la costa'.

Costélas 'costillas; cuadernas de una embarcación'.

Cotòxo 'coscorrón'.

Coúce 'coz'.

Cubèla 'madero rectangular de las *rodelas,* debajo del cual va el eje y perpendicular a él la *sacadoira.*

Cucía 'cocina'. Usase también *cocía.*

Cuezo 'cuello'.

Cúl de cocho 'nudo marinero' equivalente al «culo de puerco».

Curúmen 'parte triangular superior de los tejados'.

Cuyára 'cuchara'.

Chanqueiro 'vaso de vino tinto'.

Chánta 'golpe que se da con una bola a otra en el juego de las cánicas'.

Chápos 'calcetines de lana gruesa'.

Chicar 'achicar; beber vino'.

Chírlas 'almejas pequeñas y de mala calidad'.

Chisqueiro 'yesquero'.

Chocolateira 'cabeza humana'. Empléase en sentido humorístico (El Teso).

Chombada 'conjunto de plomos que lleva un aparejo'.

Choupear 'golpe fuerte que se da con la pala del remo en la mar levantando agua y produciendo ruido'. Suelen hacerlo los que no saben remar.

Debagadoiro 'tabla con unos cortes verticales en un extremo, sobre los que se quita al lino la semilla con la *espadela*'.

Debagar 'quitar al lino la semilla en el *debagadoiro*'.

Decembre 'diciembre'.

Decurrir 'escurrir; retorcer la ropa para que salga el agua'.

Demoucar 'romper el animal un asta por los anillos o la mazorca'. El remedio cuando esto ocurría, y en el que se tenía mucha fe, sobre todo tratándose de cuernos jóvenes, era envolver, en rastrillado del mejor lino que hubiese, clara de huevo, y con esta pasta el cuerno. Si se trataba de astas torcidas que querían enderezar, cocían un bollo de centeno, e inmediatamente de sacarlo del horno, «hirviendo», se lo clavaban en el cuerno, que de este modo dejaba retorcerse hacia cualquier parte, siendo reses jóvenes.

Desamañar 'desarreglar'.

Desatapuzar 'desatascar'.

Desdens 'desdenes' (Vegadeo).

Desembaruyar 'aclarar una cosa'.

Desembeleñar 'desliar un hilo o cuerda; aclararlo'.

Desguarnir 'desvencijar; desarmar'.

Despós 'después'. Usase también *despois*.

Destempada 'úsase para las cosas, pero en sentido contrario al que tiene en español'.

Diántre 'delante'. Dícese también *adelantre*.

Doádo 'fácil' (Taramundi).
Doénte 'hidrófobo'.
Dolce 'dulce'.
Donegar 'impedir; baldar'.
Dópra 'estrovo que une el yugo con la lanza del carro'.
Egua 'yegua' (Aldeas del Eo).
Embayar 'saciar a los peces de comida. Dícese del pescado que anda alrededor del cebo sin comerlo'.
Embeleñar 'enredar, liar'. Usase generalmente para las cuerdas o hilos.
Embozada 'cantidad que se puede coger con ambas manos juntas'.
Embruzáo 'barco muy calado de proa'.
Embúte 'abundancia; saciedad'.
Emperexillar 'sazonar de perejil alguna comida'.
Empopáo 'barco muy calado de popa y levantado de proa'.
Enaguar 'aguársele a uno la boca'.
Enántes 'antes de'. Usase también *anantes*.
Encotrosar 'ensuciar; manchar'.
Enferruxar 'oxidar'.
Engadar 'atraer hacia uno; astucia'. Dícese principalmente refiriéndose a los peces.
Engádo 'mezcla de distinos restos de peces (intestinos, agallas, etc.), machacados en una caja denominada «del engado», y que se emplea como cebo'. Despide un olor pestilento y forma una masa papillosa.
Enoxar 'enojar'.
Enoxo 'enojo'.
Enroxar 'hacer una hoguera en el interior del horno para calentarlo y luego cocer el pan'.
Escabel 'banco largo para sentarse'.
Escáno 'banco con respaldo en las cocinas de aldea'. Tiene una tabla levadiza que bajándola se apoya en los brazos y hace de mesa, y debajo del asiento dos o tres alacenas (13).

(13) Contribuye a formar la carta lexicográfica del 'escaño', junto con los estudios de mis buenos amigos D. Constantino Ca-

Escarpidor 'peine grueso que usan las mujeres para desenmarañar el cabello'.

Escónzaro 'culebrita plateada'.

Escorneirar 'dejar a un animal sin cuernos'.

Escouzar 'gritar fuertemente'.

Escrocar 'abollar'.

Escrocadura 'abolladura'.

Escuruxarse: Vide *Acuruxarse*.

Escusao 'cajón-letrina de madera'.

Esmelao 'desdentado'.

Esmelgadeira 'cuchillo con el que se extrae la miel de las colmenas' (Ovanza).

Esmocayarse 'dejarse caer la mucosidad'. No lo encontré con el significado de Acevedo.

Espadela 'cuchillo grande de madera usado para quitar al lino la semilla sobre el *debagadoiro*'.

Espayador 'paleta de madera con diez agujeros, por donde pasa el hilo de otros tantos ovillos para llevarlos luego al urdidor'.

Estarabouzar 'hacer estampido de tiros o petardos' (El Teso).

Estrar 'mullir la cuadra o corrada'.

Estrinxe (*raya*) 'pez de la familia de las rayas que produce descargas eléctricas al tocarle'.

Estrovos 'estrovos'. Los hacían por las montañas cociendo tres ramas de carballo y acolchándolas, de donde bajaban a venderlos a los mercados. Hoy usan algunos de hierro. Son frecuentes: el de los remos de forma circular; el del *basadoiro*, que atraviesa el agujero del *ápago*, abrazando luego a la *sacadoira* hasta la *cubela*, donde hace tope; el del *cambón*, que une a éste con las *rodelas*, pasando por el agujero que ambos tienen al extremo. Es alargado, con dos lazos en las puntas, que luego se in-

---

bal (*La familia, la vivienda, los oficios primitivos*, p. 22 ss.) y D. Fermín Bouza-Brey (*La casa en Mondariz (Pías)*: RDTP, III, cuaderno 1).

tercalan uno por el otro y se le atraviesa al que sobresale un palo, que le impide deshacerse. Vide *dópra*.

Estropada 'jornada a remo larga y pesada'.

Estrumar 'apretar; estrujar'.

Esvaleirar, valeírar 'vaciar, desocupar'.

Ezcota 'escota'.

Ezcotera 'cornamusa en donde se afianza la escota'.

Faer 'hacer'.

Faragáta 'embarcación de hojalata con la que juegan los niños'.

Fargayo 'trapo roto y sucio'.

Faixa 'faja'. Usase también *faxa*.

Faz 'conjunto de 40 haces de trigo' (Taramundi).

Feira 'feria'.

Fémla 'chabeta que aprieta la reja del arado contra la cabeza'. Para evitar que con sólo ésta gire, va un poco más hacia la punta el *macho*.

Fenestra 'ventana' (Vegadeo).

Ferruxe, ferrúyo 'herrumbre'.

Fixa 'hierro clavado en la pared y que sujeta algo'.

Fófa, o 'hueca, o'.

Fol 'fuelle; pecho; pulmón'.

Fóle 'fuelle'.

Folequeiro 'hombre disfrazado en carnavales enarbolando un saco con serrín o una vejiga de cerdo hinchada, en el extremo de un palo, con lo que golpea al que encuentre a mano'.

Foucín 'hoz'.

Fumázo 'remedio hechiceril para el ganado, compuesto de muy diversos mejunges según la enfermedad que se quisiese curar'. Vide *calenturazo*.

Fúme 'humo'.

Fumeiro; *funeiro*; *fueiro*. Estas dos últimas formas las recogieron Acevedo y Fernández.

Fuñíca 'refunfuñona'.

Gabeleiro 'trigo tirado por el suelo antes de engavillarlo'.

Galaxa 'agallas del pescado'.

Galdir 'ingerir' (Castropol). «Xa galdin el caldo».

Galocho 'almadreña de hombre. En femenino designa la de mujer'.
Gallarda 'nombre de vaca' (14).
Gancha 'tridente'.
Gáo 'ganado vacuno'.
Garabanzo 'garbanzo' (15).
Gargaxeira 'escupidera'.
Garniézo 'parte externa de la garganta'.
Gazoupa 'garra'.
Golir 'oler'.
Grá 'linaza del lino; grada'.
Gráde 'grada'. Tanto se usa para la agrícola como para la del telar.
Grolo 'grumo'.
Güínche 'torno o polipastro'.
Infestar 'infectar'.
Inforcál 'juego infantil'.
Inxáme 'enjambre'.
Isar 'izar, incitar al perro para que vaya hacia algo o alguien'.
¡*Isca*! 'interjección para azuzar al perro'.
Jíspia 'ladrón; ¡lárgate!'.
Jispiar 'robar; hurtar; marcharse'.
Lameira 'terreno cenagoso, lodazal'.
Lañárse 'pegarse; disputar fuertemente'.
Largatois 'dolor irresistible que daba al ganado por enclavársele las pezuñas en la carne'. Se curaba frecuentemente con cataplasmas de linaza. «Teño úa vaca con *largatois*».
Largueiro 'larguero'. La grada agrícola tenía cuatro y en cada uno cinco dientes de madera, que, como rompían

(14) También *Linda, Pastora*. Más nombres de vacas en Asturias los publican Cabal (*La familia, la vivienda*, etc., p. 37), Palacio Valdés (*Sinfonía pastoral*, Adagio cantabile, VI) y Arboleya (Lucio Pérez, *Desde la montaña. Bocetos al temple*. Oviedo 1906). Noel (o. c., p. 33) anota nombres de bueyes.

(15) Don José Manuel González, *Cara y munno, términos cefalo-oronímicos*, sep. de «Archivum», t. III, 1954; *Cara, oroní-*

con frecuencia, se sustituyeron luego por los de hierro o limas viejas que hoy se usan.

Láxa 'rebanada de pan ; estrato de mineral'.

Láya 'tiempo libre ; paciencia ; esmero'.

Lazpázo 'guantazo'.

Leito 'piso o suelo del carro'. Distinto de *leto* ; *lleto*, recogidos por Acevedo y Fernández.

Léngoa 'lengua'.

Levantadoiro 'sostén', prenda del vestuario femenino.

Lirón 'astuto, aprovechado'.

Lizar 'apretar los hilos de la tela con el lizo y abrir los dientes de una sierra con el lizador.

Londrois 'ganglios'.

Lubía 'hambre ; pescado ; lubina'.

Macizar 'arrojar cebo a la mar para atraer la pesca'.

Macho 'perno que junto con la *fémia* asegura la reja del arado'.

Maiceira 'tierra sembrada de maíz'.

Mamalón 'malicioso ; astuto'.

Maturrangáda 'mal o hechizo que causa la muerte' (16).

Mayoucas : Vide *Amayolas*. Alterna con *Mayucas*.

Maumaróio 'interj. ¡cualquiera!'.

Mazadúra 'golpeadura'.

Mélas 'juego infantil que consiste en saltar unos por encima de otros'.

Mélas con cusculéto. El mismo anterior, pero en el que es obligatorio saltar con las piernas juntas por encima de la cabeza, en vez de con ellas abiertas.

Melicieira 'curativa'.

Mestro, a 'maestro, a'.

Miolo 'travesaño central de la rueda del carro del país, que

---

mico, p. 8, registra 'carabanzo' como orónimo, y podríamos considerar a *garabanzo* cefalónimo, pues ningún rostro más perfecto que el figurado por la infancia al pintar con tinta ojos y boca a un garbanzo y cubrirle con el pañuelo.

(16) Para la mayor precisión de los efectos causados por la 'maturrangada' copiamos los siguientes versos, que llevan ese nom-

une las dos *cambas'*. Equidistantes del centro, lo atraviesan las *reyas*. El *miolo* lleva un agujero cuadrangular en su centro, en donde se fija el eje, y así al girar éste también lo hace la rueda, al contrario que en otros vehículos, en los que el eje va fijo.

Moiñada 'junta de mozos y mozas para ir al molino'. En

---

bre y me recitó en Lois, Tío Miguel de Cándida, a quien lo agradezco.

«Mia may tuvo 10 fiyos
y todos eran d'un home;
deuyes a maturrangada,
nun quedaron sinón nove.

Estrebillo:

A velá mexei,
a ve nemorai,
turulubulu vai,
turulubulu vei,
quen te namorou,
meu ben.

Dos nove que ye quedaron,
todos comían bizcocho;
deuyes a maturrangada,
non quedaron sinón ocho.

(Estrebillo.)

Dos ocho que ye quedaron,
todos comían molete;
deuyes a maturrangada,
non quedaron sinón sete.

(Estrebillo.)

Dos sete que ye quedaron,
todos eran de Abrés;
deuyes a maturrangada,
non quedaron sinón seis.

(Estrebillo.)

Dos seis que ye quedaron,
todos andaban a brincos;
deuyes a maturrangada,
nun quedaron sinón cinco.

(Estrebillo.)

Dos cinco que ye quedaron,
todos comían pan branco;
deuyes a maturrangada,
non quedaron sinón cuatro.

(Estrebillo.)

Dos cuatro que ye quedaron,
todos eran de Barrés;
deuyes a maturrangada,
non quedaron sinón tres.

(Estrebillo.)

Y dos tres que ye quedaron,
todos eran de Lerroux;
deuyes a maturrangada,
non quedaron sinón dous.

(Estrebillo.)

Y dos dous que ye quedaron,
todos eran de Irún;
deuyes a maturrangada,
y non quedou sinón ún.
—Que son eo.»

Don Constantino Cabal, en *La Mitología asturiana: los dioses de la vida* (Madrid 1925), p. 62 ss., inserta una versión del *tangro-magro*, que guarda, hasta en sus efectos, gran similitud con ésta.

éste se esperaban unos a otros para regresar juntos a casa a medianoche. Una vez quedaban de esperarse en una casa y otra en otras. En Figueras queda todavía una reminiscencia de esta costumbre, pues es frecuente que aún hoy se junten varias chicas para llevar y traer la molienda.

Moitas 'muchas' (Aldeas del Eo).

Mona 'pececillo semejante al *mógaro*; nombre de gata; borrachera; constipado' (17).

Moncer 'ordeñar'.

Moreneiro 'maragoúzo' (Balmonte).

Morzóla 'molleja' (Figueras). Acevedo y Fernández ponen 'el curso'.

Móyo 'haz de trigo'.

Mulieiro 'molinero'. En plural determina cierta clase de cangrejos de caparazón blando, habiendo otros que denominan 'duros'.

Nín, nía 'úsase para llamar a uno o una'.

Nordés 'nordeste'.

Novaníyo 'lobanillo'.

Nubélo 'ovillo'.

¡Ñó! 'interjección; juramento'.

Oblíga 'carnicería'.

Obra muerta 'entienden por tal solamente lo que hay de cubierta para arriba', no desde la línea de flotación, como debe ser.

Orízos 'erizos marinos'.

Ormiento 'levadura'.

Orzólo 'orzuelo'.

Osa 'moneda de cobre falsa' (18).

---

(17) Don José Manuel González (sep. cit., p. 11) estudia *moña* 'borrachera', de *munno*, del que viene *mona*: también 'embriaguez', y *mógaro*, pececillo todo *cabeza* y cuerpo muy corto.

(18) Vide *perrín, perroa, peso*. Acerca de los dos primeros, dice Cabal (*La Asturias que venció Roma* [Oviedo, 1953]: «La localización de los Orniacos», p. 59) que su étimo es 'león', porque, según Juan M. Pidal, al estudiar el topónimo «perruca», así lla-

Oyeiro 'hueco disimulado entre el fango, en el que se hunden las personas'. Son muy temidos por las pescadoras de almejas.

Palagancha 'tridente'.

Palmelón 'llanta que recubre el canto de la rueda del carro'. Antes ésta iba recubierta con grandes clavos de cabeza cuadrada muy juntos. Cuando vinieron los *palmelois*, se sujetaban al principio con algún clavo y no eran bien recibidos por los viejos, que murmuraban que patinarían con ellos los carros por las laderas abajo.

Pampeiro 'sol muy caliente y enfermizo'.

Panel 'tabla que recubre la sentina de la embarcación y hace de piso'. Suelen numerarse para su fácil colocación.

Páo 'palo; estacazo'.

Parális 'parálisis'.

Paredeiras 'clase inferior de castañas'.

Párva 'desayuno'.

Párvo 'infantil'.

Patáco 'patata pequeña'; suelen darse de comida a los cerdos, cocidos con berzas u otras hortalizas.

Pauta 'epacta lunar'. Cuentan los marineros de Figueras los días de la luna según el número de secciones de la misma visibles a través de un pañuelo de seda.

Paxarela 'el *bazo* de algunos animales'.

Pebída 'pepita de algún fruto'.

Pecíña 'piececita'.

Pedralípe 'sulfato de cobre'. Llámase también *pedra del trigo*'.

---

maban sus naturales a un león de piedra que había en dicho lugar de Pajares. El de *osa*, ¿será por la semejanza de ambos animales? Estas monedas de cobre se aplicaban directamente, frías, sobre los chichones recién formados, para que desapareciesen. Se hace, además, en otras partes de Asturias, según anota Palacio Valdés (*La aldea perdida*, c. 5).

F. Bouza-Brey, *Nomenclatura da moeda de cobre nos pobos galegos*: «Nos», t. 8, núm. 90, 15 junio 1931.

Pelizcón 'pellizco'.
Peneirégo 'milano'.
Penéo 'piedra grande'.
Pepída 'vid. *pebída*'.
Perfeuta, o 'perfecta, o'. Usase como adjetivo y nombre propio (Aldeas del Eo).
Periqueira 'mujer que es un perico'.
Perrín 'moneda de cinco céntimos'.
Perróa, perrón 'moneda de diez céntimos'.
Pesigal 'arbusto productor del *pésico*' (19).
Peso 'única forma con que se designa el duro o cinco pesetas'.
Petador 'llamador, aldaba'.
Petigueiro 'pedigüeño'.
Pisón 'instrumento compuesto por dos piezas dentadas que se mueven una contra otra con el pie y se utiliza para descortezar el lino',
Pirólo 'péne'.
Pixotín 'nombre genérico del natural de Figueras; pescado'.
Pixoto 'primera acepción de *pixotín*'.
Pizpineiro 'travesaño que une, atravesando el dental, las orejeras del arado'.
Polavílas 'reuniones invernales de la gente de aldea para hilar estopa' (Balmonte) (20).
Poutáda 'conjunto de *poteras* y útiles para la pesca del calamar'.
Prefeuta o 'vide *perfeuta. o*'.
Procébes 'percebes'.
Promín 'residuo que las tejedoras obtenían del lino y utilizábase como medicina para el ganado que se había

---

(19) PILAR AHEDO, *Nombres del albaricoque:* RDTP, IV, cuaderno 3. No recoge este derivado.

(20) B. ACEBEDO Y HUELVES, *Boal y su Concejo* (Oviedo 1898), cuadernos 4 y 6: Fiestas e instrumentos músicos. Pone: *pollavilla, polavila, poravilla,* y, sin embargo, no los insertó en el vocabulario, pues aunque figuran en el Apéndice I, se deben a don Aurelio del Llano, quien sólo los localizó en Ibias y G. de Salime.

pinchado, aplicándolo en una bizma preparada con resina y alquitrán, hasta que sanaba o quedaba cojo'.

Prúa 'lluvia menuda como el *orbayo*'.

Pulpeira 'mojadura ; paliza'.

Púxe (*remar de*) 'remar derecho mirando hacia proa, echando el peso del cuerpo encima del remo, con la pierna del costado donde se reme del lado de popa del banco, y la otra por el de proa'.

Quencer 'calentar'.

Ralo 'superficial ; no tupido ; suelto'. «A pintura tá rala» ; es decir, poco espesa.

Rancáda 'impulso súbito'.

Raño 'rastrillo de tres dientes'.

Rapela 'torta plana', muy típica en la cocina popular humilde de Figueras. Las cantidades para cuatro personas son : medio kilo de harina de maíz amasada con poquísima levadura de pan, teniendo en reposo esta masa una hora. Se estira la pasta y se grama con algo de aceite. Por relleno lleva tocino y una cebolla picados, cocida ésta previamente unos minutos. Puesta en su molde, se mete en el horno hasta que esté dorada. La hay también dulce, que es la misma fórmula anterior, con tres cucharadas de azúcar y un sobrecito de canela. (Receta facilitada por doña María Villamil de Castro.) A algo muy aplastado le dicen «ta como úa rapela», y como apodo hay «rapeleira».

Rebinxe 'remolino en el pelo sobre la frente ; flequillo'.

Réble 'escombros de un edificio'.

Recacheira 'mujer salerosa y de mucho remango'.

Refaxo, refaixo 'refajo'.

Refilón 'rasguño'.

Reflexo 'penetración del agua de lluvia por acción del viento por entre dos losas superpuestas' (Castropol).

Regañón 'higa ; indicio de mal agüero'. *botar el regañón* : intercalar el pulgar entre el mayor y el índice, señalando a la vez que se gira la mano y se pronuncia el mal deseado a lo que se quiera hechizar.

Renembrar 'recordar'.
Respaldear 'imprimir un cuarto de giro al remo para sacarlo del agua sin salpicar'.
Restelar 'separar el lino de la estopa pasándolo por el *restrelo*'.
Restrelo 'tabla con unas veinte púas colocadas verticalmente en un extremo'.
Reviyueco 'reviejo'. «Castañas reviyuecas».
Reyón 'miembro viril, reja del arado' (El Teso).
Risgar 'rasgar'.
Rispiar 'rozar ligeramente'.
Risón 'rezón'.
Rísos 'rizos'. En el Eo úsase vela mística y se toman rizos en ella por el pujamen.
Robálo 'robaliza de cuatro o cinco kilos'.
Rodélas 'ruedas que se unen al arado'. Las modernas tienen el eje de hierro (21).
Rodezno 'cilindros de madera en los telares antiguos para envolver el hilo y la tela'.
Róla 'montón de *colmos*'.
Rolo 'ola marina'.

(21) Aurelio de Llano cree que el arado con ruedas es anterior en Asturias a la llegada de Roma. Fué usado por los galos de la Rhetie (*El libro de Carabia* [Oviedo, 1919]: *La agricultura en Asturias*, p. 71, nota 1); Caro Baroja atribuye a su nombre origen latino o árabe, clasificándolo entre los cuadrangulares (*Los arados españoles*: RDTP, V, cuad. 1); y Dámaso Alonso estudió todo esto eruditísimamente con la nomenclatura de sus partes (*Sobre el par de encuarte en el NW. de la Península*: RFE [1950]), página 238. El modelo de arado publicado por este autor, así como por D. Julio Caro —adquirido por el Museo del Pueblo Español en 1947—, casi es igual al usado en el área de Figueras); y si ahora incluímos aquí algunos nombres, es porque no lo han hecho A. y F.

Juan A.º Cabezas anota que el herrero popular templa la reja de los arados según para la clase de terreno en que vaya a utilizarse, y conoce la dureza y calidad que le da por el irisado que presenta recién sacada de la forja (*Héroe de paz* [Madrid, 1946], parte 1.ª, c. 3).

Roupa d'aguas 'traje impermeabilizado compuesto por gorro, chaqueta y pantalón que usan los marineros'. Vide *calzois* (22).

Rúmbo 'ola de primer grado próxima a romper; abertura practicada en el casco de la embarcación y tabla del costado'.

Sabicheiro 'persona que sabe o desea saber lo que no le atañe'.

Sacadoira 'lanza de las rodelas que parte del centro de la *cubela* y en un extremo lleva un orificio, por donde se pasa el estrovo que la une al *cambón*'

Salseiro 'chubasco o salpicadura producida por la nave al dar con la amura o aleta de barlovento contra la marejada.'

Saltapayáles 'langosta de campo'.

Sanxubín 'arbusto montés de gran flexibilidad y madera rojiza, empleado en la construcción de cestas' En Taramundi dicen *sanjubín*.

Sapalíxa 'cría del sapo que levanta la semilla de las tierras' (23).

Sapégo 'tumor o hinchazón que da al ganado'.

Sargón, sergón, xergón 'jergón'.

Sayal 'prenda del vestuario femenino de lana negra'.

Serventía 'servidumbre de paso'.

Setar 'abrir surcos en la tierra con el arado'. «Séta a terra pra somentar».

Tangarte 'cajoncito de madera, con mango en un extremo, utilizado para achicar'. Tiene generalmente, en el Eo, forma de pirámide truncada.

Tarro 'cuerno saliente en un banco de arena'. Por extensión todo éste.

Tayo 'tajuelo, tajo, cortadura'.

Tayólo 'tajuelo' (de uso también en Figueras).

---

(22) *Ropa de aguas y el aceite*: «España Pesquera», núm. 4.

(23) J. Bravo García, *Carta del sapo*: RDTP, IV, p. 482. No recoge esta variante ni *sapagueira*.

Tesón 'banco de arena'. Dos muy grandes ocupan la ría del Eo, a los que alude J. F. Arias Campoamor en *Recelo*, página 8.

Tilla 'cubierta a proa a un palmo por debajo de la regala'. En ella van insertos el palo de la vela, una cornamusa para el puño de amura y dos cabillas, una a babor y otra a estribor para la driza.

Tóco 'trozo de materia dura; taco de pino'.

Toleiría 'locura' (24).

Tomar 'recoger a una persona que está alejada; en la mar'.

Tornos 'pasadores o cabillas de madera'. Unos afianzan el eje contra el *miólo* de la rueda; otros dos aseguran cada *couciyón* al *pértigo*, y otro cada *treitoira* al *couciyón*. El oficio de cabillas hácenlo unos que van verticalmente clavados en la delantera de los pértigos y en el último *cadío*; en ellos se amarra la cuerda que ata la carga (25).

Torta 'torcida; bollo de harina circular y aplastado; bofetada'.

Trabuáda 'mordisco'.

Trápolas 'trapalón'.

Traveseiro 'travesaño'. La grada de agricultor lleva dos, en donde encajan los *largueiros*, y el arado uno, más arriba del *pizpineiro*.

Travítas 'cuerdas que unen unos *fueiros* a otros para evitar que los laterales, con la carga, se abran hacia afuera'. Aun cuando cada carro lleve cinco pares de *fueiros*, de mayor a menor empezando por delante, sólo tiene dos o tres travitas, dado que éstas sólo enlazan los colocados por el lado exterior. Antiguamente se hacían como los es-

---

(24) HARRI MEIER, esp. *loza, lozano, loco*; port., *loiça-louça, louçao, louco, tolo*: REF (1950), p. 193. No recoge *tolura*, ni *toleiría*, ni *atolorao*.

(25) JOVELLANOS, *Apuntamiento sobre el dialecto de Asturias*, IV, 2. Habla del objeto y ventajas de las *treitoiras*. Entre éstas, el eje y el *couciyón*, para evitar que con el mucho roce se incendiasen, introducían por el occidente asturiano ramas verdes de plantas o untábanlas con jabón.

trovos, de carballo, y les llamaban *balortas*; y hoy ya no se usan unas ni otras, porque las portezuelas delantera y trasera del carro afianzan los laterales.

Trillo 'operación de quitar la corteza al lino con el *pisón*'.

Tronchamartelo (feito a) 'cosa hecha tosca y ordinariamente'. Usase también *Feito a brosa*.

Truel 'atarraya de gran diámetro usada para meter a bordo la pesca que trae la red'.

Tulúra 'locura'.

Turrar 'acornear'.

Túzaro 'torpe de inteligencia'.

Untáza 'grasa de cerdo salada', preparada como explica Acevedo, pero de empleo en todo el Eo, no solamente en Boal.

Verquér 'derramar'.

Vespío 'vestido'. Usase también como verbo *vespir*, por desnudar.

Viermo 'gusano'. *Viermo carpinteiro* :'luciérnaga'.

Viríyo 'miembro viril'.

Vosté 'usted' (Aldeas del Eo).

Xarmólo 'brote de la patata'.

Xastrear 'arreglar, componer'.

Xenól 'caída vertical de las cuadernas'. Une los de un lado con otro, por sobre la quilla, la varenga.

Xerir 'herir'.

Xispiar 'fugarse'.

Xoúxara 'orificio del fondo de la embarcación que permite, cuando está varada, achicarla con sólo quitar el tapón que la cierra'.

Xúgo 'correa que une los *capelos* del *pértigo* y *moca*; yugo de las vacas' (26).

---

(26) Es corriente el uso de un yugo individual para que se acostumbren los animales a estar uncidos. El *doble fijo* lo estudiaron T. ARANZADI, *El yugo vasco «uztarria», comparado con los demás*) : La tradición del pueblo vasco» ; ID., *Aperos de labranza y sus aledaños textiles y pastoriles* : «Folklore y costumbres de España», t. I (1934), y FRANKOWSKI, *Cangas e jugos portugueses*. Dichos trabajos aparecen también citados por Krü-

Xuilín 'julio'.
Xuncer 'uncir'.
Xungo 'junco'.
Xunteira 'juntura ; herramienta de carpintero para hacer el batiente de las puertas y ventanas'.
Yargato 'lagarto'.
Zalear 'salear'.
Zarapayáda 'cosa mal hecha y de ínfimo valor'.
Zárro 'campo mitad monte y mitad prado'.
Zarrónca 'cucaracha'.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE CASTRO

---

ger en *El léxico rural del NW. ibérico* (Madrid 1947), los cuales no se ocupan de los extensibles, que permiten ir a cada animal por el surco correspondiente según la separación. En Lois hay dos de éstos : uno extensible por la *camela* de un extremo, y otro que lo es por su parte media. La madera usada en ellos es el *loureiro,* porque no se pudre, y en la Asturias central, el nogal. LUCIO PÉREZ, o. c., c. 3, p. 41-42, describe el modo de uncir las vacas y anota : «Un xugu de nogal, tratándulu bien ye eternu.» Juan A.º Cabezas (*o. c.*) registra yugos de fresno (4.ª parte, c. III). Cuando la madera no daba para la curva de la *camela,* introducíanse unos palitroques que la prolongaban.

El baile del trigo

En los campos de la isla de La Palma, una de las Canarias, estuvo muy arraigada hasta tiempos bastante recientes una danza imitativa denominada *Baile del trigo*. A jóvenes que la aprendieron de campesinos ya ancianos, la he visto ejecutar del modo siguiente:

Varias parejas se sitúan formando una doble hilera de hombres y mujeres frente a frente. A uno de los extremos de esta doble fila, el director del baile marca el ritmo con golpes de un recio bordón. Y en torno suyo, un pequeño coro de ambos sexos toca castañuelas y canta la estrofa inicial, que se repite cuando todos bailan. Los danzantes se van sucediendo para simular las distintas labores por que pasa el trigo. En la forma siguiente:

Todos, mientras danzan:

Tió Juan Periñal (1)
tiene un arenal;
un grano de trigo
lo quiere sembrar;
lo siembra en la cumbre,
lo coge en la mar.

Un danzante, mientras simula la siembra a boleo:

Ansina lo siembra
tió Juan Periñal.

El mismo, mientras da una vuelta sobre sí mismos:

Ansina ponía
sus pies en la mar
y ansina me enseña
mi amor a danzar.

Todos, mientras danzan:

Tió Juan Periñal
tiene un arenal;
un grano de trigo, etc.

---

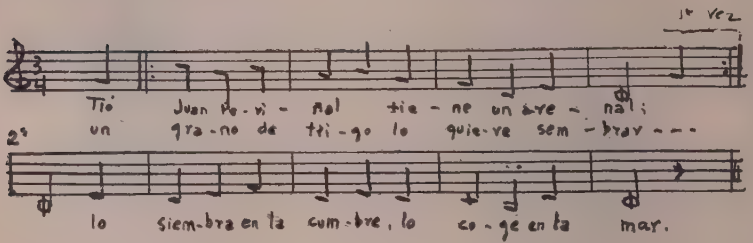
(1) Esta forma *Periñal* alterna con otras: *Perenal, Pirinal, Perinal.*

Un danzante, mientras simula que labra la tierra:

Ansina labraba (2)
tió Juan Periñal.

El mismo, mientras da la vuelta de baile:

Ansina ponía
sus pies en la mar
y ansina me enseña
mi amor a danzar.



De esta forma se prolonga el baile sin más variaciones que las referentes a las sucesivas operaciones por que va pasando el trigo:

Ansina lo escarda...
Ansina lo siega...
Ansina lo enmolla... (3).
Ansina lo enfeja... (4).

(2) Las labores que se realizan en el terreno para el cultivo del trigo varían según la altura. En los terrenos de la costa, hasta 250 ó 300 metros de altura, que es la zona del trigo tremés, se siembra éste sin precederle ninguna labor preparatoria. En los terrenos medios, que es la zona del trigo pelado, preceden a la siembra las labores de alzar, binar, extender el estiércol y tapar éste. Y, por último, en los terrenos más altos, ya de la zona forestal, sólo se da un hierro a la tierra, para *vinar* o alzar. En las tres zonas, después de la siembra, se tapa la semilla con arado. Así, pues, la labor a que se refiere el texto puede ser la primera, la segunda o la cuarta que recibe el terreno, según las zonas. (Corresponden estos datos a Puntallana, isla de La Palma.)

(3) Lo recoge en *mollos* 'manojos' del port. *molho* «feixe, mâo-cheia». No es, sin embargo, término general en la isla. En Puntallana, por lo menos, según Antonio Juan Hernández Fernández, de ochenta y dos años, parece que no se ha empleado. Allí al manojo, es decir, a lo que se coge de una vez al segar, se le da con una o dos pajas una atadura de una sola vuelta y se forma una *llave*, y uniendo a ésta, del mismo modo, dos o tres llaves más, se forma la *manada*.

(4) *Enfejar*, acción de hacer *fejes* 'haces', en este caso, de trigo.

Ansina se carga... drento del costal...
Ansina se anfresca... (5). Ansina lo tuesta... (7).
Lo bota en la era... Ansina lo muele...
Ansina lo trilla... Ansina lo cierne...
Ansina lo avienta... Ansina lo amasa... (8).
Ansina lo ajecha... Ansí lo empelota... (9).
Ansina lo emborca (6) Lo moja en el mojo... (10).

Y termina:

Ansí se lo come sus pies en la mar
tió Juan Periñal. y ansina me enseña
Ansina ponía mi amor a danzar.

Tales son las sucesivas labores y manipulaciones a que se somete el trigo, según la versión recogida en Breña Baja por mi buena amiga Violeta A. Rodríguez Pérez. Pero, dependientes de la voluntad de los danzantes, unas veces se limitan a las fundamentales y otras, con más ganas de cantar y bailar, se enumeran hasta las más insignificantes. En

---

(5) *Anfrescar* y *enfrescar*, acción de hacer el *frescal*, montón de haces que se forma cuidadosamente junto a la era: se superponen alternativamente ruedos de haces, unos con las espigas hacia dentro y otros hacia fuera. Una vez formado el frescal, se recubre por encima con rastrojos, pajonal y algunos haces. Las espigas de éstos se colocan hacia abajo, para que, si llueve, escurra el agua y no penetre en el montón. Frescal debe de ser alteración de *fascal* por etimología popular.

(6) *Emborcar* 'volcar', del port. *emborcar*.

(7) En los campos de La Palma, la mayor parte del trigo se aprovecha para hacer gofio; por esto se tuesta antes de molerlo. El gofio de otros cereales es menos apreciado. En el pueblo de Barlovento se dice:

Gofio de centeno, ninguno es bueno;
el gofio de cebada tiene pajada;
el gofio de millo baja al tobillo;
el gofio de trigo, mi buen amigo.

(8) El gofio amasado con agua dentro de un zurrón es la forma más popular de comerlo.

(9) Una vez amasado el gofio, se coge una porción de masa y se aprieta dentro del puño; la pella que resulta es el *pelote de gofio*.

(10) *Mojo* 'salsa picante de pimienta'. En ella se mojan los pelotes de gofio, las papas o patatas, etc.

una versión del pago de Mirca (Santa Cruz de La Palma) (11), figuran las siguientes: lo siembra, le nace, le espiga, lo siega, lo amarra, lo enfeja, lo aprieta, se carga, lo enmeda (12), lo riega (13), lo esmarra, lo trilla, lo emparva, lo avienta, lo abalea, lo mide, lo emborca, lo tuesta, lo muele, lo amasa, lo come, lo c...

En otra versión de la misma isla, figuran éstas: lo barbecha, lo cava, lo siembra, le nace, lo escarda, lo siega, lo engavilla, lo reúne, hace el mollo, lo amarra, se carga, se descarga, lo enmeda, lo desmarra, lo emparva, lo trilla, le quita la paja, lo abalea, lo avienta, lo reúne, lo mide, lo emborca, se carga, se descarga, lo tuesta, se carga, lo muele, lo amasa, lo escalda (14), lo masca, lo traga, lo c...

No voy a buscar y anotar aquí remotos antecedentes de esta danza. Aunque no sería difícil emparentarla con antiguas danzas rituales de fecundidad, prefiero ceñir estas notas a un círculo más estrecho y más ajustado de relaciones.

Las danzas pantomímicas o imitativas no han sido raras en las fiestas. Y no sólo en las tradicionales de las aldeas, sino también en las más artificiosas y brillantes de las capitales. Sin salir de Canarias, resultará fácil encontrar ejemplos:

En abril de 1789 se celebró en Las Palmas, con toda solemnidad, la proclamación de Carlos IV. Las fiestas que se organizaron con tan fausto motivo duraron nueve días. Y entre los festejos figuraron los siguientes: El día 11 «por la tarde entró en la plaza Mayor una comparsa de labradores con dos yuntas de bueyes fingiendo que sembraban, y llevaban los instrumentos rústicos propios de su profesión; seguía una danza de labradores de Teror y otra de matachi-

(11) La debo a mi amigo el maestro nacional don Rafael Hernández Conde.

(12) *Enmendar* 'acción de hacer la *meda*', y ésta, como en León, 'hacina, generalmente de forma cónica, en que se amontonan los haces de trigo'. Se diferencia del *frescal* en que se hace sin ningún cuidado; corrientemente tiene carácter provisional.

(13) *Regar*, en este caso, 'esparcir los haces en la era'.

(14) *Gofio escaldado* es el cocido con caldo, hasta que quede muy espeso.

Simulación de una faena en el *Baile del Pato*.

Simulación de otra faena.

Un bailador gira sobre sí mismo mientras canta el estribillo.

Una bailadora en el mismo momento del baile.

nes...» Al día siguiente, también por la tarde, «entró en la plaza una danza del gremio de herreros y después el gremio de pescadores y mareantes con los instrumentos de su instituto, redes, pesca, etc. A éstos seguía una barquita muy curiosa de moros con vestidos tales, tirada de un par de bueyes; luego, una galera española con bastantes remos y tripulación bien vestida, y toda muy adornada; ésta trabó combate con la mora y la venció. La galera iba tirada de tres pares de bueyes. Y, acabado el combate, bailaron los herreros su danza, y los procuradores una mojiganga vestida ridículamente, aludiendo a su profesión» (15).

No tengo más detalles de estas danzas y no puedo saber si las de los labradores fueron ideadas expresamente para aquellas fiestas reales o si, por el contrario, tenían carácter tradicional. Menos puedo saber si ofrecían alguna relación con el baile del trigo de que ahora se trata.

En la Península, los bailes y canciones relacionados con las faenas agrícolas han abundado mucho. Una rápida ojeada por la obra de Lope de Vega, el fino catador de las bellezas de la literatura popular, nos depara algunos ejemplos. Recuérdense las conocidas canciones de siega:

Blanca me era yo
cuando entré en la siega;
dióme el sol y ya soy morena...

Esta sí que es siega de vida;
ésta sí que es siega de amor...

Del *Gran duque de Moscovia* y del *Vaquero de Morana*, respectivamente.

Tirso de Molina también recoge o imita este tipo de canciones:

Segadores, afuera, afuera;
dejen llegar a la espigaderuela.

(15) Cf. libro II de *Cosas de Gobierno del Tribunal de la Fe en Canarias*, fol. 130 v. al 140 v. Debo esta interesante información a mi buen amigo el fino escritor don Néstor Alamo.

Si en las manos que bendigo
fuera yo espiga de trigo,
que me hiciera harina digo,
y luego torta o bodigo,
porque luego me comiera.

Segadores, afuera, afuera...

En *La mejor espigadera.*

Entre los bailes, y dentro de este mismo teatro clásico, encontramos uno que ofrece, con el nuestro del trigo, dos claras relaciones: una, la enumeración de todas las faenas y manipulaciones de que el trigo es objeto desde que se prepara la tierra para sembrarlo hasta que se muele y se amasa; y otra, la identidad de la rima asonante, aguda en *a*. Es el célebre baile del Villano que incluye Lope de Vega en *San Isidro Labrador,* parte VII:

Al villano se lo dan
la cebolla con el pan,
para que el tosco villano,
cuando quiera alborear,
salga con un par de bueyes
y su arado, ¡otro que tal!
Le dan pan, le dan cebolla,
y vino también le dan;
ya camina, ya se acerca,
ya llega, ya empieza arar.
Los surcos lleva derechos;
¡qué buena la tierra está!
«Por acá», dice al Manchado,
y al Tostado: «Por allá».
Arada tiene la tierra,
el villano va a sembrar;
saca el trigo del alforja,
la falda llenando va.
¡Oh, qué bien arroja el trigo!
¡Dios se lo deje gozar!
Las aves le están mirando;
que se vaya aguardarán;
junto a las hazas del trigo
no está bien el palomar.
Famosamente ha crecido,
ya se le acerca San Juan;
segarle quiere el villano,
la hoz apercibe ya;
¡qué de manadas derriba!,
¡qué buena prisa se da!
Quien bien ata, bien desata.
¡Oh, qué bien atadas van!
Llevándolas va a las eras,
¡qué gentil parva tendrá!
Ya se aperciben los trillos,
ya quiere también trillar.
¡Oh, qué contentos caminan!
Pero mucho sol les da.
La mano en la frente ponen,
los pies en el trillo van.
¡Oh, qué gran sed les ha dado!
¿Quién duda que beberán?
Ya beben, ya se recrean;
brindis. ¡Qué caliente está!
Aventar quieren el trigo,
ya comienzan a aventar.

¡Oh, qué buen aire les hace!
Volando las pajas van.
Extremado queda el trigo,
dése limpio y candeal;
a Fernando, que Dios guarde,
se pudiera hacer el pan.
Ya lo llevan al molino,
ya el trigo en la tolva está.
Las ruedas andan las piedras,
furiosa está la canal.
Ya van haciendo la harina,
¡qué presto la cernerán!
¡Oh, qué bien cierne el vi-
[llano!
El horno caliente está.
¡Qué bien masa! ¡Qué bien
[hiñe!
Ya pone en la tabla el pan,
ya lo cuece, ya lo saca,
ya lo quiere presentar.

En la tradición oral moderna de la Península, esta poética enumeración de las faenas y manipulaciones a que se somete el trigo todavía se conserva. Podemos verla en la *Oración del trigo* que mi buen amigo el inteligente musicólogo don Bonifacio Gil ha recogido en Hornachos (Badajoz) (16):

A mí me parió mi madre
para pasar mil quebrantos.
Soy jondeado en la tierra,
de todo el mundo pisado.
Voy naciendo con el tiempo;
me voy haciendo muchacho.
Ya llegué a hacerme hombre,
y también a ser anciano.
Ya no puedo con mis pies;
mi vista se va turbando;
espero un poco de acero
que al cual le ayuda una mano.
Me cortan por la mitá,
y en el suelo soy plantado;
y con mis propios miembros
en haces soy amarrado.
Me pinchan con una horquilla,
bien sea de hierro o de palo;
me llevan a una era,
donde soy muy pateado;
me entran, m'entran las bes-
mulares o sean caballos, [tias
hasta que me hacen polvo
y me tiran por lo alto;
me entran en los costales
y en las bestias soy montado.
Me llevan al molino;
antes soy acribillado;
me entran entre dos piedras
y me hacen mil pedazos;
me traen a la artesa;
me pasan por un ceazo,
y empiezan a revolverme
y me dan de *puñetazo*.
Me ponen en un peso para
satisfacción de mi amo.
Me llevan a la cama
entre sábanas arrojado.
Vamos a encender el horno,
porque ya nos va llamando.
Me dan de guantazos
en el segundo costado.
Adoremos usté, Señó,
a un todo Dios consagrado,
que para levantarme a mí
se arrodillan los cristiano.

(16) Bonifacio Gil, *Romances populares de Extremadura*. (Badajoz, 1944), p. 146.

El mismo diligente investigador ha recogido en Santiago de Carbajo (Cáceres) una canción infantil de corro que ofrece más semejanzas con el *baile del trigo* canario. Véase (17):

EL GAVILAN

El gavilán
siembra su trigo,
y así lo siembra (*Acción de*
el gavilán. *sembrar.*)

Y así me enseñan
a mí a bailar. (*Giran las niñas sobre sí mismas.*)

En las sucesivas repeticiones de esta cancioncilla se van cambiando la indicación y simulación de la «siembra» por las de las demás faenas de que es objeto el trigo hasta que lo guardan. A veces, en lugar de referirse al trigo, se refiere a otro cereal: avena, mijo, etc.

Más aún que con esta canción de corro, nuestro baile se encuentra emparentado con el único que mi buen amigo el infatigable e inteligente musicólogo don Arcadio de Larrea Palacín acaba de publicar entre sus *Canciones rituales hispanojudías* (18):

A Biba Ordueña lo siembra en su arenal,
y así lo siembra Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar,*
y así me enseñara a mí a bailar.

A Biba Ordueña lo corta en su arenal,
y así lo corta Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

A Biba Ordueña lo trae en su arenal,
y así lo trae Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

(17) IDEM, *Folklore infantil de Extremadura* en «Revista del Centro de Estudios Extremeños». Badajoz, XVI (1942), pp. 185-86.
(18) Ed. Instituto de Estudios Africanos. (Madrid), 1954).

A Biba Ordueña lo afrecha en su arenal,
y así lo afrecha Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

A Biba Ordueña lo monda en su arenal,
y así lo monda Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

A Biba Ordueña lo muele en su arenal,
y así lo muele Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

A Biba Ordueña lo amasa en su arenal,
y así lo amasa Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

A Biba Ordueña lo coge en su arenal,
y así lo coge Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

A Biba Ordueña lo come en su arenal,
y así lo come Biba Ordueña.

B *Y así me tira los pies en el mar...*

El desarrollo de este baile es bastante parecido al de Canarias, como puede verse. Dice Larrea:

«Para este baile se ponen las muchachas por parejas frente a frente.

«En *A* imitan los movimientos que nombran; en *B* adelantan y retrasan los pies alternativamente y, en su repetición, se toman de los brazos y dan dos vueltas, con que termina la estrofa. Las que no bailan acompañan con palmadas el canto.»

Este baile, recogido por Larrea Palacín entre los judíos de Tetuán, no parece llevado allí desde nuestra Península en época reciente. Por el contrario, tiene trazas de ser bastante antiguo.

En realidad, este baile de *Biba Ordueña,* el de *El Gavilán* y el de *Tió Juan Perenal,* no son sino tres versiones del mismo baile. La versión canaria y la sefardí, al favor de ambientes populares más arcaicos, se han conservado mejor. La versión peninsular, en un medio más trabajado por corrientes evolutivas, se ha venido a encontrar en un pueblecito

muy apartado Y en él, no entre los cantos y bailes de la alegre mocedad, sino en el círculo del folklore infantil, último reducto de tantos bailes y cantos de los mayores. Su simplicidad y desgaste son claras muestras de un largo manoseo y de una erosión de siglos.

JOSÉ PÉREZ VIDAL.

El traje regional de Extremadura

Estos estudios de la indumentaria popular tienen, por sus conexiones con otras ciencias, un pleno interés, y así el traje extremeño no puede separarse de las costumbres, clase de vida y usos de sus portadores. Hay que buscar la relación o conexión con los habitantes de las regiones que las rodean y de todas las que han podido tener influencia.

Cuando se preparó la I Asamblea de Estudios Extremeños, a la que mi padre y yo fuimos invitados y para la que él hizo un trabajo fundamental sobre «La raza extremeña», y yo redacté unas notas sobre el traje, él me explicó el interés del tema relacionándolo con la raza, y de sus explicaciones tomé yo unas notas, que en resumen son lo que sigue.

No sólo la raza, que, al menos protohistóricamente, constituye la ampliación de la tribu de los vetones, sino la vida de ellos, está muy influida por varios caracteres y particularidades del tipo nórdico de la Península; así en las formas inferiores o grupos aislados de Extremadura, como la comarca de las Hurdes, encontraron hace años una semejanza en algo tan expresivo como es la música, al percibir en plena Mesta una verdadera reproducción de las tocadoras de pandereta del valle montañés o cántabro de Campoo, en el origen del Ebro.

No hay que olvidar que esta conexión puede ser muy remota, del tiempo de la difusión y reparto por el norte de España del grupo racial celtoalpino, que Telesforo de Aranzadi y Hoyos Sainz señalaron como análogo u original por

varios caracteres antropológicos, pero muy principalmente por el más estable, heredable y típico de la forma de la cabeza, concretada analítica y gráficamente por la braquicefalia, o sea el acortamiento del eje antero-posterior y el ensanchamiento del transverso, que, después de la zona cantábrica, tiene su mejor expresión en la extremeña.

Pero puede estimarse que no es tan antiguo el origen de estas relaciones entre extremeños y célticos, sino muy posterior, no ya a la época prehistórica, de la que no se conoce tipológicamente nada por la carencia de restos en Extremadura, sino a la misma época protohistórica de la tribu de los vetones, pudiendo tal vez con más seguridad buscar el parentesco o linaje de norteños o extremeños, en los muy diversos períodos de la Reconquista y la repoblación que siempre se hizo de norte a sur y de este a oeste.

Aún queda, y si pudiera la etnografía dar bases a su hipótesis sería interesantísimo su estudio, la explicación de ser las cabezas cortas, pero altas, de los extremeños, en oposición a las bajas de los cantábricos, heredadas, aunque modificadas, del grupo racial oriental del fondo del Mediterráneo prefenicio, que forma la base de tartesos y túrdulos en la Andalucía bética, prolongando su población a la Extremadura y constituyendo desde Málaga y Córdoba hasta Badajoz y Cáceres uno de los tipos esenciales de la etnología española estimado por Aranzadi como armenoide, y por mi padre como prepúnico.

Está enclavada Extremadura entre el reino de León y la Mancha, dos regiones que, como vamos a ver, pueden señalarse como de contraste en un mapa de las zonas o regiones del traje. Confina por el norte con el antiguo reino de León, región la más rica y variada de España en cuanto al traje regional se refiere, y, concretamente, limita con Salamanca, provincia a la que hemos llamado foco de trajes regionales por haber en ella siete u ocho distintos, pero no sólo con diferencias de tejidos, colores o modos de empleo, o por degeneración de los de ciertas comarcas o pueblos, sino con dife-

rencia total de unos a otros, siendo todos ellos trajes verdaderamente ricos, pues al vistoso y muy adornado traje del ganadero charro nada tienen que envidiar los muy bellos serranos de La Alberca ni los destacados de Candelario en el mismo límite de Cáceres.

Por el Este enlázase Extremadura con las provincias manchegas, y, sin miedo a equivocarnos, podemos decir que es la región más pobre o más empobrecida en cuanto al traje regional se refiere. Tienen estas regiones semejanzas indudables: falta de agua en el suelo, aunque la tengan abundante en el subsuelo, y grandes estepas, que dan como resultado una vida sobria con elementos sencillos y aun pobres en su desarrollo y, por ende, en su traje. El límite etnográfico entre la Mancha y Extremadura no es, desde luego, el de sus provincias. Extremadura toma a su vecina región la mitad occidental de la provincia de Toledo, pues el gracioso y muy adornado traje de Lagartera, por ejemplo, enlaza mucho más con los trajes extremeños que con los muy sobrios manchegos, y, en puridad científica, los trajes de la parte de Puente del Arzobispo y Talavera de la Reina habría que incluírlos para su estudio en el reino de Extremadura.

Tanto de León como de la Mancha recibe elementos, que a su vez los cede, el traje de Extremadura. En 1922 destacó el Prof. Hoyos Sainz la importancia etnográfica de la región del oeste, o sea, la leonés-extremeña, que quedó confirmada, en cuanto al traje se refiere, en la Exposición del Traje Regional y en las salas del Museo del Pueblo Español. Los pueblos o las razas son diferentes, ibérico primitivo el de León, mientras que los extremeños se unen, más por su raza y aun forma de cabeza redonda, a los de la región cantábrica y litoral bético. La razón por la cual se unen en su género de vida y en su etnografía León y Extremadura es porque su vecindad ha unificado sus costumbres al utilizar ambos pueblos los mismos viejos caminos, bien para buscar metales o bien para trashumar ganados, lo cual ha hecho unificar su vida por recíprocas influencias. En toda esta región oeste de

España se puede seguir la evolución de una prenda, y como ejemplo podemos tomar el empleo en ella de sombreros en la mujer, desde la primitiva montera en Astorga hasta el sombrero de la gabacha de Andévalo (Huelva), pasando por la muy característica gorra de paja que aun en la actualidad usan las salmantinas y el gracioso sombrero de las montehermosinas.

Por lo dicho se comprende que, en sentido general, el traje de Cáceres es rico por la influencia leonés-salmantina, y a su tipo corresponde el del oeste de Toledo, siendo en general más pobre el de Badajoz por influencia manchega, donde no buscan el arte, sino, sencillamente, la necesidad.

No seguimos en este trabajo el orden natural, a que con mi padre me he habituado, de comenzar la descripción por el norte y acabar por el sur, sino que le invertimos, sin que para ello haya otra razón que ir de lo más sencillo a lo más complicado, y aun podemos decir de lo más pobre a lo más rico, que, en este caso, es caminar del sur de Badajoz al norte de Cáceres.

Hasta hace muy poco era escasísima la bibliografía de los trajes regionales extremeños; pero, afortunadamente, podemos contar ahora con un tomo dedicado a su estudio gracias a la labor de la Hispanic Society of America, de la que siempre recordamos con gratitud el nombre de su fundador, Mr. Huntington, gran amigo de España, quien ha encargado de estudiar el tema a Miss Ruth Matilda Anderson, la cual ha recorrido Extremadura recogiendo datos y una magnífica colección de fotografías, que nos presenta en su reciente obra *Spanish Costume. Extremadura.* Precisamente la lectura de la obra de Miss Anderson me ha decidido a completar y poner en limpio las cuartillas que sobre el tema tenía yo redactadas, utilizando los datos recogidos por mi padre y sus alumnas de la Escuela Superior del Magisterio, especialmente la culta directora de la Normal de Badajoz, doña Jacinta García Hernández, y las profesoras Teresa de los Reyes y Mercedes Cantero.

Se completan así los muchos datos recogidos por la ilustre dama americana, y, además, que de las cosas que se conocen algo es de las que se desea tener más noticias; no creo, pues, que es inconveniente el publicar mi trabajo después del de Miss Anderson, y aconsejo al que lea éste que no deje de leer y ver las bellas ilustraciones del otro.

Badajoz

Ya hemos anticipado que no es una provincia rica en trajes regionales como lo es su hermana y como lo son las del reino de León; mas no deja de tener dos o tres tipos dignos de destacarse. Antes de entrar en el análisis de estos trajes especiales, veamos cuál es el que puede tomarse como verdadero traje badajocense.

En el libro editado en Barcelona en 1874 sobre *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas*, redactó el capítulo dedicado a Badajoz D. Angel Avilés, el cual nos dice que puede tomarse como tipo de mujer de Badajoz la acuarela hecha por Nicolás Mejía, que la representa con moño de picaporte o alpargata, grandes rizos redondos que cubren parte de las mejillas, pañuelo de hierbas de abigarrados y vivos colores, que, según el Sr. Avilés, recuerda las telas morunas, y yo me atrevo a negarlo, ya que el pañuelo tiene un dibujo naturalista de arte popular castellano, y tan general en España, que con él podríamos vestir una muñeca que sintetizase el traje de la mujer española en día de labor. Continúa D. Angel Avilés la descripción de la acuarela diciendo que lleva guardapiés o refajo amarillo, o de otro color puro y fuerte, adornado en la parte inferior con franjas negras; delantal morado, media azulada, que llaman de color de plata, y zapato bajo, negro y sin hebillas ni tacones; y afirma que casi debe añadirse como distintivo de la mujer badajocense el cántaro rojo que lleva a la cabeza o sostiene a la cadera.

Es realmente interesante esta descripción de la mujer de Badajoz, hecha hace más de tres cuartos de siglo, pues confirma y autoriza mi opinión de que las sayas de rayas en Extremadura son relativamente modernas y que han venido de Levante a través de la Mancha, pudiendo considerarse estos refajos de listas horizontales de dominio en una zona que comprende la submeseta castellana, desde Badajoz por La Serena, penetrando en Cáceres con Guadalupe y siguiendo Ciudad Real, Albacete, hasta Alicante por Monóvar y Alpera.

Si hoy pensamos en la mujer de Badajoz, es seguro que la representaríamos con una falda rayada, y así la vemos en los cuadros de los dos grandes pintores contemporáneos Adelardo Covarsi, recientemente desaparecido, y Eugenio Hermoso, que no dudamos han representado sus tipos con la más exacta autenticidad, como ellos las han visto. Pero, si nos fijamos en los cuadros y dibujos del Museo Provincial de Badajoz, advertimos, en las muchas escenas de costumbres, tan en boga en el pasado siglo, que las mujeres visten saya de un color vivo, como la pintada por Mejía y descrita por Avilés.

Posiblemente pueden distinguirse en Badajoz tres tipos de trajes: el de la zona que linda con Andalucía; el del Noroeste, o sea, la parte de Alburquerque, y el de La Serena, que es más bien traje de pastor, y ya se sabe que muchas veces los oficios, y concretamente el de pastor, unifican sus costumbres separándolas de las de su región, ya que la clase de vida a ello les obliga.

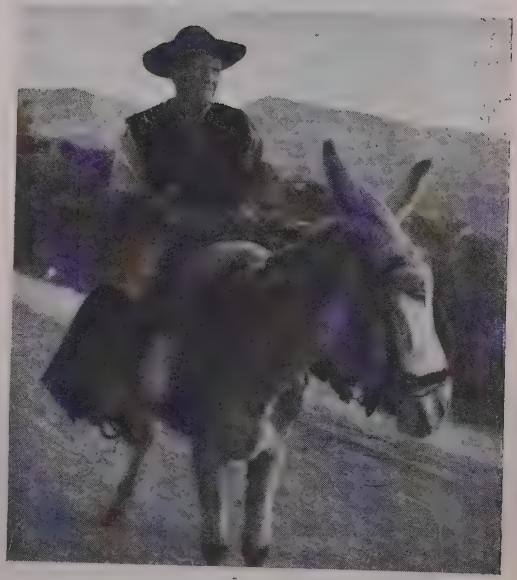
El más antiguo es el refajo de bayeta encarnada adornado con bieses de pana negra en la parte baja; de éste se pasó a otro más complicado, con cenefas de paño recortado, picando la tela directamente sin previo dibujo, y al mismo tiempo que se modificaba el adorno se ampliaban los colores, pudiendo ser amarillo, azul y, algunas veces, verde.

Después empezaron a alternarse estos refajos con los va-

Pastor de Badajoz.

Mujer de la Tierra de Barros.

Aldeanas de Herrera del Duque.



Leñador extremeño.

lencianos, que inútil es decir los traían de Valencia, listas de lanas de colores vivos; luego las listas empezaron a cruzarse formando cuadros, y, por fin, se plisaron, hilvanándolas en pliegues, que, humedecidos, los dejaban debajo de un peso. Después se fabricaron esos tejidos rayados en el país en las formas que acabamos de señalar.

Baja Extremadura

Esta extensa región es, desde luego, pobre en traje regional. Región cálida y llana, sigue la ley general de desaparición del traje regional, y, así, tan experta buscadora como Miss Anderson no logró encontrar trazas de su traje.

Desde luego podemos anticipar que se siente en ella la influencia del traje andaluz. Una inteligente badajocense, la actual directora de la Escuela Normal de Badajoz, distinguida alumna de mi padre, doña Jacinta García Hernández, ha recogido los siguientes datos del traje de Fregenal de la Sierra. Constaba, el de mujer, de un refajo de paño o bayeta amarilla a media pierna, sin ningún adorno; chambra o blusa blanca de algodón; encima, el *pañuelo de sandía*, que, desde luego, hemos de señalar como el más representativo de la provincia, ya que se extiende en una amplia área geográfica llegando hasta La Serena y pasando el límite provincial para llevarse con algunos trajes de su hermana Cáceres. Este pañuelo es de tejido de algodón, propio de tierras cálidas; el nombre lo recibe por el color del fondo o del dibujo, ya que tanto puede ser de fondo color sandía con una amplia cenefa de dibujo naturalista de grandes flores, en blanco, o, por el contrario, aunque es menos frecuente, ser de fondo blanco con el dibujo en tono sandía.

Calzaba medias muy pueblerinas, que vamos a ver repetidas en varios lugares extremeños, así como se encuentran en las serranías andaluzas y en Toledo y Ciudad Real. Estas

medias son de algodón hechas a listas horizontales de diversos colores.

Se peinaban con un moño alto hecho con dos mechas en forma de martillo, y este moño es el que, ampliado, vamos a encontrar en todo el centro de España, llamado moño de picaporte, que por su zona de extensión podemos designar como moño ibérico.

Con el traje de fiesta, el refajo, que tanto podía ser amarillo como grana, iba bordado a punto de cruz en negro, al filo. El pañuelo de sandía se cambiaba por uno de *garbancito* o de *apunte*, que era de seda rameada de color garbanzo con fleco de seda. Se ponían medias blancas caladas hechas a mano. El traje de la mujer de Encinasola, en la provincia de Huelva, es completamente igual que este de Fregenal; únicamente la falda se cambiaba a veces por una de rayas verticales de muchos colores, de influencia portuguesa.

El traje del hombre era de paño negro, con chaleco y chaquetilla corta y ajustada, de corte andaluz; el calzón se abrochaba por los lados desde la rodilla a la cadera, con botones de níquel, y en algunas ocasiones de plata de muletilla. La faja acostumbraba a ser negra. La camisa, blanca, llevaba en la pechera bordados a realce. El sombrero era de ala ancha. Calzaba medias blancas y botas, que sujetaban a la pantorrilla con unas tiritas de cuero, a las que llamaban *majaderas*. En resumen, vemos que este traje es, en absoluto, de corte andaluz.

Más hacia el oeste, en los pueblos limítrofes con Córdoba, separados por el Zújar, la mujer vestía chambra de tejidos de lana o algodón con distintos dibujos, predominando los tonos oscuros; pañuelo de sandía, saya de lana o lino en tejidos gruesos a listas verticales en varios colores vivos. El delantal, aunque pequeño, era de tela ordinaria, algunos de cuadros azules y blancos, de estopa de lino. Llevaba faltriquera, de uso general en toda la provincia y aun en toda Extremadura. Estas faltriqueras son de tejido casero, bien con

aplicaciones de piel o con bordados en vivos colores. La colocación es diferente según el uso y la edad; las jóvenes la llevan al costado derecho sobre la saya, sirviendo de adorno, y las de edad, debajo del delantal o de la primera saya; pero como entre éstas era frecuente tocarse con las sayas sobre la cabeza, quedaba la faltriquera al descubierto. De todos modos, para facilitar su uso, en las sayas, debajo del delantal, hacían una abertura. El traje de fiesta es semejante al de La Serena, que luego veremos.

El hombre vestía chaqueta corta de paño fino y de color siena, con cuello vuelto con solapas, adornada con *cairele*s de seda negra en los dos delanteros y en las mangas; los caireles son una especie de cordones con madroños que sirven para abrochar la chaqueta, aunque, generalmente, la llevan abierta, como los andaluces. Va forrada con género de lana o algodón, según la estación, formando dibujos de colores muy vivos; tiene dos bolsillos sesgados bordeados de *estezao* o piel muy fina, y lleva en la manga otra tira de estezao con botones y un adorno de caireles en la parte superior de esta tira; toda la chaqueta va ribeteada con cinta de seda negra. El calzón tiene los bolsillos de los lados adornados con estezao; se cierra en los costados por abajo con botones de muletilla de metal, plata y, algunos, hasta de oro, estando la abertura donde lleva los botones reforzada con piel de estezao.

La Siberia

En el extremo nordeste de la provincia, adentrándose entre Toledo y Ciudad Real, está la Siberia extremeña, cuyo nombre indica que es de clima duro y extremado, y donde la principal ocupación de sus hombres es el pastoreo. Todavía se conservan vestigios de su traje regional en aquellos detalles que han sido impuestos por la necesidad, como es el zurrón del pastor, y aun el morral hecho de piel de ternera

adornado con recortes perforados, haciendo un dibujo de rosetas más o menos geométrico en trozos de la misma piel, que aplican sobre piel blanca de oveja o paño de un color vivo. Estos sacos de los ganaderos hacen juego con los zahones, que siempre usan los que tratan con reses bravas, ya que es prenda defensiva, y ambas piezas las fabrican los pastores de la Siberia, alternando esta labor con la de cucharas de madera.

Usaban los pastores la *calzona*, que es un pantalón un poco corto del tipo manchego y andaluz, de lana negra de oveja, con un toque de franela roja en el forro, que se ve por la abertura del bolsillo; chaqueta con solapas y cuello; faja negra; medias de algodón y zapatos de ternera, con una lengüeta tapando el cierre, y el sombrero extremeño de ala reducida, que es casi calañés.

Las mujeres vestían, y aún hoy no están totalmente en desuso, sayas de tejido de lana de rayas horizontales, tan características de Badajoz, que hilaban y aun tejían ellas mismas; solían ser de fondo marino con lista haciendo dibujos, rojas y verdes con otros colores, más estrechas las de la parte de arriba y más anchas las de la mitad inferior; dejaban lisa la parte de debajo del delantal y tableaban el resto, rematándose por debajo con un cordón de lana. El delantal era amplio, de igual tejido que la saya. Jubón negro. Mantón de lana estampado, y a la cabeza pañuelo, también de lana, cruzado por detrás y atado arriba por delante, forma de mucho abrigo, lo mismo que le ponen las pinariegas en Soria y las mujeres de los altos valles de Campoo.

La Serena

Es, sin duda, el traje de esta región el más interesante de la provincia, pudiendo distinguirse los trajes de labrador y pastor, y aun dentro de ellos los de diario y los de fiesta. En la mujer lo más interesante es la variación de sus sayas de

diario y de fiesta y aun de invierno y de verano, de lana o lino, según la estación, tejidas por las mujeres y también teñidas en el país, siendo de señalar lo permanente de sus tintes, que ni el sol ni el lavado altera. Son las más generales las hechas con tejido que llevan urdimbre de algodón blanco y la trama de lana, de cuyos tejidos ha recogido la ilustre dama doña Isabel Gallardo, no ha mucho fallecida, investigadora de la etnografía y el folklore de Badajoz y a la que mi padre nombró correspondiente del Museo del Pueblo Español en el momento de su creación e instalación, los datos que siguen, según los cuales se pueden distinguir: las «sayas de costo», que tenían listas verticales azul oscuro de dos dedos de ancho, alternadas por otras blancas; las «sayas de moda o a la envidia», de listas verticales azules y blancas, de un dedo de anchas, con tres cenefas transversales en la parte inferior, estando la del borde, que era de unos seis dedos de ancho, rematada a su vez con listitas más estrechas; «sayas del lucero gordo», de dos listitas blancas y dos azules, transversales unas y horizontales otras, separadas unos cinco centímetros, resultando unos cuadros grandes: «sayas escocesas», igual que las anteriores, pero con el cuadro azul dividido por dos rayitas verticales; «sayas boleras», que eran las más usadas, con listitas verticales azules y blancas de unos dos dedos, separadas por otras más finas; sayas de «cotilla de vaca», generalmente de algodón, de listas verticales blancas de dos dedos de ancho, separadas por listitas azules; resultaban muy claras y se usaban sólo en verano; «sayas de cuadritos», que eran las usadas a diario y para las faenas, a cuadros blancos y azules de un centímetro.

En el traje de la *labradora de la Serena* puede señalarse como lo más destacado la variedad de sus sayas, prenda que constituye la mayor riqueza de su ajuar, pues vestían varias; por ejemplo, en invierno llevaban hasta cuatro sobrepuestas, y las hay de verano y de invierno de diversos dibujos.

Son de cuatro lienzos o paños, y a veces son de un solo

paño con el vuelo equivalente a los cuatro, o sea, unas cinco varas; llevan entonces la costura delante con abertura, estando las listas tan bien unidas que no se percibe la costura; en la parte inferior llevan un falso de percalina del color del fondo de la saya, y a veces otro de crinolina; en la parte superior llevan una jareta por la que se pasa una cinta, de estambre o de lino, que, al anudarse en la cintura, hace que la saya quede rizada.

Tapando la abertura de la falda se ponían el delantal, de terciopelo negro o de raso, sin ningún corte, y con los mismos adornos de pasamanería que el jubón, y rematado al borde inferior con encaje de seda negra; lleva un bolsillo adornado también con pasamanería, y en la parte superior una jareta con cinta de seda negra que se ata atrás con un lazo. Otros delantales tienen las puntas redondeadas y llevan encaje todo alrededor, más adornos de pasamanería y cuentecitas. Los delantales de diario son a cuadros o listados, blancos y azules, de tela de fabricación casera.

Prenda de busto es el «jugón», de terciopelo negro para las fiestas y de satén para la labor. Llevaban la bocamanga abierta unos diez centímetros en la costura de fuera, adornada de pasamanería negra, y al filo dos encajes, uno negro y otro blanco, o bien una tira de bordado, pues el objeto era que hiciese a la mano fondo claro. Cerrábase el jugón con corchetes por delante, siendo los más antiguos cerrados hasta el cuello con un borde de encaje blanco, y los de la última época más escotados, para poder lucir una gargantilla. Iba forrado de tela blanca de algodón.

El pañuelo de talle es prenda que admite gran variedad, ya sea en invierno o verano, labor o fiesta; son de metro y medio en cuadrado; algunos, de seda amarilla, estampados; otros, bordados en colores; para invierno, de lana, con diversos tonos y dibujos; en verano usan a diario el pañuelo que podemos considerar general a toda la provincia, pues es el de «sandía». En La Serena son típicos los de fondo encarnado y flores blancas, al revés que los demás.

Complemento necesario es la faltriquera o «faldriquera», que llevaban sobre la cadera derecha, siendo de terciopelo las de los días de fiesta, pero las había también de estezao, hechas por los pastores para obsequiar a sus novias. El proceso decorativo es igual que el de la chaqueta, cortando la piel para que el dibujo resalte sobre el paño de color que lleva debajo, rematándolas con pespuntes y bordados. También los pastores, en sus largas jornadas, hacían medias a listas de colores, sujetándose el hilo en el hombro a estilo portugués.

Como prendas interiores podemos citar el justillo y la camisa. El primero sirve para sujetar el cuerpo, aunque no lleva ballenas; tiene espalda y dos delanteros con un adorno hecho con algodones encarnados o combinados con azul y grana, y se abrocha, con ojetes hechos a mano, con un cordón de lino. Tiene hombreras, que sujetan el justillo, y se hacen generalmente de lienzo o de lino muy fuerte.

La camisa es de lino o lienzo; el cuerpo va unido a la nesga o cuchillo, y encima de la espalda y del delantero lleva el «trapense», que va abierto y se abrocha con botones y ojales. En las camisas de fiesta, el trapense va totalmente bordado, y en las de diario se adornaba la parte superior con puntillas hechas a punto de media, y algunos repiten este adorno, llamado «picos», en el borde inferior. La manga baja al antebrazo, lleva cuadradillo y se adorna con bordados.

Antiguamente la mujer de las clases pobres solía ir descalza; después se generalizó el uso del calzado, y el hacer media fué una de las ocupaciones favoritas de las mujeres, haciéndolas a listas de muchos colores las más toscas, y también azules, granas, blancas y negras. Las de más lujo eran caladas, y aun bordadas las llamadas de «cuchilla», con las que calzaban los zapatos de reborde, que también les «sentaban» (llevaban) con las medias blancas; estos zapatos eran de piel negra o de terciopelo, escotados y muy bajos. A diario llevaban zapatos abotinados de cordobán negro atados con trencilla de alpaca.

Se peinaban con *moño de calabaza*, sin que comprendamos por qué le daban este nombre. Dividían el cabello en dos por raya transversal de oreja a oreja, y la parte de delante con raya en medio; hacían a cada lado dos madejitas, que prendían con horquillas de plata, asta o acero. Lo de detrás lo ataban con un cordón en la coronilla; hacían una trenza de varios ramales en esterilla, que, doblando la punta hacia adentro, ataban por el centro, quedando como un lazo vertical. Este mismo peinado le vamos a encontrar en varios sitios de Andalucía. Muchas veces se adornaban la cabeza con flores, y a principio de siglo estuvieron de moda las hojas naturales de col rizadas, decorativas por sus suaves matices.

Está muy arraigado el uso de pañuelos a la cabeza; para las labores, le colocaban «a lo moro», o sea, envolviendo la cabeza y atando las dos puntas en la parte alta de la frente, siendo de algodón o lana, y de seda los de las clases pudientes o días festivos.

Para ceremonias y fiestas religiosas usan la «mantellina» (mantilla), de algo más de un metro de larga por sesenta centímetros de ancha, de paño sedán negro con cinta o franja alrededor de diez centímetros de ancho; en el centro del borde superior lleva una borla de seda negra, y por dentro y en el mismo sitio, un trozo de paño grana de unos veinte a treinta centímetros, llamado «cabezal», que tiene por objeto evitar el deterioro de la mantellina en la parte que roza con el pelo.

Siguiendo la costumbre muy general en toda la España central y fría, para salir a la calle se volvían la saya sobre la cabeza, a lo que llamaban «saya tocada»; esta costumbre se fué perdiendo, y en su lugar empezaron a llevar pequeños mantones de lana, que usaban al cuello o por la cabeza; estos mantones se llamaban «pañuelos de manta» y eran de fabricación casera.

A este traje de mujer corresponde uno de hombre de *ganadero* o *labrador* de esta región de La Serena, consistente

en chaqueta corta de paño grueso azul marino, forrada con tejido de vivos colores en lana o algodón, según la estación, formando dibujo. No lleva solapas, pero sí un cuello con varias entretelas y pespuntes, que hace que se sostenga tieso. Tiene dos bolsillos laterales exteriores. Adórnase la manga con una tira de paño pespunteada y con botones de metal.

El calzón o las calzonas, de igual tejido que la chaqueta, es de alzapón; lleva en el costado, en la parte inferior del pernil, una abertura de unos dieciocho a veinte centímetros que se cierra con botones dobles, como los gemelos, de metal, unidos por una cadenita, aunque también los ponen de pasta del color del traje. Lleva la abertura unos adornos de agremán de estambre o seda generalmente en negro. Sujétase la parte de atrás del calzón por una tira de paño que abrocha delante con un botón, y la parte de delante, o sea, el alzapón, con un ojal en cada extremo, por el que pasa una cinta que anudan en la parte posterior de la cintura.

La prenda más variada, que indica más o menos riqueza en el traje del labrador, es el chaleco; podían ser de igual paño que el traje, pero los había de brocatel de vistosos colores y aun de ricos brocados; los botones eran de muletilla dorada y aun de metales finos. La prenda va bordeada por un ribete de cinta de plata o seda, armonizando con el tono principal del chaleco; suele tener dos bolsillos y va forrado de tela blanca.

Prenda indispensable es la faja, pudiendo ser de seda o merino, azul, grana o negra, terminando sus extremos en un fleco; su longitud es de dos metros y medio.

Lo mismo que las mujeres, muy antiguamente los hombres iban descalzos. Usaron después medias sin pie, sujetas a la planta por una trabilla; estas calzas podían ser de media, o sencillamente un trozo de tela con un dobladillo arriba y otro abajo.

Con el último traje regional usaron polainas de paño negro o marino, abrochadas con botones de muletilla, a juego con los del traje. En la parte superior se sujetan con un

cordón y borlas de seda negra; en la parte inferior llevan una tira de paño que pasa por la planta del pie y se abrocha con un botón. Las botas de diario eran toscas, de piel de becerro, con tachuelas en el piso y abrochadas con correas y botones de igual material; las de fiesta, aunque de igual forma, las hacían negras, de piel de caballo.

Indispensable prenda de abrigo es la capa larga de tabique, de paño burdo color castaño la de los jornaleros, y de paño fino, negro o de tono oscuro, la de los labradores y días de fiesta. Tienen una larga esclavina, llamada «la albadilla», y un cuello muy alto con varias entretelas que le mantienen derecho, y al que llaman de «tabique». La capa era prenda imprescindible para las ceremonias.

Para el trabajo usan como prenda de abrigo las mantas de lana, hiladas y tejidas por las mujeres, siendo esta labor una atención sagrada para las madres que tenían hijos varones; eran a listas de lana en sus colores naturales. Constan de dos piezas que se unen en el centro con un «cairel», trenza ancha de los colores de la manta. En el centro del cairel lleva una abertura reforzada con lona o piel, por la que meten la cabeza. En los días de fiesta, jiras y ferias, llevan mantas mejor hiladas, que son las que lucen sobre sus caballos.

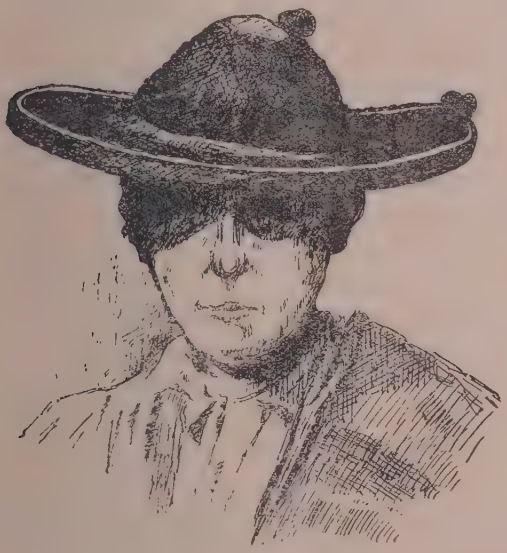
Era el sombrero de los llamados *calañeses*, o de *barco*, de tipo extremeño. El casco cónico iba forrado de terciopelo negro, llevando en la cúspide una borla de seda negra, igual a otra que colgaba del ala en el lado izquierdo; el ala ancha y abarquillada, con el borde levantado, forrado también de terciopelo negro, como puede verse en el dibujo de don Adelardo Covarsi.

Este tipo de sombrero se usa, o al menos se usó, en Herrera y Puebla de Alcocer durante mucho tiempo, pero sin borlas y con el casco menos agudo.

Con este sombrero de lujo alternaba en La Serena el de «queso», negro, con copa baja y cilíndrica, de ala ancha y no tan vuelta; se llamaba de clase «basta» y era usado por los pastores y no por los labradores, como el anterior.

Hay un tercer sombrero, de clase y confección más esmerada, con copa como un casquete esférico y de ala recogida.

Más antiguos que los sombreros son los gorros de piel de cordero o de conejo; eran de una pieza, que quedaba colocada cubriendo la parte superior de la cabeza, a la que se unía un casco cuya parte inferior se arrollaba hacia arriba.



Como complemento del sombrero usaban el pañuelo de algodón o de hierbas, de fondo azul y rayas de varios colores, puesto «a lo moro» debajo del sombrero. Para el campo y en el trabajo sólo llevaban el pañuelo.

La camisa es de lienzo casero; se une el delantero a la espalda sin canesú; lleva una pechera postiza, rematada en la parte inferior por una tira a la que llaman *paquilla*; la camisa de los días de fiesta lleva la pechera bordada con motivos de fauna o flora muy rudimentarios. La manga tiene un cuadradillo para dar juego al brazo; el vuelo de la parte de

la espalda se recoge en pliegues en la pegadura del cuello, siendo éste de una sola pieza, y al abrocharse ajusta poco. El tejido de la camisa de boda era tan fino que se podía confundir con los de fabricación industrial.

El calzoncillo de *jondillos* es muy rudimentario; consta de dos perniles del ancho del lienzo, unas tres cuartas, y el *jondillo* o cuadrado de una tercia, colocado entre los dos perniles, sirviendo de abertura uno de los lados, reforzado con una tira del mismo tejido. Se sujeta a la cintura con un cordón de hilo blanco con borlas en los extremos. Estas prendas sencillas tienen el lujo de estar perfectamente cosidas.

En toda esta región de La Serena se destaca, muy justamente, el *traje de pastor*, que se conoce con el nombre de *traje de estezao*, siendo un traje de gala. Su nombre viene del verbo estezar, que significa curtir las pieles en seco, y al decir mal el participio pasado, convierten *estezado* en *estezao*. La piel estezada presenta un aspecto semejante a la gamuza o al ante, tomando un color caldero o castaño rojizo.

Las piezas fundamentales de que consta son, como siempre, la chaqueta, el calzón y el chaleco. La chaqueta es de forma semejante a la del labrador, y el material principal es el estezao sobre paño azul marino o rojo. El fondo de la chaqueta es de paño, pero el canesú, tanto por detrás como por delante, las mangas, todo el borde de delanteros y espalda, así como el del cuello, y los adornos, son de estezao. En la mitad de la espalda, sobre el paño, lleva una aplicación, recortada en forma floral, de estezao, así como en las dos esquinas de los delanteros; también van bordados de estezao los dos cortes redondeados oblicuos de los bolsillos, y en la parte alta del delantero lleva recortado un pajarito; todas estas aplicaciones van cosidas con seda verde. Otras chaquetas son de paño color siena, con los adornos de estezao. Ambas chaquetas llevan botones de metal como adorno en las mangas.

El chaleco es también de estezao, con la particularidad de ser cerrado por delante con una pequeña abertura en la

parte de arriba con botones de metal; tiene también una abertura lateral cerrada con botones y presillas de piel. En la parte baja del delantero lleva una tira de unos veinte centímetros, sobre la que se dan unos puntos en sentido vertical para formar los bolsillos. El chaleco va bordado al pasado en lanas de colores, con un motivo floral sobre cada bolsillo, un motivo central, dos laterales y otro motivo redondeando la abertura del escote.

El calzón de paño, abierto todo él de arriba abajo por los costados, va cerrado con botones de muletilla, o bien es de estezao, en cuyo caso los bordes que corresponden al delantero donde se hacen los ojales terminan en una banda de paño azul o rojo del color de la chaqueta, o bien los calzones son de paño, en cuyo caso la banda lateral es de paño estezao, que se une con un grueso pespunte en seda verde. Un cordón de seda, de igual color, pasa por el dobladillo de las piernas y se ata a los lados en visible lazada.

Llevan faja de lana negra bordada en sedas de colores.

Calzan botas de becerro y polainas sevillanas, nombre que no corresponde más que a las que visten en días de fiesta, pues a diario las llevan sencillas y sin adornos.

Se tocan con sombrero de fieltro negro de ala amplia abarquillada.

Naturalmente, el traje que acabamos de describir es el de fiesta. A diario sustituían la chaqueta de estezao por una zamarra de piel, o bien la ponían sobre una chaqueta vieja, y protegían los calzones con zajones de becerro del color de la piel, con adornos de estezao, y para jiras o cacerías los tenían, más que los pastores, los ganaderos, todos de estezao y muy vistosos. Se los atan a la cintura con una correa, y a las pantorrillas con unas abrazaderas, un botón y un ojal.

Este traje que acabamos de describir tiene sus variantes; una de ellas es el traje de pastor, más bien de ganadero, que Miss Anderson logró ver en Don Benito; trajes que se conservan como curiosidad y en desuso hace más de un siglo. La chaqueta y el calzón eran de paño castaño, adornada con es-

tezao; la chaqueta era corta y bastante ajustada, dando paso a lo andaluz, sin cuello ni solapas, toda bordeada de estezao, así como también llevan este adorno, o más bien refuerzo, en las costuras del hombro, las mangas, las que ajustan a la espalda y los bolsillos; en el centro de la espalda, así como en la esquina de los delanteros, lleva un recorte de estezao que va cosido con seda verde, igual que en los pastores de La Serena. El calzón va totalmente cubierto de estezao, dejando ver el paño por unas rajas recortadas en banditas y cosidas con seda verde a lo largo de la pierna, por detrás y por delante. Es calzón de trampa, que sujetan con una cuerda en la cintura. Es, como se advierte, una variante del traje de estezao de La Serena.

Traje serrano

El traje de serrana es el mismo que se vestía en Garrovillas. De este traje nos ha dejado unas notas el médico don M. Marcos de Sande, en un trabajo sobre *El folklore garrovillano*, aparecido en la *Revista de Estudios Extremeños* en 1945. 1. IV. y en esta Revista (1948), 476-477, *Indumentaria garrovillana*, no teniendo diferencias esenciales con el de la zona de Alburquerque, que luego vamos a ver.

Vestía la mujer refajo de bayeta de color vivo, con o sin cenefas de cintas negras; mandil negro con adornos de alamares; faltriquera negra de raso o pana bordada en sedas de colores; pañuelo de talle de lana negra, llamado de tres cenefas o galerías, o el llamado pañuelo de cien colores, y a la cabeza otro pañuelo. Calzaba medias de cordonete de lana, blancas o azules, y zapatos de charol con tacón bajo. Peinaba moño de picaporte, al que también llamaban de *perronillas*, y para la iglesia se ponía mantilla de lana o terciopelo negro con vueltas rojas. A diario se ponían el cobijo, o sea la saya primera, subida por la cabeza. Se adornaban con argollas de aljófares, pendientes de barrilitos y gargantillas de oro con veneras.

Vestía el hombre el traje corriente de calzón de paño

pardo con alzapón, y más modernamente el que llaman pantalón bombacho, que nada tiene de bombacho, sino que es un pantalón semilargo.

Zona de Alburquerqué

El traje de esta zona tiene modalidades que le separan del de La Serena y le acercan al de Cáceres.

El refajo o poyero es de estameña, de cinco paños de ancho, plegados de arriba abajo, de cadera a cadera y sin forma, siendo menos hondos los pliegues de la parte delantera. Suelen ser de un solo tono, verde, encarnado o negro, con cenefas de vivos colores, bordadas o estampadas las más pobres, sustituyéndose este adorno por una tira de terciopelo negro de unos diez centímetros o dos o tres más pequeñas. Se cierra delante o a un lado, y los pliegues van cosidos a una tira de tela cortada al hilo que forma la cintura; en la parte inferior y por dentro lleva una tira de percalina del color del refajo, que llaman *refaldo*, y una trencilla al borde. Bajo el poyero usan dos o tres refajos, o bien enaguas de telas de colores distintos, que llaman de mallorquinas, semejantes al vichy; los paños del refajo no tienen forma ninguna.

El jubón o jugón es negro, de merino o estameña fina; lleva forro blanco de algodón y se abrocha con corchetes, sin ningún adorno; el escote va ribeteado con un vivo de la misma tela y una cinta de seda negra; la manga es de *codo*, y a veces llevan la bocamanga abierta y adornada con encajes.

El delantal es de satén negro, al que llaman merino de algodón o de alpaca; los más antiguos son de dos paños rectangulares con pliegues sujetos a una cinturilla, terminada en pliegues que cruzan detrás y se atan delante en una lazada. Después hicieron los delantales con forma. El delantal de trabajo era de hilo liso o con listas, adornado con una tira del mismo tejido, y llevaba un bolsillo; a este delantal llamaban de *retorcido*.

Complétase el traje con un pañuelo de merino de buena calidad, de fondo negro, con dibujos en tonos vivos, verdes, grosella, celestes, rojos, naranjas, etc. Usaron después pañuelos de los llamados de medio talle de 1,40 metros en cuadrado, que eran negros bordados en colores, y los colocaban muy cortos, anudándolos en la cintura. El pañuelo que llevaban a diario era el más general en la provincia, llamado de sandía. Las ancianas llevaban el pañuelo de color azul marino con ramos en amarillo y blanco, y en caso de luto, pañoletas, o sea, medios pañuelos de satén negros con el borde deshilado, figurando un fleco de unos nueve centímetros.

La mantilla, que es sin corte ni forma ninguna, consiste en dos metros de lana negra de unos setenta centímetros. Se la ponen muy *trasera* y la dejan caer hasta el talle, recogiéndola luego con los brazos por delante. En las fiestas sustituían esta mantilla por una de sargón de seda negra muy tiesa, que últimamente la adornaron con encaje de seda negra por la parte de la cara.

Calzaban medias blancas las clases acomodadas, y listadas de colores fuertes las trabajadoras. El zapato de diario era abotinado, de piel de becerro, con el pelo para adentro; para los días de fiesta, de cordobán negro; y en las clases pudientes, de *recorte* con tacón bajo. En Zalamea, los materiales eran más selectos, llegando al terciopelo.

Como prenda interior, la camisa tiene una nesga, donde lleva una tapa con botones. En el escote lleva una tira sesgada estrecha, por donde pasan un cordón de algodón para ajustarla a voluntad. La manga, semilarga, tenía cuadradillos, siendo por ello de tipo más primitivo que la de La Serena. Algunas se adornaban con encajes estrechos hechos a punto de media. El *coletillo*, o especie de cuerpo ajustado con botones y ojales, es blanco o de colores claros, siempre de tejido más grueso que el de la camisa, haciéndose últimamente de lienzo moruno de fabricación industrial.

El vestir del *hombre de Alburquerque* es bastante pare-

cido al del pastor de La Serena; muy semejantes son los calzones y los botines; la chaqueta es de igual forma y paño, sólo que, en vez de ser las aplicaciones de estezao, eran primeramente de seda o paño negro, luego de bayeta morada con ribetes de fino paño negro, y finalmente fueron sustituídas por las de pana del color de la chaqueta. No tiene cuello ni solapas, y una tira de pana o paño remata el escote, y lleva dos bolsillos, igualmente reforzados con paño, y botones negros de pasta. Va forrada de telas de algodón de colores oscuros. El chaleco, de igual género que la chaqueta, lleva botones de pasta y no presenta particularidad alguna. Para el trabajo le sustituyen por la chambra, aun cuando en ocasiones usaban ambos, sobreponiendo la chambra, que pertenece sólo al último traje regional, ya que no se usó antes del último tercio del siglo pasado, y es de tela de algodón, llamada mallorquina, de fondo negro o azul y listas o cuadros blancos.

Como coberturas o prendas de abrigo, no falta la capa de cuello muy alto, sin esclavina ni gola alguna. Altérnanla con la anguarina, prenda de mucho abrigo, de paño color castaño, que casi llega al suelo; tiene mangas y capucha forrada de bayeta verde, roja o amarilla, tela con la que se forra también, reforzándola, la parte del escote. Para abrigarse a diario usaban las mantas de tonos grana y verde o grana y negro, con flecos.

El calzado, lo mismo que el de mujer, era de becerro, pero en el de los hombres el pelo estaba hacia afuera, que llamaban de *becerro vuelto*. De lujo era el de cordobán negro. Las medias eran sin pies, blancas o azules.

La camisa y el calzoncillo eran de lino o de mezcla, con la trama de algodón y la urdimbre de lino. Se diferencia la camisa de la de La Serena por llevar dos piezas en el cuello, que también es vuelto; en el calzoncillo desaparece el jondillo.

Nieves de Hoyos Sancho

ARCHIVO

Fiestas de toros

Como una aportación para facilitar el estudio de los temas, creo interesante reunir en esta sección de «Archivo» los datos que tienen elementos afines. Por ello se agrupan en las páginas siguientes distintas fiestas religiosas celebradas en diversas localidades, pero con la afinidad de intervenir en ellas fiestas de toros.

LAS FIESTAS DE SAN JUAN Y DE LA MADRE DE DIOS EN SORIA

Comienzan estas fiestas tradicionales de Soria el jueves siguiente al día de San Juan y terminan el lunes siguiente. La advocación de la Madre de Dios es otro motivo religioso de estas fiestas. Ya en el antiguo Fuero de Soria se prescribe que, mientras duren las fiestas de Santa María, no se puede citar a nadie a juicio.

Las fiestas corren a cargo esencialmente de las doce cuadrillas en que territorialmente está dividida la ciudad de Soria. La pertenencia de los vecinos a su cuadrilla territorial es voluntaria. Sus miembros eligen su jurado y demás elementos de la junta. Cada cuadrilla está puesta bajo la advocación de un santo, cuya imagen radica en una iglesia, ermita o capilla.

Mas, para entender el origen de estas cuadrillas, hay que remontarse a la Edad Media, a la organización social de los dos estados, el de los linajes y el del pueblo, y a la participación de los dos en el régimen municipal.

Existía el «Estado de los linajes», en el cual podían ingresar e incorporarse los hidalgos y los señores. Un jurado nombraba un ponente, que daba su informe; se anunciaba una junta, a la que se convocaban todos los individuos del

linaje, y, después de dar lectura a la instancia y al informe, se hacía la votación, y el aspirante era proclamado solemnemente, pasando a tomar asiento entre los individuos del linaje. A las enhorabuenas que por tal distinción recibía el candidato seguía el yantar o convite con que aquel día obsequiaba en su casa a todos los asistentes. Los linajes eran doce. Las juntas generales las tenían en San Miguel de Montenegro. La sociedad de los doce linajes llegó a nombrar tres caballeros representantes suyos en el Ayuntamiento. El origen de esta representación se remonta al año 1500, en que con la reforma de las municipalidades se suprimió el cargo de alcalde y de juez, que fueron sustituídos por los regidores y corregidores presidentes, todos de nombramiento real. Entonces, con el fin de no privar del todo al vecindario de la participación en el gobierno, se concedieron a los linajes tres representantes.

Por el mismo camino que el de los caballeros de los doce linajes se organizó la corporación de las cuadrillas, con el título «Estado del Común», entre los hombres buenos. Para su organización territorial, las treinta y seis colaciones o demarcaciones parroquiales en que Soria estaba dividida se redujeron a dieciséis cuadrillas, cuatro más que las doce casas troncales de los linajes. Las cuadrillas obtuvieron un representante en el Municipio y tomaron el nombre de las iglesias donde los vecinos tenían, bajo la presidencia de su jurado, las reuniones particulares. Sus nombres eran: La Santa Cruz, San Pedro, Santa Catalina, Nuestra Señora la Mayor, Nuestra Señora del Rosal, El Collado o San Blas, San Esteban, San Miguel, Santiago, San Juan, San Clemente, Santo Tomé, San Martín, El Salvador, Santa Bárbara, Nuestra Señora de la Blanca, la patrona de Soria. Hoy las cuadrillas están reducidas a doce.

Cada cuadrilla llevaba un libro, en el que se hacía el registro de todos los vecinos y anotaban los que, por tomar estado o vivir independientes en casa abierta o por venir a instalarse de fuera, se incluían en la lista de los vecinos. Al nuevo vecino se le honraba el primer año con el oficio de mayordomo, lo cual llevaba consigo el compromiso de costear en el próximo junio la comida en la fiesta llamada de las «Calderas».

En la dehesa de Valonsadero tenían las cuadrillas, como los doce linajes, su dominio y propiedad, y disfrutaban de la tercera parte de las rentas, y en lo sucesivo iban acumulan-

do por los mismos medios otras propiedades o censos, con cuyos intereses atendían a los gastos del Estado Común.

Al abolirse después de la revolución francesa los privilegios de clases, los Ayuntamientos se hicieron populares. Por otra parte, los jurados representantes del pueblo llano del Común, a fuerza de estar continuamente en minoría, vieron cómo los regidores mermaban cada día sus atribuciones, concluyendo por no dejarles más cargos que los de directores y de administradores de las célebres fiestas de San Juan y de la Madre de Dios.

* * *

Las fiestas han pasado por diversas evoluciones. Unas ordenanzas sancionadas por la emperatriz Isabel, esposa de Carlos I, encargan la corrección de algunos abusos y prácticas que se habían introducido. Asimismo, antes se celebraba una gran procesión, pero algunos abusos que en ella se introdujeron obligaron al prelado a suprimirla en 1887. Vamos a relatar sucintamente las fiestas tal como hoy se celebran. Cada uno de sus episodios tiene su raigambre tradicional.

Quince días antes de las fiestas, cada cuadrilla ha comprado ya su toro, que lo llevan a pacer a la dehesa o monte citado de Valonsadero. Todos los gastos de la cuadrilla se prorratean entre los vecinos que de ellas forman parte. El primer día de fiesta es el jueves siguiente a la fiesta de San Juan, llamado el «Jueves de Saca»; la fiesta consiste en la solemne entrada de los doce toros. Muy de mañana han ido ya por ellos a la dehesa representantes de cada cuadrilla. Hacia el mediodía se inicia la entrada de los toros. Todas las autoridades y toda la población en masa acuden a recibir a los toros y a los caballistas que los conducen. No raras veces se ha enmaromado a los toros por los cuernos, divirtiéndose el pueblo con ellos, con las consiguientes corridas por las calles. No falta tampoco el acompañamiento de instrumentos músicos y de gaitas. Finalmente, los toros se llevan a encerrar a la plaza.

El viernes siguiente es el día del toreo de los doce toros de las doce cuadrillas. Se torean seis por la mañana y seis por la tarde. Desfilan antes las tabletas de las cuadrillas adornadas de lazos y festejadas por los mozos galantes del

barrio. Mozas sandungueras aclaman y gritan desde el tendido el paso de la suya y de los suyos, de gaiteros, divisas, cachirulos y banderillas. Es el «Viernes de Toros». Un acervo inmenso de canciones han plasmado la fiesta en el archivo del pueblo, que las canta y las transmite de padres a hijos. Relatan las faenas de los toreros, la furia de los toros, de aquellos toros bravos que han pacido durante unas semanas en Valonsadero y han llegado a la plaza la tarde del jueves, aguijoneados por diestros y valientes jinetes en hermosa cabalgata. Este día la entrada en la plaza de toros es gratuita. De aquí que a primeras horas de la mañana afluyen ya por calles y callejuelas hombres y mujeres seguidos de sus pequeñuelos, provistos de la botella de agua y del paquete del bocadillo.

A los cinco minutos de abrirse las puertas de la plaza, graderías y palcos ofrecen ya un bello aspecto. El callejón, el redondel, todo se llena.

El día siguiente se llama el «Sábado Agés». En él cada cuadrilla ha recogido su toro muerto en la corrida del día anterior y ha cogido las partes buenas para la comida del día siguiente, y los despojos de los toros se subastan pública y solemnemente.

El día siguiente se llama «Domingo de Calderas», y es que cada cuadrilla ha cocido en una caldera los restos de su propio toro. Después de la misa solemne, cada cuadrilla acude a la plaza Mayor con su caldera engalanada con diversos adornos (hay premio para la mejor adornada) y con acompañamiento de gaitas, y se dirigen a la dehesa o parque de Soria. Allí el sacerdote procede a la bendición de las calderas. Las autoridades prueban el yantar de cada una de las doce calderas, y a cada vecino miembro de la cuadrilla se le da una tajada de su respectiva caldera, todo gratuitamente, como asimismo se da gratis todo el vino que se quiera, pan, un huevo y chorizo. El Ayuntamiento ha preparado una caldera aparte para repartir tajadas gratuitas a los pobres. Así cada vecino ha obtenido el llamado «plato de cuadrilla».

El día siguiente se llama el «Lunes de Bailas». Se celebra una misa solemne. A continuación, cada cuadrilla, después de haber sacado la imagen de su advocación de la iglesia o ermita respectiva, se dirige con acompañamiento de gaitas a la plaza Mayor, y de allí, procesionalmente, al parque o dehesa, menos la cuadrilla de «Nuestra Señora de la Blanca», la patrona, como hemos dicho, que se ha colocado frente a

una ermita que está en la misma dehesa. Al llegar allí las once procesiones, con los acompañamientos de las once cuadrillas, hacen que la imagen de cada una haga una reverencia ante la imagen de «La Blanca», inclinándose también sus acompañamientos. A continuación, cada cuadrilla, con su imagen, recorre procesionalmente su propio barrio.

Por la tarde, la gente va a merendar y festear junto al Duero, en una hermosa pradera, donde el pueblo se manifiesta ingenuo y bailarín. A medianoche se terminan las fiestas con una explosión ensordecedora de cohetes y vuelven a la población, sin dejar de bailar en todo el trayecto.

Tales son las famosas fiestas sorianas de San Juan y de la Madre de Dios, con su Jueves de Saca, su Viernes de Toros, su Sábado Agés, su Domingo de Calderas y su Lunes de Bailas.

P. Martín Brugarola.

LA FIESTA DE SAN AGUSTIN, PATRONO DE FUENTELENCINA (GUADALAJARA)

No se conserva ningún testimonio escrito sobre la época de instauración de la fiesta de San Agustín, patrono de Fuentelencina, ni entre los actuales vecinos se encuentra una tradición sobre el origen.

El día 27 de agosto, víspera del Santo, comienza por la mañana la fiesta, con la corrida, por todas las calles del pueblo, de una vaca ensogada, que da ocasión a que los mozos hagan alarde de fuerza y maestría, al sostener al animal por medio de fuertes maromas atadas a los cuernos y al sortear las encrucijadas y callejuelas pueblerinas por las que pasa precipitadamente al ser hostigado por todos los que le siguen, dando con ello lugar a cornadas, caídas y revolcones entre la aglomeración del pueblo entero, que se ha lanzado a la calle.

En medio de gritos, carreras y sustos, recorre la vaca todas las calles que conducen a la plaza del Ayuntamiento, en una de cuyas columnas es atada, y allí solemnemente apuntillada por el señor alcalde.

Antiguamente el coste de la vaca estaba a cargo del pecu-

lio particular de los concejales, que por ello tenían derecho a reservarse para sí y para sus familiares parte del animal, siempre que quedara lo suficiente para el ágape en el Ayuntamiento y para las «sopas benditas». En la actualidad, la vaca es costeada por los fondos del Ayuntamiento y destinada íntegramente para el pueblo.

Una vez corrido y muerto el animal, se despedaza, se separan los mejores trozos de carne para freír, con cuyo aceite y grasa, los restos de la vaca y todos los huesos, se condimentan las famosas «sopas de San Agustín». Estas se hacen al aire libre, en la parte posterior de la iglesia y en grandes calderas. Se calcula el tiempo para que hacia las nueve de la noche esté terminada la larga cocción de los huesos y las sopas estén en su punto. Se prepara, con un blanco mantel, una mesa larga en el atrio de la iglesia y comienzan a repicar las campanas, a cuyo tañer acuden presurosos los vecinos del pueblo en su totalidad y los numerosos forasteros de toda la comarca, deseosos de tomar las benéficas sopas, que tienen la virtud de curar y preservar de las fiebres tercianas, siempre que se invoque con devoción a San Agustín y se coman con fe sus «sopas».

Reunida la multitud, sale el sacerdote, revestido con capa y precedido de la cruz entre ciriales, y solemnemente bendice y asperja con agua bendita las calderas de sopas. Las esposas del alcalde y concejales ayudan a la distribución, llenando del caldo tres grandes fuentes, que colocan sobre la mesa. El sacerdote, con capa y sobrepelliz, es el primero en tomar las sopas, siguiéndole, por orden riguroso, el alcalde, teniente alcalde, juez, concejales y funcionarios públicos, y a continuación el pueblo en masa, ansioso cada uno de los vecinos por meter su cuchara en una de las calderas para probar las sopas benditas, a las que dan fin en medio de una tremenda algarabía y entre el ir y venir de multitud de manos que se agitan nerviosamente empuñando cucharas para conseguir tan preciado remedio.

Al día siguiente, 28, festividad de San Agustín, terminada hacia mediodía la solemnísima misa, con panegírico del Santo, el sacerdote, autoridades, funcionarios e invitados se trasladan al Ayuntamiento, en cuyo salón de actos son obsequiados con un chocolate, seguido de carne frita de la vaca, de la que pequeños trozos se reparten a todo el que por allí se acerca. Al finalizar este ágape oficial, salen el sacerdote y el alcalde al balcón del Ayuntamiento, que da a la plaza,

donde espera aglomerado el pueblo a que les tiren los huesos de la vaca que fueron utilizados para hacer las sopas, los cuales no llegan al suelo, porque multitud de brazos en alto los recogen, disputándose su posesión como una reliquia sagrada, que luego guardan con veneración en sus casas, y a los que su fe atribuye auténticos milagros.

ERNESTO NAVARRETE.

LAS FIESTAS DE SAN ROQUE EN VILLANUEVA DE GILOCA

La víspera de San Roque (16 de agosto), a las doce del día, hay volteo general de campanas, mientras los mozos disparan trabucos cargados con pólvora, los vecinos ponen en ventanas y balcones colchas y colgaduras, el gaitero y los músicos recorren tocando las calles del pueblo seguidos de los chicos, se ponen arcos en diferentes puntos y en la plaza principal se instala una pequeña feria.

Por la tarde hay vísperas solemnes, y después de anochecer se enciende en la plaza una gran hoguera, a la que cada vecino contribuye, según costumbre, con una carga de leña.

Los mozos y mozas bailan alrededor al son de gaita y tamboril, mientras otros saltan la hoguera, y la gente formal lo contempla formando corro.

Esta animada reunión es disuelta bruscamente por la aparición de un toro amarrado con una cuerda, de la que tiran los mozos más fuertes del pueblo, aflojándola o estirándola según conviene a sus fines. Al llegar a la plaza, ponen al toro entre las astas unas bolas de pez y resina, a las cuales pegan fuego con el de la hoguera; cubren de barro el pescuezo y el lomo del animal, y su cabeza con chapas de plomo, a fin de que no muera pronto.

Dicho toro es llamado en Aragón «toro de ronda» o «jubillo».

Cuando el animal muere, continúa el baile, que se prolonga hasta el amanecer.

JOSÉ DE LA FUENTE CAMINALS.

LAS FIESTAS DE CALAMOCHA (TERUEL)

Tan pronto como amanece el día de la fiesta, una rondalla de mozos, con guitarras, bandurrias y vihuelas, recorre las calles y cantan coplas ante las casas de las mozas de su preferencia, siendo devueltas más tarde estas atenciones por las mozas con grandes y azucaradas tortas, que los mismos mozos, acompañados entonces de la gaita, recogen en paños o sábanas muy limpias.

Por la tarde, corrida de novillos y vaquillas, a los que capean y derriban en tierra cogiéndolos por un asta con la mano derecha, mientras con la izquierda le tapan con dos dedos los orificios de la nariz. El que logra realizar esta hazaña es muy aplaudido. Cuando alguno no se atreve a hacerla por temor a las embestidas, pero se siente con fuerzas para tumbar al bicho, le echa una manta por la cabeza y, mientras otros mozos tiran del rabo al toro, el primero le hace caer cogiéndole de los dos cuernos (1).

Otras veces abren un hoyo en la plaza, y allí se mete un mozo con una garrocha, saliendo cuando está el novillo cerca para pincharle. A mitad de la corrida meriendan los espectadores en la misma plaza, y con la última vaquilla proceden a «formar la culebra».

Para ello sale un mozo con un cuévano en las manos gritando: «Al cuévano, al cuévano; a formar la culebra». Agrégasele en seguida una turba de mozos; se abrazan por la cintura unos detrás de otros, formando una larga cadena en pos del primero, el cual advierte que el que rompa «la trena» pagará el vino para todos. Cuando el toro embiste de frente, el primer mozo apoya el cuévano en el vientre y se lo presenta de boca, lo que hace inútiles los esfuerzos del animal; si ataca de flanco, el mozo del cuévano tiene obliga-

---

(1) Estos procedimientos de derribar las reses practicados en varias regiones de España se efectúan también en algunos países de América, como México, Venezuela y Brasil, donde los consideran típicos de las regiones del Norte. Véase Luis da Câmara Cascudo, *Literatura Oral* (*Historia da Literatura Brasileira*) p. 379, y *A origen da vaqueijada no nordeste do Brasil.* DL III-IV (Porto 1953).

ción de presentárselo siempre, por lo cual en este segundo caso los mozos que forman la cadena deben desplazarse, sin soltarse, a fin de quedar siempre a retaguardia del primero; por lo cual, si «la culebra» es muy larga, los últimos tendrán que recorrer un radio, o mejor, un arco de círculo muy extenso.

José de la Fuente Caminals.

LA FIESTA DE LOS SANTOS ABDON Y SENEN EN CALASPARRA (MURCIA)

Entre las costumbres fenecidas en la región murciana, contábase con la frase *Sábado de Caldera*, cuya fiesta popular merece que se le dedique un recuerdo.

En el pueblo de Calasparra se celebraba con inusitado regocijo la festividad de sus patronos Abdón y Senén el 30 de julio. Corríase un toro, que llevaba pendiente de los cuernos una soga o cordel, por cuya posesión pugnaban los mozos. El que conseguía coger la cuerda tenía el orgullo de atarla a la reja de su novia, para que ésta pusiera en el testuz de la res un tallo de alábega. Tal adorno era celebrado con aplausos y vítores y con las notas musicales de la *Pita*. Pero dicha costumbre tenía su complemento al llegar el último sábado de agosto. Entonces se corrían dos o tres novillos, que eran después sacrificados, para llenar de carne dos grandes calderas, las cuales eran colocadas en medio de la plaza sobre un gran hornillo. En los recipientes monumentales poníanse, además, dos o tres fanegas de garbanzos, para su cocción con la carne, y un jamón por cada toro, cuyo guiso se hacía durante la noche, mientras la gente se divertía cantando y bailando al son de la *Pita* y de los acordes de la banda del Municipio. El contenido de las calderas se repartía entre todos los vecinos del pueblo.

NOTAS DE LIBROS

DIAS (JORGE): *Río de Onor. Comunitarismo agro-pastoril.* Cancionero de Margot Dias. Desenhos de Fernando Galhano (Oporto 1953), 611 págs.

El Centro de Estudos de Etnología Peninsular, hermano del español, que lleva casi el mismo nombre, y filial del Instituto de Alta Cultura, ha editado una obra nueva de Jorge Dias, que puede considerarse como la más importante de cuantas aquel trabajador infatigable tiene publicadas. Se trata del estudio monográfico de una comunidad situada a los dos lados de la frontera de España y Portugal: Río de Onor de Braganza. Sólo al considerar su volumen y la escrupulosidad con que trabaja Jorge Dias puede obtenerse una idea de lo que es esta obra, que, como otras debidas al mismo, se halla concebida de acuerdo con los métodos de trabajo propios de los investigadores centroeuropeos que se ocupan de la cultura rural de nuestro continente. Es decir, un método más analítico que sintético, más histórico-cultural que sociológico o psicológico. Los veintidós capítulos del libro constituyen así otras tantas monografías con una riqueza de información etnográfica pocas veces alcanzada por un autor peninsular. Es difícil encontrar también en otra publicación un cancionero local tan rico y completo como el formado por Margot Dias. Felicitamos, pues, a nuestros amigos y colegas el matrimonio Dias por esta nueva prueba de colaboración envidiable.—J. C. B.

DIAS (JORGE) y GALHANO (FERNANDO): *Aparelhos de elevar a água de rega. Contribuição para o estudo do regadio em Portugal* (Oporto 1953), 264 págs., 82 figs. y 72 dibujos.

La Comissão de Etnografia e Historia de la Junta do Douro-Litoral, que viene publicando una serie de monografías

importantes sobre etnografía portuguesa, ha publicado esta obra de Jorge Dias y Fernando Galhano, en la que se hace, sobre todo, un estudio minucioso de los tipos de ingenio existentes en el país vecino para sacar agua y regar. Y digo *sobre todo*, porque, después del consabido prefacio y de una introducción histórica, los autores comienzan su labor expositiva dedicando unas páginas al «regadio sem aparelhos», y sólo luego estudian los temas siguientes: aparejos o ingenios movidos por agentes naturales (molinos de agua, ruedas de corriente y «estanca-ríos»); aparejos movidos por animales (norias de sangre de diferentes tipos y otros ingenios); aparejos movidos por el hombre. Tras estos capítulos, en los que se alcanza un gran virtuosismo descriptivo, hay otro sobre la distribución de los mismos aparejos en Portugal. Después el sexto, en que se establecen ciertas relaciones históricas, y la monografía concluye con las consideraciones generales pertinentes. De la parte descriptiva poco he de decir más, salvo subrayar la escrupulosidad con que se ha allegado el material gráfico. Y como, a mi vez, estoy estudiando los ingenios para regar desde un punto de vista cultural de cierta amplitud (considerado históricamente), creo que quien quiera enterarse de mis propios puntos de vista sobre las vicisitudes de los mismos puede recurrir a los artículos que van saliendo en esta misma REVISTA, y en los que me he podido hacer eco de las investigaciones de Dias y Galhano.—J. C. B.

HERCULANO DE CARVALHO (JOSÉ GONÇALO C.): *Coisas e palavras. Alguns problemas etnográficos e linguísticos relacionados com os primitivos sistemas de debulha na peninsula Iberica* (Coimbra 1953), XII + 414 págs., 61 figuras y 13 mapas aparte.

El señor Herculano de Carvalho ha coronado la primera parte de su vida académica, es decir, aquella que termina cuando se obtiene el grado de doctor, llevando a cabo una obra de gran esfuerzo. Tanto desde el punto de vista etnológico como desde el estrictamente filológico, que es el que a él más parece interesarle, su estudio acerca del mayal y otros aparejos de trilla de Portugal es un modelo de información paciente y de erudición finísima. Yo no estoy autorizado para decir de esta obra sino bien. Pero, como podría

parecer que un elogio, sin más, era pura manera de salir del paso, añadiré que es lástima que el señor Herculano de Carvalho no haya completado un poco más su información sobre España, pues no le hubiera sido difícil obtenerla. Así, sus esquemas sobre las formas de mayales en la península (tan perfectos y definitivos cuando de Portugal se trata) resultan un poco pobres del otro lado de la frontera: pobres, se entiende, no con relación a la realidad, sino incluso con lo que a través de libros, folletos y revistas se puede saber de ella, que no es tanto en nuestra patria como en la del señor Herculano, donde tan bien se está trabajando en estas materias.—J. C. B.

CASTRO PIRES DE LIMA (FERNANDO DE): *A «Nau Catrineta». Ensaio de interpretação histórica.* Carta prólogo de don Ramón Menéndez Pidal. Prefacio del profesor Damián Peres (Lisboa 1954), 183 págs. en 4.°

Con razón una de las versiones del romance objeto de este libro empieza:

Lá vem a «Nau Catrineta»,
que tem muito que contar!

Ningún otro romance ni cantar tradicional portugués ha determinado una bibliografía tan extensa y apasionada como la de la *Nau*.

En un punto están todos los autores de acuerdo: La *Nau Catrineta* es la más bella joya romancística portuguesa.

El desacuerdo surge al tratar del origen de este romance. Los tratadistas se dividen entonces en dos grupos fundamentales. Unos, como Teófilo Braga, Adolfo Coelho, en cierta manera Augusto C. Pires de Lima..., sin desconocer en la *Nau* la gran carga de elementos representativos del espíritu marinero portugués, no niegan la posibilidad de que algunos de estos elementos tengan un origen extraño. Otros, como Almeida Garret, Pinheiro Chagas, J. A. Pires de Lima..., atribuyen al romance un origen absolutamente portugués. Para unos, la *Nau Catrineta* no tiene un determinado origen histórico: «é a generalidade tétrica de todos os naufrágios» (T. Braga). Para otros, desde Garret, el romance recoge y poetiza un suceso histórico; seguramente, el naufragio del navío «San Antonio», en que venía del Brasil Jorge de Albuquerque Coelho el año 1565.

El autor de la presente obra empieza por declarar que intenta hacer un trabajo serio. E indudablemente lo ha conseguido. En un gran alarde de erudición pasa revista a la ya copiosísima bibliografía sobre el tema y resume las más importantes opiniones sobre el mismo. A continuación expone su propio parecer. Cree que la *Nau Catrineta* no es otra que la nao «San Antonio» de Albuquerque Coelho. *Catrineta* debió de ser el sobrenombre de dicha nave entre los marineros. La argumentación es ingeniosa.

Completa la obra con unos *Aditamentos*, en los que recoge la relación del *Naufragio que passou Jorge de Albuquerque Coelho vindo do Brasil no ano de 1565* y numerosas versiones del bello y discutido romance y de canciones extranjeras de tema análogo.

La labor ha sido ardua por el mismo carácter marinero del romance. Los temas que pudiéramos llamar de «tierra adentro» se difunden de manera más regular, y sus áreas presentan, por lo común, mayor continuidad. Su origen y evolución son, por consiguiente, más fáciles de determinar. Los elementos marineros—voces, canciones, etc.— se propagan, al contrario, por saltos, de forma discontinua; siguen la marcha de las emigraciones por mar o de los viajes más frecuentes, y no suelen ofrecer más contactos y relaciones que los de las costas; tienen la gran movilidad del agitado e inquieto mundo de la marinería. Pires de Lima ha sabido salvar todas estas dificultades y ha reunido y cotejado versiones de la *Nau* procedentes de zonas muy dispares.

Felicitamos sinceramente al sabio folklorista portugués por esta nueva contribución al estudio de la poesía tradicional de nuestra península.—J. P. V.

Homenaje a Fritz Krüger (Mendoza 1953), t. I, 466 páginas en 4.°

Siempre nos ha parecido muy noble y adecuado el homenaje que, al llegar los hombres de ciencia a un punto señero de su edad, se les suele rendir por sus compañeros, discípulos, amigos y admiradores con un haz de trabajos sobre materias de los campos científicos que el homenajeado ha cultivado preferentemente. Es éste el tributo más selecto, provechoso y duradero. Y, al mismo tiempo, el más grato para quien lo recibe, puesto que se le agasaja con las cosas

que, según ha demostrado a través de su vida, le resultan más interesantes y agradables.

Este que, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, se le rinde ahora al prof. Krüger, se ve asistido no sólo de la colaboración de notables lingüistas y etnógrafos de Europa y América, sino de la simpatía de los numerosos admiradores que en todo el mundo tiene el ilustre profesor por su probidad científica, por su infatigable constancia de investigador y por la fecundidad y transcendencia de su obra.

En esta devoción hacia el prof. Krüger pocos países podrán, sin embargo, equipararse a España; y es que también ninguna cultura popular ha merecido tanta atención del sabio hamburgués como la multiforme cultura española. Desde los años iniciales de las actividades científicas del gran hispanista hasta el presente, los temas de España no se han apartado de su mesa de trabajo. Cuando no han sido los dialectos del Oeste de España, han sido las diversas manifestaciones de la cultura popular en los Altos Pirineos, o las construcciones circulares de la zona astur-gallego-portuguesa, o la industria del lino en el Valle del Ibias, o el arte popular decorativo en Cataluña, o la tornería popular en Asturias. Y cuando no ha estado componiendo un estudio propio sobre la cultura de algún rincón de España, ha tenido entre manos la reseña de algún libro ajeno de tema español: una de esas reseñas suyas, que a veces valen tanto como el libro reseñado.

Por este constante interés del prof. Krüger por España, es de lamentar que al ausentarse, por causas que desconocemos, de su país, no haya sido para fijar su residencia en el nuestro y proseguir directamente su fecunda investigación de las culturas de los pueblos de la península. Si tal hubiera sucedido, este homenaje que ahora se le rinde tendría seguramente como centro una universidad española, y los que aquí tanto le admiramos podríamos en esta hora cimera de su vida ofrecerle personalmente nuestros tributos.

A falta de este contacto personal, los investigadores peninsulares se han adherido con el mayor entusiasmo al homenaje y han contribuído al mismo con interesantes y valiosas aportaciones. Compruébese ya la importancia de esta contribución en el sumario del primer tomo, único que hasta ahora ha aparecido:

LINGÜÍSTICA.

GINO BOTTIGLIONI, *Accento, anaptissi e sincope vocalica nell'antico italico*; ANTONIO TOVAR, *Sobre la cronología de la sonorización y caída de intervocálicas en la Romania occidental*; ERNST GAMILLSCHEG, *Germanisches in Französischen*; MANUEL ALVAR, *El imperfecto «iba» en español*; ALWIN KUHN, *Zu den Flurnamen Hocharagons*; ALFONSO ZAMORA VICENTE, *La frontera de la geada*; HANS FLASCHE, *Die syntaktischen Leistungen des «que» in der Prosa Antonio Vieiras.*

FOLKLORE Y ETNOGRAFÍA.

J. M. DE BARANDIARÁN, *Contribución al estudio de la mitología vasca*; JOAN AMADES, *Termes sense significat*; JOAQUÍN LORENZO FERNÁNDEZ, *Cierres de fincas en el SE. de Orense*; AUGUSTO CÉSAR PIRES DE LIMA, *O ouro nas tradições de Portugal*; LUIS CHAVES, *A louça*; WILHELM BIERHENKE, *Agavefasern und ihre Verarbeitung in Algarve*; LUIS DA SILVA RIBEIRO, *Contribuições à etnografia açoreana*; GUILLERMO ALFREDO TERRERA, *Folklore de los actos religiosos en la Argentina*; JUAN ALFONSO CARRIZO, *El tema del labrador de amor y la mala cosecha*; BERTA ELENA VIDAL DE BATTINI, *El léxico de los buscadores de oro de la Carolina, San Luis*; ALFREDO DORNHEIM, *La alfarería criolla en los Algarrobos (provincia de Córdoba)*; RODOLFO OROZ, *La carreta chilena sureña*; YOLANDO PINO SAAVEDRA, *Tres versiones chilenas de la Princesa Mona o Rana.*

Termina el tomo con dos artículos de asuntos literarios: ERHARD LOMMATZSCH, *Cervantes und sein Quijote*, y RAFAEL BENÍTEZ CLAROS, *Notas a la tragedia neoclásica española.*

Como se comprenderá, tan rico y variado contenido no puede ser comentado ampliamente en este lugar. Su comentario exigiría no sólo un grupo de especialistas condignos, sino mucho mayor espacio del que aquí se dispone. Nos tenemos que limitar, pues, a adherirnos con el mayor entusiasmo al homenaje que se le está rindiendo al prof. Krüger y a desearle con este motivo mucha salud para bien de él y de las ciencias que cultiva.—J. P. V.

CABAL (CONSTANTINO): *La Asturias que venció Roma.* (Estudio histórico-crítico). Ed. Instituto de Estudios Asturianos (Oviedo 1953), 420 págs. en 4.°

Trata principalmente esta obra de las aras romanas en Asturias. El autor empezó a ordenar los datos sobre este tema con el propósito de redactar el artículo correspondiente de su magnífico *Diccionario folklórico de Asturias*; pero su vastísima erudición le proporcionó tan gran cantidad de noticias sobre la cuestión, que el artículo se convirtió en este espléndido libro.

Minuciosamente, se trata de determinar el lugar en que se encontraban las tres célebres aras sestianas consagradas a Augusto, y que, en forma vaga, se han venido situando en el norte de la Península. El problema se encuentra relacionado, y a veces oscura e intrincadamente enredado, con otros problemas. Las complicaciones se van, sin embargo, eliminando, capítulo tras capítulo, hasta llegar a una conclusión fundada y aceptable. Las tres aras estuvieron emplazadas en la península que se adelanta en la costa asturiana al este de Selorio. Allí estaba el *limes* entre los dos pueblos vencidos —cántabros y astures—, y aquél fué el lugar más apropiado para elevar un monumento al vencedor. «Indudablemente respondían a las tres guarniciones de sestianos que se hallaban sobre el límite: la de la Griega de Rodiles, una; la de la Griega de Colunga, otra; la de la Isla de Colunga, otra... Cada guarnición un ara. Y en 921, frente al lugar de la isla en que se levantaron las tres aras, había tres «villae gaudentes», que originaron el Gobiendes de hoy.»

Aclarada esta cuestión, se dedica el resto del libro al estudio de la guerra cántabro-astur, tema que se sale del marco de esta revista. Sin embargo, como el autor es, ante todo, un gran etnógrafo, con frecuencia aprovecha sus conocimientos de este orden para esclarecer cuestiones históricas. Y por esta razón, hemos considerado oportuno registrar aquí la aparición de esta obra, donde encontrarán materiales y comentarios interesantes el etnógrafo y el lingüista.—J. P. V.

Violant i Simorra (Ramón): *Els pastors i la música*, en Biblioteca Folklórica Barcino (Barcelona 1953), 103 páginas en 8.º

— *Las «barraques» de viña; de pared en seco, del Pla de Bages (Barcelona)*. Sep. «Estudios geográficos», XV, n. 55 (mayo 1954).

He aquí dos nuevos estudios del incansable e inteligente conservador de la Sección Etnográfica del Museo de Industrias y Artes Populares (Pueblo Español) de Barcelona.

El primero es uno de esos libritos que se hacen amar desde que se les toma en las manos. Pulcro, en el doble sentido clásico de limpio y bello, e interesante, por la atracción, también doble, de las obras de ciencia clásicas: la de su amenidad y la de su enseñanza.

Trata en él Violant y Simorra de contestar a la pregunta de por qué, entre la gente del pueblo, son los pastores, continuadores de tantos arcaísmos culturales, los eternos aficionados a la música. Para cumplir este propósito empieza por desechar una explicación superficial: los pastores no se han aficionado a la música por tener siempre las manos desocupadas. Y, después de examinar la música de los pastores a través de las fuentes literarias, del arte y de la arqueología, y de estudiarla en la vida pastoril y religiosa popular (instrumentos de pastores, el canto y la música en la vida pastoril cuotidiana, la música pastoril en la misa del Gallo y en la Pascua florida), llega a la conclusión de que tres principales motivos han influído, o al menos ayudado profundamente, a la persistencia, tan notable y general, de la vocación musical entre los pastores: los efectos de la música en el amansamiento de los animales, el deseo de complacer al rebaño y la creencia de que la música aleja las influencias malignas del mismo y de su fiel compañero el perro.

El segundo trabajo constituye una valiosa aportación al estudio de las construcciones rústicas de piedra sin ninguna materia cohesiva y, de modo especial, al de las construcciones circulares.

La *barraca de vinya* del Pla de Bages puede presentar tres tipos: uno de planta cuadrada y falsa bóveda circular, construída por el sistema de dejar salir cada vez más las hiladas de piedra planas así que se va avanzando hacia arriba; otro tipo, de planta circular y cúpula cónica, construída como la anterior. Las barracas de estos dos tipos se levantan en un sitio más o menos elevado de la viña, y cuentan con tres mirillas en diversas direcciones para poder vigilar a los ladrones de uvas sin ser vistos. El tercer tipo de barraca se halla emplazado en un extremo de la viña, medio excavada en un ribazo, y carece por esto de la pared posterior.

Ya habían sido estudiadas las construcciones circulares en la zona asturgalaica y en Portugal. Ahora, al final de la presente monografía, se señala la expansión de estos tipos de barracas por Cataluña y Valencia.

Dibujos y fotograbados ilustran adecuadamente el trabajo, en el que sólo es de lamentar que el autor no haya corregido las pruebas. Los pies explicativos de las láminas han sido intercambiados lastimosamente.—J. P. V.

CORSO (RAFFAELE): *Il pregiudizio delle voglie materne e paterne e l'Etnografia*. Sep. de «Scritti Nipiologici» en honor de E. Cacace (Roma), 20-23 (abril 1954), 18 págs. en 4.°

— *La Covata*. Sep. de «Douro-Litoral», III-IV de la sexta serie (Porto 1954), 8 págs. en 4.°

— *Apporto all' Etnografia di Fra Giovanni da Pian di Carpine* nell VII centenario della sua morte (1252-1952).

El venerable y admirado maestro Corso no descansa. He aquí tres nuevas e interesantes monografías suyas.

La primera desarrolla el tan conocido tema de la influencia de las impresiones y deseos de la madre en el feto. Y resume las diversas variantes que presenta en Italia esta antigua y universal creencia. Al final registra, como causa también de los antojos, los deseos y ciertas acciones del padre. La creencia en esta causa paterna está poco extendida y casi sólo se encuentra en pueblos de cultura muy primitiva (Borneo, Nueva Guinea). Pero demuestra que en el pensamiento de los pueblos de cultura inferior, la madre, el padre y el hijo forman como una sola mística existencia en tres cuerpos distintos, y, como consecuencia, los alimentos tomados por los padres tienen eficacia en el hijo, el cual participa, además, de las emociones y deseos de los dos seres que lo han creado.

En esta categoría de hechos puede incluirse la costumbre de la covada, de que trata la segunda monografía, en la cual, después de probar con numerosos ejemplos la gran antigüedad y difusión de dicha ceremonia, se muestra partidario de la interpretación jurídico-sociológica que ha hecho de la misma Bachofen, y que entre nosotros ha confirmado Caro Baroja.

Por último, en el tercer opúsculo señala y determina los datos etnográficos que pueden encontrarse en el *Liber Tartarorum* de Fr. Juan de Pian di Carpine, donde éste recoge las impresiones del viaje que realizó a Extremo Oriente por encargo del papa Inocencio IV: interesantes noticias sobre la indumentaria, la alimentación, la vivienda, las costumbres, la organización social, las ceremonias del culto, etc.

Como se ve, tres jugosas monografías, en las que el profesor Corso, como siempre, muestra su gran erudición y su característico acierto en la valoración e interpretación de los hechos etnográficos.—J. P. V.

LARREA PALACÍN (ARCADIO DE): *Peinados bujebas*. Publ. Instituto de Estudios Africanos (Madrid 1953), 50 páginas + LXV láms. en folio.

Las distintas manifestaciones de la cultura tradicional no se hallan en el pueblo en forma desarticulada e independiente. Al contrario, como se sabe, unas se relacionan estrechamente con otras, y así, por ejemplo, una canción se halla vinculada a ciertas faenas; un traje, a ciertos actos importantes de la vida familiar; una danza o una representación, a una fiesta o ceremonia religiosa. Por otra parte, la curiosidad e interés de los investigadores no se ciñen y limitan estrechamente al objeto de su especialidad, sino que se extienden a otros objetos circundantes. Por todo esto se explica suficientemente que un musicólogo como el Sr. Larrea Palacín nos sorprenda ahora con esta espléndida monografía sobre el peinado bujeba. Fué a la Guinea a recoger canciones, y las canciones se le ofrecieron enredadas, como lianas, a otras cosas, y todo fué pasando de la realidad a los cuadernos. Larrea es muy diligente y curioso, y un viaje a la Guinea no se hace todos los días.

El estudio objeto de esta nota es, en realidad, un rico álbum con variadísimos modelos de peinado, precedido de unas ajustadas e interesantes consideraciones sobre el pueblo bujeba: su emplazamiento, vestidos, baños, adornos del cuerpo, tocado.

Resulta muy curioso el capítulo dedicado al aseo, y sorprende que el baño, que tanta importancia tiene entre los bujebas, no aparezca vinculado a la religión. En el apartado dedicado a las tonsuras, merecen especial mención las relacionadas con el luto, así como los actos de magia simpática que rodean el corte del pelo del recién nacido.

Como es natural, el autor se detiene especialmente en la descripción y clasificación de los diferentes tipos de peinados. De éstos, maravilla sobre todo la paciencia necesaria para lograr peinados tan diferentes y complicados—llenos de trenzas, cordones y mechas—con un cabello tan rizado. Sin embargo, esta paciencia quizá no sea superior a la que es precisa para rizar el cabello entre los blancos.

El peinado en trenzas con aspecto de espigas es el que se estima más primitivo; más moderno se considera el que arrolla el cabello en forma de cordones; y aún más reciente,

y de origen extraño, parece el que adopta la disposición de mechas flojas.

Esta monografía de Larrea Palacín no sólo tiene el valor de estar hecha, como casi todas las del mismo autor, con materiales de primera mano, inteligentemente comentados, sino el de la oportunidad. El pueblo bujeba evoluciona y progresa rápidamente, como puede advertirse en muchos detalles—casi desaparición del traje primitivo, del tatuaje y de otros adornos—, y los tipos más primitivos de peinados es posible que pronto no se puedan encontrar. Resulta, pues, una valiosa contribución a la etnografía este bello y serio trabajo de Larrea Palacín.—J. P. V.

ALVAR (MANUEL): *Atlas lingüístico de Andalucía. Cuestionario* (Granada 1952). Publ. del Seminario de Gramática histórica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Univ. de Granada. XVI + 120 págs.

España es el país de las paradojas. Esta observación debe de haber sido hecha millares de veces. Por lo menos a cada momento y en cada esquina ocurren hechos en que se puede comprobar. Se le pregunta, por ejemplo, al español medio qué región española tiene un folklore más popular y conocido, e inmediatamente contesta: Andalucía. Llega un turista medio a España. Pasa por Burgos, por El Escorial, por Toledo; mira, sí, y observa, y lee sus guías y toma notas; pero todavía no se siente del todo en España. Esta sensación sólo la experimenta plenamente cuando llega a Andalucía. De sus observaciones de la vida andaluza llena cuadernos y cuadernos... Y, sin embargo, el folklore andaluz es de los peor estudiados y conocidos. De Andalucía apenas si se conoce algo más que el olor a nardo y la estampa de colorines.

Y esto que sucede con el folklore, ha venido ocurriendo también con el dialecto andaluz. Los estudios que sobre el mismo se han publicado, con ser muy estimables, y alguno fundamental en ciertos aspectos, no alcanzan en conjunto la importancia de los estudios realizados sobre otros dialectos peninsulares: el leonés, el asturiano, el aragonés, etc.

Por fin, un profesor de sólida formación y de suficiente experiencia a pesar de su juventud, se apresta a terminar con esta lamentable situación. El presente cuestionario para

el *Atlas lingüístico de Andalucía* representa un paso decisivo en este camino.

No se ha desalentado Alvar ante la complejidad de la región andaluza; antes bien, la dificultad le ha servido de acicate. Después de realizar algunas tomas de contacto para tener una experiencia inicial y saber lo que debía buscarse, ha redactado este cuestionario, en el que las cuestiones del *Atlas lingüístico español* se han enriquecido con muchas que se habían echado de menos en el mismo; por ejemplo, las indicadas por García de Diego en su *Dialectología hispánica*, y se ha ceñido con otras a las manifestaciones de la vida andaluza.

Contiene el cuestionario preguntas para registrar fenómenos fonéticos y morfológicos y para recoger el léxico. Y junto al cuestionario léxico incluye, en cierta medida, un cuestionario de frases, en el que se centran intereses distintos (morfológicos, sintácticos, léxicos) y se atiende a recoger los fenómenos de fonética sintáctica, tan complejos y abundantes en Andalucía.

Siguiendo el ejemplo de Bottiglioni y de Paiva Boléo, Alvar ha dividido su cuestionario en grupos ideológicos. Entre ellos aparece bastante nutrido, en relación con el ALE, el grupo relativo a la vida pastoril, y constituye una novedad el referente al mar. Como observa Alvar, resulta inexplicable la omisión de la vida marinera en el ALE.

El autor del cuestionario está lleno de optimismo, y nosotros creemos también sinceramente que recogerá copiosos e interesantes resultados. Unicamente nos asalta vagamente un temor: que no se vayan a estudiar con la debida atención las provincias andaluzas occidentales—Cádiz, Sevilla y Huelva—. Geográfica y administrativamente se hallan alejadas de la Universidad que va a servir de centro a los trabajos del Atlas. Y sería lamentable que se descuidase esa zona, tan distinta de la oriental. Celebraríamos que nuestros temores resultasen infundados.—J. P. V.

AMADES (JUAN) y TARÍN (JOSÉ): *Leyendas y tradiciones marineras*. Ed. de la Sección de Prensa de la Diputación provincial de Barcelona (1954), 77 págs. en 4.°, con láminas y grabados intercalados.

Con dignidad y pulcritud se reúnen y publican en este bello folleto las dos colecciones de artículos periodísticos que

recibieron los premios San Jorge, de la Diputación provincial de Barcelona, en 1954: una colección de siete artículos de Juan Amades, que recibió el primer premio, y otra del mismo número de trabajos de José Tarín, que mereció el segundo.

Constituye esta publicación un clara prueba del interés que en Cataluña se siente por la rica y honda tradición marinera de su litoral. La Diputación provincial ya había dado muestras de esta atención por las cosas del mar al crear en 1941 el Museo Marítimo, que instaló en el magnífico edificio de las Reales Atarazanas, y que ha manifestado una gran actividad, organizando diversos actos de carácter marinero: la Exposición del Libro del Mar, la Exposición Nacional de Fotografía Marítima, etc. Juan Amades y José Tarín tampoco se ocupan de temas marineros por primera vez. Como buenos escritores catalanes, no han podido librarse de la influencia del mar, que numerosas veces ha invadido e inundado los escritos de ambos.

Amades, el incansable y admirado folklorista, comenta algunos refranes marineros; recoge la creencia en una mágica cuerda que en la época de la navegación a vela servía para levantar el viento y mudarlo de dirección según conviniera; registra la tradición de una prodigiosa navegación en una barca tripulada por brujas; reúne curiosos personajes proverbiales, y dedica sendos artículos a ordenar los datos tradicionales recogidos en Cataluña sobre *Islas legendarias*, sobre *San Pedro, patrón de los pescadores* y sobre *Barcos fantasmas*.

Los trabajos premiados de José Tarín, el culto periodista, tratan también temas folklóricos—*Tradiciones cuaresmales en nuestra costa, La tradición marinera de la ermita de San Sebastián, Montserrat y su tradición marinera*—; pero realiza asimismo breves incursiones históricas—*Recuerdo y alabanza de los astilleros catalanes, La cofradía del Santo Cristo de Lepanto*—; son cuadros históricos tejidos con recuerdos personales o con recuerdo de recuerdos contados al autor por viejos hombres de mar.

Una fresca brisa, saturada de sal y de brea, corre por las páginas de esta publicación, que ha arrancado de las hojas fugaces de los periódicos catorce artículos interesantísimos para cuantos sientan curiosidad por las cosas del mar.—J. P. V.

CÁMARA CASCUDO (LUIS DA): *Diccionario do Folclore Brasileiro* (Río de Janeiro, Inst. Nacional do Libro, 1954), 660 págs.

Con todos los honores merecidos aparece esta nueva y definitiva obra de Cámara Cascudo, editada por el Ministerio de Educación y Cultura y con un prefacio del ministro don Antonio Balbino, el cual afirma que «se trata de una de las obras más significativas de nuestros valores intelectuales». Efectivamente, nadie más calificado que Cámara Cascudo para llevar a cabo esta obra gigantesca, que «necesita un largo trabajo de investigaciones personales, y de exhaustiva consulta a la bibliografía folklórica de autores nacionales y extranjeros».

Injusto sería seguir esta reseña sin destacar la participación de Augusto Meyer, inteligente director del Instituto del Libro, que fué el que propuso al gran maestro hacer este *Diccionario* folklórico del Brasil.

Cualquier materia tratada en forma de diccionario me parece de una dificultad extraordinaria, puesto que los temas se relacionan unos con otros. ¿Por dónde se corta, pues, para separarlos y llevar a cada parte la palabra correspondiente? Para atreverse con una obra de tal envergadura, es preciso estar dotado del talento y de la capacidad de trabajo de su autor, el cual afirma que ha trabajado sin descanso durante diez años. Yo, que he tenido la suerte de conocer a Cámara Cascudo en su propio ambiente, en Natal, he sabido que trabaja desde el mediodía hasta las cuatro o cinco de la madrugada, sin más interrupción, habitualmente, que la precisa para las comidas y algunos momentos de conversación. En Natal, en su propia casa, puede consultar, no solamente toda la bibliografía de su país, sino la de todo el mundo, ya que está en relación con infinidad de folkloristas que le envían sus obras.

En las 660 densas páginas a dos columnas, se condensa todo el folklore de tan inmenso país. Señalaremos como ejemplo cómo se recogen y comentan algunas palabras. Vemos la palabra *chegança*, y de ella dice que es un auto popular semejante a las luchas de moros y cristianos, aunque en el Brasil tomó más bien el aspecto de danza; hace un poco de su historia y de las variantes, a la vez que va dando la bibliografía sobre el tema, y en este caso cita siete obras, así como las palabras que pueden ser complemento de la que

hemos buscado, que son *Barca* y *Cristãos e Mouros*. Buscamos la primera, y nos encontramos con que parece que ha sido una pieza dramática, pero que ahora se señala como una variante de los moros y cristianos. Señala otras acepciones de esta misma palabra. Vamos después a ver *Cristãos e Mouros*, y ésta sí que es lo mismo que nuestras luchas de moros y cristianos; da bastantes noticias de ella en Portugal, así como abundante bibliografía. Este ejemplo nos informa cómo Cámara Cascudo trata un tema enviando al lector a los que con él tienen una afinidad.

Se hacen en el *Diccionario* breves biobibliografías de todos los folkloristas muertos. También se señalan las instituciones y actos importantes con relación al folklore brasileño, como son los Congresos que ya tradicionalmente se celebran en el Brasil, nacionales y aun internacionales.

Dijimos al principio que era ésta una obra definitiva, y efectivamente lo es, pero no la definitiva de su autor, que ya tiene varias de tal categoría, y estamos seguros de que no será la última. Es obra definitiva en el sentido de ser insuperable y de que forzosamente ha de ser consultada no sólo para saber del folklore brasileño, sino también del de toda Hispanoamérica, ya que, si no noticias, al menos las citas bibliográficas respecto al folklore de estos países son abundantes. Desde luego, para el folklore comparativo es obra imprescindible.—N. DE H. S.

PÉREZ VIDAL (JOSÉ): *El estribillo en el romancero tradicional canario*. Separata de «El Museo Canario», 31-32, 58 págs.

Aunque ya no podemos decir que Pérez Vidal sea solamente un especialista de temas canarios, pues lleva muchos años en Madrid, y aun me atrevo a decir que captado por Madrid, es natural que sienta preferencia por los temas de su tierra; dentro de éstos, por la literatura popular, y concretamente por los romances. Pérez Vidal conoce como nadie el romancero canario. Sus publicaciones sobre el mismo son varias, y hoy se da el gusto de entrar en un detalle, el estribillo, del que nos ofrece un acabado estudio.

El estribillo, al que llaman *el responder*, acompaña siempre al romance canario, y aun en romances tan tradicionales como *Blanca Flor* y la *Infantina*, que en la Península no

han conocido estribillo, con él se canta siempre en Canarias. Son pocos los romances que tienen *responder* fijo; el cantor, de la abundante colección de pareados, escoge alguno que tenga relación con el tema del romance, o más generalmente con la ocasión en que es cantado.

Afirma el autor que todos los estribillos son de un alto lirismo, y presenta como causa la insularidad, que por el aislamiento propende al lirismo, y el que la mayor influencia la reciben de Galicia y Portugal, de tradicional lirismo. Con la evolución del romance hacia las formas más breves y líricas coincide una decadencia de las danzas romancescas, que desaparecen de los salones y quedan sólo en el pueblo, donde superviven casi hasta nuestros días; hecho verdaderamente excepcional. Se han conservado con el baile de castañuelas, muy arraigado en la isla de la Palma.

Los estribillos no son, como el baile coreado, importados, sino que se componen en Canarias; de muchos se conoce el autor, y de otros la ocasión; algunos hacen referencia a toponimias isleñas y otros a fiestas determinadas, con lo cual es sencilla su filiación.

Completa este estudio una colección de 300 *responderes*, clasificados en geográficos, religiosos, de damas y galanes, de canto y baile, de penas, de temas diversos, con una serie de aclaraciones muy útiles para los no insulares.—N. DE H. S.

CABRAL (OSWALDO R.): *Cultura e folclore. Bases científicas do folclore*. Edición de la Comissão Catarinense do Folclore (Brasil 1954), 302 págs.

El dirigente del folklore en el departamento brasileño de Santa Catarina nos ofrece hoy un interesante volumen sobre teorías y contenido del folklore, que es de gran utilidad. En una ciencia joven, para llegar a dominarla totalmente, son precisas diversas opiniones, ya que cada una aportará una parte de luz y verdad para el desarrollo total de la ciencia.

Empieza, naturalmente, por explicar el origen de la palabra; es natural este recuerdo a Willians Thoms, pues el libro no se escribe sólo para especialistas. El primer problema que se plantea es el de qué es el folklore. Examina la opinión de varios autores, y acepta él el criterio clásico

de considerar étnografía el estudio de la cultura material y espiritual de los pueblos primitivos, y folklore de las clases vulgares de los pueblos de tradición escrita. Muchas objeciones se podrían poner a este tradicional modo de ver el asunto, pero basta señalar que pueden variar los métodos de estudio, mas el objeto es el mismo. El que busca un mito o se fija en cómo es el arado, no piensa en el grado de civilización del pueblo, sino en el hecho en sí. Sin embargo, hemos de señalar que el problema sigue en discusión, pues cuenta hoy con la opinión favorable de jóvenes y eminentes folkloristas, como Silvio Julio y Morote de Best. El segundo problema es, en realidad, el mismo que el anterior, puesto que trata de la definición del folklore. Después de dar diversas, pero siempre autorizadas opiniones, da el autor su propia definición.

Analiza luego la otra parte del título, pasando a los problemas de la cultura, su definición y sus teorías. Hace una clara y precisa comparación entre las teorías más autorizadas, ya que, para llegar a definir el hecho folklórico, es preciso haber estudiado antes el nacimiento y desenvolvimiento de la cultura.

De gran actualidad es la definición del hecho folklórico, por haber sido el tema de la sección primera del Congreso Internacional de Folklore, que tan brillantemente se ha celebrado en San Pablo. Es problema que ya había interesado a los folkloristas brasileños, pues en su Primer Congreso Nacional ya habían llegado a una definición, que puede variarse, y ello es natural, pues la ciencia siempre está en trance de transformación.

En una parte dedicada a metodología, examina las teorías de las escuelas que explican el origen de los hechos folklóricos, en realidad de parte de ellos, puesto que casi se refieren exclusivamente a cuentos y leyendas.

Respecto a la investigación del folklore, afirma que todavía es subjetiva, ya que se precisan cátedras de folklore, que formen gente preparada para la pesquisa. Trata de la recogida de datos directa o mediante cuestionarios; de la clasificación; interpretación de los hechos y comparación.

Acaba la obra con el tema de la división del folklore. Trae las divisiones de varios autores y una propia, muy minuciosa, donde posiblemente resulte difícil encuadrar los hechos, ya que algunos, como el de ritos funerarios, puede ponerse en cuatro sitios diferentes.

Aunque el autor afirma que sólo pretende con esta obra orientar a los que empiezan, lo cierto es que la obra resulta utilísima para el especialista, por la transcripción y comparación de opiniones, muy autorizadas, esencialmente de autores franceses, españoles y americanos. Cuenta el Brasil con una gran obra sobre estudio del folklore.—N. DE H. S.

ASPINION (ROBERT): *Apprenons le berbère.* Initiation aux dialectes chleuhs. Préface du général d'Armée Guillaume, comissaire résident général de France au Maroc (Editions Félix Moncho, rue de la Mamounia, Rabat 1953), 336 págs. en 4.°

Los cheljas son bereberes que ocupan una extensa área desde el Alto Atlas hasta el Sur, y llaman *tacheljit* a su lenguaje. Entre ellos se cuentan los Ait Ba Aamrán, que pueblan nuestro territorio de Sidi Ifni. De aquí el interés que para nosotros, españoles, tienen los trabajos sobre este lenguaje, interés que sube de punto en su aspecto puramente filológico si consideramos que los bereberes fueron, en gran parte, los repetidamente invasores de la Península y que fué una chelja, precisamente, quien inició el movimiento almohade.

El trabajo del teniente coronel Aspinion, profesor del Curso de Perfeccionamiento de Asuntos Indígenas y del Instituto de Altos Estudios Marroquíes, pone en nuestras manos un instrumento de gran valor. Su método, procediendo siempre por el análisis vivo del lenguaje en sus elementos y uso, hasta deducir las leyes generales del idioma, es eficacísimo.

Lo divide en treinta y siete lecciones, que estudian, como problema previo, el de la grafía del lenguaje, para adentrarse luego en el conocimiento de los elementos idiomáticos. No sigue un orden estrictamente gramatical, y así, por ejemplo, la exposición del verbo comprende tres grupos de lecciones, intercaladas entre distintos temas. Esta disposición ha sido motivada por consideraciones de índole práctica.

El autor confiesa que su preocupación ha sido evitar dos escollos: el de dar un manual demasiado rudimentario o, por el contrario, una obra repleta de términos complicados y de expresiones con ínfulas de erudición, que no son en absoluto indispensables.

Creemos que ha logrado su propósito. De gran utilidad han de ser los ejercicios, el extenso vocabulario y los cuadros sinópticos, donde recapitula sus enseñanzas. Hemos de aplaudir su sistema de transcripción, que casi podríamos aceptar íntegramente, y el afán de que su labor, fundada sobre el dialecto de los Achtukan, que se considera el más puro entre los cheljas, pueda ser aplicada al aprendizaje de los restantes dialectos de la misma familia.—A. DE L. P.

DOMENECH LAFUENTE (ANGEL): *Cuentos de Ifni*. (Ed. Marroquí, Tetuán 1953.) 346 págs. en 8.°, con grabados en el texto.

El coronel Domenech es uno de los hombres que en Africa han sabido sentir y ejercer la misión española, no con el tan pregonado espíritu colonial, extraño a la mentalidad hispánica y enemigo de los pueblos donde actúa, sino con el espíritu misional, continuador de nuestra más hermosa misión civilizadora. Una vida consagrada a esa acción le llevó a puestos de la mayor responsabilidad: la Delegación de Asuntos Indígenas en el Protectorado y la Secretaría General del Gobierno del A. O. E.

Su gestión administrativa dejó profundas huellas y un recuerdo que florece en alabanzas; pero, no contento con el trabajo agotador que sus puestos de mando exigían, el coronel Domenech dedicó horas a dar a conocer el fruto de sus estudios y experiencias, recogidos en numerosos artículos y hasta siete publicaciones de mayor empeño, de las cuales reseñamos la última en aparecer.

La componen, en realidad, cuatro partes distintas. Precedida de una breve *Justificación* la primera, con los títulos *La región del sur*, *El pueblo berberí*, *Su habla vivaz y perdurable* y *Su literatura oral*, expone, en 38 jugosas páginas, unas nociones indispensables para el conocimiento, siquiera somero, del pueblo donde el autor recogiera las muestras de literatura oral que publica. Viene luego el gran cuerpo del libro, que el autor divide en cuatro apartados, titulados *Cuentos de animales*, con 24 narraciones; *Cuentos graciosos*, con 14; *Cuentos... ¿orientales?*, con tres, y *Cuentos maravillosos*, con otras tres. A esta parte sigue otra titulada *Leyendas hagiográficas*, que comprende cinco relatos, y, por fin, la última parte, que bajo el epígrafe *Poesías*, tras una breve noticia biográfica del poema aamrani *Sid Ibrahim ebn El*

Hosain, recoge algunas de sus canciones, entre ellas la famosa *Canción del té*, y hasta 46 canciones varias de autor desconocido.

Este libro aporta una contribución importante a los publicados sobre cuentos marroquíes, aspecto de la vida marroquí que, por su fecundidad, apenas hemos de considerar desbrozado. En la obra, además de los temas originales, hallamos variantes de gran interés sobre temas ya conocidos de nosotros, publicados algunos, inéditos los más. Así, en los de animales, varios del chacal y el de *El labrador, la pantera y el erizo*; en los graciosos, los de *El hombre y su perversa esposa, El hombre y su tozuda esposa, Yuhhá y su mujer* y *El loco y el almuecín*, pertenecientes ambos a los cuentos de Yehá, más el de *El avaro Abi el Asuad*, que, en realidad, forma, con otros cuentos agudos, género aparte; de los titulados orientales, *Debilidad*, escuchado por nosotros como cuento de Bunúas, y los tres maravillosos.

De las *Leyendas hagiográficas* quizá sea la más interesante la señalada con el número 47, que es una personalización del mito de Polifemo: la número 48 tiene muchas versiones en España, y nosotros hemos publicado otra en nuestros *Cuentos judíos*.

Mención especial merecen las canciones. En ella el autor ha transcrito, o mejor, ha hecho transcribir, el texto original, por donde resulta la primera publicación española en lenguaje chelja. Es un proceder que ha de merecer nuestras más encendidas alabanzas, siquiera haya omitido la explicación del sistema seguido para la grafía. El texto va seguido o precedido, según los casos, de una traducción libre.

La reseña precedente dice las cualidades de la obra que nos ocupa, empañadas en ocasiones por un estilo que se nos antoja rebuscado en exceso. Entre los aciertos hay que contar el uso frecuente de palabras y locuciones indígenas, las notas que acompañan al texto y las ilustraciones que lo embellecen.—A. DE L. P.

RACKOW (ERNST): *El traje musulmán femenino en Africa del Norte*. Instituto de Estudios Africanos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid 1953). 56 páginas, con numerosos grabados y un fotograbado fuera de texto.

Ernst Rackow es asistente del Instituto de Ciencias Orientales de la Universidad de Maguncia y recoge en esta publi-

cación las notas recopiladas en la zona comprendida entre el Zageg es-serg y Bu Sa'ada, en misión que le encomendó el Museo Etnográfico de Berlín entre los nómadas de la Argelia central.

La reseña se hace difícil, porque los grabados exceden con mucho al texto. El estudio del pañuelo de la cabeza, por ejemplo, se desarrolla en doce diseños. Tal minuciosidad confiere a este trabajo, no sólo una exactitud extremada, sino la ejemplaridad de un método perfecto de investigación etnográfica.

El orden que sigue es: tocado (las trenzas, el pañuelo-base y las vendas), el vestido (la melhafa, el cinturón, las fíbulas, los chales, que se colocan sobre la cabeza, y sus broches y fíbulas) y el adorno (pseudo-pendientes y brazaletes) y, finalmente, el calzado. Además de que en cada dibujo está la nomenclatura correspondiente con su nombre escrito en árabe y la transcripción a grafía latina, en el texto estudia esa nomenclatura.

Aparte el valor científico de la monografía, hemos señalado ya su condición de ejemplar, que le confiere la calidad de guía para cuantos se interesen por el conocimiento y estudio del traje popular.—A. de L. P.

Evita (Leoncio): *Cuando los combes luchaban*. Novela de costumbres de la Guinea española. Instituto de Estudios Africanos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid 1953). 101 págs. con grabados del autor.

Esta novela contiene un acervo interesante de noticias etnográficas sobre los combes, pueblo de acusadísima personalidad entre los que habitan nuestra Guinea.

Leoncio Evita es un combe que en ella ha recogido costumbres y ritos hoy desaparecidos, aprendidos de sus mayores, y que ha intercalado en la trama de una sencilla historia, urdida alrededor de las hazañas de la famosa secta de hombres-leopardos, todavía no completamente desarraigada del Africa central.

El relato refiere muchas de las costumbres antiguas —algunas de las cuales aún subsisten—, y de los ritos, como ya hemos dicho, hace una cumplida descripción de lo que era la vida de los indígenas antes de la llegada de los españoles, y con frecuencia completa las noticias con notas aclaratorias. No hay que ponderar cómo el autor es perfecto cono-

cedor del tema y que, por lo mismo, su testimonio goza de la mayor autoridad. La novela que ha escrito será leída con deleite y subido interés por quienes desean conocer los misterios de unas razas y unos pueblos que han dado y dan pábulo a muchos infundios.

Un prólogo de Carlos González Echegaray sirve de presentación del autor y justificación de que su obra haya sido publicada.—A. DE L. P.

IBÁÑEZ (FR. ESTEBAN, O. F. M.): *Diccionario Español-Baamrani* (Dialecto bereber de Ifni). Prólogo de José Díaz de Villegas. Instituto de Estudios Africanos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid 1954). XXXVI + 318 págs., dos cuadros sinópticos y un mapa fuera de texto.

El P. Esteban Ibáñez es un buen conocedor de los dialectos bereberes; antes de este *Diccionario* había publicado ya el *Diccionario Español-Rifeño* y el *Diccionario Rifeño-Español* (etimológico).

Se debe el prólogo de la obra a la pluma del excelentísimo Sr. D. José Díaz de Villegas, director general de Marruecos y Colonias y del Instituto de Estudios Africanos. Las páginas de esta REVISTA han reseñado con frecuencia publicaciones de ese Instituto, que, bajo la rectoría del Sr. Díaz de Villegas, ha dado un extraordinario impulso a los estudios españoles sobre Africa. Recientemente ha sido editado el catálogo, que recoge centenar y medio de títulos, más las dos revistas. Esta simple enumeración habla bien alto de una labor perseverante y apasionada por la misión española en tierras africanas, cuya alabanza habrá que hacer algún día.

Al prólogo, que en cuatro páginas presenta la personalidad del autor del libro y hace una brevísima exposición del problema lingüístico bereber, sigue la introducción.

En ella recoge el P. Ibáñez una completa bibliografía española de los territorios del Africa Occidental española, más la de las publicaciones francesas sobre el *s usi*. Hace un breve estudio de éste, al que pertenece el dialecto hablado por los Ait Baamran. Expone sus diferencias con aquél y con el rifeño y el método seguido en la elaboración del *Diccionario*, para acabar señalando la distribución geográfica de los diferentes dialectos hablados por los Ait Baamran. Pu-

blica también una tabla de transcripción de los fonemas baamranis, un cuadro de las consonantes y el mapa lingüístico del territorio.

El cuerpo del *Diccionario* recoge la correspondencia de unas cuatro mil palabras españolas.

La tarea aparece llena de dificultades, máxime cuando no ha sido precedida de publicaciones de textos indígenas, como en este caso. Fijar exacta y correctamente la acepción de cada vocablo en una y otra lengua es labor que exige notable agudeza, porque en territorios de fricción las palabras cambian su sentido de origen; la necesidad de un entendimiento fácil ocasiona un fenómeno lingüístico cuyo estudio sería del mayor interés.

Tomemos al azar un ejemplo para aclarar nuestra afirmación.

El verbo *prosperar* aparece en el *Diccionario ideológico* de Casares así: «tr. Ocasionar prosperidad o suerte feliz.—intr. Tener o gozar prosperidad.»

En el *Diccionario* del P. Ibáñez aparece, en cambio, con estas dos acepciones, mucho más concretas: «v. a. Hacerse rico, recoger buena cosecha.»

Otro problema es el de la transcripción. La cuestión presenta estas dos soluciones: empleo del sistema científico internacional o adopción de una grafía convencional.

Es evidente que el primero habrá de usarse para los estudios especializados sobre fonética, pero no sirve para el uso común en una grafía destinada a los menesteres corrientes por excesivamente complicado y, en muchos casos, oscuro e indeciso.

El P. Ibáñez ha optado por seguir el convencional propio, fundado en la grafía árabe y apartándose de la línea francesa, que, sobre todo en las más recientes publicaciones, se resuelve por una transcripción directa.

Hemos de señalar con alegría la aparición de este libro, el primero sobre un lenguaje de los más hablados en Marruecos, y que es también, aunque en forma subdialectal, el de nuestro territorio de Ifni. Nuestra bibliografía sobre lenguas africanas es pobrísima. Dios quiera que la obra del P. Ibáñez sea una llamada para contribuir, como dice con excesiva modestia, a «coronar la obra que con ilusión misional e hispánica emprendimos nosotros para gloria de Dios y por la mejor comprensión de dos pueblos—España y Marruecos—a quienes la Providencia tiene asignados gloriosos destinos.»—A. DE L. P.

GRIAULE (MARCEL) y DIETERLEN (GERMAINE): *Signes graphiques soudanais.—L'Homme. Cahiers d'Ethnologie, de Géographie et de Lingüistique*, 3 (Hermann et Cie., 6 rue de la Sorbonne, París). 88 páginas con grabados.

Bajo el título general de la obra se agrupan cinco monografías que recogen los últimos trabajos sobre los sistemas gráficos de los sudaneses y resumen y revisan los resultados de la expediciones llevadas acabo en 1931, 1935, 1937 y 1946 a 1950. Ellas han permitido llegar al descubrimiento de un sistema ideográfico, y su interpretación ha revelado una cosmogonía total, que abarca no sólo los ritos, sino todas las manifestaciones de la vida de estos pueblos.

La primera monografía, debida a M. Griaule, trata de los «Sistemas gráficos de los Dogon».

Cuatro son los que los Dogon tienen; tres de ellos corresponden a las tres organizaciones sucesivas del mundo según su mitología, y el otro, que comprende 266 signos, está reservado a un corto número de iniciados. Mr. Griaule expone aquí sucintamente los tres primeros y el de la escritura reservada a los jefes y su correspondencia. El sistema de los 266 signos se halla todavía en estudio, por cuya razón se omite.

G. Dieterlen trata a continuación de los «Signos de escritura bambara», y expone dos sistemas, el que corresponde al conocimiento «ligero» de las cosas y el que explica el conocimiento «profundo». De este último, que tiene estrechísima relación con el de las 266 ideografías de los Dogons y el mismo número de signos, relata sucintamente el mito de la creación, que es origen y justificación del sistema, y reproduce y explica algunos de los ideogramas.

También G. Dieterlen expone los «Signos de los Keita del Mandé», correspondientes al conocimiento «ligero», pero con sus mitos explicativos (persona, hombre, mujer, animales, peces, aves, vegetales, aire, espacio, tierra, agua y cosas).

Mr. Griaule expone «Los signos gráficos de la circuncisión bambara», que responden a un sistema empleado en algunos ritos y técnicas, y, por fin, los «Signos gráficos de los Bozo», con una mitología muy completa sobre las aguas.

No he de ponderar el interés de la obra. Su concisión en nada disminuye el extraordinario mérito de una exposición metódica y avalorada con excelente bibliografía sobre un

tema muy poco conocido y estudiado, cual es el de las grafías indígenas y su interpretación ideológica.—A. DE L. P.

COLUCCIO (FÉLIX): *Diccionario del folklore americano*, t. I. Un vol. de 417 págs. en 4.° menor (Edit. E. Ateneo, Buenos Aires 1954).

A través de las obras de Félix Coluccio: *Antología ibérica y americana del folklore*, *Folklore de las Américas*, *Diccionario folklórico argentino*, *Folkloristas e instituciones folklóricas del mundo*, etc., nos suponíamos que el autor era una persona físicamente fuerte, para llevar a término tan gigantesca labor en breves años, y dotado de un temple espiritual paralelo, pensando siempre en el beneficio de sus lectores por la utilidad de sus notas y referencias y, sobre todo, por relacionar a cuantos sentimos afición por los estudios de la ciencia de la sabiduría popular.

Este concepto corporal y psíquico de Félix Coluccio se comprueba y resulta aumentado cuando se le conoce personalmente, como hemos tenido la fortuna de apreciar en el reciente Congreso Internacional de folklore de Sao Paulo; figura tanto más simpática por la modestia, casi timidez, con que nos saludó y presentó este primer tomo de su *Diccionario del folklore americano*.

Un criterio personalista rige la obra de Félix Coluccio, para dar definiciones de términos folklóricos, frases, vocabulario local, plantas medicinales, supersticiones, danzas, etc. Mas esa personalidad no es para imponer conceptos, sino para extractar y seleccionar opiniones de las autoridades folklóricas que más se han distinguido en la exposición de esos conceptos, en trabajos que cuidadosamente señala con un número, y que corresponden a una bibliografía que alcanza la cifra de 3.394 obras consultadas.

Con verdadero anhelo esperamos los tomos sucesivos de este *Diccionario*, del que se podrá decir con toda sinceridad —sin recurrir a la frase de cortesía que ya viene a ser un tópico—que «esta obra será de consulta indispensable» no sólo de los folkloristas, sino de cuantos sean amantes de la cultura general.

La presentación de este libro, por su tipo de letra, ordenación, formato e ilustraciones, corresponde al habitual esmero bibliográfico de la Editorial Ateneo de Buenos Aires.—C. DE L.

GUTIÉRREZ (BENIGNO A.): *Cuentos y novelas de Francisco de P. Rendón*. Un volumen en 8.°, 992 págs. (Edit. Bedout, Medellín-Colombia 1954).

Tres facetas pueden considerarse en este libro que compila y anota el erudito escritor y folklorista colombiano Benigno A. Gutiérrez, bien conocido por sus trabajos como *Antioquia típica, Arrume folklórico de todo el maíz, Gente maicera, Serie típica colombiana*, etc.

1.ª El aspecto sentimental es profundamente emotivo al reunir las obras de Francisco de Paula Rendón, publicadas en revistas y periódicos, algunas inéditas, como el *Cronicón del Corpus Christi, Yolombo*, etc., y que representan un anticipado homenaje a la memoria de este escritor, de quien en el año próximo se celebrará el primer centenario de su nacimiento. En la síntesis biográfica que traza se destaca la recia personalidad de ese gran cronista observador de costumbres y tradiciones, al que después de los merecidos elogios dice su compilador: «Lectores, almas caritativas: recemos por él un Padrenuestro...»

2.ª La faceta folklórica es muy interesante, pues a través de estos cuentos y novelas se recogen múltiples hechos folklóricos en adivinanzas, refranes, coplas, costumbres, leyendas, etc., que reflejan el alma popular colombiana.

3.ª La parte erudita es muy estimable. Basta decir que comprende 230 notas, que representan una labor filológica, histórica y documental, que puede ponerse como modelo de vocabulario regional.

Felicitamos cordialmente al compilador por esta labor, tan meritoria, de ilustrar estas obras y reunirlas en este elegante volumen, librando del olvido tan meritorios trabajos publicados en periódicos y revistas.—C. DE L.

CORSO (GIUSEPPE): *Tracce del culto mediterraneo della dea madre nella piramidetta romana di La Valle e nel folklore cornudese* (Milano, marzo 1954). Un volumen en 4.°, 59 páginas, múltiples figuras y láminas fuera de texto.

La grandeza de un pueblo se apoya en sus tradiciones e historia, no para recordarlas solamente, sino para estimular el porvenir, guardando lo heredado para transmitirlo a los sucesores y acrecentando el presente.

El autor estudia una pirámide pequeña encontrada en la aldea de La Valle, que tiene en una de sus caras una cruz ansata y en la opuesta una espiga. A los lados tiene un conducto que la perfora.

Esta pirámide no es una simple pesa de un telar para tener tirantes los hilos en el bastidor, sino que es una piedra votiva, que bien pudiera interpretarse por una rudimentaria y simbólica representación de la *diosa madre* con la cruz, que es la llave de la vida y de la inmortalidad, y la espiga de la fecundidad, ambas señalando la continuidad vital. El conducto que la atraviesa era para colocar un palo que equivalía a los brazos. Podrida esta madera por la acción del tiempo y de la humedad, sólo ha quedado la pirámide.

La diosa madre, en la mitología, es la gran dadora de bienes, la que madura las mieses; es, en resumen, la madre tierra, en la que empieza y termina la vida; de sus entrañas nacen todos los seres, y a todos los cubre, sin distinción social, cuando los mismos mueren. Se representa la diosa madre con tres filas de senos, indicando esta multimammia o polimastia el gran poder generador y nutritivo.

La cruz representa la inmortalidad en todas las religiones, y la espiga, la fecundidad. Vestigios de esta creencia son las ofrendas de espigas y su conservación en el hogar, especialmente en forma de manojos de panochas de maíz, pues a ellas se vincula el espíritu de la casa, proporcionando alegría, bienes y salud.

Este libro, en sus pocas páginas, encierra una extraordinaria cantidad de notas bibliográficas y de bellísimas ilustraciones. En resumen, es una demostración de que el folklore es una supervivencia de las culturas que nos han precedido.—C. DE L.

CARRIZO (JUAN ALFONSO): *La poesía tradicional argentina*. «Anales del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires» (La Plata, Argentina, 1951). 320 págs. más dos de índices, 4.º mayor.

La labor del señor Carrizo, de todos conocida y por todos conceptos encomiable, viene a corroborar en la presente obra sus excelentes dotes de investigador infatigable (tanto en la tradición oral como escrita) y de fino observador y comentador de la documentación a estudiar.

Comprende el libro una serie de conferencias que el autor pronunció en su país, cuyos temas encierran sumo interés, tanto que ha logrado, tras un esfuerzo nada común, encontrar un buen número de antecedentes de la tradición argentina en lo que a poesía se refiere.

El profesor Carrizo analiza con textos a la vista las influencias de Oriente, Grecia, Roma y Europa medieval, cuyas culturas llegaron en parte a España y que luego pasaron a tierras de América.

Las doce palabras retorneadas, a través de veinte siglos, derivadas de un cuento indostánico, como el de *Las huellas del león*. De la India llega también a Europa el tema literario del *Desprecio del pobre*. El mito griego de *Progne y Filomena* se transforma en el romance de *Blancaflor y Filomena*. *El sueño*, de la misma mitología, se convierte en copla de canción cunera. De Grecia y Roma pasan a nuestra cultura ciertas *Rimas de juegos y sorteos*, que aún usan los niños, etc. Así termina el capítulo primero.

En el segundo analiza los temas poéticos del Siglo de Oro español que abocaron en la tradición argentina.

El siguiente (que divide en tres partes) trata de los cantares y temas poéticos de Inglaterra, Francia e Italia contemporánea que influyeron en el folklore argentino, cuya mención de textos sería prolijo enumerar.

El capítulo cuarto está dedicado al proceso de penetración en América de la poesía tradicional española en los siglos XVI, XVII y XVIII por medio del libro e influjo de los conquistadores, que trajeron a flor de labio los cantares de España, sin contar los que inventaron en el nuevo Continente.

En el que sigue habla de la pervivencia de cantares peninsulares en la tradición oral argentina, aludiendo a la dificultad de establecer la filiación hispánica (entre lo español y argentino) de las composiciones tradicionales, su estado de conservación y datos de ellos en la tradición oral.

En el último capítulo saca a colación los cantares tradicionales conservados hasta hoy en quichua y guaraní, que revelan, en el fondo y en la forma, una ascendencia hispánica.

En suma, un libro que contiene óptimas enseñanzas para los folkloristas y un temario de consulta sobre el origen de asuntos poéticos de la tradición española y argentina.—B. G.

REVISTA DE REVISTAS

REVISTA DE ESTUDIOS MUSICALES. Universidad Nacional de Cuyo. Escuela Superior de Música. Departamento de Musicología. Abril 1950, año I, núm. 3.

Consignamos solamente los trabajos que encierran un interés folklórico.

La antigua tonada tucumana, de Josué T. Wilkes. Con música notada, hace un concienzudo estudio crítico de la canción autóctona tucumana cuyo texto principia «Por esta calle a lo largo» y la seudo *Vidala de la Virgen Capitana*, cuyo tucumanismo niega.

La música indígena y colonial en Nicaragua, de Luis A. Delgadillo. Aun por las escasas noticias que el autor ha podido recopilar acerca del folklore aborigen, su artículo es estimable, por cuanto de este país centroamericano, hermano menor de Guatemala en representación cultural, tenemos pocas referencias. Hace mención de varios instrumentos, cantos y bailes indígenas, si bien su música no la encuentra el autor completamente definida, notándose en ella cierto sabor criollo. Hubiéramos preferido que el estimado compositor y folklorista señor Delgadillo hubiera completado algunos de los ejemplos musicales.

Ensayo sobre música indígena de El Salvador, de María de Baratta. Otro país centroamericano del que poseíamos menguadas referencias, por lo que es de apreciar la aportación que la autora hace de la música y textos aborígenes. La *Danza de la Partisana*, de los indios chilangas, acusa en sus contornos melódicos puntos de contacto con la música castellana, y lo mismo la *Danza de la Yegüita*, de los indios lencas. El más auténtico documento precolonial es el *Jeu jeu*, de los indígenas de Izalgo, que responde a la escala pentatónica.

Referencias sobre música costarricense, de Julio Fonseca.

El primer capítulo lo dedica al folklore de su país, dividido en tres partes: folklore criollo, de influencia mejicana, principalmente los números 1 y 5; folklore indio, con la *Canción del cazador* y *Canción fúnebre* en el «Baile de los huesos», e instrumentos: el *juque* (calabaza), *tambor* (fabricado en barro o en madera), *ocarina* y *chirimía*, especie de clarinete.

En los TEMAS EUROPEOS figura nuestro *Mosaico folklórico de Extremadura*, que remitimos a instancias del director de la revista, Dr. Francisco Curt Lange. Se trata de quince ejemplos de muy variados aspectos poético-musicales del folklore extremeño, que evidencian lo dilatado de las fisonomías tonísticas y asuntos etnográficos de la región.—BONIFACIO GIL.

REVISTA FINANCIERA DEL BANCO DE VIZCAYA. Núm. 77: Homenaje a la Economía de Vizcaya.

De vez en cuando dedica esta *Revista* un número a una región o provincia de España, y aunque lo esencial en ella son los temas financieros, no faltan trabajos dedicados a temas etnográficos y folklóricos. No es preciso decir que la presentación es magnífica y no se regatean las ilustraciones, que avaloran y aclaran el texto.

El presente número es homenaje al Banco de Vizcaya con motivo de la celebración de sus bodas de oro. Además de los temas financieros, que ponen de relieve la potente vida industrial y económica de la provincia, abundan los que recuerdan la vida de Bilbao hace medio siglo, y algunos más afines con nuestra *Revista*, que son:

JUAN DE IRIGOYEN: *La industria pesquera de bajura en Vizcaya*. Apunta el autor cómo lo hacen con una organización íntima de carácter casi familiar, en la que la Cofradía, mantenida por la venta de la primera pesca, juega un papel tutelar y reparte los beneficios entre los propietarios de los barcos y los quiñoneros. Se señala el trabajo que corresponde a cada uno, no sólo hombres, sino también mujeres.

Muy interesante es el trabajo del director del Museo Etnográfico, Sr. LARREA, que se titula *Contribución al estudio de la Etnografía y del fomento del turismo en Vizcaya*, en el que se analizan algunas piezas de museo, tales como las «arguizailas». Detiénese en el instrumento músico «alboka», describiéndole y diciendo cómo se usa. Del yugo nos explica su forma, modo de construcción y amuletos, con que se adorna para

proteger siembra y animales. Ocúpase de las costumbres de boda y de difuntos. No faltan algunas notas sobre el hórreo y sobre los caldereros, destacando los de Bernagoitia, que son los últimos que han trabajado, así como los herreros, que no son en esta sede del hierro tan abundantes como podría suponerse, pero que no dejan de hacer piezas curiosas, sobre todo veletas. Acaba esta visión etnográfica de Vizcaya ocupándose de los esquiladores, que sobre el lomo de las mulas y asnos hacen trabajos muy curiosos de arte popular. Complétase el trabajo con unas notas arqueológicas.

Sobre las *Danzas típicas* trata J. M. Seminario, comenzando por hacer una justa y dura crítica de los espectáculos llamados folklóricos y lamentándose de la intrusión de la mujer en las danzas vascas, que son esencialmente gimnásticas masculinas, y esta segunda intrusión es más grave que la primera, pues lo hacen con una sistemática organización, que acaba por desvirtuar la verdadera visión de la danza vasca. Se detiene en la explicación de los bailes vizcaínos menos conocidos.

Termina la parte que nos interesa con una minuciosa información de *La Virgen de Begoña*, Patrona de Vizcaya, debida a Andrés de Mañaricua. Esperamos con impaciencia un número dedicado a Galicia que prepara esta *Revista*.

N. de H. S.

NOTICIAS

CONGRESO DE TROVADORES

En Salvador-Bahía (Brasil) se celebrará el primer Congreso Nacional de Trovadores en los días 1 a 5 de julio de 1955.

La presentación de comunicaciones sobre temas de poesía repentizada y popular en todas sus modalidades, de romances de ciegos, pliegos de cordel, cartas de candelas, testamentos en verso, luchas y veladas troveras, jotas y cantos de picadillo en Aragón, coplas de puyas en Castilla, romances de *fiadeiros* en Galicia y desafíos poéticos de *vertsolaris* en Vasconia, etc., pueden enviarse, así como las adhesiones y cuantos informes se precisen, al presidente de este Congreso, D. Rodolfo Coelho Cavalcante, Caixa Postal 425. Salvador-Bahía (Brasil).

RECTIFICACION

Nos creemos en el deber de rectificar que en la Bibliografía publicada en nuestra Revista, tomo X, 1954, cuaderno 4.°, páginas 662-700, aparecen por error bajo el epígrafe de Alemania las notas bibliográficas de los trabajos incluídos en *Jahrbuch des Österreichischen Volksliedwerkes*, de Viena (Austria).

ASOCIACION ESPAÑOLA DE ETNOLOGIA Y FOLKLORE

Sesiones públicas

Conforme al acuerdo tomado por la Junta Directiva el pasado año, se acordó que durante el Curso 1954-55, y en vista del extraordinario éxito obtenido, siguieran celebrándose sesiones públicas a continuación de cada reunión mensual.

Como en el pasado Curso, dichos actos consistirían en la lectura, a cargo de un miembro de la Asociación, de una comunicación sobre un tema etnológico concreto, libremente elegido por el ponente y seguido de un coloquio, con intervención de los oyentes, asociados o no.

Así, pues, durante los meses transcurridos del presente Curso han tenido lugar las conferencias o comunicaciones cuyos resúmenes y noticias damos a continuación.

Sesión inaugural

Profesor Dr. D. Santiago Montero Díaz: *Problemas de la mentalidad primitiva.*

En el Aula Magna del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y bajo la presidencia de los excelentísimos señores D. Vicente García de Diego, Presidente de la Asociación; general Nicolás Benavides Moro, Dr. Castillo de Lucas y Prof. Gómez Tabanera, vicepresidente y secretario de la Asociación, respectivamente, y con la asistencia de los socios de número y numerosísimo público, tuvo lugar el día 21 de diciembre del pasado año la sesión inaugural y primera del presente Curso. La conferencia estuvo a cargo del Prof. Dr. D. Santiago Montero Díaz, catedrático de Historia Universal Antigua de la Universidad de Madrid.

El Excmo. Sr. D. Vicente García de Diego saludó cariñosamente al conferenciante, agradeciéndole su presencia en

el estrado y la comunicación que con el título *Problemas de la mentalidad primitiva* presentó el Dr. Montero a la selecta concurrencia.

Tras saludar a los asistentes, el Prof. Montero inició su interesantísima comunicación exponiendo el estado actual de las investigaciones en torno a la mentalidad primitiva. Especulando en torno al significado ontológico de los términos «mentalidad primitiva», planteó la cuestión de qué cosa sea el primitivo. Con un entronque hegeliano definió a la sociedad primitiva como aquella que no conoce el Estado como forma social. Asimismo estableció la diferencia entre mentalidad prehistórica y mentalidad primitiva, aunque a ambas las englobó dentro de las llamadas «mentalidades arcaicas».

Con un concepto absolutamente vitalista de la Ciencia de la Cultura, el Prof. Montero planteó la llamada «ley biogenética fundamental de la cultura» y la importancia que, a su juicio, tiene para la explicación de la mentalidad primitiva. Asimismo planteó la cuestión de relaciones posibles o inadmisibles entre la mentalidad del neurópata, la mentalidad del niño y la mentalidad del primitivo. Agudamente estableció las diferenciaciones existentes entre ambas, partiendo del concepto de *autismo*, establecido por el psiquiatra Bleuler dos años después de la publicación de la obra *Les fonctions mentales*, debida a Levy-Brhul, en las que el psicólogo francés planteaba su tesis del prelogismo y misticismo de la mentalidad primitiva. El concepto de autismo puede sustituir al de prelogismo, cuyos fallos ha puesto de relieve la investigación etnológica moderna. Las características de la mentalidad autística, en cierto modo similares a las de la mentalidad primitiva, se distinguen de un modo especial del discurrir con arreglo a las leyes de la lógica; su finalidad no es la verdad, finalidad que persigue la mentalidad del hombre occidental educado en la tradición helénica; su verdadera finalidad es la realización de ansias y deseos. La asociación de ideas a base de mecanismos accidentales, las analogías vagas e imprecisas y, sobre todo, las necesidades afectivas del momento, sustituyen en muchísimos sitios del curso del

razonamiento a la manera de discurrir lógica, impidiendo que las conclusiones tengan lugar, como la experiencia nos ha mostrado que deben ser, y si esto último aún tiene lugar, se realiza de un modo insuficiente y, desde luego, juega un papel secundario.

Con Bleuler, afirmó el Prof. Montero, y frente a Levy-Brhul, se puede hablar, basado en sus experiencias con psicópatas, anormales y niños, de una mentalidad autística en el primitivo, nunca de una mentalidad «prelógica» en el sentido que pudiera tener plenamente dicha adjetivación para nosotros. Y yendo aún más lejos puede hablarse de sorprendentes analogías entre el autismo infantil y la mentalidad autístico-mágica del primitivo. Este, en realidad, como indicó inteligentemente el Dr. Montero Díaz, se limita a desarrollar un autismo de salvación, autismo que en cierto modo le es ratificado por la experiencia. La magia viene a ser en este caso la mayor aliada y colaboradora de esta forma de pensar, ya que el ejercicio de la misma puede dar explicación a ciertos actos meramente accidentales. Así, por ejemplo, la magia propiciatoria de la caza y otras formas bien conocidas por los especialistas y conocedores de la Etnología y del Folklore.

Terminada la comunicación, que fué seguida con enorme atención por los concurrentes, el Prof. Montero recibió de manos del Excmo. Sr. García de Diego un diploma por el que se le nombraba miembro de honor de la Asociación, entre los aplausos de todos los presentes.

Segunda sesión

Constantino Láscaris Comneno: *La Filosofía vulgar, según Angel Ganivet.*

Bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Nicolás Benavides y el Excmo. Sr. D. Adolfo Meléndez, Dr. D. Antonio Castillo de Lucas y Prof. Gómez Tabanera, y con asistencia de los socios de número y numeroso público, tuvo lugar

el día 20 de enero la segunda sesión científica del presente Curso académico, y en la que el Prof. Dr. D. Constantino Láscaris Comneno presentó una comunicación con el tema *La Filosofía vulgar, según Angel Ganivet.*

Después de exponer brevemente los supuestos filosóficos de que parte Angel Ganivet, especialmente de una concepción irracionalista de la Naturaleza y de un cierto panteísmo ideal, analizó los conceptos contrapuestos de «Filosofía vulgar» y «Filosofía científica», a juicio de este gran pensador español, precursor de la generación del 98.

Ganivet entiende por la primera la concepción del mundo y de la vida que un pueblo tiene; es decir, su cosmovisión, su «Weltanshaunng», mientras que denomina Filosofía científica a la especulación abstracta elaborada por individuos aislados. La Filosofía vulgar es fruto de una determinada situación y es la que nos manifiesta la idiosincrasia peculiar de cada colectividad.

De esta manera la Filosofía vulgar viene a ser el saber popular, y no es difícil venir a identificarlo con lo que entendemos por folklore. Este supuesto llevó a Angel Ganivet a su famosa tesis: «Nuestra *summa* teológica y filosófica está en nuestro Romancero.»

A continuación el Dr. Láscaris estudió con gran penetración la relación existente entre ambos tipos de saberes y su aplicación a España (con lo cual Ganivet funda la Filosofía de la Historia española), señalando finalmente las posibilidades del pensamiento ganivetiano para enmarcar la «Filosofía futura».

Terminada la bella e interesante comunicación se abrió un turno de preguntas y respuestas, en el que intervinieron el Dr. Castillo de Lucas, D. Gervasio Manrique, Srta. Nieves de Hoyos, Sr. Pérez Vidal y Sr. Gómez Tabanera.

Tercera sesión

José María Blázquez Martínez: «*Potnia hippon*», *divinidad ibérica de los caballos.*

Bajo la presidencia de los Excmos. Sres. D. Vicente García de Diego, Presidente de la Asociación, y D. Nicolás Benavides Moro, el Dr. Castillo de Lucas y el profesor doctor D. Antonio García Bellido, y con la asistencia de los socios de número y numeroso público, tuvo lugar el día 15 de marzo la tercera sesión pública del presente Curso, y en la que el Prof. D. José María Blázquez Martínez, auxiliar de la Cátedra de Arqueología de la Universidad de Madrid, presentó una comunicación con el tema «*Potnia hippon*», *divinidad ibérica de los caballos*, que fué ilustrada con interesantísimas proyecciones fotográficas.

Después de trazar un sugestivo panorama del mundo mitológico de la Protohistoria ibérica y mediterránea, el señor Blázquez se refirió a aquellas divinidades relacionadas con los caballos, analizando los hallazgos en diversos lugares de la Península Ibérica, así como los trabajos científicos que a ellos se han dedicado. Entre los tipos que merecieron su atención señalaremos las representaciones del «domador» de caballos de tipo estante encontrados en Sagunto, Mogón, Balones y Ciudadela, que se hallan, respectivamente, en los Museos de Valencia y Sagunto, Jaén, Alcoy y Braga; los de tipo sedente representados en los relieves de Villaricos (Museo Arqueológico de Barcelona), Llano de la Consolación (Museo Arqueológico de Murcia), etc.

A juicio del Prof. Blázquez, el mundo celta y romano no suministran datos, ni iconográficos ni religiosos, que resuelvan los problemas que plantean los ejemplares encontrados en la Península, pese a las investigaciones efectuadas por el Dr. Fernández de Avilés, Thevenot, Tutor, Kazarox, etcétera. Asimismo las relaciones existentes entre la diosa virgen Epona y el dios-jinete no han sido aún delimitadas, pese

a los trabajos de Lambrechts y Magnen, ya que el hecho de que una divinidad femenina présente idénticos atributos e idénticas funciones a otra masculina y el hecho de que en algunos monumentos encontrados esporádicamente se hallen asociadas ambas no es prueba suficiente para pensar en una encarnación femenina del dios masculino. Siempre quedan por estudiar las relaciones existentes entre las divinidades protectoras de caballos del mundo griego y romano.

Así en el mundo griego el tema del *potnios hippon* entre caballos rampantes es frecuente. En Chipre se conocen asimismo paralelos. Composiciones similares a los relieves estantes son numerosas en el siglo VI a. de Cristo; Lane, citado por Nilsson, considera el grupo harto difundido en aquella época, especialmente en el Peloponeso, en el santuario de Artemis Orthia de Esparta, Argos y en el templo B de Prinias, así como en Lato, Creta, que desde allí pudo difundirse, a juicio de Benoit, a través de la magna Grecia o de Etruria a la Península Ibérica, en la que asimismo encontraremos *potnias theron*, como en Etruria. Por otra parte, por Livio se sabe de las relaciones entre el Levante Ibérico y el de Italia.

Toda la comunicación del Sr. Blázquez, de gran altura científica, fué seguida atentamente por la concurrencia, que admiró las bellas diapositivas que ilustraron la misma. Terminada su disertación le fué entregado al Sr. Blázquez por el Excmo. Sr. García de Diego un diploma por el que se le nombraba miembro correspondiente de la Asociación en Salamanca.

Cuarta sesión

Don Fernando Urgorri: *La magia en la ornamentación árabe y en el trazado de las ciudades musulmanas españolas.*

Bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Vicente García de Diego, Dr. Castillo de Lucas y D. Gervasio Manrique, y con la asistencia de los socios de número y numeroso pú-

blico, tuvo lugar el día 24 de abril la cuarta sesión científica del presente Curso académico, y en la que el profesor don Fernando Urgorri, Catedrático de Historia en la Escuela de Comercio de La Coruña, presentó una comunicación bajo el título *La magia en la ornamentación árabe y en el trazado de las ciudades musulmanas españolas.*

El Prof. Urgorri, con hábiles ilustraciones gráficas, expuso el trazado ornamental y decorativo de los árabes, en el que diferenció multitud de elementos ligados a conceptos mágicos del mundo semítico, no exentos de valores propiciatorios y apotropaicos. Diversas concepciones geométricas que pueden remontarse a concepciones místicas y cósmicas anteriores a Mahoma prestan al arte árabe su magia a través de repetición de motivos. Entre éstos descuellan varios polígonos estrellados.

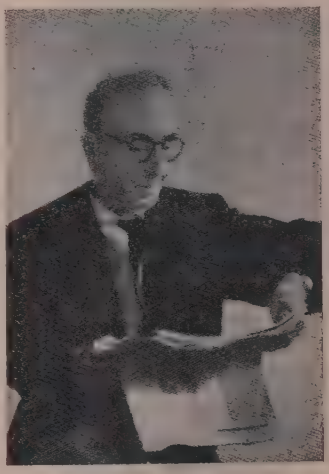
A continuación el Prof. Urgorri llamó la atención, previa proyección de claras diapositivas, con respecto al trazado en forma de polígonos estrellados de seis y cinco puntas que a Madrid, la Axarquía de Córdoba y Alcalá de Henares, así como a Murcia, dieron sus fundadores, los califas Abderramán II y Mohamed I. Después estudió algunos símbolos existentes en las puertas de las ciudades árabes y en el *mihrab* de la Mezquita de Córdoba. Cairuán y otras protegen la urbe o la santidad del lugar. Hizo un estudio de los principales temas ornamentales de la Mezquita de Córdoba, observando cómo éstos son reductibles a figuras de talismanes y amuletos relacionados con la magia árabe tradicional, así como a figuras utilizadas en la Astrología de este pueblo semita.

Terminada la interesante comunicación del Prof. Urgorri, éste recibió, entre aplausos y de manos del excelentísimo señor Presidente, el diploma por el que se le nombraba miembro correspondiente de la Asociación en La Coruña.

NECROLOGÍA

EUGENIO CIRESE

La Revista de Dialectología y Tradiciones Populares siente el penoso deber de dar cuenta a sus lectores del fallecimiento del insigne folklorista italiano Eugenio Cirese, y en su honda pena quiere dedicar en sus páginas unas piadosas palabras de evocación.



Nació Eugenio Cirese en Fossalto, en el Molise (provincia de Campobasso), el 21 de febrero de 1884. Consagró su vida a la enseñanza, por la que sentía gran vocación, siendo recompensada su meritoria labor docente con el nombramiento de inspector central honorario del Ministerio de Instrucción Pública.

Dotado de fino espíritu poético y auténtica inspiración, su primera actividad literaria se manifiesta en numerosas publicaciones de poesía y de prosa en dialecto molisano, acogidas con entusiasmo por la crítica nacional, que le considera «el poeta del Molise». Su último volumen lírico del habla molisana es *Incecaballe* (1951), de una belleza inusitada, y había emprendido una nueva obra poética, que aparecerá como obra póstuma.

Su interés por la vida popular le convierte en folklorista, y con sagaz observación capta escenas vivas y relatos populares, que cristalizan en sus obras *Gente Buona* (1942), rica en anotaciones folklóricas, y *Campobasso* (1938), donde recoge un gran caudal folklórico de la región. El canto popular absorbe todo su entusiasmo y se dedica activamente a la recogida de canciones, cuyo importante acopio culmina en las obras de gran interés *I canti popolari della provincia di Rieti* (1945) y *I canti popolari del Molise*, vol. I (1953). Un segundo volumen de esta obra está ya redactado por su hijo Alberto M. Cirese, que lo dará a la publicidad próximamente.

En el año 1953 funda la revista *La Lapa*, que da cabida a importantes artículos de historia y literatura popular, cuya continuidad está asegurada para el futuro bajo la dirección de su hijo Alberto, proseguidor de la magnífica labor folklórica emprendida por el padre.

La muerte le sorprende en Rieti el 8 de febrero de 1955, interrumpiendo su fecunda labor cuando aún esperábamos sazonados frutos, dejándonos, en cambio, el vacío y la pena.

El Centro de Estudios de Etnología Peninsular y la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares se conduelen por la sensible pérdida de tan ilustre folklorista y amigo.—P. G. de D.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

BIBLIOTECA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES

DEPENDIENTE DEL

CENTRO DE ESTUDIOS DE ETNOLOGIA PENINSULAR

VOLUMENES PUBLICADOS

I.—ARCO Y GARAY, RICARDO: *Notas del folklore altoaragonés*. Un vol. de 24 × 17, de 520 págs. + 22 láminas. 1943. 45 ptas.

II.—ARNAL CAVERO, PEDRO: *Vocabulario del alto aragonés*. Un vol. de 24 × 17, de 32 págs. 1944. 10 ptas.

III.—CURIEL MERCHÁN, MARCIANO: *Cuentos extremeños*. Un vol. de 24 × 17, de 376 págs. 1944. 40 ptas.

IV.—SÁNCHEZ PÉREZ, JOSÉ AUGUSTO: *El culto mariano en España*. Un vol. de 24 × 17, de 482 págs. + 213 láminas. 1943. 60 ptas.

V.—CASTILLO DE LUCAS, ANTONIO: *Refranero médico*. Refranes de aplicación médica seleccionados de clásicos autores, de obras de paremiología y en parte directamente recogidos y anotados. Un vol. de 24 × 17, de 307 págs. 1944. En reimpresión.

VI.—CARO BAROJA, JULIO: *La vida rural en Vera de Bidasoa (Navarra)*. Un vol. de 24 × 17, de 244 páginas + 40 láminas. 1944. 40 ptas.

VII.—GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL, y MELE, EUGENIO: *La maya*. (Notas para su estudio en España). Un volumen de 24 × 17, de 168 págs. 1944. 40 ptas.

VIII.—ALONSO GARROTE, SANTIAGO: *El dialecto vulgar leonés hablado en Maragatería y tierra de Astorga* (Notas gramaticales y vocabulario). Segunda edición Un vol. de 24 × 17, de 352 págs. 1947. 60 ptas.

OTRAS REVISTAS DEL PATRONATO «DIEGO SAAVEDRA FAJARDO»

África.—Publicación del Instituto de Estudios Africanos.

Esta publicación, ilustrada con numerosas fotografías y grabados, está dedicada a cuantos problemas científicos y artísticos surgen de nuestra acción protectora en Marruecos. La colaboración prestigiosa de los intelectuales interesados en la cultura hispanomarroquí avala las páginas de esta revista.

Mensual. Ejemplar, 10 pesetas. Suscripción, 100.

Archivo del Instituto de Estudios Africanos.

Publicación dedicada al estudio de África, histórica y científicamente. Contiene valiosos ensayos sobre su geología, botánica y cuantos datos han servido para su perfecto conocimiento a los exploradores y misioneros que mejor la estudiaron.

Cuatrimestral. Ejemplar, 10 pesetas. Suscripción, 25 pesetas.

Biblioteconomía.—Boletín de la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona.

Dedicado a toda clase de temas bibliográficos y biblioteconómicos. En el número octubre-diciembre figuran los índices de materias y autores.

Trimestral. Ejemplar, 11 pesetas. Suscripción, 20 pesetas.

Bibliotheca hispana.—Publicación del Instituto «Nicolás Antonio».

Esta revista, de información y orientación bibliográfica, consta de tres Secciones, publicándose un tomo, de cada una de ellas, trimestralmente. Las materias, extractadas en sentido objetivo, son agrupadas de esta forma:

Sección I. Obras generales.—Bibliografía.—Religión.—Filosofía.—Pedagogía.—Estadística.—Demografía.—Sociología y Política.—Economía Política.—Derecho.

Sección II. Matemáticas.—Astronomía.—Física.—Química.—Ciencias Naturales.—Medicina.—Ingeniería y Construcción.—Ciencia y Arte Militares: Ejército, Marina y Aviación.—Agricultura y Ganadería, Caza y Pesca.—Industria.—Economía doméstica.—Comercio.

Sección III. Filología.—Literatura.—Geografía.—Historia.—Arte.—Juegos y Deportes.

Trimestral. Suscripción anual a cada Sección, 80 pesetas. Número suelto, 22 pesetas. Suscripción tres secciones, 200 pesetas.

Estudios Geográficos.—Publicación del Instituto «Juan Sebastián Elcano».

Publica trabajos monográficos que interesan a la moderna Geografía, Geomorfología, Fisiografía, Geografía humana, Cartografía histórica, Económica y Geopolítica, etc.; resúmenes referentes a los hechos más sobresalientes, analizando también artículos, libros y revistas nacionales y extranjeras.

Trimestral. Ejemplar, 35 pesetas. Suscripción, 125 pesetas.

Pirineos.—Publicación del Instituto de Estudios Pirenaicos.

Recoge esta revista interesantes trabajos referentes al Pirineo español, en su armónico contenido de naturaleza, arte y lengua, debidos a la pluma de especialistas navarros, aragoneses y catalanes.

Trimestral. Ejemplar, 22 pesetas. Suscripción, 80 pesetas.

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.—Publicación de la Junta Técnica del Cuerpo Facultativo, en colaboración con el Instituto «Nicolás Antonio».

Reaparecida esta revista en el año 1947, continúa la brillante historia de sus páginas, en que colaboraron las más prestigiosas firmas de las letras españolas.

Está dedicada a la investigación histórica, bibliográfica, literaria y arqueológica, con empleo del rico material de nuestros archivos, bibliotecas y museos.

Cuatrimestral. Ejemplar, 40 pesetas. Suscripción, 100 pesetas.